

A woman with blonde hair is looking through a heavily cracked and shattered glass pane. The background shows a blurred interior space with a doorway. The overall color palette is a cool, monochromatic blue.

*análisis*

*serie las viviendas de papel*

**ALMAS DE**

**CRISTAL**

*serie las viviendas de papel*

**ALMAS DE  
CRISTAL**

*analísangar*

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Almas de cristal. Serie las viviendas de papel.

©Analí Sangar, 2019.

Diseño de portada: Adyma Desing.

Maquetación: Adyma Desing.

Corrección: Carol RZ.

ISBN: 9781095522578.

Esta novela fue registrada en el Safe Creative con el código 1904220714688.

*A Javi,  
mi alma gemela*

# Índice

## Presente

1. El reflejo de una sonrisa
2. Los Haro
3. Velo negro
4. El despertar de Darío
5. Ser una dama
6. Una niña de diecisiete años, esa es Silvia
7. Acto de rebeldía
8. Un minúsculo brote
9. Tomar las riendas de eso que llaman vida
10. Pasar página
11. Un once
12. Dani de Daniela
13. Reconciliándome con la persona que una vez fui
14. La humilde barriada de la Asunción de María
15. Escribiendo...
16. Parte de algo bello
17. Jugar con fuego
18. Ventana al pasado
19. Al otro extremo del hilo
20. Último interrogante
21. Así se hacen las cosas en Las Viviendas de Papel
22. Un montón de nada
23. Detrás de cada cicatriz
24. Palabra de Reyes
25. En la densidad de una lágrima
26. Más que tinta sobre papel
27. Todos los que importan
28. Aliento de futuro
29. Las segundas oportunidades
30. Mi lugar en el mundo

## Epílogo

## Agradecimientos

## Biografia

## Presente

*Lunes, 12 de marzo de 2018*

Las dos pequeñas líneas verticales que se apreciaban entre sus cejas contraídas fueron haciéndose más pronunciadas a medida que avanzaba el día. Aquellos que no le conocían podían confundir su ceño severo con un gesto de total concentración, sin embargo, la fuerza que ejercía al apretar la mandíbula era un signo inequívoco de que tenía un cabreo descomunal.

Sí, Darío estaba cabreado y mucho. Su forma brusca de respirar le dilatava las fosas nasales, lo que daba como resultado que aspirar y expeler el aire de sus pulmones se convirtiese en una protesta audible; por no mencionar que cada pocos segundos elevaba ligeramente el labio superior dejando escapar un leve gruñido. ¡Pero cómo no iba a estar malhumorado si ya esa misma mañana, en cuanto puso un pie en la empresa, su jefe lo había reclamado a gritos y conforme avanzaban las horas de ese maldito día todo parecía ir a peor!

*—¡Robles, a mi despacho! ¡Ahora!*

*Se dirigió a la pequeña oficina que se hallaba al fondo de la nave preguntándose qué mosca le habría picado a Romera para andar pegando voces un lunes a primera hora. Al entrar, cerró la puerta y se quedó de pie junto a esta, esperando a ver con qué le salía.*

*—Usted dirá.*

*Ni se le pasó por la cabeza tomar asiento en el cómodo reclinable de piel que su jefe reservaba para atender a los clientes y que él mismo había ocupado infinidad de veces mientras discutían de temas laborales. Romera solía ser un tipo comprensivo que motivaba a sus empleados y que rara vez se quejaba del trabajo que estos desempeñaban, le gustaba presumir de plantilla y alardeaba de tener contratados a los mejores en ese campo. Pero*

*no ese día. Ese día tenía la cara encendida y una vena le palpitaba en la sien izquierda, lo que no era buena señal.*

*—Me dijiste que habías dejado el trabajo listo —rugió el gerente de Climatizaciones Romera—, y antes de las ocho me ha llamado ese gilipollas amenazándome por incumplir el contrato.*

*Darío arqueó las cejas sin comprender. ¿Acaso se había pasado su jefe esa mañana con el coñac que le añadía al café?*

*—No pongas cara de idiota, que sé que no lo eres.*

*—No pondría ninguna cara si supiera de lo que usted me habla —se defendió.*

*—¡Haro! —El hombre se levantó de su sillón con los brazos alzados—. Ese prepotente de mierda me ha dicho que cómo tengo la desfachatez de enviarle la factura cuando la instalación no está terminada.*

*A Darío se le tensó el cuerpo al oír el nombre del cliente.*

*—El jueves la dejé lista y funcionaba perfectamente en todas las habitaciones. No pensé que hiciera falta explicarle que, para que la máquina arranque, hay que pulsar en el mando maestro del equipo el símbolo del circulito con la raya vertical. Aunque por lo visto debería haberlo hecho —añadió con toda la ironía que fue capaz.*

*Romera le dedicó una mirada acerada.*

*—No me toques los huevos, Robles, que bastante me los ha tocado ya ese imbécil. —Plantó las palmas de las manos en la superficie de la mesa y se inclinó hacia adelante—. No va a pagarnos hasta que la instalación esté terminada.*

*—Le he dicho que la dejé lista el jueves.*

*—Entonces explícame por qué asegura que el cableado está suelto y que los dichosos mandos del sistema de zonas se encuentran en su salón dentro de una caja.*

*Darío apretó los párpados con fuerza al tiempo que una retahíla de maldiciones escapaba de su boca. La muy hija de... lo había hecho, había arrancado los mandos de los soportes de las paredes.*

*Abrió los ojos, clavándolos en los de su jefe, que lo observaba con la cabeza ladeada.*

*—Lo soluciono hoy mismo.*

*—Desde luego que vas a solucionarlo, pero primero vas a explicarme qué coño ha ocurrido.*

*—He metido la pata, eso es todo. Le pediré disculpas al señor Haro y*



*terminaré la instalación.*

*—No te creo, Robles. Llevas trabajando nueve años para mí y nunca has cometido un error de tales dimensiones.*

*—Siempre hay una primera vez.*

*Romera rodeó la mesa y se acercó a Darío.*

*—Cierto. Y lo entendería si hubieses olvidado cablear uno de los mandos; esa casa es enorme y tiene tantas habitaciones como un hotel. Lo que no me creo es que olvidaras colocarlos todos. —Se mantuvieron la mirada por unos segundos—. No sé qué ha pasado, pero ándate con ojo. Esa clase de gente no tiene miramientos a la hora de joder a personas como nosotros.*

*Con una leve inclinación de cabeza, Darío dio por finalizada la conversación. Salió de la oficina, subió al vehículo que tenía asignado y abandonó la nave industrial con un chirrido de ruedas.*

*El pequeño brote de ira que le quemaba en el pecho se fue extendiendo al resto de su cuerpo conforme acortaba distancia con aquel chalé.*

*—Te vas a cagar, niñata. ¡Joder si te vas a cagar!*



*Tuvo que morderse la lengua varias veces para no mandar al cuerno a aquel prepotente con delirios de grandeza que, además de no aceptar sus disculpas, cuestionó de manera abierta tanto la fiabilidad de su empresa como la de su trabajo. Fue incapaz de rebatirle una palabra, ya que el hacerlo implicaba dejar en evidencia a su perfecta hija. De todos modos, aquel gilipollas no iba a creerlo, así que se limitó a agachar la cabeza y aguantar con estoicismo tamaña humillación.*

*«Con Samu tendrías que haber dado, capullo, y al primer insulto te habría incrustado el pie en tu culo de estirado», pensó con cierto regocijo al imaginarse la escena.*

*Después de que el señor Haro se marchase del chalé para acudir a sus obligaciones, él se puso manos a la obra con las suyas. Se encontraba solo en aquella inmensa vivienda, a excepción de dos o tres personas del servicio que no le prestaban la menor atención. Lo primero que hizo fue revisar una por una todas las habitaciones constatando lo que ya era un hecho: habían arrancado sin ningún cuidado los termostatos de las bases ancladas a las*

*paredes y los cables asomaban partidos y deshilachados fuera de los conectores. Su cabreo se espesó al intuir que aquel destrozo le llevaría más tiempo del que había previsto.*

De modo que en lo que iba de lunes no había podido borrar de su rostro ese gesto avinagrado, ni tampoco contener la cantidad de impropiedades que acudieron a sus labios.

Tenía claro que no pensaba comerse ningún otro marrón, por lo que decidió que no se iría de aquella casa sin que el arrogante que los había contratado viese antes con sus propios ojos que su trabajo había concluido y que la instalación funcionaba a la perfección, aunque eso implicase salirse de su horario y echar un tiempo extra que con seguridad no le pagarían. Tampoco pretendía marcharse sin asegurarse de que la pequeña bruja entendiera que a él no le sobraba el dinero y que con su medio de vida no se jugaba. Sí, iba decirle a esa niñata cuatro verdades a la cara en cuanto apareciese, y no pensaba cortarse un pelo ni contenerse en lo más mínimo.

Pasadas las cuatro de la tarde, escuchó su voz angelical.

—Tata, ¿ha venido Darío?

—Sí, mi niña, debe andar en la planta de arriba.

El sonido de pisadas atropelladas ascendiendo por la escalera fue haciéndose más nítido a medida que los latidos del corazón de Darío iban tomando velocidad.

Se giró de cara a la puerta, cuadrando los hombros, a la espera de que ella asomase. Cerraba y abría los puños con nerviosismo, convenciéndose de que solo quería ponerla en su lugar y obviando lo preocupante que le resultaba el deseo desmedido que sentía por verla.

Silvia avanzó deprisa por el amplio corredor que separaba las habitaciones, ansiosa por verlo de nuevo. Pasó de largo la sala de entretenimiento, antaño su cuarto de juegos, sin percatarse de que él se encontraba en su interior.

Darío no movió un solo músculo cuando la vio dejar aquella estancia atrás, seguro de que, una vez revisase el resto, volvería sobre sus pasos y miraría allí. Y así fue. No habían transcurrido ni dos minutos cuando Silvia se detuvo bajo el bastidor de la puerta de esa habitación, observando con interés cada centímetro del hombre que se hallaba en su interior.

Él era el extremo opuesto a los chicos con los que normalmente se relacionaba; todo lo contrario a Nicolás, y cuanto más lo conocía, más claras

veía las diferencias. El hombre que se erguía frente a ella se había hecho a sí mismo y sus logros en la vida eran la recompensa al sudor y esfuerzo invertidos. Podía sentirse orgulloso de haber conseguido alcanzar sus metas por méritos propios, sin requerir de la ayuda de nadie, y por eso lo admiraba. Darío para ella resultaba ser un todo de armonía y perfección, y en aquel momento, mientras lo sometía a un exhaustivo examen visual, se reafirmó en lo mucho que le gustaba ese chico de pelo despeinado y piel morena como la canela. Focalizó sus pupilas durante unos segundos en su profunda mirada azul, que en aquel instante le pareció fría. Pero solo tuvo que desviar los ojos unos centímetros hacia abajo, justo cuando él se humedecía sus carnosos labios con la punta de la lengua, para recordar lo cálido que era en realidad.

Un escalofrío le subió por la columna, erizándole el vello a su paso.

Hacía poco más de dos semanas que lo había conocido y ya en aquel primer encuentro su intuición le dijo que él poseía un algo especial. No estaba segura de qué la había cautivado primero, si había sido su naturalidad al hablar, la tristeza infinita que en todo momento lo acompañaba o esa preciosa sonrisa que nunca asomaba a sus ojos. Tampoco es que le preocupase en sumo grado saber cuál de esas características suyas había sido la causante de dar inicio a lo que ahora sentía, ya que, fuera como fuese, había terminado colada por él; si bien era cierto que también sumó puntos el que físicamente fuese un hombre impresionante, con unos rasgos faciales que cortaban la respiración y un cuerpo de infarto. Sus hombros eran anchos, sus brazos fuertes y tenía las caderas estrechas, con lo que los horribles pantalones grises que usaba para trabajar le caían tan bajos que apenas se apreciaba la perfecta redondez que se perfilaba bajo estos. Más de una vez se había quedado embobada viendo cómo se le tensaban los músculos de la espalda mientras estaba afanado en su labor, y no es que Darío fuese un hombre voluminoso en exceso, más bien su constitución era delgada y atlética, dato que sabía por los contornos que se adivinaban bajo las camisetas blancas que él vestía, que se le pegaban al torso como una segunda piel cuando se empapaban de sudor. Sonrió al recordar que además tenía unas piernas muy llamativas, cosa que sí había podido comprobar con sus propios ojos.

Tanto le llamó la atención desde el primer minuto, que invirtió todos sus esfuerzos en acercarse, prestándose a mantener conversaciones que no la hacían sentir cómoda e inventándose cualquier excusa con tal de pasar un rato a solas con él. Aunque reconocía que en la mayoría de esos encuentros lo había llevado al límite empujada por una necesidad hasta el momento

desconocida, una que continuaba ahí, arañándola por dentro, luchando por salir al exterior. No obstante, gracias a esos encuentros, por muy tensos que hubiesen sido, pudo comprobar que lo último que había en Darío era frialdad, a pesar de sus rechazos y de lo reservado de su carácter. Las tres veces que se habían besado le dejaron claro lo pasional que podía llegar a ser y por eso mismo estaba dispuesta a aceptar todas las recriminaciones que él le hiciese, siempre y cuando pudiese tenerlo allí de nuevo. Ella sabía que lo que había hecho no era del todo ético, que lo habría puesto en una situación comprometida ante su jefe y que por su culpa su padre tenía un concepto pésimo de él, pero no se arrepentía. Si en su cabeza algo había cristalino como el agua, era lo que sentía por ese chico y de ningún modo iba a permitir que lo apartasen de su lado, ni tan siquiera él mismo.

—Hola —lo saludó con toda la naturalidad del mundo.

Sus ojos continuaron fijos en los de ella: gélidos y hostiles, pero Silvia no se sintió en absoluto intimidada por esa pétrea mirada. Entró en la habitación y cerró la puerta, se apoyó en la hoja lacada en blanco y alzó la barbilla desafiante.

—He dicho: hola.

Una chispa de ira cruzó los iris azulados de Darío.

—¿Hola?! ¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

Ella infló sus pulmones de aire.

—Me alegro mucho de volver a verte. Los lunes te sientan la mar de bien. Me sigues pareciendo el hombre más guapo del mundo; de hecho, esa cara de cabreo te da un toque de lo más atractivo. Y por si no recuerdas lo que dije el jueves, te lo repito para que tengas claro por qué estás aquí: estoy enamorada de ti —admitió con total sinceridad y sin que le temblase la voz—, así que espero que comprendas por qué he tenido que hacerlo.

Darío no supo qué responder. Esa niña acababa de desarmarlo con cuatro frases que había pronunciado sin vacilar, lo que le irritaba sobremanera, ya que cada vez que le soltaba alguna gentileza similar, además de romperle los esquemas, conseguía que el corazón se le desbocase dentro del pecho.

Apoyó una mano en su cadera y con la otra se presionó el puente de la nariz.

—No es justo, joder —se quejó más para sí que para hacerse oír.

—¿El qué no es justo? ¿Que te hayan sermoneado por mi culpa?, ¿que te hayas visto obligado a volver a verme?, ¿o que ahora que me has visto te has dado cuenta de que en el fondo lo deseabas?

Dejó de masajearse el tabique nasal y la miró achicando los ojos.

—Nada de esto es justo y lo sabes. —Comenzó a aproximarse a ella mientras dejaba salir, usando un tono molesto y bajo, toda la rabia y frustración que había acumulado a lo largo del día—. Sermonear no es la palabra correcta. Me han echado dos broncas de cojones sin comérmelo ni bebérmelo: una mi jefe y otra tu padre, y todo por tu culpa. —Un paso más cerca. Un tono más bajo—. Y sí, me has obligado a que vuelva a verte. Puteándome. Haciendo que me juegue mi maldito puesto de trabajo. —Curvó la espalda para que su rostro quedase a la altura del de ella y plantó las palmas de las manos en la hoja de la puerta a ambos lados de su cabeza. Entonces sus miradas se enlazaron. Silvia se sumergió en aquel azul que ya no parecía tan frío. Él tragó saliva perdiéndose en las máculas verdosas que bailaban en sus iris castaños—. Aunque te equivocas en algo —continuó en un susurro, sabiéndose derrotado—. No me hacía falta verte en persona porque, para mi desgracia, llevo un tiempo que no hago otra cosa que desearte a todas horas.

Seguidamente, sintió como las manos de Darío le enmarcaban la cara, lo que hizo que su corazón se saltase un latido. Cerró los ojos al percibir el dulce roce de sus labios; un beso que por primera vez le entregaba libremente, casi con miedo, desprovisto de aquella especie de oposición que existió en los anteriores. En esta ocasión él parecía saborear el momento, estar dispuesto a disfrutarlo. Y ella se emocionó, porque el tierno beso que Darío le estaba dando hablaba de sentimientos, no solo de pasiones; de entrega y abandono por encima del dolor. Hablaba de aprobación, de transigencia hacia sí mismo; de romper barreras y traspasar muros. Esa sutil caricia de sus labios le confirmó que había cedido ante lo que ella le hacía sentir, y Silvia le correspondió del mismo modo: sin presiones, sin arrebatos, sin prisas. Le rodeó la cintura y se entregó en cuerpo y alma a su boca.

Darío supo que había llegado a un punto de no retorno, que ya nada le haría dar marcha atrás. Le gustaba esa chica, le atraía, y no solo del modo en el que le habían atraído las mujeres con las que se había acostado en los últimos años. Silvia despertaba en él algo tan fuerte que no se atrevía a ponerle nombre, de dimensiones similares a las que solamente había experimentado por una persona, y habían resucitado tan de súbito en su interior esas ansias que creía muertas, que no sabía cómo manejarlas.

El beso se alargó en el tiempo dando paso al nacimiento de unas primeras caricias tan delicadas como lo eran el movimiento de sus labios o la danza que

ejecutaban sus lenguas. Con las manos abiertas y los párpados cerrados recorrieron sus cuerpos por encima de la ropa, absortos en el tacto del otro.

Darío se olvidó de los años que les separaban, de la posición social a la que ella pertenecía e incluso del lugar en el que se encontraban. Su mente aparcó todo; a lo único que podía obedecer en ese instante era a la imperiosa necesidad de hacer que la vestimenta de Silvia desapareciese. Desabotonó primero su camisa y la deslizó por sus hombros apenas sin rozarle la piel. Luego se centró en aquella minifalda ajustada que le quedaba tan jodidamente bien, arrastrándola por sus torneadas piernas hasta que terminó tirada en el suelo. Entonces se atrevió a recorrer con sus trabajadas palmas los brazos de la chica. Con suavidad. Como si temiese hacerle daño si ejercía un poco más de presión.

A Silvia la recorrió un repentino e intenso escalofrío cuando los dedos de Darío comenzaron a explorarla con lentitud. Imitó sus movimientos con cautela, dejándole tomar la iniciativa en todo momento. Quería que se sintiese cómodo. Le concedería el tiempo que necesitara para que pudiese asimilar lo que estaba a punto de ocurrir entre ellos con tal de que no la rechazara, como había sucedido en las anteriores ocasiones en cuanto sus inseguridades hicieron acto de presencia. A ella no le preocupaban esos *pequeños* detalles que a él tanto le inquietaban: la edad no le suponía un problema, la unión de sus mundos significaba romper con toda la mentira que la rodeaba y aquella solitaria habitación le daba la oportunidad idónea de empezar algo auténtico con alguien real. Le sacó la camiseta por la cabeza y sus ojos danzaron hambrientos por el pecho masculino, que por primera vez se descubría ante ella. Lo recorrió con las yemas de los dedos, disfrutando de la firmeza de su constitución atlética y del suave tacto del escaso pelo que lo cubría, y deslizó el índice por su estómago delineando la fina línea de vello abdominal que descendía desde su ombligo hasta ocultarse bajo aquella fea prenda de uniforme que vestía. Tragó saliva al rozarle el terso vientre y él se tensó por el cálido contacto, pero sus ojos se mantuvieron fijos en los de él mientras desabrochaba el botón y bajaba la cremallera del horrible pantalón.

Vio el temor danzar en los iris azules oscuros, aunque también una determinación que antes no estaba ahí y que le resultó inquietante y atrayente a partes iguales.

—Tengo que quitarme las botas de currar o esta mierda no saldrá de ningún modo —comentó él con la voz enronquecida.

Silvia no pudo disimular una sonrisa; envidiaba su manera abierta de

expresarse, siempre tan clara. Darío no se preocupaba en hacer ningún recorrido por esa sucesión de filtros infinitos por los que a ella le habían hecho creer que debían pasar las palabras antes de ser pronunciadas. Dirigió la vista a su calzado, deteniéndose un segundo de más en la abultada silueta que se marcaba bajo su bóxer de licra negro, y se arrodilló. Desa-

nudó los cordones de las botas, evitando que sus ojos se desviasen hacia el saliente que había más arriba, y apenas le hubo quitado el pesado calzado y los calcetines, tiró con fuerza de las perneras de los pantalones hasta que quedaron arrugados en los tobillos de Darío, que en dos puntapiés se libró de ellos.

Él seguía con la mirada los movimientos que realizaba Silvia, que, tras ayudarle a deshacerse de su ropa, le rodeó con las manos los gemelos y las arrastró en ascenso por la parte posterior de sus piernas. Aspiró aire entre dientes cuando sintió que ella amoldaba los dedos a sus glúteos con un ligero apretón. En respuesta, él deslizó las palmas de sus manos por el contorno de la cintura femenina hasta alcanzar la base de su espalda y, sin dejar de mirarla a los ojos, recorrió su columna buscando el cierre del sujetador. Desabrochó el único enganche con el que contaba la prenda y contempló fascinado cómo se escurría por sus brazos a cámara lenta. La visión completa de sus pechos firmes y redondos le secó el paladar y tuvo que humedecerse los labios. Era más bonita de lo que había imaginado, y la había imaginado desnuda un centenar de veces.

—Puedes tocarme —musitó ella consiguiendo que él elevase la vista.

Pero en ese movimiento las pupilas de Darío se desviaron una milésima de segundo a la puerta que había tras ella.

Silvia percibió la pequeña corriente de indecisión que lo atravesó, el debate interno que empezaba a tener lugar en su mente sobre lo apropiado o no de aquella situación, y en una maniobra de distracción a la desesperada, le tomó las manos y las llevó hasta su pecho.

—Siente. Solo siente, por favor.

Darío se quedó anclado en sus ojos, percibiendo de mil formas distintas la suavidad de la tierna carne que cubría con sus castigadas manos. Su mente se vació de prejuicios; ante todo era un hombre, con anhelos y necesidades, y tenía delante a una mujer preciosa que quería entregarse a él sin condiciones. Se separó un paso de ella para admirarla de arriba abajo, sin retirar sus manos de donde querían estar. Trazó con los pulgares la circunferencia de sus pezones y, al sentir cómo se endurecían, exhaló con brusquedad. Silvia tenía

unas tetas de escándalo, la cintura estrecha y unas caderas generosas, y cómo y de qué manera le gustaba aquel conjunto, joder. No había duda de que ese cuerpo no era el de una niña, por mucho que una vocecilla interna se empeñase en recordarle lo contrario, y esas benditas curvas lo estaban poniendo realmente malo. ¡Qué demonios! Estaba deseoso de hacerlo con ella, de estrujarla contra su excitado cuerpo y saborearle la piel. Moldeó su pecho, apretando los dedos alrededor de la blanda carne quizá con algo de brusquedad, pero es que su deseo había llegado a un nivel insoportable.

Un suave gemido escapó de los labios de Silvia, que al ignorar que la capacidad de raciocinio de la que siempre presumió Darío acababa de irse al traste, dejó caer la cabeza hacia atrás exponiendo la curva de su cuello a un irrefrenable instinto que ni él sabía que poseía.

Con la cordura del todo perdida, Darío hundió la nariz en su garganta: loco por inspirar el aroma de su piel, por descubrir a qué sabía, por absorber su esencia con cada uno de sus sentidos.

El silencio que envolvía la estancia fue interrumpido por un aumento progresivo de sus respiraciones, cada vez más aceleradas, y por el rumor desacompañado y continuo de la fricción de sus ávidas bocas.

Se tumbaron sobre la alfombra de colores apagados que decoraba el centro de la habitación y continuaron descubriéndose como hombre y mujer. Atrás quedaron sus edades dispares, la soberbia y humildad que representaban a sus dos mundos desiguales, el espacio y el tiempo a los que en ese instante pertenecían. Todo quedó anulado por la fuerza de sus corazones latiendo a la par.

En cuanto se desprendieron de la última prenda que los cubría, Darío se recostó de espaldas sobre la alfombra, alargó el brazo cuanto pudo hasta dar con sus pantalones, y extrajo de uno de los bolsillos su cartera. Sacó un preservativo de esta y sus ojos buscaron los de Silvia.

No hubo necesidad de palabras; la decisión estaba escrita en sus miradas.

Tras enfundarse el preservativo, Silvia se colocó a horcajadas sobre él, alzó las caderas y acto seguido descendió lentamente hasta acogerlo en su interior.

Sus párpados se cerraron en cuanto se sintieron parte del otro.

Ella comenzó a mecerse, guiada por las manos masculinas que a cada segundo le exigían más rapidez. Se quedó absorta observando cómo se contraían los músculos del pecho de Darío al elevar la pelvis para ir a su encuentro.



Clavándole los dedos en la carne, él la incitó a ir más deprisa al notar la llegada de esa primera ráfaga de corrientes que precede al orgasmo, pero es que la visión de esa nueva Silvia, jadeante y desinhibida, lo estaba aniquilando en el mejor de los sentidos. La chica se tensó, arqueó la espalda, agarrada a sus antebrazos, y dejó ir un gemido prolongado al alcanzar su clímax. Fue en ese instante que Darío experimentó el aumento creciente de electricidad en su cuerpo y, ciñéndose con firmeza a su cintura, empujó con vehemencia hasta ser atravesado por el mejor orgasmo que había experimentado en años.

Sin apenas fuerzas, Silvia cayó desmadejada entre sus brazos, cerró los ojos y disfrutó de la mezcla de olores que emanaban de él: una suave fragancia a colonia masculina unida a trazos leves de sudor y sexo. Aspiró en profundidad, enamorándose también de esa esencia que le pertenecía, y se apretó más a su duro cuerpo.

—Ha sido perfecto —susurró con miles de sensaciones a flor de piel.

—Sí que lo ha sido —declaró Darío con voz ronca—. Todo.

Ambos ignoraban que ese acto *perfecto* que acababan de culminar había supuesto el punto de encuentro entre dos almas rotas, durante años abocadas a la soledad, que ahora se resistirían a tomar caminos distintos.

Apoyando la barbilla en su pecho, Silvia lo miró a través de las pestañas. Sin duda era un hombre muy guapo, aunque le constaba que lo más valioso de él se hallaba en su interior.

—Me gustas mucho —proclamó sin poder evitarlo.

Una sonrisa afloró en sus labios al verle fruncir el ceño.

—No sé si mucho o poco, pero para estar como estamos algo tengo que gustarte.

—Mucho, te lo he repetido mil veces.

Él dudó de si sería buena idea confesarle abiertamente lo que le pasaba, claudicar a favor de lo que empezaba a sentir.

—Tú sí que me gustas, joder —terminó admitiendo con una mueca de derrota.

La sonrisa de Silvia se ensanchó al oírlo exteriorizar sus sentimientos, si bien sonó más a tortura que a otra cosa.

—Me alegro de gustarte.

Esta vez fue una mueca triste la que se pintó en el rostro de Darío.

—No sonreirías si supieras lo que me cuesta aceptar esto que me pasa contigo. —Le recogió un mechón de pelo tras la oreja—. Eres la primera

chica en muchos años con la que me gustaría tener algo más que sexo. Y me da miedo, ¿sabes? Porque no sé qué ni cuánto significa para ti lo que hemos hecho. —Expulsó el aire por la nariz—. Mira, yo no tengo ni edad ni fuerzas para perder el tiempo, y me acojona la idea de enamorarme y no poder aspirar a algo más. Tengo la sensación de que nunca podremos tenernos de verdad, por mucho que yo te guste o que tú me gustes a mí —soltó con impotencia.

—Te equivocas —le rebatió ella, besándole dulcemente en los labios—. Esto es un comienzo sin fecha de caducidad. Sé que te gusto, Darío, y por ahora me conformo con eso. La diferencia es que a mí no solo me gustas físicamente... Yo me he enamorado de ti, y estoy dispuesta a luchar porque funcione.

Se sorprendió por la convicción que Silvia había depositado en aquellas palabras, aunque estaba seguro de que tarde o temprano terminaría llevándoselas el viento. Él era consciente de todo lo que les separaba, sin embargo, guardó silencio para no hacer añicos sus expectativas de adolescente. A Silvia aún le quedaban muchos palos por recibir de la vida, pero no sería él quien le dijese hasta qué punto les merecía la pena luchar contra un imposible.

—Ya se verá con el tiempo —susurró antes de devolverle el beso.

Se sonreían como dos chiquillos mientras vestían la desnudez de sus cuerpos. No se lo confesaron, pero ni ella se arrepentía de haber boicoteado su trabajo ni él estaba ya cabreado porque lo hubiese hecho; es más, ahora lo agradecía.

Con la blusa aún desabotonada, posó las manos en el firme pecho de Darío.

—No desaparezcas, por favor.

—No creo que llegados a este punto pueda hacerlo —contestó resignado, mirándola fijamente a los ojos y deslizando los dedos por su cabello.

Sus bocas se buscaron sin pensarlo.

Sus cuerpos se aproximaron sin remedio.

Sus párpados se cerraron en cuanto respiraron del aliento del otro.

Tenían los sentidos tan colapsados en ese momento que quizá por eso no escucharon el clic de la puerta al abrirse.

—¡Dios Santo! Pe-Peró ¿qué significa esto?

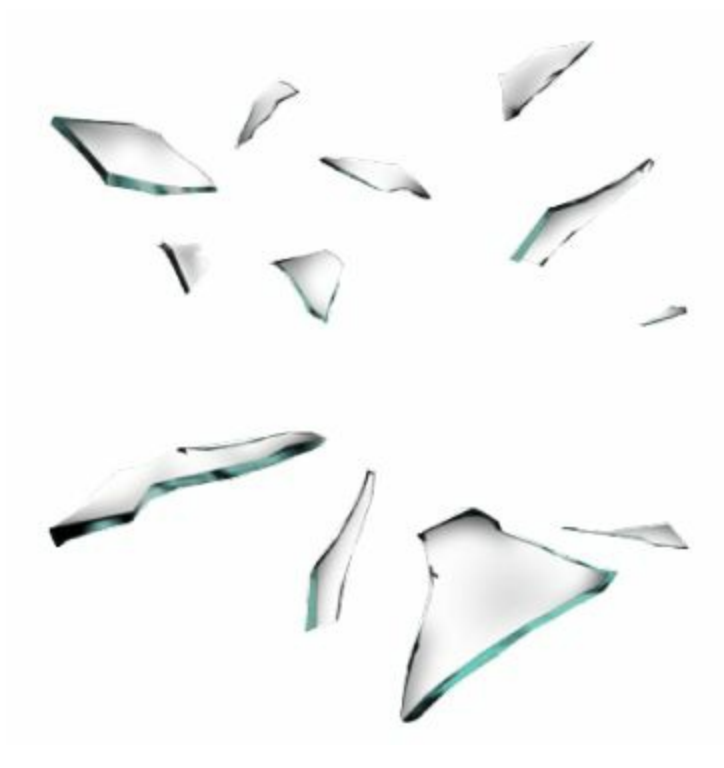
Darío soltó a Silvia y se giró hacia la voz, notando cómo la bilis le subía por la garganta.

«Mierda, mierda, mierda», maldijo para sí. La había jodido a lo grande por dejarse llevar de ese modo.

Observó con horror la expresión censuradora que había plasmada en aquel rostro y tuvo la certeza de que todos los años que había invertido en su trabajo acababan de irse a la mierda. En un maldito segundo había pasado de sentirse en el cielo a verse estampado de cara contra el duro suelo.

Se volvió hacia Silvia, que a su vez miraba fijamente a la persona parada en la puerta, y sintió cómo la desazón crecía en su interior. Y no solo por el hecho de que los hubiesen pillado, que ya era una putada considerable e iba a traerle problemas, lo que lo descolocó de verdad fue ver la sonrisa, mitad insolente, mitad maliciosa, que dibujaba la chica. Una sonrisa que hablaba por sí misma de sublevación, de desobediencia y rebeldía. Una jodida sonrisa preciosa, en una cara endiabladamente bonita, que iba a hacer que él pagase todas las consecuencias.

«Mierda —maldijo de nuevo—. Esto te pasa por pensar con la polla, idiota».



## *Cargar con el pasado*

*«Las cicatrices tienen el extraño poder de recordarnos que nuestro pasado es real».*

Cormac MacCarthy



# 1

## El reflejo de una sonrisa

*10 de septiembre de 2008*

Siempre le encantó la palabra *nuevo*: *nuevo* vestido, *nuevo* regalo, *nuevo* sobresaliente en matemáticas, *nuevo* cumpleaños. Lo disfrutaba. Lo vivía al máximo. El término *nuevo* significaba felicidad.

Pero no aquel día.

Aquel día el concepto de esa palabra despertaba en ella todo lo contrario a lo que había experimentado anteriormente. Lo sufría. No tenía ganas de vivirlo. Le hacía estar triste, sentirse mal.

Por temas laborales, su padre tomó la decisión de cambiar de residencia sin consultarle y, de un día para otro, se vio arrastrada a aquel *nuevo* lugar. Ella no había pedido ese cambio, no quería que la apartasen de sus amigos, de su antigua vida y de todo cuanto conocía, pero su opinión nunca se tomaba en cuenta.

Llevaba dos semanas en la ciudad y había llegado el momento de que se enfrentase sola a todo lo que implicaba ahora la palabra *nuevo*: *nuevo* colegio, *nuevo* curso, *nuevas* amistades; en general, *nuevo* comienzo. Su padre la había convertido en algo *novedoso* para todos.

Se sentó en uno de los pupitres de la segunda fila, el que pegaba a la pared, y colgó la mochila en el respaldo de la silla al oír el sonido del timbre que daba comienzo a las clases. Miró a su alrededor, sintiéndose fuera de lugar, y suspiró con pesar apoyando los codos en la mesa mientras observaba cómo sus *nuevos* compañeros ocupaban el aula. El momento que tanto temía había llegado: su primer día en el tercer curso de un colegio enorme de

pasillos laberínticos con gente extraña y un uniforme de lo más horrible.

—Hola, ¿cómo te llamas?

Giró el cuello y centró la vista en la niña de tirabuzones rubios que tenía a su izquierda. Esta le sonreía y ella intentó copiarla, sintiendo una tensa tirantez en sus redondas mejillas.

—Yo soy Dani —continuó diciendo la niña—, de Daniela. Y tú eres la nueva.

*Nueva.* Aquella rubia la observaba del mismo modo que hacía ella el retirar la envoltura de colores de cualquier regalo.

Asintió despacio y volvió a mirar al frente, donde su tutora pasaba lista.

—Silvia Haro. —Escuchó—. Haro. Silvia Haro —repitió la profesora mirando en derredor.

Al levantar la mano todas las miradas se clavaron en ella.



—¿Por qué estás sola?

Silvia se encogió de hombros sin saber muy bien qué contestar. Se encontraba sentada en una de las esquinas del rectangular patio, esperando a que finalizase el aburrido recreo.

—Porque no conozco a nadie —se limitó a decir.

—Eso es mentira, me conoces a mí. Soy Dani, ¿te acuerdas? Estamos juntas en clase.

Por supuesto que se acordaba. ¡Cómo olvidarlo cuando no había hecho otra cosa que hablarle mientras la profesora explicaba!

—Sí, me acuerdo de ti. Hablas mucho.

Daniela sonrió con picardía.

—Eso le dice la maestra a mi madre, que soy muy habladora.

—¿Y te castigan?

—¡No! Mi madre habla más que yo. Dice que lo llevo en los genes.

—¿Qué son los genes?

—Algo que hay dentro del cuerpo; como la sangre, pero que no se puede ver.

—¿Y también son rojos?

A Silvia le encantaba ese color; era su preferido.

Daniela arrugó las comisuras de los ojos y se llevó el índice a los labios.

—No lo sé. Luego le preguntaré a mamá y mañana te lo digo.

Se despidió con los dedos y se fue dando saltitos y cantando algo que Silvia nunca había escuchado. Ella clavó de nuevo la mirada en el suelo, contando mentalmente los minutos que faltaban para que terminase el recreo.

Un balón rodó hasta chocar con sus piernas.

—¡Chica Nueva, pásame la pelota!

El niño que le hablaba a voces era mayor, de al menos tres cursos por encima del suyo. Llevaba el pantalón gris del uniforme sucio y los faldones de la camisa por fuera. No tenía puesta la corbata como los demás chicos ni el pelo peinado, aunque parecía no importarle.

—¿Es que estás sorda? Lánzame ya el balón.

A Silvia le tembló la barbilla; aquel chico era sin duda alguien a quien evitar en el colegio. Su aspecto no era el adecuado y su forma de hablar tampoco, por lo que pensó que debía ser problemático, y su padre le decía siempre que se alejase de los problemas. Pero él la había visto, le había pedido que hiciese algo y ella no se había inmutado. Permaneció inmóvil viendo cómo se acercaba al lugar donde estaba tranquilamente sentada, y al situarse delante de ella, comprobó que la observaba con cara de enfado, de modo que, en un intento de no meterse en apuros el primer día, recogió el balón y se puso en pie con los brazos extendidos, ofreciéndoselo. Iba a hacerle caso a papá. Iba a evitar a toda costa cualquier conflicto.

—Perdona, no sabía que me hablabas a mí —mintió.

Llevaba un tiempo que le resultaba bastante fácil hacerlo.

—¿Acaso ves alguna otra nueva por aquí? —replicó él con sus rubias cejas muy juntas.

—No sé si hay alguien más nuevo además de mí. Es mi primer día en el cole y no conozco a nadie —se defendió.

—Eso es mentira. —Otra vez la niña habladora—. Me conoces a mí.

Ambos se giraron hacia la voz. El chico bufó exasperado, le arrancó el balón de las manos y se dio la vuelta, alejándose de allí.

—¿Lo conoces? —preguntó Silvia a Dani.

La rubia la miró como si le hubiese hecho una pregunta muy estúpida.

—¡Claro que lo conozco! Es Nico y tiene muy malas pulgas, por eso me he acercado.

—Parece un niño malo, y creo que es un poco tonto.

—¿Por qué?!

Dani parecía sorprendida.

—Porque si fuera listo, no llevaría la ropa así. —Lo señaló con un movimiento de la mano—. La apariencia es muy importante.

—¿Por qué?

Ahora su rostro expresaba confusión.

—Porque lo dice mi padre —contestó ella con rotundidad.

—¡Ah, vale! Pues luego se lo diré.

A Silvia se le descompuso la cara.

—¿Vas a chivarte?! ¡No puedes decírselo! Me cogerá manía y la tomará conmigo.

—No cuando sepa que ahora eres mi mejor amiga.

La cogió de la mano y la arrastró contra su voluntad al otro extremo del patio donde dos niñas de su misma clase la esperaban.

—¿Y eso por qué le va a importar a él?

Dani se detuvo y le dedicó una preciosa sonrisa.

—Porque, aunque tenga muy malas pulgas, es mi mejor amigo y me quiere.

—¿Y por qué tienes a un chico tan tonto de mejor amigo?

Silvia no llegaba a entenderla, para ella lo normal era no hacer amistades con alguien que la pudiese meter en problemas y mucho menos llamar «mejor amigo» a ese alguien.

—Porque Nicolás es mi hermano mayor.

Sus ojos se abrieron como platos. Tendría que haberle hecho caso a su tata y estar callada hasta saber de los que asistían a su nueva escuela.

«No digas lo que piensas, mi niña. Observa a todo el mundo en estos primeros días. Observar es muy importante y, si prestas atención, sabrás muy pronto a qué niños debes acercarte y a cuáles no».

Pero ella no había hecho caso, no había prestado atención ni se había mantenido callada, y por eso acababa de meterse en el primer lío. En cuanto ese chico se enterase de lo que pensaba de él, le haría la vida imposible, y su vida, desde hacía dos semanas, era un auténtico horror.



—¿Por qué piensas que soy tonto?

Los macarrones que ese día había de menú en el comedor escolar se le atragantaron al escucharle.



—La vas a asustar —lo reprendió Dani, que comía junto a ella.

—No quiero asustarla, solo que me explique por qué le parezco tonto.

Silvia lo miró con recelo. Su nueva amiga la había informado de que su hermano cursaba sexto por segunda vez. ¡Él estaba repitiendo el último curso de primaria!, una etapa que según su padre se podía sacar con matrícula de honor sin apenas esfuerzo. ¡¿En serio le estaba pidiendo que le explicase por qué le parecía tonto?! Cabeceó sin darse cuenta, por lo absurdo de su pregunta, y él entornó los ojos.

—Déjala en paz o se lo diré a mamá —lo amenazó Dani.

Ella conocía bien a su hermano y los gestos que este solía usar cuando trataba de intimidar a alguien.

—No vas a decirle nada porque no estoy haciendo nada malo.

—La estás asustando.

—¿A que no te asusto, Chica Nueva? —Sonrió de lado, consiguiendo que su expresión fuese incluso más amenazante.

Silvia lo observó durante unos segundos. Ahora que se fijaba veía claramente el parecido entre Daniela y él: el cabello del mismo tono ru-

bio, los ojos de un color verde oscuro e idéntica sonrisa; bastante bonita, por cierto.

Decidió decirle una verdad a medias. No quería verlo aún más enfadado y a la vez deseaba que la dejase en tranquila.

—Me llamo Silvia, no «Chica Nueva», y no me das ningún miedo. —Se envalentonó—. Si he dicho que me parecías tonto, es por cómo me has hablado y por... por... Porque no vas correctamente vestido y solo alguien que no sea muy listo se buscaría un problema por no llevar la camisa dentro de los pantalones.

La sonrisa de Nicolás se amplió, pero tenía un trasfondo perverso. No era como la de su hermana, aunque se le pareciese.

—Escúchame bien, Chica Nueva. Si vuelvo a enterarme de que me insultas, haré que te arrepientas. Y me dará lo mismo que seas una mocosa o que tu cara bonita quede toda llena de sangre.

Silvia se levantó y salió corriendo del comedor; había sido una pésima idea decirle aquello. Se tenía que haber limitado a pedirle disculpas sin referirle nada de lo que pensaba de él, y gracias a que solo había confesado la mitad de lo que realmente tenía en la cabeza y no lo había soltado todo.

Lo último que escuchó en su precipitada huida fue a Dani amenazando a Nicolás con que esa misma tarde se chivaría a su madre. Se encerró en uno de

los cubículos del baño y se pasó el tiempo restante de la hora que tenían para comer sentada sobre la tapa de inodoro, temblando de miedo.



—¿Qué tal tu primer día, mi niña?

Silvia se abrazó con fuerza a la cintura de su tata y se echó a llorar. Llevaba aguantándose todo el día porque su padre le había dicho en muchas ocasiones que no mostrase sus debilidades ante los demás. ¡Pero era tan difícil! Tan solo tenía siete años y él pretendía que actuase como una persona adulta. Nunca le había importado pasar sus tardes ocupada entre los deberes del colegio, el profesor de solfeo y las clases de tenis con tal de que se sintiese orgulloso de ella, aunque al parecer todo lo que hacía era insuficiente. Sabía que a él le molestaba que perdiese el tiempo con cosas de críos, y únicamente le estaba permitido entrar al cuarto de juegos un rato los fines de semana. Sí, Silvia tenía casi todas las muñecas que había en el mercado colocadas en una gran estantería, y en esos momentos se sentía como una de ellas, siempre perfecta exteriormente e igual de vacía si abrías y mirabas en el interior.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿por qué estás así?

—No me gusta ese cole, tata. No me gusta esta casa ni esta ciudad. Quiero irme de aquí.

Isabel le acarició la cabeza con ternura. Ella había criado a Silvia, la quería tanto que sufría en sus propias carnes lo que a esta le pasara, pero tenía que hacerla entrar en razón antes de que su padre llegara y las pillase de ese modo. Se jugaba mucho cada vez que consentía a la niña, sin embargo, era algo a lo que ni quería ni podía poner remedio.

—Todos los comienzos son difíciles. Este solo ha sido un mal día, ya verás como a partir de ahora, los que vengan serán mejores y en poco tiempo tendrás nuevas amigas. Antes de que te des cuenta te encantará ese colegio y sentirás esta casa como tu hogar.

—Creo que ya tengo una amiga. Se llama Dani, y hoy me ha defendido de un niño.

La mujer sonrió con dulzura, le acunó la cara entre las manos e hizo que la mirase.

—¿Y qué te ha hecho ese niño para que tuviera que defenderte?

—Me ha dicho que si vuelvo a insultarlo me arrepentiré. —Silvia hizo un gracioso mohín de disgusto con la boca—. Le dije tonto y Dani se lo chivó.

—¿Por qué hizo eso?!

—Porque Nico es su hermano —confesó con pesar—. ¿Sabes qué me ha dicho? Que la próxima vez que lo insulte le dará lo mismo que mi cara bonita esté llena de sangre. Lo raro es que me lo ha dicho sonriendo, aunque era una sonrisa muy, muy fea.

Isabel se rio.

—¡Ay, mi niña, cuánto te queda por aprender de la vida! Ese niño no va a pegarte.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los niños abusones no avisan, se limitan a acosar al creerse superiores a los demás, y tampoco sonríen cuando tratan de atemorizar a alguien —le explicó—. Piensa en cómo se habrá sentido él cuando le has llamado tonto. Seguro que no le ha gustado nada. Lo que te ha dicho, esas palabras que ves como una amenaza, ha sido su forma de decirte que no lo juzgues sin conocerlo. Y como tú eres una niña muy inteligente, vas a demostrarle que no solo tienes una cara bonita, sino que tu interior es igual de hermoso.

—¿Y cómo se lo demuestro?

—Dejándote conocer y conociéndolo tú también. Lo primero que debes hacer es disculparte con sinceridad, y antes de que te des cuenta, ese niño habrá pasado de ser una amenaza a convertirse en tu mejor aliado. Ahora ve arriba y lávate la cara antes de que aparezca tu padre y te vea así. Está a punto de llegar y no le gustará que estés llorando.

—Papá dice que nunca hay que mostrar nuestras debilidades ante nadie —comentó arrastrando los pies escaleras arriba—. ¿Eso es verdad, tata?

Isabel asintió. Ella era un ejemplo perfecto de esa frase.

Silvia se vio obligada a arrinconar la tristeza que la embargaba hasta después de la cena. Cada vez le costaba menos desempeñar aquel papel que se había propuesto interpretar en su cotidiana vida. Cada día le era más fácil mentir, aparentar ser la niña que su padre quería que fuese, si bien, con cada actuación magistral se alejaba un poco más de quien realmente era.

Sin ir más lejos, aquella misma noche tuvo que interpretar el mejor papel de su vida al enterarse de los verdaderos motivos por los que su padre la había arrancado tan precipitadamente de su ciudad natal. Durante toda la velada mantuvo su ensayada sonrisa cuando lo que de verdad le apetecía era

echarse a llorar. Contestó a las preguntas que su padre le hizo, diciendo justo lo que él esperaba oír y callando lo que en realidad pensaba de todo aquello. Se retiró a su habitación en cuanto tuvo

permiso, aguantándose las ganas de salir corriendo y esconderse donde nadie pudiese encontrarla. Cuando su tata fue a desearle las buenas noches tenía el rostro cubierto por la misma sombra de tristeza que cubría el de Silvia, pues aquella noticia era tan mala para la pequeña como lo era para ella.

Esa fue la noche en la que Silvia perdió el último reflejo que quedaba de su sonrisa infantil. Ahora más que nunca tendría que ser cuidadosa e interpretar bien su papel si quería mantener intacta su insignificante vida. Ahora más que nunca tendría que ser lista si quería conseguir cuanto se propusiese.

*Esa misma noche en el extremo opuesto de la ciudad*

Observaba embobado el movimiento susurrante de sus labios mientras le hablaba. Tan cerca se encontraban, que tomaba el oxígeno directamente de su aliento mentolado al tiempo que su cuerpo se estremecía con los trazos circulares que ella realizaba con sus delicados dedos a lo largo de su brazo, tan sumamente suaves que temía estar soñándolos. Estaba tan acostumbrado a los golpes que la sensación provocada por aquellas caricias le resultaba nueva. Los moratones que tenía en su espalda eran recorridos por miles de escalofríos que le ponían la carne de gallina a la vez que adormecían el dolor, si bien los cuatro impactos producidos por la hebilla del cinturón continuaban palpitantes. Pero él había aprendido a no lamentarse; las constantes palizas lo habían endurecido y las consecuencias de estas formaban parte de su ser. Por eso la chica, al conocer todo sobre su vida, lo rozaba casi con miedo, aunque él hacía años que no sabía qué era el temor. O al menos eso pensaba hasta aquel momento, en el que su cuerpo se agitó cobardemente bajo el tacto de esas manos que le recorrían la piel de una forma muy diferente a la que tenía aprendida.

A un tiempo se inclinaron buscando la boca del otro y por fin él pudo apreciar en la punta de la lengua el grosor y la textura de esos labios con los que cientos de veces se había permitido soñar.

El corte que tenía en la comisura derecha le escoció cuando la dejó adentrarse en su boca, lo que no le impidió profundizar aquel beso que llevaba

deseando durante tanto tiempo. Cerró los ojos y se permitió disfrutar de lo que ese simple contacto causaba a su cuerpo, despertando tantas sensaciones en él que se sintió al borde del colapso. Aquel beso era el escondite perfecto donde poder mostrarse como realmente era, donde ocultar la falsa fortaleza que siempre mostraba ante los demás. Y es que ella era perfecta y cálida; cálida y perfecta, algo bueno en su vida por lo que seguir luchando y no dejarse vencer. Porque por un beso suyo merecía la pena vivir en la oscuridad un día más.

La abrazó por la cintura, pegándola a su cuerpo, hasta que notó contra el pecho los latidos de su enérgico corazón. Ella le rodeó el cuello con los brazos, besándolo tan intensamente que parecía querer beberse su dolor, consiguiendo que él sintiese como fuego la zona de la nuca que le acariciaba con las yemas de los dedos.

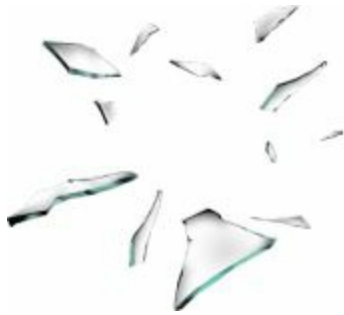
Cuando se separaron, el chico se adentró en aquellos ojos marrones que le habían robado el alma y se dejó arrastrar a sus profundidades sin temor a ahogarse en ellas.

La chica se perdió en el azul intenso de aquellas dos esferas que la observaban, que eran del mismo tono que esa noche vestía el cielo.

—Felicidades, Darío.

Un beso cargado de amor y promesas fue el regalo que Rebeca le había hecho al cumplir los veinte años. El mejor regalo que había recibido en toda su vida.

Sí, estaba enamorado hasta los huesos de la chica Reyes y la sonrisa que iluminó su rostro en aquel instante era un reflejo visible de la felicidad que sentía. Después de mucho tiempo la sonrisa de Darío por fin asomó a sus ojos y fue tan espectacular que hasta las estrellas del firmamento parecieron apagarse por el brillo que esta desprendía.



## 2

### Los Haro

*Finales de febrero de 2018*

—Buenos días.

Dejé de observar el inmenso jardín y me volví hacia la puerta.

—Buenos días, señora. Me envían de Climatizaciones Romera para el tema de la instalación.

—Pase, pase. El señor Haro le está esperando.

Me restregué las plantas de las botas en el felpudo antes de dar un paso al interior del chalé. Estaba seguro de no haber pisado ninguna mierda por el camino, más cuando me había desplazado hasta allí en la furgoneta, pero verme reflejado en ese suelo impoluto hizo que quisiera tener las suelas bien limpias y no sabía por qué. Quizá fuese el impacto que me había causado el lugar en el que iba a trabajar las próximas semanas; el sitio rezumaba riqueza por los cuatro costados y ni yo ni mi deteriorado calzado encajábamos allí.

Eché un vistazo a mi alrededor mientras seguía a la mujer que me había abierto y fui incapaz de contener un silbido.

—No te dejes impresionar ni por la casa ni por su dueño.

Centré mi atención en ella y las comisuras de mis labios se elevaron imperceptiblemente. Ya me caía bien. Y no por las palabras que había dicho, sino por la sincera sonrisa que me dedicaba en ese momento suma-da al puntito de complicidad que manaba de sus expresivos ojos. Ella tampoco pertenecía a ese mundo, simplemente se adaptaba a las circunstancias como tendría que hacer yo.

—No se preocupe, me he criado en un ambiente complicado y no me dejo

impresionar con facilidad ni por los lugares pomposos —me acerqué a su rostro ofreciéndole mi mejor sonrisa—, ni por la gente con dinero.

Soltó una risilla por mi contestación; a continuación, adoptó un rictus serio y llamó con los nudillos a una puerta de madera maciza.

—Señor Haro, el técnico que va a cambiar la instalación está aquí —informó al tiempo que abría sin esperar a que le diesen permiso.

—Hazlo entrar.

Ella se apartó a un lateral dejándome espacio. Al pasar por su lado vi que me hacía un guiño cómplice y tuve la sensación de que trataba de infundirme algo de tranquilidad, por lo que no pude evitar preguntarme cuál sería el motivo.

Me quedó claro al instante. Una vez dentro hice un rápido escaneo al lugar. ¡¿Aquello era un despacho?! ¡Joder, si esa sola habitación tenía más metros que mi propia casa! Me detuve en el centro de la estancia esperando a que el tipo que tenía la nariz pegada a un montón de papeles alzara la cabeza.

No lo hizo.

Ni se dignó a mirarme.

—Ahora Isabel le mostrará la casa, ya que doy por hecho que su jefe lo ha puesto al corriente de qué hay que hacer y querrá ponerse a ello a la mayor brevedad posible.

—No se preocupe, empezaré desmontando el equipo viejo esta misma tarde y en cuanto revise los conductos de la preinstalación, pediré que me traigan el nuevo modelo. No creo que me lleve mucho tiempo...

—Los detalles no me interesan, así que no le entretengo más para que pueda comenzar.

La prepotencia de ese tío me hizo hervir la sangre de tal modo que estuve tentado de abandonar el trabajo y largarme de allí. Pero no podía hacerlo.

—De acuerdo —contesté con sequedad.

Le di la espalda sin despedirme y salí por la puerta.

Isabel, que así era como había nombrado ese idiota a la mujer que me había recibido, esperaba fuera. Cuando la miré a los ojos, vi traslucir en los suyos una disculpa que ni de lejos le correspondía.

La seguí al interior, deteniéndome cuando ella lo hacía para que me mostrara las habitaciones.

—Es así con todo el mundo, no lo tomes como algo personal.

—Pues permítame que le diga que es un gilipollas —solté a modo de desahogo sin meditarlo siquiera—. Si fuese algo personal, entendería que me

hubiese hablado así. Pero no me conoce en absoluto para que me haya tratado como a un perro. A mí me pagan por dar un servicio, no para aguantar humillaciones de nadie.

—Lo siento mucho.

Agachó la cabeza, avergonzada, y me reprendí interiormente por haber sido tan brusco cuando ella no tenía la culpa de que su jefe fuera un imbécil.

—No, el que lo siente soy yo. A veces no pienso lo que digo y me dejo llevar. Mis palabras no iban dirigidas a usted. Perdóneme por hablarle en ese tono.

Su expresión se suavizó.

—Disculpas aceptadas. ¿Cómo te llamas?

—Darío.

—Bien, Darío, como habrás imaginado, yo soy Isabel. A secas. — Arrugué las cejas y en respuesta dejó ir una risilla con sonido de cascabeles —. Y no, «a secas» no es mi apellido. Lo que quiero es que dejes de llamarme de usted y me tutees, porque yo pienso tutearte a ti.

Asentí al comprender lo en contra que también estaba ella de las barreras sociales. Esa fue su forma de hacérmelo entender, de decirme que en su presencia no me hacía falta ningún tipo de formalismo.

—Bueno, yo ya no puedo ayudarte más por el momento —comentó en cuanto hubo terminado de enseñarme cada una de las habitaciones del inmenso chalé—. Lo que sí puedo hacer es invitarte a un tentempié. El señor Haro se marchará en una media hora, así que ven luego a la cocina. Hay refrescos y bizcocho recién hecho.

—Agradezco la invitación, pero soy más de cerveza y pincho de tortilla.

Tuve que reírme al verla lanzar la cabeza hacia atrás en una carcajada.

—Mensaje recibido. Ahora mismo te preparo una buena tortilla de patatas. Recuerda, en media hora más o menos, si no te la comerás fría.

Abrí los ojos como platos. ¿Hablaban en serio?

—No hace falta, Isabel, solo era una broma. Un trozo de bizcocho estará bien.

—No, si piensas acompañarlo con una cerveza.

Y tras otro guiño, desapareció escaleras abajo, camino de la cocina, dejándome con la duda de si ella también bromeaba.





—Bueno, ¿qué me dices?

—¿Sinceramente?

—Por supuesto.

Di un trago a la cerveza.

—Que está de cojones, y perdona la expresión. Mejor incluso que la que prepara mi hermana.

Casi me había zampado la mitad de la tortilla sin darme cuenta, pero es que había que reconocer que estaba de muerte.

—¿Vives con tu hermana?

—No, vivo solo. Lo que pasa es que su casa está a dos calles de la mía y claro, me acoplo cada vez que puedo con tal de comer caliente. Bueno, por eso y por ver a mi sobrina.

—¿Y cómo es que un hombre con tus encantos vive solo?

No me dio tiempo a contestarle, aunque en el fondo tampoco me apetecía.

—¡Hola, tata! —Una chica entró corriendo en la cocina, sin percatarse de mi presencia, y se abrazó al cuello de Isabel—. Dime que has hecho bizcocho. ¡Dímelo, dímelo, dímelo!

—Y una tortilla de patatas —la informó ella tras besarla en la frente—. Pero si no te das prisa, dudo que puedas probarla.

—¿Por qué? ¿Es que la «señora» de Haro está revoloteando por aquí?

Me resultó un tanto chocante el retintín que la cría usó para dirigirse a la dueña de la casa; claro que sabiendo como sabía ahora la *simpatía* que se gastaba el señor del lugar, tampoco era de extrañar que su esposa fuese igual.

—Cállate, Silvia —la regañó Isabel en un tono bajo—. Cualquiera día de estos te cogerán diciendo algo inapropiado y sufrirás las consecuencias.

—Me preocupa entre cero y menos tres que me oigan —replicó la chica, ganándose una mirada reprobatoria—. ¡Venga, tata, dime dónde escondes tu fabulosa tortilla!

—Querrás decir lo que queda de ella. Nuestro invitado ha dado buena cuenta de la mayor parte.

Isabel hizo un significativo gesto con las cejas en mi dirección y la chica se giró lentamente sobre sus pies hasta que su mirada topó con la mía.

—¿Preguntabas por esto? —Agarré el plato y lo alcé hacia ella, ofreciéndoselo—. Todo tuyo, yo estoy servido.

Lo tomó de mis manos con cierta desconfianza y echó un paso atrás.

Di el último trago a la cerveza sin despegar los ojos de ella. Tenía una cara preciosa y aquella cómica expresión de descolocada, que iba a caballo

entre el recelo y la incredulidad, me hizo desviar la mirada a sus labios entreabiertos.

—Ta-Tata, ¿quién es este?

—Él es Darío, mi niña, el técnico que va a montar la instalación nueva del aire.

—Y se ha... ¡¿Se ha comido mi tortilla?!

Nos miró alternativamente, agitando la cabeza contrariada, como si el haberme metido entre pecho y espalda media tortilla estuviese penado con la guillotina, lo que hizo que me irguiese en la silla y alzara el mentón, dispuesto a sacarla de su error. ¿Por quién me había tomado?, ¿por un caradura que entraba sin permiso en las cocinas ajenas a comerse la comida de los demás?

—Creo que te estás confundiendo. Isabel, con mucha amabilidad, me ha preparado esta tortilla. A mí —recalqué—. Y si dejas que te la termines es porque ya no me entra un bocado más, así que cógete una cerveza y disfruta antes de que me arrepienta.

Sus ojos me parecieron enormes cuando se abrieron por la sorpresa. Y bonitos. Jodidamente bonitos.

—Yo no bebo cerveza —balbuceé y tuve que sonreír.

—Eso que te pierdes. —Eché un ojo a la pantalla del móvil—. Mierda, se me ha hecho tarde y no me va a dar tiempo a terminar lo que tengo previsto. —Me levanté y me dirigí a Isabel—. Muchas gracias, la tortilla estaba de escándalo. —A continuación, me giré hacia la chica de ojos enormes—. Hasta otra...

—Silvia.

—Eso, Silvia.

Salí de la cocina y bajé al sótano a seguir desmontando una de las unidades interiores que tenía que sustituir.



—Hola otra vez... mmm... Darío.

Miré por encima del hombro a la chica que había conocido esa mañana, parada junto a la puerta del sótano.

—Qué pasa —contesté con un movimiento de cabeza.

—No, no, nada. No pasa nada. —El que no hubiese pillado mi forma de saludarla hizo que mi boca se curvase hacia un lado—. Es mi tata, que me

envía a que te pregunte si te apetece un café y un trozo de bizcocho.

Dejé las herramientas en el suelo y me eché una ojeada.

—Me encantaría... pero no, gracias. No estoy lo que se dice presentable para subir a la cocina.

Hice una mueca de disgusto; me apeteecía mucho ese café.

—Yo te veo...

—Todo sudado y hecho un asco, lo sé. Es lo que tiene estar currando en este agujero.

—Iba a decir que yo no te veo tan mal. Es cierto que estás un poco sudadillo; lo normal después de estar aquí todo el día.

—¿Un poco, dices? Mírame, tengo la camiseta empapada y llena de mierda. No puedo subir así.

Solo faltaba que me pillara el gilipollas de Haro con las pintas que llevaba deambulando por su impoluta casa.

—Claro que puedes.

—Paso. No tengo ganas de comerme un marrón —dije más para mí que para que ella lo escuchase—. Dale las gracias a Isabel de mi parte y dile que otra vez será.

—Bien, ya veo que no voy a convencerte. —Se quedó unos segundos pensativa—. No te muevas de aquí, ¿vale? Ahora vuelvo con una bandeja.

—No hace falta, de verdad.

—Te vendrá bien un descanso, además de que es obvio que te apetece ese café. Tardo cinco minutos, no desaparezcas.

Me fue imposible no sonreírle. ¿A dónde se suponía que iba a escaparme?

—Aquí te espero. Y, oye... —añadí—, ten cuidado no vaya a pillarte el capullo de Haro.

Sus cejas se arquearon y, gradualmente, una bonita sonrisa le cubrió el rostro.

—No te preocupes, nadie va a pillarme. Además, sé cómo manejar a mi padre.

—¿Cómo que tu padre?!

—Sí, ya sabes, el «capullo» de Haro —remató.

Apoyé las manos en las caderas, mirando al suelo y negando con pesar.

—Joder —me lamenté por mi metedura de pata—. Mira, Silvia, yo...

—Lo sé, quieres un café calentito. En unos minutos regreso.

Y se fue corriendo escaleras arriba sin dejar que me explicara.

—Mierda, mierda, mierda —gimoteé como un crío.

Si el desatinado comentario llegaba a oídos de ese tío y se quejaba a mi jefe, bien podía prepararme para firmar el finiquito.

No tardé en oír de nuevo sus pisadas. Entró al sótano sosteniendo una bandeja en la que reposaban dos tazas de café y un plato con varias porciones de bizcocho. La seguí con la mirada y vi que depositaba la bandeja en el suelo y a continuación se sentaba. Yo me quedé clavado en el sitio, sin saber qué decir ni cómo actuar tras la lindeza que había soltado sobre su padre.

—Siéntate, Darío, que esto se va a enfriar.

Hice lo que me pidió: me senté frente a ella, con las rodillas flexionadas y los brazos descansando sobre estas, y me quedé mirándola remover uno de los cafés.

—Lo siento —solté de golpe. Elevó la mirada, con las cejas arrugadas en un claro gesto de interrogación—. Lo que he dicho antes.

—No hace falta que te disculpes, sé bien cómo es mi padre e imagino que cuando lo has conocido, la amabilidad ha brillado por su ausencia. —Exhaló por la boca pausadamente—. No dejes que te afecte lo que te diga. Él es así, no sabe apreciar a la gente que tiene a su alrededor.

—Lo dices como si a ti también te tratase mal.

No pude resistirme. Yo conocía de primera mano lo que era convivir con una persona que te las hace pasar putas y, por lo que leía en sus ojos, esa niña no lo estaba pasando lo que se dice bien. La rabia y la pena me asaltaron a la vez. Rabia porque existiera gente que disfrutara pisoteando al prójimo y pena porque sabía que, si ese era su caso, no había nada que yo pudiese hacer.

—¿Y tu madre? —De pronto quise asegurarme de que Silvia tenía a su lado a alguien que la protegiera—. ¿A ella la trata igual?

—¿Mi madre?! —Dejó ir una risilla ahogada—. No la has conocido aún, ¿verdad? —Negué—. Pues cuando lo hagas, que lo harás, verás que es todavía peor.

—¿Por eso antes en la cocina ironizaste tanto al referirte a ella? ¿Tan dura es para que ni siquiera la nombres por *mamá*?

—Si vivieras bajo su techo, me entenderías. —Nos sonreímos—. Pero dejemos de hablar de mis padres que para un ratito que tengo de relax no me apetece tenerlos presentes en la conversación.

Aunque me intrigaba saber por qué una chica como ella parecía tan sola, respeté su deseo y cambié drásticamente de tema.

—Este bizcocho está de muerte, ¿no vas a comerte un pedazo?

—Ya me gustaría repetir, ya, pero no debo. —Elevé una ceja sin comprender y Silvia suspiró—. Tiendo a coger peso con facilidad y evito excederme con según qué alimentos. Además, antes me he cortado un buen trozo; no puedo resistirme a los dulces que hace mi tata.

La examiné con disimulo mientras ella se comía con los ojos las porciones de bizcocho que reposaban en el plato. No era una chica delgada y eso se veía a simple vista, aunque tampoco me pareció que le sobrase nada. Por lo que pude intuir bajo el jersey de lana que llevaba puesto, tenía carne justo donde había que tenerla. Carne abundante, joder. ¡Pero ¿qué coño hacía mirándole las tetas?!

—Yo te veo de puta madre. —¿En serio acababa de soltar aquello?—. Quiero decir que... que no estás mal..., o sea, que no te sobra nada y eso... Vamos, que estás bastante bien.

¿Y ahora estaba tartamudeando? Mierda, sí, las frases me habían salido erráticas y Silvia se reía de mí.

—No, no estoy mal, y si no lo estoy es porque me cuido; sin embargo, tampoco soy la chica estilizada que a mi madre le gustaría que fuese.

El matiz de culpa que percibí en su voz al no contar con la aceptación de su propia madre me molestó tanto que actué guiado por un impulso.

—Has dicho que nada de hablar de tus padres y, que yo sepa, ella ahora mismo no está aquí. —Puse el trozo de bizcocho que me estaba comiendo justo delante de sus labios—. Y como yo soy un tío... Y este tío —me señalé—, que entiende de lo que habla, te está diciendo que te ve muy bien, vas a saltarte esa gilipollez de regla y le vas a pegar un mordisco. —Se lo restregué por los labios—. Venga, que es muy fácil. Solo tienes que abrir la boca y hacer esto.

Lancé un bocado al aire, exagerado y teatral, y Silvia se echó a reír. Y esa risa... Joder. Esa risa me disparó los latidos del pecho.

Dio un pequeño mordisco al bizcocho.

—Más grande —insistí empujándolo contra sus labios.

Quedé embobado observándola abrir la boca y arrancar un buen pedazo a la esponjosa masa para, acto seguido, cerrar los ojos y gemir al paladear.

Tragué con esfuerzo sin tener muy claro qué narices me pasaba. Pero cuando deslizó la punta de la lengua por sus labios, arrastrando las miguitas que habían quedado en ellos, y noté la pequeña punzada al sur de mi vientre, supe lo que era: deseo.

Bebí un sorbo de café al sentirme la boca seca, y no porque el bizcocho

se me hubiese hecho estopa precisamente. Buena estaba un rato la dichosa cría, y yo llevaba demasiado tiempo como un cultivo de secano con falta de lluvia. Por lo visto, la necesidad de regar y de ser regado estaba ahí, raspando la superficie.

Agité la cabeza para centrarme o, mejor dicho, para dejar de centrarme en el movimiento hipnótico de su boca al masticar. Tenía una revolución interna de la hostia, parecía que las órdenes en lugar de venirme del cerebro lo hicieran de mi entrepierna. Sí, me hacía falta echar un polvo urgentemente, de lo contrario no habría soltado lo que solté a continuación.

—Métetela entera en la boca. —Mi brazo quedó suspendido delante de su cara. Una cara totalmente perpleja—. Entero, quiero decir —me apresuré en aclarar—. Que te lo metas entero. El bizcocho. Que te lo termines.

Intuía que el calor que notaba trepar por mi cuello venía teñido de rojo. Abochornado a mis veintinueve tacos, joder. Increíble, pero cierto.

Y en ese instante, justo en ese incómodo momento, la chica que tenía frente a mí dejó escapar una pincelada de su verdadera identidad por primera vez.

—¿En qué estás pensando exactamente, Darío?

Sus ojos se convirtieron en dos rendijas alargadas e inquisitivas.

—¿Que en qué estoy pensando?

—Ajá.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo, sí.

Agarré otro pedazo de bizcocho y le di un mordisco enorme mientras rumiaba qué responder.

—En lo bien que cocina Isabel, en eso pienso —contesté con la boca llena.

Negó con la cabeza lentamente sin dejar de observarme, calculadora.

—¿Y en qué pienso entonces? —inquirí con un toque ácido al sentirme cazado.

—Puede que en algo más caótico. ¿Una escena subida de tono... —clavó sus pupilas en las mías— conmigo tal vez?

Tosí con violencia, expulsando a modo de aspersion los pequeños residuos de la masa que aún se hallaban en mi boca.

—¿Estás de coña?! ¡Mírate! —Tracé un arco en el aire, con el brazo, señalando lo que se suponía era una obviedad: a ella—. No eres más que una cría.

—Tengo veinticinco años, no soy tan cría.

Al escuchar su edad, carraspeé, nervioso, en un intento de disimular la cara de gilipollas que con toda seguridad se me había quedado.

—Pues pareces menor.

—Eso es porque no voy maquillada.

Le hice un examen exhaustivo a su rostro aniñado y entonces fui yo el que entrecerró los ojos.

—Yo tampoco me he puesto máscara de pestañas esta mañana y aparento exactamente la edad que tengo.

Su risa musical era tan bonita como ella, pero la situación no tenía ni puta gracia. Estaba tonteando conmigo, pretendiendo que me tragara algo que no colaba.

—¿Tú qué edad tienes, Darío?

—Veintinueve.

—Solo son cuatro más de los que tengo yo.

Y esa voz tan melosa... ¿a qué venía?

«Baja la temperatura, tío, que esto no va a acabar bien».

Volví a mirarla detenidamente de arriba abajo, queriendo estar equivocado.

—Y una mierda, tú no tienes más de veinte años.

Me decepcionó que su preciosa risa se fuera apagando y no sabía por qué. Quizá porque me jodía que Silvia no tuviera la edad que decía tener. Quizá porque ese polvo que necesitaba echar me habría encantado echarlo con ella. Quizá porque me estaba transformando en un perverso al hacer tan poco uso de mi vida sexual.

—Si es lo que piensas, no hay nada más que añadir.

Se puso en pie, recogió la bandeja y se giró para marcharse.

Me fue imposible no prestarle atención al movimiento sensual de sus caderas mientras salía de allí solo para comprobar que tenía un culo de escándalo.

Silvia habría podido mentirme en su edad, aunque admitía que las líneas trazadas a lo largo de su silueta no eran precisamente las de una niña. Ahí había donde tocar, carne a la que agarrarse, curvas tan tentadoras como para olvidarme de todo lo demás; lo que podía ser mi perdición, si no me andaba con ojo. Después de no saber cuánto, una chica lograba al fin despertar mi interés. Y de qué manera, joder.



—¡Eh, tú, chico!, ¿podrías traerme un refresco?

Giré el cuello hacia el salón al escuchar la voz; después miré tras mi espalda para ver a quién iba dirigida la pregunta, pero allí no había nadie más que yo.

—¿Es a mí?

Ladeé la cabeza y mis dedos se apretaron alrededor del asa de la caja de herramientas que había ido a buscar a la furgoneta.

—¿A quién iba a ser si no?! Date prisa, por favor; me muero de sed.

Clavé la mirada en Silvia, a la que el color se le fue yendo gradualmente del rostro, sentada junto a ese capullo. En el salón se hallaban otras dos chicas más aparte del tío repeinado, vestido con ropa cara, que se dirigía a mí.

—¿Tienes algún impedimento físico para ir tú mismo a cogerlo? — Aunque sabía que no era el caso, le hice la pregunta de buenas por haber tenido el detalle de añadirle el «por favor» a su petición.

—Mira, chico, hazme el fav...

Y ahí fue cuando me tocó los huevos de verdad.

—¿Acabas de llamarme *chico* por segunda vez? — Entré en la estancia a paso tranquilo, con los dedos cada vez más crispados en torno al asa de la caja—. Tú, que aún no te han salido pelos en la barba, ¿me estás llamando *chico a mí*?!

Aquel niño, que no contaría con más de veintidós años, se puso tan lívido que, de no haber sido porque su tono prepotente me mosqueó sobremanera, me habría descojonado en su cara.

—Jaime —intervino Silvia—, él no trabaja aquí, solo es el técnico de la empresa de climatización.

El tal Jaime me miró de arriba abajo mientras las otras dos chicas cuchicheaban entre risillas.

Elevé el brazo con el que sostenía las herramientas y, con un movimiento brusco, las hice sonar frente a él.

—Perdona, pensé que eras parte del servicio de la casa, que trabajabas para el señor Haro.

—Pues no. Ni sirvo al señor Haro ni mucho menos a ti —ladré en un tono acerado.

—Vale, vale, no era mi intención ofenderte. —Elevó las palmas de las



manos en un claro gesto de paz—. Ahora le diré a Isabel que me lo traiga.

Pero... ¿de qué iba ese idiota?!

Doblé la espalda hasta que mi cara quedó frente a la suya.

—Mira, *chico*, cuando yo tengo sed, me busco la vida y no molesto a nadie. Es muy fácil, ¿sabes? Te levantas, vas poniendo un pie delante del otro hasta llegar a la nevera y te pillas lo que te apetezca. ¿Por qué no pruebas? ¡Venga! Que seguro que Isabel tiene cosas más importantes que hacer y, para variar, le haces tú un favor a ella.

No sé si mis palabras sonaron más a amenaza que a consejo, el caso es que se levantó de inmediato y se dirigió a la cocina.

Mis amigos me tenían por una persona sensata y conciliadora; de hecho, era el menos *buscabroncas* de la barriada. No solía perder los papeles, pasaba de enfrentamientos o peleas y eran pocas las veces que me mosqueaba de verdad. Pero no con gente como aquella, joder. No con personas que se creían superiores solo porque la vida les había tratado bien. No con imbéciles como ese tal Jaime que desconocía lo que significaba la palabra respeto.

La voz de Silvia me detuvo cuando me disponía a marcharme.

—Espera. —Giré el cuello hacia ella—. Estas son Dani y Lorena, mis amigas. —La observé ahí sentada, tan bonita y perfecta como cualquier adorno de los muchos que había repartidos por el chalé—. Chicas, este es...

—Solo soy el técnico de la empresa de climatización.

Y con esa patada a nuestra recién estrenada amistad, salí de allí.

Lo admito, aquella frase me había herido por la nota de superioridad implícita en ella. Se podía haber limitado a decir: «Es Darío, el técnico de la empresa de climatización». Pero no, ella había dicho «Solo es». Sin nombrarme. Sin reconocerle el mínimo mérito a la profesión con la que me ganaba la vida. Como si yo fuese cualquier mierda.

«Solo es», se repetía una y otra vez en mi cabeza.



—¿Estás ocupado?

—Tocándome las... narices estoy.

Sustituí *pelotas* por *narices* en el último segundo cuando eso era lo que en realidad me apetecía soltarle. ¿Que si estaba ocupado? Menuda pregunta.

¿No veía los cercos de sudor en mi camiseta?, ¿o mi cara totalmente empapada? ¿Qué se pensaba, que estaba subido a esa escalera deslomándome la espalda por diversión? Esa niña no había dado un palo al agua en toda su vida.

—¿Puedes bajar un momento de ahí?

—No, no puedo.

Ni me había molestado en mirarla. Por qué actuaba así con ella no lo sabía con certeza, ya que lo más lógico en mí hubiese sido pasar de todo: del menosprecio que veía en sus miradas, de la barrera clasista que se empeñaban en alzar ante gente como yo. Tan solo llevaba tres días en aquella casa y ya estaba quemado de esa familia.

El día anterior había tenido la *suerte* de toparme con la señora de Haro y vi su cara de asco en cuanto se fijó en mí. Bueno, más bien en cuanto se percató de cómo iba de empercudido; lo normal después de haberme pasado el día metido en aquel zulo de sótano. Pero lo que hizo que realmente me sintiera mal y a la vez impotente fue presenciar cómo hablaba a la chica que se encargaba de la limpieza. Solo fue un minuto de escuchar humillaciones y agravios hacia la muchacha, tiempo suficiente para que la sangre me hirviera.

Por eso hablaba a Silvia con sequedad. A pesar de que fuera la única de su familia en darme un mínimo de confianza y en dirigirse a mí de forma correcta, me era imposible no descargar mis frustraciones en ella por lo poco equitativa que era la vida en cuanto a gente de su clase y gente de la mía. Aunque también tenía que ver el que me hubiese tratado igual que a un saco de mierda delante de sus amigos.

—Por favor, Darío, baja y tómate el café que te he preparado.

Ahí fue cuando la miré. Se encontraba parada a los pies de la escalera de aluminio con la bandeja entre las manos y sus ojos contenían una emoción que iba y venía entre el arrepentimiento y la súplica.

Suspiré e hice lo que me pidió.

—Gracias —atiné a decir llevándome la taza a los labios.

—Lo siento. Siento mucho si antes te he ofendido con lo que he dicho.

—No es lo que has dicho, que es cierto, sino cómo lo has dicho, con esa insolencia que os nace de dentro. —Y ya no fui capaz de frenar lo que pensaba de ellos—. Cuando te conocí, hace apenas tres días, me pareciste una chica estupenda. Fuiste amable, simpática y me hiciste sentir bien. Pero después de ver lo que aquí pasa... ¿Qué quieres que te diga? La gente que trabaja para vosotros no se merece el trato que le dais cuando lo único que hacen es

ganarse la vida. Es una puta dictadura lo que hay en esta casa. He visto la actitud positiva con la que se desenvuelven vuestros empleados hasta que uno de tus padres aparece por la puerta. Se tensan, joder. Se encuentran incómodos porque se sienten cuestionados a cada segundo, y no son inferiores a vosotros, ¿sabes? Aunque el dinero y el poder os haga creer lo contrario. —Resoplé asqueado—. Estoy deseando terminar la instalación y largarme de aquí; no puedo con tanta injusticia.

—¿Por qué te afecta tanto, Darío?

Al adentrarme en sus ojos comprobé que realmente no entendía cómo algo que no iba directamente conmigo me molestaba de ese modo.

—Porque vengo de una barriada muy humilde en la que para conseguir lo mínimo hay que esforzarse al máximo, y porque yo mismo he sufrido durante años las humillaciones de un mierda que se creía mejor que yo. Y me jode, ¿sabes? Me jode saber que esa gente aguanta por pura necesidad, porque de no ser así, ninguna de esas personas permitiría que se las tratara a patadas. ¿Tanto os cuesta mostrarles un poco de respeto?

—Yo no les trato mal —se defendió en un susurro.

—Es cierto, pero tampoco mueves un dedo cuando uno de tus padres se pasa de la raya.

—¡Qué sabrás tú! —soltó con rabia.

Dejé la taza sobre la bandeja, que aún sostenía entre sus manos.

—Del tema que hablamos, mucho. Mi gente... Los tíos con los que me he criado se han liado a puñetazos por menos de lo que pasa aquí. Suerte que soy un hombre pacífico, porque si llega a ser alguno de mis colegas el que hubiera presenciado cómo tu madre trató ayer a la chica que lleva la limpieza, no sé qué habría pasado. Si es Samuel el que llega a escuchar cómo la insultaba, dudo que se hubiese mantenido al margen.

—¿Quién es Samuel?

—Alguien con el que no te gustaría cruzarte en el camino, créeme.

—Parece que hables de un matón.

—No, Silvia, de eso nada. Hablo de un hombre al que siempre le han podido los abusos, y en esta casa se cometen a cientos. Hablo de un tío íntegro, trabajador, con unas fuertes convicciones morales y también con muy mala hostia cuando ve que algo es injusto. Hablo de mi amigo, del que nos defendió a mi hermana y a mí sin conocernos de nada porque nunca le ha importado una mierda ponerse en peligro por los demás cuando lo ha visto necesario. No estoy hablando de ningún matón de barrio, aunque pueda

parecértelo.

—Me cuesta imaginarte con un chico como el que estás describiendo.

Se agachó y dejó la bandeja a un lado en el suelo. Una mezcla de desconcierto y curiosidad cubría su rostro, como si le chocara saber mi procedencia y al tiempo despertara su interés.

—No te costaría si te hubieses criado en un ambiente como el nuestro, donde se le da importancia a la persona y no a lo que esta posea, donde todo logro supone un sacrificio y donde el dinero solo es válido para salir adelante.

—Tus amistades y las mías son muy distintas, ¿verdad?

—Tanto como lo somos tú y yo. —Nos mirábamos fijamente—. A tus amigos les sobra soberbia, en cambio, mi gente de lo que va sobrada es de pelotas. No nos ha quedado de otra que echarle huevos a la vida mientras personas como tú ni siquiera saben apreciarla.

—Estás siendo injusto conmigo. Tú... ¡Tú no me conoces! ¡No tienes idea de por lo que he pasado!

Dejé ir una carcajada amarga.

—¡Venga ya! ¿Me estás vacilando? —La señalé con un dedo—. Lo que tú hayas podido pasar no puede compararse a lo que he tenido que pasar yo. Ni se acerca, eso te lo aseguro.

¿Por qué estaba siendo tan borde cuando evidentemente ella no había pedido nacer con unos privilegios que le facilitaran las cosas?

—No sabes nada de mi vida. —Posó las manos en sus caderas y se acercó, plantándome cara—. Estás siendo igual de injusto que esos a los que criticas. Has hecho un juicio sobre mí basándote en la ostentidad que me rodea. No has sabido distinguir entre quién soy realmente y quién aparento ser cuando estoy entre ellos. No has dicho una palabra del respeto que demuestro a mi tata, del que te estoy demostrando a ti cada vez que te ofrezco un café y hago porque descanses un rato. No has puesto un mínimo de interés en observar cómo mis padres me tratan a mí. Y no lo has puesto porque ni me conoces ni te has molestado en hacerlo, porque el que sea hija de quien soy te impide ver más allá de tus narices, y porque tú, *Señorito-de-una-barriada-humilde*, ya me has colocado una etiqueta. —Joder, cómo se había embalado la cría—. Y me da mucha pena, ¿sabes?, porque nada más conocerte me pareciste un buen chico y me gustó que fueses tan natural conmigo. Me gustaste, Darío. Me gustó tu manera desvergonzada de mirarme, tu forma directa de hablar y hasta esa mueca cínica que se te pone cuando lo que escuchas te parece una tontería. Y me encantó tu sonrisa. Muchísimo. Sobre

todo, cuando iba dirigida a mí. —Respiró hondo; yo, en cambio, apenas si era capaz de tomar un poco de oxígeno—. Yo sí me he estado fijando en ti, en lo que miras y con la intensidad que lo miras, en lo que haces y en cómo lo haces, en quién eres de verdad. Y he sabido apreciarlo. ¿Qué has apreciado tú en mí? ¿Mi clase social? ¿El dinero que tiene mi familia? Dime, ¿qué?

No pude evitar esbozar una sonrisa al ver cómo intentaba cargarse mis argumentos. Admitía que le estaba echando pelotas, lo que en cierto modo me gustó. Era cierto que la había juzgado sin apenas conocerla, y ella acababa de mostrarme una faceta suya muy gratificante. Y no solo por lo bonita que se veía toda mosqueada con las mejillas al máximo de color, sino porque en sus palabras había una especie de desapego hacia cuanto la rodeaba.

—Pues aprecio tu rebeldía, aunque estaría de puta madre vértela utilizar en defender a alguien que no fueses tú misma.

Me había inclinado sin ser consciente y mi nariz casi rozaba la punta de la suya.

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—Estoy en la media en cuanto al resto de la humanidad.

—Entonces, me ves inferior a esas chicas de tu humilde barriada solo por el hecho de que, a tu parecer, lo he tenido más fácil en la vida, ¿no es así?

No tenía idea de a qué venía aquello y, sin embargo, contesté, tomándolo por algún tipo de reto.

—Puede.

—Y seguro que también piensas que soy de las que se conforman con las decisiones que toman por mí los demás, ¿a que sí?

Asentí sin vacilar; ella había preguntado.

—Pues voy a darte otro motivo para que sigas jugando a buscar las siete diferencias, aunque puede ser que no las halles y te des cuenta de que no soy tan distinta a las otras chicas. ¿Tienes novia, Darío?

Arrugué las cejas completamente descolocado.

—No, ¿por?

—¿Y esposa? ¿Estás casado?

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos discutiendo?

—¿Lo estás o no?

—No, joder, no lo estoy, ¿algún problema?

—Ninguno.

Y sin que la viera venir, se estrelló contra mi boca.

Pero no hablo de un simple pico, no; había lanzado los brazos alrededor

de mi cuello y me besaba con dedicación. Con total dedicación. Y, claro, ni soy de piedra ni me circula horchata por las venas, de modo que la cerqué por la cintura, pegándola a mí, y entré en su boca en busca de consuelo.

Sí, necesitaba echar un polvo con urgencia. Aunque no con ella, no en ese lugar. Dejarme arrastrar por lo que sus besos húmedos estaban ocasionándole a mi cuerpo habría sido una pésima idea.

—Para —le exigí en un momento de lucidez—. ¿Se puede saber a qué ha venido esto?

Me miró con intensidad y las comisuras de sus labios se elevaron, dibujando un arco apenas perceptible.

—Llámalo experimento.

Continuaba rodeándome el cuello con los brazos, hablándome tan de cerca que respirábamos el mismo oxígeno, apretándose a mí de tal forma que sin más remedio tenía que notar que ciertas zonas de mi anatomía no habían permanecido impasibles.

—¿De qué hablas?

La retiré de mi traicionero cuerpo sobreexcitado, terminando con la agonía de ese contacto que parecía buscar premeditadamente.

—De que no te repugno tanto como me quieres hacer creer; a fin de cuentas, tú eres un hombre y yo una mujer. La ecuación es sencilla: te he incitado y has respondido.

¿De eso se trataba?, ¿de provocar al pobre imbécil que estaba de paso para demostrarse a sí misma que una chica como ella podía conseguir lo que se propusiera? ¡Pues claro que no me repugnaba, joder! Como bien había dicho, yo era un tío y ella una mujer con demasiados encantos a su favor. Pero ¿cómo cojones se pensaba que iba a responder al echárseme encima como se me había echado? ¿Huyendo? ¿Cagándome en los pantalones? ¿Quedándome frío? Maldita bruja creída y caprichosa.

—Tú lo has dicho —escupí con inquina—. Solo he tomado lo que con tanta facilidad me has ofrecido, como hubiese hecho con cualquier otra.

Advertí la chispa de ira que cruzó sus ojos.

—Entonces no ha sido tan distinto, ¿no?

Me noqueaban sus preguntas porque nunca sabía a dónde quería llegar con ellas.

—¿Distinto a qué?

—A los besos que te han dado esas chicas tan luchadoras que viven en tu barrio. No ha habido diferencia y te voy a explicar por qué. Porque entre un

hombre y una mujer, cuando empieza a surgir algo, lo demás deja de importar.

—Entre tú y yo no ha surgido nada.

—Sigue engañándote, Darío. —Comenzó a caminar de espaldas, dirigiéndose a la puerta—. Si entre nosotros no existe nada, ¿cómo llamas tú a esto que ha pasado?, ¿tensión sexual no resuelta? Engañaate cuanto quieras, pero lo cierto es que podrías haberte retirado antes y no lo has hecho. ¿O tan ingenua me crees como para no haberme dado cuenta de cómo ha respondido tu cuerpo?

Y ahí me dejó, con las hormonas revolucionadas y la cabeza hecha un lío. Que había ganas por mi parte, desde luego. Yo llevaba mucho tiempo sin mantener relaciones con una chica y ella estaba tremenda físicamente. Pero de ahí a que estuviese surgiendo algo más...

Entonces, si solo se trataba de atracción y pura química, ¿por qué al besarla el corazón me había dado un vuelco como hacía años que no me daba?



3

## Velo negro

*15 de agosto de 2010*

El precioso atardecer teñía de tonos dorados el cielo concediéndole al lugar la bella estampa de un cuento de hadas.

Diminutas velas diseminadas a lo largo del jardín arrancaban destellos a las zonas en penumbra y creaban sobre el oscuro césped un halo de magia y fantasía.

La pérgola de madera, donde tendría lugar el enlace, vestía cortinajes de tela de organza de seda en color rosa palo que caían en cascada arremolinándose en el suelo.

El pasillo por el que avanzarían los contrayentes estaba cubierto por un manto de pétalos que iban desde el rosa más intenso hasta el más apagado, y las sillas para los invitados a la ceremonia, distribuidas a ambos lados de este, lucían fundas en color crema coronadas con anchos lazos que se abrazaban a los respaldos.

Los ramos de flores que adornaban el amplio jardín exhibían sus distintas tonalidades como si fuesen pequeñas pinceladas de color salpicadas sobre un lienzo en verde.

La fecha elegida para el acto suponía un punto en contra, si bien el poder adquisitivo tenía la capacidad de hacer realidad cualquier imposible, incluso el que una boda en pleno agosto contase con la temperatura suave que pertenece a la primavera gracias a la docena de máquinas portátiles de aire acondicionado que se habían colocado estratégicamente.

Y más allá del improvisado altar donde iban a pronunciarse los votos, se



disponían las mesas en las que el centenar de comensales degustaría la exclusiva cena a la finalización del ritual.

Faltaba menos de media hora para que diese comienzo la ceremonia y Silvia continuaba tumbada en braguitas en su cama, con el pelo totalmente empapado, observando de reojo el bonito vestido en tono marfil con adornos en coral que le habían comprado. Era lo único que le hacía algo de ilusión; poder vestirse de nuevo como una princesa, aunque su cuerpo no fuese tan estilizado como el de una de estas.

La puerta de su dormitorio se abrió e Isabel entró por ella.

—¿Aún estás así?! —Silvia se la quedó mirando sin contestar y dos densas lágrimas comenzaron a resbalarle por las sienas hasta terminar camuflándose en la humedad de su cabello—. Venga, mi niña, que hoy es un gran día —mintió la mujer para animarla—. Piensa en lo guapa que vas a estar.

Señaló el vestido que colgaba en la percha y el pecho de Silvia se agitó en un sollozo ahogado. Era cierto que aquel vestido era muy bonito, pero no quería ponérselo por lo que su significado implicaba. No recordaba haberse sentido tan triste como en aquel momento ni odiar tanto un día como odiaba ese.

La boda de sus... ¿padres?! Esa palabra le quemaba en la garganta.

Inspiró profundamente, tragándose la pena que amenazaba con desmoronarla, y se levantó para que su tata la transformase en princesa.

En cuanto el vestido se deslizó por su redondeado cuerpo, la máscara con la que en los últimos años se cubría el rostro apareció de la nada ocultando sus verdaderos sentimientos tras una sonrisa estirada y un gesto de indiferencia. Sí, había aprendido muy bien a fingir; tanto, que a veces dudaba dónde terminaba la mentira y empezaba ella. Y lo peor era que estaba segura de que, tras finalizar ese día, tendría que doblar sus esfuerzos delante de todos. Nadie debía sospechar cuál era su realidad ni conocer sus debilidades. Nadie sabría jamás cuánto dolor se concentraba en su interior.

Sus ojos se encontraron con los de Isabel en el espejo. Su tata sí la conocía, a la mujer que la había criado no podía engañarla. La única persona en el mundo que de verdad la quería sabía que, sobre ese bonito vestido que llevaba, había un imaginario velo negro con el que Silvia cubría de luto su alma.

*A la misma hora de la cena nupcial, en el extremo opuesto de la ciudad*

—Tío, deja de salivar encima de las hamburguesas.

Ángel apretujaba contra su pecho la bolsa de papel marrón con la comida que habían comprado en la plaza y caminaba con la nariz enterrada dentro de esta.

—Es que estoy muerto de hambre, Darío. —Inspiró con fuerza el olor que emanaba de la bolsa—. Se me hace la boca agua y no puedo evitar que se me caiga la baba.

Con una sonrisa perversa, dejó caer una gota de saliva sobre el papel marrón.

—Qué puto asco, joder —bufó Samuel, arrancándole la bolsa de las manos.

Ángel volvió a arrebatársela de un tirón y la abrazó con fuerza.

—Y lo dice el capullo que ya se ha comido el postre, no te jode.

Samuel lo fulminó con la mirada.

—Que te den.

—Todo a su debido tiempo, Samu. Ya me darán, ya; y yo me dejaré, no te quepa duda. Pero antes de eso va el primer plato. —Señaló con un movimiento de cabeza las hamburguesas—. El postre se deja para el final, que no te enteras.

Darío negó con una sonrisa. Era divertido ver lo fácil que a Ángel le resultaba picar a Samuel y cómo a este le vibraban las aletillas de la nariz reprimiéndose para no soltarle un puñetazo. Precisamente por lo diferentes que eran se llevaban tan bien los tres; sus personalidades no podían ser más dispares, por lo que la conexión entre ellos era perfecta.

Cruzaron los árboles de la finca y llegaron al claro, donde se encontraron con una estampa diferente a la que habían dejado al ir en busca de la cena. La gran mayoría de las fogatas estaban desiertas; todo el mundo se concentraba en las que había más alejadas, construyendo una barrera de cuerpos que les impedía ver lo que ocurría.

—Pelea —siseó Ángel aligerando el paso.

Samuel cerró los puños sin apartar la vista del lugar; ese era el sitio donde ellos habían prendido su hoguera y como algún gilipollas estuviese molestando a las chicas, iba a vérselas con él. Aceleró el ritmo dispuesto a partirle la cara a quien se interpusiese en su camino.

Darío avanzaba a su lado, estirando el cuello para poder ver a través del gentío, cuando oyó los gritos de las gemelas. Ángel echó a correr, abriéndose hueco a empujones. Samuel y él se miraron una décima de segundo antes de

salir a la carrera tras él, pero Samu era más rápido y en pocas zancadas lo dejó atrás, embistiendo a todo aquel que encontraba a su paso.

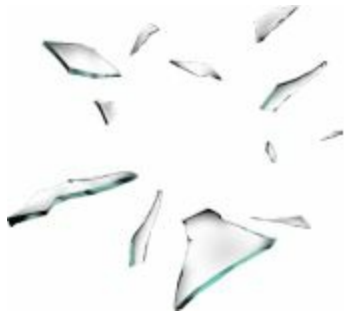
Con lo primero que se topó Darío al atravesar el bloque humano fue con la bolsa de las hamburguesas pisoteada sobre la gravilla. Alzó la vista y se encontró a Ángel sujetando a las pelirrojas, tirando de ellas hacia atrás con fuerza. La sangre se le agolpó en la garganta, impidiéndole incluso respirar, mientras seguía avanzando. Chocó con algo compacto y, al descender la mirada, vio a Samuel arrodillado; sus hombros se agitaban con violencia y golpeaba el suelo con ferocidad sin sentir dolor en sus nudillos ensangrentados. Pero cuando el corazón le estalló en mil pedazos, fue en el instante que clavó los ojos en la hoguera y el nombre que gritaban las gemelas hizo eco en su cabeza. Un alarido animal emergió de su garganta cerrada al tiempo que su cuerpo se precipitaba hacia las llamas. Cayó de bruces al suelo, tratando de que sus brazos penetrasen a través de las lenguas anaranjadas, gritando de impotencia al ver cómo sus extremidades se retraían una y otra vez sin aceptar la orden que les enviaba su cerebro. Las lágrimas empañaban sus ojos y el intenso calor hizo que le escocieran tanto que apenas pudo mantenerlos abiertos, lo que no evitó que continuase intentando sacar a Rebeca de ahí. Solo importaba ella, aunque el precio a pagar fuese perder la vista y los dos brazos.

El cuerpo de bomberos irrumpió en el claro de San Telmo como salido de la nada y en pocos segundos la hoguera quedó reducida a un montón de cenizas humeantes en cuyo centro descansaba la silueta inmóvil de ella. De su chica. De la mujer de la que estaba enamorado hasta las entrañas.

Darío dejó caer la cabeza contra la gravilla en cuanto el equipo sanitario, tras valorar la situación, se apresuró a trasladarla de urgencia a la Unidad de Quemados. A él no le dolían sus brazos en carne viva ni ya sentía escozor en sus enrojecidos ojos bañados en lágrimas. El verdadero daño, ese que no desaparecería jamás, se concentraba en el centro de su pecho, y era tan devastador que había terminado de aniquilar su frágil alma dañada.

Sumido como estaba en su dolor, ni se percató de que unos metros más allá otra ambulancia se llevaba a su hermana, que se había desplomado al ser golpeada por la realidad y yacía inconsciente sobre la tierra.

Aquella noche todos los sueños de Darío quedaron reducidos a nada y el resto del mundo, desde ese momento, dejó de tener importancia.



## El despertar de Darío

*Primeros de marzo de 2018*

«Un día y medio más y podrás relajarte».

Ese era el tiempo que faltaba para disfrutar del merecido descanso que a todas luces necesitaba, aunque esta vez no pensaba emplear el fin de semana únicamente en recargar las pilas, sino que también haría por buscar una forma de rebajar la tensión de mi cuerpo, que andaba revolucionado desde que esa caprichosa cría me había besado la tarde anterior.

¡Veinticinco años y una mierda! Nada más informarme de su supuesta edad, sospeché que me estaba engañando, si bien no había sido hasta esa misma mañana que me enteré de cuántos tenía en realidad. Diecisiete, joder. Ese fue el número que salió de los labios de Isabel cuando le pregunté al tomarme un descanso, y que hasta mediados de noviembre no cumpliría los dieciocho. Le había comido la boca a una niña, y cómo y de qué manera. No me podía sacar ese beso de la cabeza; me había gustado, me había excitado, había despertado algo en mí que creía muerto. Y no me refiero a lo que me cuelga entre las piernas, que también, sino a algo dentro de mi pecho.

Mi vida sexual no era precisamente activa, y divertida mucho menos. Desde que ella dejó de existir me había permitido un mínimo de desahogo en contadas ocasiones, nada pasional ni con sentimientos de por medio, más bien unos pocos besos y las caricias que exigía el protocolo para poder entrar en materia. Y hasta el día me había ido de vicio, pues ninguna de las chicas con las que me había besado provocó en mí otra cosa que no fuese deseo carnal, pese a que cuando lo estuviéramos haciendo viese en ellas el rostro de otra

persona. En cambio, no me había ocurrido lo mismo al besarme con Silvia. El beso había durado apenas nada, pero en todo momento fui consciente de que la besaba a ella. Y me gustó. Y sentí cómo me rebotaba el corazón contra las costillas. La sensación fue totalmente nueva y excitante hasta el punto de soñar con ella toda la maldita noche y despertarme con ganas de repetirlo.

Pero ahora sabía su verdadera edad, y... ¿hasta dónde se suponía que podía llegar tratándose de una niña?, ¿a dos morreos a escondidas?, ¿a tocarle las tetas por encima de la camiseta? Yo rozaba la treintena y con eso no me conformaba. No con una mujer. No en lo referente a una relación, aunque fuera de una sola noche. No en cuanto a las exigencias de mi cuerpo.

Eché un vistazo al cielo cuando la primera gota se estrelló en mi nariz; hasta el tiempo atmosférico se ponía en mi contra. Guardé las herramientas, dejando las tuercas de los manguitos antivibradores a medio aflojar y bajé de la azotea. Ese viejo compresor tendría que esperar a ser retirado en otro momento. De todas formas, la unidad exterior que iba a montar no me la traerían hasta el día siguiente, así que no pensaba mojarme cuando aún me quedaban cosas por hacer dentro. Las unidades interiores ya me habían llegado y con eso iba a ponerme, la putada era que necesitaba el carro elevador para subirlas hasta donde tenían que ir colocadas y estaba en la furgoneta.

Observé parado en el jardín cómo la llovizna se convertía en aguacero. Suspiré resignado y conté hasta tres, enfundé las manos en los bolsillos de la cazadora, hundí la cabeza entre los hombros y corrí hasta el vehículo aparcado en la calle.

Cuando entré en la casa, cargando con el carro, iba calado hasta los huesos y pegaba tales tiritones que se me iban a romper la mitad de los dientes. Tenía tanto frío que, si llego a buscarme las pelotas, fijo que no me las encuentro.

Dejé un reguero de agua a mi paso mientras me dirigía al sótano; la evaporadora de la planta superior también tendría que esperar. No pensaba ponerle a aquella gente las escaleras perdidas y que por ello echaran otra bronca a la chica que limpiaba. Además, en el sótano hacía calor y eso era justo lo que necesitaba.

En cuanto estuve abajo me deshice de la cazadora empapada y de la camiseta, quedándome solo con la interior. Y no me quité los pantalones porque no era plan, pero iba a ser muy incómodo moverme con la tela pegada a los muslos.

—Toma, sécate un poco.

Al girarme vi a Silvia ofreciéndome una toalla.

Se la acepté y me froté con fuerza la cabeza y la cara, sequé lo mejor que pude mis brazos y mi cuello, y después me miré con desánimo las piernas. Con toda aquella humedad no se podía hacer nada.

—Si te quedas con esa ropa puesta, vas a coger una pulmonía.

Al levantar la vista me encontré una expresión de disgusto cubriéndole el rostro.

—No te preocupes, solo quedan un par de horas para que termine mi jornada, aguantaré.

—Estás tiritando, Darío, y tienes los labios morados.

Imaginaba que debía de tener pinta de cianótico y lo más conveniente era moverme con rapidez para entrar cuanto antes en calor.

—Te agradezco la preocupación, de verdad, pero en cuanto me ponga con la faena me volverá el color.

—Quítate la ropa y dámela.

—¿¿Cómo?! —Creí no haberla oído bien.

—Que te quites la ropa y me la des.

—Y lo dirás en serio. —Estaba alucinando.

—Darío...

—No voy a quitarme nada, así que no insistas.

Agarró la cazadora y la camiseta, que había extendido en las escaleras de aluminio portátiles para que se secaran un poco, y se las pegó al pecho.

—Quieres hacerme el favor de quitarte esos feos pantalones mojados y dármelos. Y la camiseta sexi, también.

Esa loca no me estaba vacilando, pretendía que me despelotara en su casa.

—¿¿A ti se te ha ido la cabeza?! —pregunté incrédulo—. No pienso quedarme en pelotas por mucha pulmonía que pueda pillar, ¿me oyes?

Enfadada, me lanzó la toalla a la cara, se dio media vuelta y se largó con la mitad de mi uniforme. Farfullé una sarta de palabrotas al sentirme imposibilitado. Se había llevado mi ropa, joder, y yo no podía subir medio desnudo a recuperarla.

No pasaron ni cinco minutos cuando Isabel se personó en el sótano portando entre sus brazos un mullido albornoz... rosa.

—¡Dios Santo, la niña decía la verdad, vas a coger lo que no tienes! Anda, Darío, ponte esto y dame tu ropa para que pueda meterla en la secadora.

—Fui a responder y no me lo permitió—. O te la quito yo misma.

Noté cómo el color volvía a mí, cómo la sangre me circulaba de nuevo a causa de la indignación, pero con Isabel no tuve el valor de ponerme borde.

—¿Puedes volverte mientras lo hago? —Eso fue lo único que fui capaz de decir antes de despojarme del resto de mi vestimenta.

Estiró el brazo hacia atrás y me pasó el albornoz, me enfundé en él y me até el cordón fuertemente a la cintura. Al girarse me estudió de arriba abajo y prorrumpió en carcajadas. Me sentía ridículo. La mierda que me había puesto era de un color rosa chillón y me llegaba a mitad del muslo, las mangas me cubrían hasta la altura de los codos e iba a reventar las costuras de las sisas de lo estrecho que me quedaba. Solo podía ser de Silvia, esa pequeña bruja con ideas disparatadas.

Recogí del suelo el pantalón, la camiseta interior y los calcetines y se los di.

—¿Y tu ropa íntima?

El cuerpo se me descompuso.

—Isabel, por lo que más quieras, no me obligues a darte mis calzoncillos también. No termines con el poco orgullo que me queda, te lo pido por favor.

Sus carcajadas volvieron a brotar espontáneas y me pregunté por qué aquella gente parecía disfrutar cada vez que me veía en una situación comprometida.

—Te devolveré el resto de tu orgullo en una media hora.

Cabeceó un par de veces, mirándome con ojos divertidos, y desapareció por las escaleras.

«Media hora para volver a sentirme persona, eso está tirado», intenté animarme caminando en círculos por la habitación.

Apoyé las manos en la pared del fondo y dejé caer la cabeza hacia delante, negándome a mirar de nuevo el reloj del móvil en el que los minutos parecían correr hacia atrás.

—¿Un café?

¡¿Se había atrevido a bajar sabiendo cómo iba a encontrarme?!

Pasé de girarme; no tenía humor para aguantar sus payasadas.

—Te he preguntado si quieres un café.

—Lo que quiero es mi ropa —declaré en una especie de gimoteo.

—¡Venga ya, Darío, que el rosa te sienta fenomenal! Mírale el lado positivo. Por fin has podido enseñarme tus bonitas piernas, aunque no sé por qué las imaginaba depiladas en lugar de cubiertas de vello oscuro. Pero

déjame decirte que va mucho contigo, que ese toque de masculinidad te pega bastante.

—¿Te has reído ya lo suficiente o piensas seguir con tu jodido sarcasmo hasta que Isabel me devuelva la ropa? Porque te aviso que no creo que pueda contenerme mucho, y menos cuando me sobran motivos para estrangularte. ¡Te has pasado! No tenías ningún derecho a hacer lo que has hecho. Me siento fatal ahora mismo, humillado hasta la raíz del pelo y con ganas de liarme a patadas con todo.

—Darío, mírame, por favor. —Su voz se oyó más próxima—. Date la vuelta y dime si ves algo de burla en mi cara.

La miré por encima del hombro y no, no había nada en su rostro que indicara que mi situación le pareciera divertida.

—Anda, tómate el café y termina de entrar en calor —susurró adelantando la bandeja.

Al ver que no me movía, la dejó en el suelo y se giró para marcharse.

Me maldije interiormente por lo que estaba a punto de hacer.

—Solo me lo tomaré si me ayudas con ese plato de galletas. —Ladeó la cara mostrándome su bonito perfil—. ¿Hay trato?



—Hola, guapo, ¿me echabas de menos?

Las comisuras de mis labios tiraron hacia arriba sin yo pretenderlo.

—¡Oh, sí! Estaba deseando que aparecieras para saber qué putada me deparas para hoy.

—Vamos, Darío, no seas así, que ayer te salvé la vida al prestarte mi albornoz. Para que luego digas que solo miro por mí y no me preocupo de los demás.

Bajé de la escalera portátil y me planté delante de ella luciendo una enorme sonrisa de gilipollas, y es que, después de todo, hasta me hacían gracia sus cosas.

—Te ha faltado tiempo para echármelo en cara, ¿eh?

—No te estoy echando nada en cara, solamente trato de sacarte de tu error. Dijiste que no me importaba nadie más que yo y, como habrás comprobado, te equivocaste al juzgarme. Pero tranquilo, no te lo tengo en cuenta.



—Me equivoqué contigo, es cierto —admití.

Silvia no era ni de lejos la persona fría y superflua que yo había descrito días antes. Después de que tuviéramos aquella discusión había prestado la atención suficiente como para darme cuenta de que el personal de esa casa la apreciaba y que ella también les tenía cierto cariño. No les daba órdenes ni les negaba el saludo, y se veía a la legua que a Isabel la adoraba. Sí, la había juzgado mal, y no me importó reconocerlo.

—Es lógico que pensaras así de mí viendo el trato que se le da al servicio en esta casa. Está olvidado. —Hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos. Silvia me atraía mucho y tenía que recordarme a cada instante su verdadera edad.

La tarde anterior, dejando a un lado la putada de mi ropa, me había sentido muy a gusto en su compañía; demasiado, diría yo. Ella había flirteado conmigo descaradamente y yo, como un imbécil, le entré al trapo. Y tanta cercanía entre nosotros no era sana, al menos para mí.

—No deberías estar aquí.

Nos encontrábamos en uno de los baños de la planta superior. Yo estaba terminando de fijar la unidad interior en el falso techo hasta que ella había aparecido, y aquello no era el sótano, apartado de la vista de los demás. Sus padres podían aparecer en cualquier momento y pillarla allí conmigo.

—Ellos no vuelven hasta la madrugada, estamos a salvo —me informó acercándose.

Había captado mi temor sin necesidad de explicaciones. Aunque si era cierto lo que decía, y después de haber comprobado en persona lo terca que era, intuía que me esperaba una tarde muy, muy larga.

—¿Por qué buscas mi compañía? —solté sin pensar—. Es viernes, lo normal es quedar con los amigos y hacer algo, no sé, salir por ahí y eso. ¿Qué te retiene aquí? ¿Acaso tienes prohibido salir de fiesta?

Negó lentamente con la cabeza y su expresión alegre se fue apagando.

—No tengo tantos amigos como crees. Además, me gusta estar contigo.

—¿Por qué?! Yo estoy currando y no creo que verme trabajar sea algo divertido.

Ladeó la cabeza y una sonrisa preciosa se pintó en su cara.

—¿Aún no lo sabes?

—¿El qué tengo que saber?

—Que me gustas. Que me gustas muchísimo. Que prefiero sentarme y ver

cómo te mueves, pese a que no me dirijas la palabra, a estar en otro lugar.

Tenía la habilidad de dejarme cortado cuando menos lo esperaba. Esa cría anulaba mi capacidad de respuesta y me alteraba las hormonas, joder.

—¡Qué coño voy a gustarte! —Sin ser consciente, había elevado el tono de voz—. Lo que pasa es que a ti te pone lo prohibido y ahora yo soy lo más prohibido que tienes a mano. —No tenía claro por qué me jodía tanto pensar en esa posibilidad—. Te encanta traspasar los límites, llevar la contraria e imponerte. Pero no soy tu chivo expiatorio, ¿sabes? Yo me juego mi empleo si alguien te escucha decir esas chorradas, así que hazme el favor y cierra la boca.

Le di la espalda y apoyé las manos en la escalera de aluminio, con los dedos crispados en torno a los peldaños. Esa niñata se había propuesto buscarme la ruina.

Cerré los ojos y respiré de nuevo cuando oí cerrarse la puerta del baño. Bien, se había largado. Eso era lo que nos convenía a ambos, poner un poco de distancia. Entonces, ¿por qué me sentía como una mierda por haberla herido?

Todos y cada uno de mis músculos se tensaron en el momento que sus brazos me rodearon la cintura desde atrás. Me quedé paralizado, clavado al suelo como una estaca.

—No voy a negarte que estoy harta de seguir tantas normas —susurró contra mi espalda—, ni que disfruto llevándole la contraria a todo el mundo. Pero tú no tienes nada que ver con eso. Tú me gustas, Darío, y no solo físicamente, como ya habrás notado. Me gusta tu interior, lo auténtico que pareces. Me gustan tus conversaciones reales y tu espontaneidad. Me gusta cómo me siento cuando estoy contigo, incluso cuando me hablas mal o te enfadas. Porque es lo menos hipócrita que hay en mi vida.

—Casi no me conoces.

—Lo sé —me interrumpió apretándose un poco más a mí. ¡Dios, qué calor me estaba dando!—. Lo que no significa que no sienta algo por ti y que ese algo vaya creciendo día a día. Ya me dejaste sin aliento la primera vez que te vi sentado en la cocina con el pelo despeinado, tu suave barba crecida y esa pose despreocupada tan natural... Me atrajiste nada más verte y eso ha ido aumentando conforme he ido conociéndote. No me avergüenza admitirlo porque sé que yo también te gusto un poco, si no, no me habrías besado como me besaste.

Me estaba asfixiando, joder.

Agarré sus manos y las separé de mi cuerpo, reacio a apartarla de mí, consciente de que debía hacerlo, y me volví para encararla.

—Aclaremos esta situación. —Me convencí de que lo más sensato era dejar las cosas claras entre nosotros antes de que se desmadraran más—. Reconozco que existe cierta atracción. Pero hasta ahí. No hay más. No hay sentimientos de por medio ni nada similar. Tú me pareces una tía guapa y yo te parezco un tío atractivo. Punto. No voy a jugarme el curro por darte un capricho, porque se te haya metido entre ceja y ceja que yo tengo que ser tu nuevo trofeo. Ni pensarlo. Así que te pido, por favor, que dejes las manos quietas y mantengas las distancias. No me provoques.

—¿Te provocan mis manos, Darío?

—¿Por qué siempre te quedas con la parte que te interesa de lo que digo? ¿No has escuchado el resto?

—Respóndeme.

—No soy de piedra, joder. ¡Pues claro que me provocan! —gruñí—. Lo haces a cada instante, con toda la intención. Y desde luego que me pones, por si te lo estás preguntando. Pero tus tretas no van a funcionarte conmigo, porque lo primero que hiciste fue mentirme con tu edad y nadie me asegura que no estés haciendo lo mismo con todo lo demás.

—Es en lo único que no he sido del todo sincera, en el resto no te he mentido.

—¿Que no has sido del todo sincera?! Tienes diecisiete años, Silvia, doce menos que yo. Tu mundo y el mío están a años luz. ¿Qué crees que podría pasar entre nosotros? Aun siendo cierto lo que acabas de decirme, no habría posibilidades de que funcionara, y yo, por un calentón, no me juego el porvenir.

—¿Ni siquiera si te enamoraras de mí?

—Yo no voy a enamorarme de ti —aseguré lanzando una risotada.

Un velo vibrante cubrió sus preciosos ojos.

No, mierda. Ella no podía hacerme eso, no en ese momento.

—¿Por qué? ¿Tan horrible te parezco?

—Pues claro que no, joder, ¿cómo vas a parecerme horrible? —En un acto reflejo deslicé los nudillos por su mejilla—. Eres una chica preciosa, no estoy ciego. Pero es absurdo que pierdas el tiempo conmigo cuando yo no puedo ofrecerte nada y seguro que hay más de un tío por ahí que se muere porque le prestes algo de atención. Y yo no soy ese tío, créeme. No me gusta ponerme borde contigo, me caes bien y hasta te he cogido cierto cariño. Así

que déjalo estar, ¿de acuerdo?

—No quiero dejarlo estar.

—Silvia...

—Darío, escúchame. Quiero mostrarte algo, pero me tienes que prometer que no te vas a poner hecho una furia. —Arrugué las cejas con desconfianza—. Prométemelo, por favor. Si después sigues pensando igual, te juro que te dejo en paz y no vuelvo a sacar el tema.

—¿Qué es lo que vas a enseñarme? —Me daba la sensación de que iba a caer en otra de sus trampas—. Quiero saberlo antes de prometer nada.

—Venga, confía un poco en mí. Solo quiero... Bueno, que pruebes una cosa y después, si no te gusta, nos olvidamos de esto.

Acepté de mala gana y la seguí a su habitación preguntándome qué tendría tramado para creer que podía hacerme cambiar de opinión. Porque seguro que tramar había tramado algo, eso estaba cantado.

Abrió la puerta, me hizo un gesto con la mano indicándome que entrase y, antes de hacerlo, eché una ojeada a ambos lados del pasillo para asegurarme de que nadie me veía. Pero es que era de ser medio gilipollas jugarme el empleo por prestarme a otra de sus nefastas ideas, y lo peor de todo era que estaba más que dispuesto a arriesgarme si esa era la solución para que me dejase tranquilo. Aún me quedaba alrededor de una semana de trabajo en el chalé y quería pasarla en calma, sin sobresaltos, sin miedo a verme envuelto en cualquier lío por una de sus tonterías. Una semana más y me largaría de allí para siempre, diciéndole adiós a Silvia.

Sentí una punzada en el pecho que me desfiguró la cara. Ese leve pinchazo me desconcertó, pero no tuve tiempo de analizar a qué se debía ni qué lo había originado, porque en cuanto la puerta de su dormitorio se cerró, la tuve encaramada a mi cuerpo rodeándome con brazos y piernas. Su asalto me pilló tan de improviso que perdí el equilibrio y mi espalda se estrelló en la pared. Me sujeté a ella en un acto involuntario por no acabar en el suelo, y antes de que mi mente comenzara a digerir lo que pasaba, estampó sus labios contra los míos. Y yo... yo... Joder, yo los abrí y dejé que su lengua me rozara. Y por ese maldito roce me perdí. Me abracé a ella y dejé que mi espalda se deslizara por la pared hasta acabar sentado en el suelo con su cuerpo encima del mío, rozándome deliberadamente contra su sexo mientras nos comíamos las bocas de una forma tan morbosa que me empecé a poner malísimo. Sentía los tirones en mi entrepierna y ella tenía que estar notando lo excitado que estaba, más cuando la excitación de un tío resulta imposible de

ocultar.

La intensidad con la que nos besábamos fue cediendo y nuestros labios comenzaron a acariciarse con lentitud, por lo que pude apreciar mejor todas y cada una de las sensaciones que me asaltaban. Y esas jodidas sensaciones no hablaban solo de deseo o de simple atracción, sino que decían mucho más, algo para lo que no estaba preparado y menos con alguien como ella.

Fui yo quien rompió el contacto. Me quedé mirándola a la cara sin pestañear, dándome cuenta de lo mucho que me gustaba por más que tratara de negármelo.

—Esto era lo que quería mostrarte. Lo siento, Darío, pero no me has dejado otra alternativa. Tenía que hacerte entender que entre nosotros está pasando algo; en las dos direcciones, aunque no quieras verlo. Yo no tengo problemas en reconocerlo, ahora falta que lo hagas tú.

De pronto noté que el miedo se adueñaba de mí, y no porque ella fuera tan joven o porque perteneciera a una clase social que nada tenía que ver con la mía, mi miedo se debía a la posibilidad de enamorarme de nuevo, a terminar destrozado como terminé la anterior vez. Otro golpe como aquel y ya nada ni nadie conseguiría recomponerme.

—Dime algo, por favor —rogó en un murmullo.

—No puedo enamorarme de ti —confesé con pavor, consciente de que eso sería lo que pasaría si ella no me ayudaba—. No permitas que suceda, Silvia, te lo suplico. No seas tú quien me haga volver a caer. Si es cierto que algo sientes por mí, evítalo a toda costa.

—¿Quién te rompió el corazón, Darío? ¿Quién te hizo tanto daño para que no te quieras arriesgar?

Mi mente voló a aquella maldita noche: al claro, a las hogueras, a Rebeca, a todo lo que sucedió.

—Fue el puto destino. —La retiré de mi cuerpo y me puse en pie con rapidez—. Es él el que me acojona de verdad. Es él el que se encargó, una vez que creí tenerlo todo, de arrebatármelo sin vacilar. No fue ninguna chica, fue el asqueroso destino quien me jodió la vida y me dejó sin opciones, y es él quien se encarga de que no pueda superarlo.

Abrí la puerta y salí como alma que lleva el diablo, con la respiración acelerada y unas ganas tremendas de echarme a llorar. Sí, a llorar como un jodido crío, de dolor por lo pasado y de rabia por anhelar lo que para mí estaba prohibido.

Me crucé con Isabel por las escaleras y la informé de que me iba,

argumentando que no me encontraba bien, y aunque no le mentía, ya que me sentía de puta pena, la mujer creyó que se debía al remojón del día anterior.

Salí de la propiedad quemando ruedas, intentando dejar atrás todo aquello.

Silvia podía dedicarse en un futuro a la enseñanza; era buena en dar lecciones, muy, muy buena. Esa fue la conclusión a la que llegué después de darle mil vueltas a lo que había pasado. La muy bruja se había asegurado, haciéndome caer en su trampa, de que yo sentía por ella mucho más de lo que había exteriorizado y de una forma muy contradictoria a lo que mis palabras expresaban, y por lo que la conocía, ese había sido el detonante para que no me dejara en paz y continuase insistiendo. Menudos días me esperaban. Ya me valía intensificar el control sobre mi cuerpo, que el muy cabrón se empeñaba en delatarme a la mínima de cambio. Gracias a que el fin de semana pillaba de por medio y podría destensarme.



Miré la hora en el móvil al oírle gritar mi nombre y tuve que respirar hondo porque aún no eran ni las diez de la mañana.

—Ya voy, dame un segundo —alcé la voz ante su insistencia, pero ese idiota por lo visto había venido con intención de echarme la puerta abajo—. ¡Que ya abro, joder! —terminé bramando mientras recorría el pasillo.

—¿Qué cojones pasa contigo, tío? —Aarón me apartó a un lado, entró en mi casa y se quedó mirándome como si no me conociese—. ¡No jodas que te has olvidado!

—¿Olvidarme de qué?, especifica.

Me restregué los ojos con energía para despejarme.

—Del puto partido —gruñó en un tono bajo para a continuación clavarme un dedo con fuerza en el hombro—. Tú, que siempre nos estás dando la brasa para que vayamos a animar al equipo de la Asunción, ¿estabas sobando?

—Mierda, lo siento. —Cerré los párpados al comprender—. Se me ha pasado por completo.

—¿Que se te ha pasado? Y tendrás huevos de hablar en serio. —Mi silencio lo enfureció más si cabía—. ¿Sabes que llevamos desde las nueve pasando frío en el campo, silbándoles a esos maletas que no saben ni darle al balón solo porque al capullo de nuestro colega le hace ilusión? —Ni me dejó

responder—. No, claro que no lo sabes, porque tú, que eres ese puto capullo, te has olvidado por completo.

—He dicho que lo siento.

—Lo que tienes que hacer es darme las gracias de que haya sido yo quien venga a buscarte, porque si llego a dejar que lo haga Ángel, te toca palmar una puerta nueva. ¡Si hasta mi hermano ha venido hoy al partido porque no te ve el pelo! Nos tienes mosqueados, Darío. ¿Qué coño es lo que te pasa?

—Solo estoy algo cansado. Anda, dame cinco minutos y nos vamos. ¿Da tiempo a ver el segundo tiempo?

—Lo da, pero para la mierda que hay que ver casi prefiero meterme en la cama contigo. O también podríamos pasar directamente a las cervezas.

—No son ni las diez, Aarón, relájate un poco.



—¿Qué, cómo vamos? —pregunté tomando asiento en las gradas junto a Samuel.

Aarón lo hizo a mi derecha, dejando al cabreado Ángel en la esquina opuesta.

—Cero-dos, *bello durmiente*. —Ángel dio un ligero codazo a Samu—. Mírale, si tiene todavía las marcas de las sábanas en la cara.

A este solo le hizo falta echarme un vistazo para saber que no estaba en mi mejor momento.

—Déjalo en paz, tampoco se ha perdido nada.

—Eso, tú defiéndelo. Después de que venimos por él... ¿cómo nos lo agradece el señorito? Dejándonos tirados, pasando de nosotros como de la mierda...

—Vale ya, Ángel.

Tras cortarlo secamente, Samuel apoyó los codos en las rodillas y se centró en mí.

—¿Te encuentras bien? —Giré el cuello ante su tono preocupado y clavé mis ojos en los suyos—. Maldita sea, Darío, estás hecho un asco.

—Y eso porque no lo has visto cuando ha abierto la puerta —apuntó su hermano sin rastro de su habitual humor.

—Solo estoy cansado.

Me costó mentirles, pero ninguno de ellos haría que fuera más fácil

digerir lo que me ocurría.

—¿Y cómo es que hoy has venido? —pregunté a Samu por cambiar de tema.

—Para recordarte, ya que últimamente parece que vas a tu puta bola, que mañana es el cumpleaños de tu sobrina.

Lo sabía por Abril, que se había empleado a fondo en recordármelo cada vez que habíamos hablado por teléfono.

—No lo he olvidado.

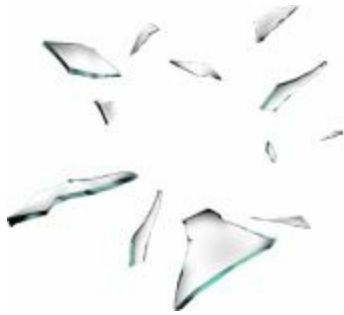
—Más te vale —me soltó a modo de aviso, exhibiendo una sonrisa torcida que no prometía nada bueno para mí si por casualidad se me pasaba—. Y no se te ocurra llegar tarde o la que te cortará las pelotas será tu hermana.

Al día siguiente Rebeca cumpliría siete años, pero si de mí hubiese dependido, ese lunes lo habría pasado de largo, pues no sabía cómo respondería cuando me echara a Silvia de nuevo a la cara.

Suspiré.

—No te preocupes, que allí estaré.





5

## Ser una dama

*5 de marzo de 2011*

—Haz el favor de sentarte derecha.

Silvia irguió la espalda en la silla sin levantar la mirada.

—Y utiliza los cubiertos como es debido.

Agarró la pesada cuchara plateada de aquel modo tan incómodo que le habían enseñado e intentó llevársela a la boca sin derramar su contenido.

—¡No sorbas, por Dios! El sonido que haces es horrible y denota tu mala educación.

A Silvia le tembló la barbilla. ¿Cómo era posible que su madre no se diese cuenta de que la pala de la cuchara era más grande que su boca y no tenía otro modo de tomar la sopa? Además, estaba hambrienta. La manzana que por obligación tuvo que comer en la merienda no había aplacado su estómago y le costaba contener el impulso de agarrar el plato con ambas manos y vaciar su contenido a tragantones hasta ver calmado su apetito. Si ella le hubiese dejado comer un trocito de aquel bizcocho que había preparado su tata, ahora no estaría tan ansiosa y le sería más fácil guardar la odiosa compostura.

Hundió la cuchara en el plato y la sacó portando una cantidad irrisoria de sopa con el fin de no tener que abarcar en la boca la totalidad de la superficie cóncava de la pala. Se la llevó a los labios tratando de hacer el menor ruido posible. Así tardaría una eternidad en cenar, si antes no terminaba cansándose como ocurría la mayoría de las veces y dejaba intacta la mitad de su comida.

Con gran horror observó cómo una gotita de caldo se precipitaba desde

el reverso de la cuchara hasta su pechera, siendo absorbida por el raso de su vestido y creando un cerco diez veces mayor a su ínfimo tamaño. Por el rabillo del ojo miró a su madre rezando para que no se hubiese percatado de lo sucedido.

La gélida mirada que esta le dirigía la sacó de dudas.

—Por mucho que me esfuerce, jamás lograré convertirte en una dama.

—Solo tengo diez años, mamá —se defendió.

La bofetada a su respuesta llegó sin previo aviso, pero eso no fue lo que hizo que se le saltasen las lágrimas, sino lo que sabía que vendría a continuación.

—Vete a tu habitación ahora mismo —le ordenó su madre con desprecio.

Silvia cerró los ojos, debatiéndose en si sería prudente volver a replicar.

—Tengo hambre y quiero terminarme mi cena.

—¡A tu habitación! —rugió la señora de Haro, harta de tanta insolencia —. Y no pienses que voy a ocultarle a tu padre tu comportamiento.

Silvia se levantó arrastrando la silla sin importarle un pimiento el volverla a molestar.

—No sufras, que esto no va a matarte; aún le sobran muchas calorías a tu pequeño cuerpo —añadió su madre mientras la veía marchar cabizbaja.

No, irse a la cama con el estómago vacío una noche no la mataría, pero era la tercera de esa semana que se iba a dormir sin echarse nada a la boca. Tendría que esforzarse más en ser esa dama que todos querían que fuese, y no por los demás, sino por ella misma.

Cuando entró a su habitación, una pequeña sonrisa se dibujó en su cara. En su cama había un plato, y sobre este, una porción esponjosa de bizcocho.

—¿Qué haría yo sin ti, tata? —susurró al silencio que la acompañaba.

Isabel era lo único con sentido en su deprimente vida.

*En un hospital público, en otra parte de la ciudad*

—No puede seguir negándose, Darío. No puede mirar hacia otro lado y hacer como que esto no va con ella.

La voz de Carol desprendía un cierto matiz de indignación mientras trataba de calmar al bebé que portaba entre sus brazos paseándose de un lado a otro por la estrecha habitación.

—Abril, venga, abre los ojos. —Darío, sentado en el sillón que había junto a la cama, la zarandéo con suavidad del brazo para hacerla reaccionar

—. Tiene que comer, joder. Ella no tiene la culpa de nada.

—No puedo —confesó su hermana con desesperación al tiempo que su cabeza negaba.

Su amiga se detuvo.

—Sí que puedes, y vas a hacerlo ahora mismo.

Sin más aviso que ese, se colocó a un lateral de la cama y soltó a la niña en los brazos de su madre. Cuando Carol le desabotonó el camisón, el bebé se agarró con ansia al pezón y comenzó a succionar con fuerza.

Darío se quedó embobado viendo cómo se alimentaba la cría. ¡Qué injusta era la vida! Su hermana pequeña acababa de convertirse en madre y a él le tocaría ejercer el papel del padre que su sobrina no tenía. Sabía que aquella situación les venía demasiado grande, como también sabía que se esforzarían en hacerlo lo mejor posible; o al menos, mejor de lo que en su momento lo hicieron con ellos. Abril y él siempre se habían tenido el uno al otro, y solo por ella debía salir adelante con todo. Durante esos minutos en los que únicamente se escuchaban los chupetones que daba la niña para saciar su hambre, Darío intentó mentalizarse de su situación actual, de lo que aquel nacimiento implicaba. Abril no tenía trabajo, Samuel seguía sin dar señales de vida y dudaba que algún día las diese, y él tampoco ganaba mucho que se dijera. Aun con todo y con eso, se creyó capaz de poder sobrellevarlo e incluso se sintió con fuerzas por primera vez después de casi siete meses para afrontar un futuro en el que no podría permitirse pensar. Sí, se creyó capaz de muchas cosas... hasta el momento en el que oyó la suave voz de su hermana.

—Te llamarás Rebeca —escuchó que decía al bebé—. Tú harás que nunca nos olvidemos de ella, que siempre permanezca en nuestros corazones. Estaría feliz de verte, ¿sabes? Y se habría sentido orgullosa de que lleves su nombre. Ella también es sangre de tu sangre, aunque jamás puedas conocerla. Rebeca. —Darío sintió cómo su corazón volvía a romperse—. Mi pequeña Rebeca.

«Mi pequeña Rebeca», repitió él en su mente.

Sin poder evitarlo, ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar. Su llanto era silencioso, agónico, pues no sabía cómo iba a enfrentarse cada día de su vida a pronunciar un nombre que siempre le recordaría a la mujer que tanto amaba.

Carol rodeó la cama y lo abrazó con fuerza. Ella también lloraba, sin embargo, quiso mitigar de ese modo el dolor de Darío, que llevaba meses arrastrando una pena que apenas le dejaba vivir.

Él, al sentirse reconfortado entre los brazos de su amiga, no pudo reprimir los sollozos que pugnaban por salir. Lloró hasta quedarse seco, hasta que le faltó el aire para respirar y sus costillas se resintieron. Lloró por el pasado y por el futuro que le había tocado vivir, por cada una de las personas que el destino le había arrebatado sin posibilidad de recuperar.

En cuanto fue capaz de tranquilizarse, se restregó la cara con fuerza y miró fijamente a Carol, que tenía los ojos tan hinchados como debía de tenerlos él. Giró el cuello hacia su hermana y vio los surcos húmedos que adornaban sus mejillas. Luego fijó sus ojos en la niña, que ya se había alimentado y dormía plácidamente sobre el pecho de su madre. Se levantó del sillón y la tomó en brazos con cuidado, acunándola contra su pecho.

—Rebeca —susurró besándola en la frente—. Rebeca —repitió dejando otro beso en su tierna mejilla. Miró a Abril a los ojos—. Nuestra pequeña Rebeca.

Ahí fue consciente de que, cuanto más lo decía, con más fluidez afloraba de sus labios.

Tal vez, con un poco de suerte, el tiempo terminase adormeciendo los malos recuerdos que iban unidos a ese nombre y, quizá, algún día pudiese nombrar a su sobrina sin que se le cerrase la garganta por traer a su memoria la imagen de la que siempre sería su chica.



6

## Una niña de diecisiete años, esa es Silvia

*Lunes, 5 de marzo de 2018*

Esa mañana me había puesto con la instalación eléctrica de la máquina y las tuberías de interconexión entre la central frigorífica, el condensador y las dos evaporadoras del equipo que el baboso de Haro había comprado a mi jefe. Ese tío me podía, era superior a mis fuerzas. Nada más entrar al chalé lo había encontrado parado a los pies de la escalera con su traje de raya diplomática y sus cuidadas manos unidas a la espalda. Frené en seco e hice bien, porque el capullo me estaba esperando a mí. ¡A mí! Y no precisamente para alabarme por mi trabajo, no, sino todo lo contrario. Dejó caer de una forma muy educada lo descontento que estaba con el escaso avance que veía en la instalación en cuanto al tiempo invertido en su puesta a punto. ¡Puesta a punto y una mierda! Había que sustituirlo todo porque del equipo antiguo no me valían ni las tuercas, por no hablar de que las jodidas tuberías frigoríficas no eran compatibles con el sistema nuevo y eso requería de ciertos cálculos, bastante precisos, que llevaban su tiempo. Pero por lo que ya sabía, a la gente como él le resultaba muy fácil criticar sin tener ni idea de nada y sin molestarse un mínimo en informarse de qué iba el tema. En la azotea me habría gustado a mí verlo arrodillado haciendo conexiones con su pulcro pantalón de pinzas, o con medio cuerpo dentro de una de las placas del falso techo de su estupendo baño acumulando cercos de sudor en su cara camisa. O mejor aún, subido a mi precaria escalera en su mierda de sótano peleándose con la

centralita. Quizá entonces valorara algo más el esfuerzo de los que de verdad currábamos con las manos.

Aquella gente me tenía hasta la polla con tanta mirada despectiva y tanta palabra afilada, por muy educadamente que las pronunciasen. Sí, hasta la mismísima polla y, sin embargo, reconocía que lo último que quería era terminar mi cometido allí. Cada vez que pensaba que al finalizar sus clases volvería a verla, se me aceleraban las pulsaciones. Por un lado, me aterraba la idea de que pudiese entrarme a saco después de lo del viernes y por otro, deseaba que lo hiciera, que se abalanzase de nuevo sobre mí, pillándome por sorpresa y sin darme opción a procesar nada. Lo que Silvia me hacía sentir me suponía un gran dilema. Me gustaba mucho físicamente, eso no tenía ni que pensármelo, si bien estaba seguro de que de amor no se trataba. Ni de coña me estaba enamorando. Era solo... solo... No sé qué narices podía ser, pero lo que estaba claro era que algo había. Con ella no era lo mismo que con las anteriores chicas, que habían pasado sin pena ni gloria por mi vida. Quizá el culpable fuera ese vínculo que se había creado entre nosotros, conocer realmente a la persona solitaria y vulnerable que parecía ser. Se me había metido dentro casi sin darme cuenta y me descubrí en muchas ocasiones durante el fin de semana echándola de menos, ansioso porque llegase el lunes para poder verla otra vez. Ese miedo a lo que pasó entre nosotros se había mezclado con una especie de anhelo al que no sabía cómo llamar, aunque tenía la certeza de que amor no era, porque yo había amado una vez y nada tenía que ver con lo que me ocurría, o eso quería pensar. Debía de ser que había despertado en mí ese instinto de protección que se forjó durante los años en los que me vi en la obligación de salvaguardar la seguridad de mi hermana, ya que Silvia, a pesar de la valentía que se esforzaba en mostrar, la mayoría de las veces se veía perdida. Sí, debía ser eso, sumado a la necesidad de echar un polvo, lo que hacía que mi corazón latiese errático.



—Isabel, si sigues alimentándome de esta manera, no voy a querer irme nunca.

—Come y calla, Darío —me ordenó con una sonrisa.

—He engordado desde que estoy aquí y tú eres la única culpable. —La señalé con un dedo acusador.

Su risa de cascabeles invadió cada rincón de la gran cocina.

Desde el mismo día que comencé a trabajar en el chalé habíamos conectado. Isabel era una mujer joven y bonita, amable e inteligente, que podría labrarse un porvenir sin necesidad de pasarse las horas entre los fogones de aquella cocina, pero ella parecía complacida con su trabajo.

Observé cómo seleccionaba las verduras que iba a cocinar para la cena. Lo hacía con extremo cariño, concienzudamente y sin meterse prisa, como si esa labor fuese la única que importara.

—¿Y tu familia? —De pronto quise conocerla un poco más, entender por qué siempre tenía esa sonrisa perpetua cuando aquella casa era un asco.

Me miró por encima de su hombro, creo que algo descolocada por mi repentina curiosidad.

—Los Haro son mi familia. —Sonrió ampliamente al verme arquear las cejas—. Llevo desde los veinte años trabajando para ellos, primero para el padre de Mig... del señor, y después para este. Así que considero esta casa mi hogar.

Rumié su respuesta durante unos minutos y decidí ahondar más en el tema.

—Pues no lo entiendo. Eres una mujer joven y... Por cierto, ¿qué edad tienes? —inquirí como si aquella pregunta tuviese la respuesta a todas las demás.

—Cuarenta y cuatro; ya no soy tan joven.

—Joder, sí que lo eres. Y guapa. Por eso me extraña que tu vida se limite a esto. No logro entenderlo.

Dejó de trocear las verduras y se sentó a la mesa frente a mí.

En el ambiente se respiraba un delicioso aroma a galletas, que ella había horneado horas antes y que yo engullía como si no hubiese un mañana.

—Dime qué es lo que no entiendes.

Medité mi respuesta. Lo último que quería era herirla, pero sentía la necesidad de comprender qué la retenía allí.

—No entiendo qué haces aquí viviendo con esta gente. A ver, no le pongo pegas a tu labor. —Alcé una galleta y me la metí entera en la boca—. Cocinas tan bien que, de no parecer un gilipollas, te haría la ola ahora mismo. Por eso no lo comprendo. Tú podrías estar currando en un restaurante de esos en los que una diminuta mierda colocada con estilo en el centro de un plato te cuesta un ojo de la cara. E incluso podrías ser la dueña de uno de ellos, y créeme si te digo que se petaría de comensales a diario.

—Aquí soy feliz, Darío, no quiero estar en ningún otro lugar.

—¿Y familia? Dices que esta gente es tu familia. ¿Es que no hay por ahí, no sé, un novio, un marido o algo? ¿Hijos? ¿Alguien que te espere al terminar tu jornada?

—Hubo un hombre hace muchos años. —Sus ojos me miraban sin verme y supe que había retrocedido al pasado—. Pero aquello es historia. Solo cuenta el hoy. El ahora.

—El hoy y el ahora siempre pueden mejorar.

—A mí no me tratan mal. Me llevo bien con la gente que trabaja en la casa, me gusta lo que hago y, lo más importante, adoro a la niña. No podría estar lejos de ella.

Hablaba de Silvia con mucho cariño y parecía conocerla mejor que nadie. Puede que su sino fuese hacerle la vida un poco más fácil. Quizá esa era su verdadera función, suplir de algún modo las carencias afectivas de una chiquilla que se había criado en el seno de una familia totalmente disfuncional.

Iba a preguntarle por qué sus padres eran tan estrictos con Silvia cuando esta entró en la cocina.

—Tata, ¿has visto a...? —Se detuvo al encontrarme allí—. A ti te buscaba yo. Ven, acompáñame.

Lo mismo que el corazón se me había detenido en cuanto entró por la puerta, comenzó a latirme furioso por aquel mandato.

—Te esperas a que termine.

Me llevé otra galleta a la boca y comencé a masticar con desgana; lenta y tranquilamente.

—No puedo esperar. Hay un montón de cosas tuyas esturreadas en mi dormitorio que no me atrevo a tocar.

—Son herramientas, Silvia, no te van a morder si las coges. Apártalas a un lado si te molestan.

Nos miró alternativamente a Isabel y a mí, sin argumentos para contradecir aquello. No se iba a romper una uña si las apartaba, ¿no?

—Darío, por favor, en un rato tengo una visita y necesito que mi habitación esté decente, sin todas esas cosas tuyas por el medio.

—¿Quién va a venir, mi niña? ¿Dani?

—No. Su hermano.

Arrugué las cejas al verlas con las miradas enfrentadas. A Isabel le había desaparecido la sonrisa, por lo que intuí que aquella visita no le agradaba.

—Así que Nicolás —espetó.



—Sí, tata. Llegó ayer y tiene ganas de saber cómo me va.

—Si solo pretende eso, puedes recibirlo en el salón.

—Por favor, no empieces. —Silvia se frotó la frente—. Confía en mí.

—Yo confío en ti, cariño, del que no me fio es de él.

La conversación se caldeaba por momentos y aquello no me gustaba. ¿Quién era ese tío para que Isabel sintiera tal rechazo con lo indulgente que era con todo el mundo?

—¿Quién es el tal Nicolás?

Ambas se giraron en mi dirección.

—El que va tras las faldas de Silvia desde el colegio.

—Solo es un amigo, tata —gruñó la aludida por lo bajo.

—Un amigo al que le has dado demasiadas confianzas. —Isabel no se amilanó y a Silvia comenzó a ponerle la cara roja.

—¡Basta ya! No tienes motivos para hablar así de mí y menos delante de un extraño.

Por la mueca que hizo supe que se arrepintió en el mismo instante que lo soltó, y yo no quise darle más importancia de la que había que darle. Al fin y al cabo, éramos eso, dos extraños que se habían besado un par de veces. Punto. Nada más que rascar.

—Dame diez minutos —concluí poniéndome en pie, un tanto incómodo por verlas discutir—. Termino de ajustar la compuerta motorizada de tu cuarto y me largo con mis cosas. Gracias por las galletas, Isabel.

Nos dedicamos una sonrisa. La suya fue algo tirante, si bien tuve claro que por mí no era. Me giré y salí de la cocina.

—Perdona por meterte tanta prisa —se disculpó Silvia nada más entrar en su habitación.

Le había hecho la comprobación a la compuerta del aire y me encontraba acuclillado recogiendo las herramientas.

—No te preocupes, ya he terminado.

Al oír cerrarse la puerta apreté con fuerza el destornillador que sujetaba en la mano.

—Darío —alcé la vista hacia ella—, lo que ha dicho mi tata de que Nico se toma demasiadas confianzas conmigo no es cierto.

Cerré la caja y me puse en pie.

—A mí no tienes que darme ninguna explicación.

—Pero quiero hacerlo.

—No tienes por qué —insistí—. Yo no voy por ahí juzgando a la gente y

tú eres libre de darle derechos sobre ti a quien te dé la gana.

Se restregó con fuerza las palmas de las manos en los vaqueros.

—Él no tiene ningún derecho sobre mí. No estamos saliendo, no es mi novio y no me gusta. Bueno, sí que me gusta, aunque no como pareja.

¿Por qué el que yo supiera esos datos parecía tan importante para ella? ¿Acaso pensaba que por dos besos...? No, ni en broma.

—Conmigo tampoco estás saliendo ni soy tu novio, así que no me debes explicación alguna. Déjalo estar y no te agobies.

Sus manos quedaron paralizadas en sus muslos. Unos muslos la mar de tentadores.

—¿Sabes por qué no quiero dejarlo estar? Porque, aunque no estemos saliendo, no seamos novios ni nada de eso, tú sí me gustas. Mucho. Me gustas todo.

Un escalofrío me subió por la columna.

—Silvia, mide tus palabras antes de hablar, porque me da que lo que a ti te pone es la novedad y yo soy algo nuevo.

—¿Qué insinúas?!

—No lo que estás pensando. —Me presioné el puente de la nariz. Hablar con ella era como caminar sobre arenas movedizas—. Lo que quiero decir es que crees que te gusto porque eso te supone un reto. No te ofendas, ¿vale? —Me apresuré a añadir al ver cómo le cambiaba la cara—. No digo que no sea cierto que nos atraigamos físicamente, pero no confundas los términos ni trates de confundirme a mí.

—No estoy confundiendo nada. Tú me gustas de verdad, mucho más de lo que piensas, más de lo que nunca me ha gustado nadie.

—¡No me conoces!

La dichosa cría intentaba abrirse paso en mi interior y la idea no me seducía. Me jodía que sus halagos me afectaran como lo hacían, que lo que decía sentir por mí hubiese encendido una llama de esperanza en lo más profundo de mi ser. No me gustaba una mierda no poder sacármela de la cabeza o tener deseos de besarla como los que tenía en ese momento.

—No necesito saber mucho más sobre ti; lo poco que me has dejado ver ha bastado para que me enamores.

Dejé incluso de respirar. Hablar de amor eran palabras mayores, palabras para las que no me sentía preparado, y ella, a sus diecisiete años, mucho menos.

—No digas tonterías —le espeté porque no sabía qué otra cosa

argumentar.

—¿Por qué te cuesta tanto creerme? ¿Tan descabellado te resulta que una chica de mi edad pueda enamorarse?

Por supuesto que no, joder, yo también me enamoré muy joven, apenas con dieciocho años, y era lo más real que me había pasado en la vida.

Negué para deshacerme de esos pensamientos que tiraban hacia el exterior. No, de ninguna manera iba a permitir que mis cavilaciones tomaran ese rumbo.

—No es eso, Silvia. Sé que es posible enamorarse a tu edad y lo sé por experiencia, pero lo que tú dices sentir por mí no es amor.

—Que tú no quieras, no significa que no lo sea. —Sonrió, y era una sonrisa preciosa—. Eres un bombón, Darío. Es sumamente fácil enamorarse de ti, y no solo por tu físico, que es impresionante, sino por lo que escondes dentro. Tus sentimientos son lo más puro que jamás he conocido. Te importa la gente, aunque no la conozcas, te implicas en sus problemas y sufres por ellos, te preocupa lo que les pase, lo que me sucede a mí... ¿Cómo no iba a enamorarme?

Debía contenerme, no sucumbir a sus labios curvados ni a sus ojos anhelantes. Por eso hui como un cobarde, porque no me fiaba de mi firmeza llegados a ese punto.

—Mira, tengo prisa —agarré la caja de herramientas—, es el cumpleaños de mi sobrina y no quiero llegar tarde. Mañana hablamos. —La aparté a un lado con delicadeza y abrí la puerta—. Disfruta de tu cita.

No sé por qué cojones dije aquello. ¿La opresión que sentía en el pecho eran celos? ¡Joder, sí! Solo de imaginarla en su habitación con otro tío hacía que la sangre se me espesara.

Ella me sujetó por el brazo antes de que abandonara la estancia y me miró fijamente.

—No es una cita —siseó entre dientes—. Quien me gusta eres tú y no voy a dejar de recordártelo hasta que se te grave en el cerebro y reconozcas que yo también te gusto a ti.

De un tirón me deshice de su agarre. Salí casi a la carrera, desoyendo la voz de mi cabeza que me gritaba que me diese la vuelta y la abrazara hasta fundirme en ella.



—¿Por dónde andas? —Samu me golpeó con un dedo en la frente para llamar mi atención—. Porque aquí, desde luego, no estás.

Le di un trago a la cerveza mientras mis ojos se cruzaban, uno a uno, con los de mis amigos. Me sentía muy agobiado. El camino de regreso a la barriada lo había dedicado a darle vueltas en la cabeza a las palabras de Silvia, hasta que la certeza de que me gustaba más de lo que quería admitir y de que estaba empezando a sentir algo por ella me golpeó como un mazo. Necesitaba desahogarme con alguien, ponerle voz a lo que me sucedía para ver si de ese modo las dudas se esfumaban. Y aquel parecía un buen momento, de no ser porque mi humor no estaba para aguantar las idioteces de Ángel y Aarón, que seguro las habría. Sin embargo, era Samu quien me preguntaba, el único que no se tomaba nada a broma.

—Es por el trabajo, tío —dije al fin—. No por el curro en sí, sino por la gente que hay en el lugar al que me ha enviado mi jefe.

—¿Qué le pasa a ese sitio?

—Que es una zona de pijos, que se huele el dinero a kilómetros y que creen que eso les da ciertos derechos sobre los que nos ganamos la vida de una forma más humilde.

Advertí que Samuel apretaba la mandíbula. No era de extrañar que le jodiera dado lo poco que soportaba las injusticias.

—Ese trabajo acabará y podrás decirles adiós a esos putos prepotentes.

Él no sabía que esos putos prepotentes, como los había llamado, me sudaban la polla.

—Ahí está el problema —quise hacerle entender—, que a pesar de que sean un asco, no quiero que el trabajo termine.

—Explícate —me apremió Aarón, mucho más interesado—. Si esa gente es tan mierda... ¿por qué quieres seguir allí?

—Por Silvia —solté sin más, y al instante me sentí algo más ligero.

—¿Quién coño es Silvia?

Ángel había hecho la pregunta del millón, aunque me constaba que a los tres les intrigaba la respuesta. ¿Cómo explicárselo? ¿Cómo expresar sentimientos que hasta hacía muy poco me eran desconocidos? Y si no desconocidos, al menos olvidados.

Mejor lanzarme sin pensar.

—Una niña de diecisiete años, esa es Silvia. Una pija adinerada que se me está metiendo bajo la piel. Una cría que se ha obsesionado conmigo y que no deja de acosarme, que está acostumbrada a tenerlo todo y que ahora me

quiere a mí a costa de lo que sea.

De eso era de lo que me tenía que convencer y aparcar los sentimientos que creía tener para centrarme en lo real: que era una caprichosa empecinada en salirse con la suya.

—¿Por qué dices que se te está metiendo bajo la piel?

Ahí estaba la pregunta de Samuel, haciendo hincapié en la cuestión que más me acojonaba. Conociéndole como le conocía, sabía que le importaba nada si Silvia era caprichosa o no. A él solo le interesaba yo y cómo toda esa mierda podía afectarme.

—Se me ha colgado dos veces al cuello, tíos. —Carraspeé nervioso—. Y las dos veces me ha comido la boca... Y yo a ella.

Me costó reconocer que yo no me había quedado impasible, pero era la maldita verdad. Ella había conseguido removerme todo con dos putos besos.

—¿Y dónde está el problema?! Si esa tía te pone, títatela.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho, Ángel? —¿Por qué tenía que ser tan imbécil a veces?—. Tiene diecisiete años, doce menos que yo. Su mundo y el mío no tienen nada que ver. Su padre es un capullo de los que te miran por encima del hombro. Si me dejo llevar, pierdo hasta el curro.

¡Joder si lo perdería! En la cola del paro podía verme ya.

—Pero ¿por qué dices que se te está metiendo bajo la piel? —insistió Samuel—. Y sí, te he escuchado y lo entiendo. Todo excepto esa parte.

¿Cómo explicárselo si ni yo mismo lo entendía?

—¡Te has pillado, joder! —Aarón hizo real con esa simple frase lo que tanto me costaba aceptar—. ¡Te has pillado de esa niña!

Desvié la mirada para que no pudiesen ver en la mía que eso era justo lo que me estaba pasando. Y es que no quería que ocurriese por mil razones. No estaba preparado para sufrir de nuevo, y si me daba por entero a alguien como Silvia, sería como ponerme un puto grillete al cuello.

—Para haberte dado tan fuerte tiene que estar tela de bien.

—E ir sobrada de curvas, Aarón, no se te olvide —agregó Ángel intentando reprimir una sonrisa—. Ya sabes que las tablas de planchar nunca le han ido mucho.

—Sí, debe de tener unas tetas increíbles.

De buena gana le habría incrustado el puño en la cara.

—Además de un culo de la hostia.

—¿En serio esperáis que os hable de sus tetas y de su culo? —escupí con rabia—. ¿A dos salidos de mierda como vosotros? ¡No la conocéis, joder! ¡No

tenéis ningún derecho a hablar de ella de ese modo, como si fuese un objeto!

Me cabreaba sobremanera que siempre pensarán con lo que les colgaba entre las piernas.

—Pero te conozco a ti, Darío. —Ángel me señaló con un dedo—. Te conozco jodidamente bien y sé qué es lo primero que te llama la atención de una mujer.

—Algo le tocarías mientras le comías la boca, ¿no?

—La puta boca es lo que te voy a romper a ti como no la cierras.

Si Ángel era gilipollas, Aarón no se quedaba atrás. Qué error comentar nada delante de esos dos inmaduros que no iban a echar juicio en la vida.

Samu les dedicó una mirada asesina y puso fin a sus estúpidas bromas, luego apoyó las manos en mis rodillas y se aproximó hasta que su cara quedó frente a la mía. Él no sonreía, no le hacía ni puta gracia aquello, y parecía conocer el epicentro de todos mis quebraderos de cabeza.

—Han pasado más de siete años, ya es hora de que la dejes marchar. Sin remordimientos. Sin pensar que estás haciendo algo malo o que la estás traicionando. Mi hermana no va a volver, Darío. Si esa chica te gusta, dale una oportunidad.

No era la primera vez que hablábamos de Rebeca, y él siempre me insistía en que la dejase ir. Puede que hubiese llegado el momento de hacerlo, de dejar atrás el dolor y la pena y quedarme únicamente con los bonitos recuerdos de nuestra breve historia. Puede que Samu tuviese razón en eso, aunque en lo referente a Silvia, se equivocaba.

—No tengo ninguna. —Dejé ir una risa amarga—. No tengo una puta oportunidad con ella.

—Yo tampoco creía tenerla. Estaban las dudas, las culpas, los miedos, los remordimientos, y al principio recuerdo que también

me agobiaba el tema de la edad. Tuve que superar todas esas mierdas y me costó, tú lo sabes. Pero ahora mira a tu alrededor y dime qué ves.

Hice lo que me pedía, poniendo especial atención en todo lo que nos rodeaba. Agustín, el hombre que lo arrastró casi a la fuerza a venir a Las Viviendas de Papel, jugaba de buena gana con Rebeca y sus amigas. Él había sido como un padre para sus sobrinos y, gracias a la paciencia que demostró, Samuel aprendió a quererlo.

Desde la cocina me llegaron las risas familiares de Abril y las gemelas. Marta y Carol siempre habían sido una constante en mi vida; en la mía y en la de mi hermana; en los momentos buenos y, sobre todo, en los que no lo fueron

tanto.

Observé la complicidad y el amor que ahora existía entre dos hermanos tan opuestos que no supieron quererse. Lo que Aarón y Samuel habían superado a lo largo de sus vidas era algo a tener en cuenta. Y ahí estaban, unidos como si jamás hubiese habido la mínima diferencia entre ellos, dándose todo el uno al otro sin volver una sola vez la vista atrás.

Al posar mis ojos en Ángel sentí gratitud por todo el apoyo que me brindó en el transcurso de mi infancia. Nuestra amistad era incondicional, indestructible y verdadera. Mi amigo podía ser un auténtico grano en el culo cuando se lo proponía, pero era el grano en el culo que siempre estuvo ahí para mí.

Por último, me centré de nuevo en Samu, que me estudiaba fijamente. Nada quedaba de ese tío que creyó haberlo perdido todo, ahora solo veía a un hombre que, a costa de luchar incluso contra su propia voluntad, había logrado cumplir sus sueños.

Me emocioné, joder, porque en ese instante quise tener lo que ellos tenían: alguien a quien amar y que me amase.

En mi mente apareció el rostro de Silvia.

—Todo es posible, ¿verdad, Samu?

—Solo si le echas pelotas para conseguirlo.

Asentí.

Era hora de dejarme llevar, de ponerle punto y final a mi pasado e intentarlo de nuevo. No puedo decir que la idea no me asustase, sin embargo, no podía pasarme la vida teniendo miedo. No cuando Silvia me gustaba de verdad. No cuando mis instintos se disparaban al estar cerca de ella. No cuando me moría por volver a besarla. Todo eso no podía ignorarlo, así que solo me quedaba hacerle frente y ver adónde me llevaban mis recién descubiertos sentimientos. Podría darse el caso de que no saliese bien y el batacazo fuese mortal.

Pero ¿y si...?

¿Y si...?



7

## Acto de rebeldía

*Sábado, 21 de noviembre de 2015*

—¡Sorpresa! —gritaron todos cuando Silvia entró al salón.

Daniela la había llamado la tarde de antes suplicándole que ese fin de semana se quedase en su casa para ayudarla con el tema de matemáticas que iba a caer en el próximo examen. A Silvia aquella petición le extrañó un tanto dado que su amiga era un as en dicha asignatura; sin embargo, accedió a ir en su ayuda alentada por la posibilidad de ver de nuevo a Nicolás, que ese año había comenzado la Facultad de Derecho en una de las universidades más prestigiosas del país, a kilómetros de ella, por lo que ya no le veía con tanta asiduidad, y tras haberse pasado las etapas de educación primaria y secundaria coincidiendo con él todos los días, lo echaba muchísimo de menos.

—¡Oh, Dani! —Se le saltaron las lágrimas cuando esta la abrazó.

Comprendió que Daniela le había puesto una excusa ridícula para llevarla hasta allí y ella había picado. Hacía solo dos días que había cumplido quince años, y a falta de la fiesta que sus padres se negaron a dar en su casa, su mejor amiga se la había organizado en la suya propia, donde se encontraban la mayoría de sus compañeros de instituto.

—¿Qué pensabas, que iba a permitir que tu cumpleaños pasara de largo?

Silvia esbozó una amplia sonrisa y se dejó achuchar por cuantos habían acudido a su fiesta sorpresa.

—Felicidades, Chica Nueva.

El cálido beso que Nicolás depositó en la comisura derecha de sus labios le aceleró el pulso, que no dejó de ganar velocidad al ver cómo la escaneaba



de arriba abajo dibujando esa media sonrisa canalla que la derretía. O sería mejor decir, «que las derretía». A todas. Sin excepción.

—Gracias —musitó emocionada.

A Silvia le constaba que él se había creado cierta fama a lo largo de los años que al círculo social al que ambos pertenecían no gustaba demasiado, y no solo porque fuese algo rebelde y un tanto problemático, sino por todas las adolescentes de alta cuna a las que había roto el corazón. Sabía de al menos media docena de chicas a las que había dejado destrozadas después de mantener una corta relación con ellas, si bien el fuerte lazo de amistad que los unía le había dado la libertad suficiente como para recriminarle en más de una ocasión su mal comportamiento. Pero Nico siempre le respondía lo mismo: que solo se divertía mientras esperaba a que ella creciese. Fueron tantas las veces que le dio esa respuesta, que terminó creyéndolo, convencida de que solo era cuestión de tiempo que se decidiese a dar el paso que los hiciera estar juntos. Lo que ella no imaginaba era que, para él, dicho día había llegado.

A Nicolás comenzó a gustarle Silvia desde el día que tuvo aquel encontronazo con ella cuando llegó al colegio. Al principio fue de una forma tierna, casi familiar, aunque con el paso de los años esa afectuosidad se había ido transformando en otro tipo de sentimiento. No era ningún secreto que él había tenido sus líos de faldas, pero se había encargado concienzudamente de que a Silvia no se le acercase ningún baboso. La consideraba algo suyo desde tercero de primaria, y hasta el curso anterior se había asegurado de que así continuase siendo; en cambio, ahora estaba en la universidad, en otra ciudad a kilómetros de ella, sin poder controlar sus pasos como toda la vida había hecho y envenenándose con la posibilidad de que algún gilipollas pudiese tenerla antes que él. Sentía celos de todo y de nada, y la distancia solo aumentaba esa incertidumbre que no lo dejaba vivir. Por eso cuando su hermana le comentó que iba a organizarle una pequeña fiesta, metió cuatro trapos en una maleta, subió a su Audi R8 y condujo sin descanso. Y había merecido la pena porque allí estaba, parado frente a ella de nuevo, contemplando la preciosa mujer en la que se había convertido. Esa noche la haría suya; no había hecho cinco horas de viaje para darle un triste beso en la mejilla y comerse una porción de tarta. Había llegado el momento de que Silvia Haro le perteneciese de todas las formas posibles. Él ya tenía diecinueve años y ella había cumplido quince, edad suficiente para que todos la viesan como la mujer que era; además de que con eso también se aseguraba

de que no pusiese sus ojos en otro y esperase impaciente el fin de semana al mes que él regresaba a la ciudad. Mientras, en la facultad, podría continuar con su desenfadada vida sin que nadie lo supiese. Tenía claro que una cosa era divertirse, por lo que no iba a renunciar a hacerlo hasta finalizar la carrera, y otra muy distinta lo que ambicionaba para su futuro. Y Silvia era a la única que veía junto a él en ese futuro.



Nunca habría imaginado que un par de cervezas la harían sentir como si estuviese en un carrusel... ¿O habían sido tres?

Hacía más de media hora que se había metido en la cama y no era capaz de cerrar un ojo. Prefería mantenerlos abiertos, clavados en la lámpara del techo de la habitación de invitados que ocupaba en casa de Daniela, pues cada vez que los cerraba su estómago amenazaba con expulsar su contenido. Su malestar se debía a que, al no haber puesto *peros* a ninguno de los aperitivos que se hallaban sobre la mesa aprovechando que su madre no estaba para recriminarle nada, se había atiborrado a base de bien y su organismo no estaba acostumbrado a ingerir tales cantidades de comida y menos aún a las bebidas que contenían alcohol. Conque ahora tenía en su estómago una especie de volcán a punto de entrar en erupción.

Se sobresaltó cuando las mantas dejaron de arroparla y el colchón cedió de la parte izquierda; al instante, un cuerpo cálido se pegó al suyo y las mantas volvieron a protegerla del frío.

Nicolás comenzó a besarla en los labios con ternura y ella no hizo por apartarlo. Era su primer beso y no se imaginaba a nadie mejor que a él para que la iniciase en aquella materia que le era totalmente desconocida, al menos en la parte práctica.

—Nico —susurró contra su boca, acariciándole el pecho desnudo con dedos temblorosos.

—Quiero hacerte el amor —exteriorizó el chico sin rodeos.

Advirtió cómo el cuerpo de Silvia se tensaba entre sus brazos al conocer sus intenciones, pero nunca se le había dado bien andarse por las ramas.

—Nico, yo no... No creo que esté preparada para dar ese paso. ¡Acabo de recibir mi primer beso y no me veo capacitada para ir más allá!

Él la miró a los ojos y deslizó los nudillos suavemente por su mandíbula.

—Eres preciosa, ¿sabes? —le confesó conteniéndose—. Por supuesto que lo sabes, como también que tarde o temprano esto iba a pasar entre nosotros.

—Solo tengo quince años —murmuró con cierto temor.

—¿Y qué? ¿Qué importancia tiene eso?

—A nuestros padres no les gustaría...

—Silvia, mírame. —Ella lo hizo—. A nuestros padres no les gusta nada de lo que tú o yo hacemos. Da igual cuánto nos esforcemos, el resultado siempre será el mismo: castigos, más normas, palabras de desprecio que un hijo nunca querría escuchar. ¿Por qué crees que hago lo que me da la gana?, ¿que paso de todas sus estúpidas reglas de comportamiento?

—Porque te rebelas, siempre te has rebelado contra todos ellos.

—Exacto. —Sonrió Nicolás—. Y esta tarde tú también lo has hecho. He disfrutado viéndote degustar los aperitivos que mi hermana ha preparado para ti sin que pareciera que estabas haciendo algo malo. Esa estricta dieta a la que tu madre te somete es una mierda y tú hoy te has rebelado contra ella.

—Entonces... ¿esto sería como otro acto de rebeldía?

—En parte sí. Que se jodan todos: tus padres por pretender que seas prácticamente una monja y los míos por considerarme poco menos que un delincuente.

—¿Y ya está? ¿Solo sería una mera venganza por todo lo que nos hacen?

Silvia, cada día que pasaba, se sublevaba un poco más a todas las normas que le imponían en su casa, pero no quería que su primera vez estuviese motivada por el resentimiento.

—Para nada. —Nico la besó tiernamente—. He dicho en parte, aunque el verdadero motivo es lo que siempre he sentido por ti. Tú y yo nos gustamos de toda la vida y no te puedes hacer una idea de la de veces que te he imaginado así, entre mis brazos. Sabes que te quiero, que ese sentimiento ha estado de forma permanente ahí. He sido el primer chico en besarte, déjame que sea también el primero en todo lo demás.

—Yo también te quiero mucho, Nico.

—Lo sé —reconoció él.

Silvia era demasiado joven para distinguir entre cariño y amor. Sí, era cierto que Nicolás le gustaba mucho y también que lo quería, aunque no sabía con exactitud en qué contexto. Sin embargo, a pesar de las dudas y de su corta edad, accedió a entregarle su inocencia, ya que ningún chico había estado nunca en su corazón a la altura que estaba él. Con un tímido beso, le otorgó la

libertad de hacer cuanto desease, poniendo en Nico toda su confianza como tantas veces había hecho.

Esa noche Silvia hizo el amor por primera vez, embriagada por el sabor de los primeros besos y asombrada por cómo recibía su cuerpo aquellas primeras caricias. Muchas primeras veces y todas gracias a Nicolás que, hasta que el sol asomó por el horizonte tras las montañas, logró a base de ternura que la palabra *nuevo* adquiriese su significado real, ese que pertenecía a los primeros años de su infancia. Con cada *nuevo* beso, cada *nuevo* roce, cada *nueva* palabra susurrada y cada *nuevo* escalofrío en su piel, Silvia fue desprendiéndose un poco más de la máscara invisible que llevaba en el rostro desde que tenía ocho años.

—Siempre seremos el uno del otro, Chica Nueva, tú lo sabes y yo también.

Y fue en ese instante que asomó la auténtica sonrisa de Silvia, aquella que le fue arrebatada en su niñez.

*Esa misma noche en el interior de un coche, en otro punto de la ciudad*

Se sentía un miserable mientras la besaba, un sucio y cerdo hijo de puta.

La chica era perfecta y guapa, con un cuerpo imponente y una simpatía poco dada en la barriada. Habían estado conversando alrededor de dos horas en el *pub*, en las que las miradas e indirectas que ella le dedicó fueron pistas suficientes para que él intuyese cómo terminarían la noche.

Y no se equivocó.

Eran las cuatro de la madrugada y se encontraban en los asientos traseros de aquel pequeño coche, desnudos y comiéndose a besos.

Darío estaba totalmente duro, no podía negar que no le gustase aquella preciosa mujer, sin embargo, la humedad condensada en las lunas del vehículo era una confirmación visible de que en esa ocasión estaba alargando los preliminares demasiado.

Se sentó derecho sobre la tapicería gris desgastada, se enfundó con destreza un preservativo y, sujetándola por el talle, la instó a que lo rodease con las piernas.

Un leve gruñido escapó de su garganta cuando ella resbaló lentamente por su longitud. Sí, aquello estaba bien; de hecho, era cojonudo e iba a disfrutarlo al máximo. Tenía la necesidad de rebelarse contra su propio cuerpo, de olvidarse de los sentimientos que lo atormentaban y sepultar por un

breve lapso de tiempo la multitud de recuerdos que no le dejaban vivir. Se aferró a las caderas femeninas yendo al encuentro de cada acometida, tratando de mantener a raya esa imagen que se empeñaba en mostrarle su cabeza y que le haría perder las ganas de echar aquel polvo que tanta falta le hacía. Y lo estaba logrando. Hasta que accedió de nuevo a su boca y comenzó a besarla como si realmente ella fuese alguien importante para él. En ese instante el rostro de Rebeca hizo acto de presencia, consiguiendo que se sintiera el ser más despreciable del mundo. Tras aquel ramalazo de dolor ya conocido que lo perforó hasta las entra-

ñas, supo que, después de alcanzar el clímax con algunas dificultades, seguiría sin experimentar el menor desahogo, sin sentir absolutamente nada a excepción de vacío. Y fue en ese preciso segundo que lo golpeó la certeza de que jamás podría darle a otra persona algo más que unos efímeros momentos de placer.

La chica lo observaba sonriente mientras vestían su desnudez con las prendas que iban encontrando desperdigadas en el estrecho habitáculo que ahora olía intensamente a sexo, pero Darío fue incapaz de devolverle la sonrisa. Él había aprendido a identificar ese tipo de brillo en unos ojos, lo había visto demasiadas veces a lo largo de aquellos años como para no saber qué significaba y su traducción le resultaba sencilla: se sentía satisfecha. Lo que ella ignoraba era que, si había tenido dos orgasmos, se debía únicamente al rechazo que su cuerpo mostraba ante cualquier mujer y no a su destreza en las artes amatorias. En cuanto los retazos de un pasado que siempre iría unido a Rebeca acudían a su mente, se ralentizaba, le costaba la misma vida llegar al final, y cuando conseguía correrse, la persona que tenía enfrente lo miraba casi con veneración, como si fuese un jodido dios del sexo y no un pobre desgraciado ligado a sus recuerdos.

Y ahora esa belleza de mirada tibia lo observaba sonriente, ajena al agobio que le causaba la pregunta que iba a hacerle a continuación. Porque él sabía que se la haría, como también que la respuesta que iba a darle sería idéntica a las anteriores.

Abrió la puerta del coche y plantó un pie en el asfalto rezando para que mantuviese la boca cerrada. Quería huir, salir corriendo para no tener que darle aquel desplante, porque no quería mostrarse de nuevo como el cabrón que no era.

—¿Volveré a verte?

Darío apretó los párpados con fuerza, maldiciendo su jodida suerte.

Luego la miró a los ojos; era lo mínimo que podía hacer.

—No te prometo nada. —Al contemplar la desilusión que cubrió su bonito rostro se vio obligado a mentir—. Ha estado genial, Olga, de verdad; lo que ocurre es que no me van las relaciones largas.

—No te estoy pidiendo matrimonio, solo digo que estaría bien repetir.

No, no pensaba repetirlo, no iba a crearle falsas esperanzas a nadie y menos a una buena chica como ella.

Sin añadir nada más, dejó un beso en su frente antes de cerrar la puerta y mezclarse con las sombras de la madrugada.

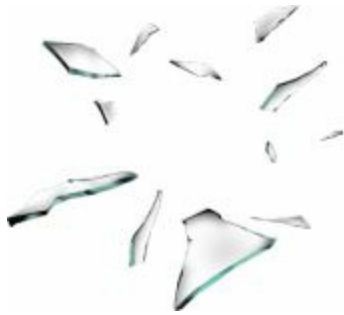
Se fue directo a la barriada. Ni entró al *pub* para avisar a Ángel y Aarón de que se marchaba; y si no entró fue por no tener que agachar la cabeza cuando se encontrase a Olga allí. Nadie se merecía lo que él daba: un rato de placer pensando en otra mujer que nada tenía que ver con la que en ese momento se follaba. Por ese motivo castigaba a su cuerpo hasta el extremo y aguantaba hasta que su resistencia como hombre lo vencía, porque la sensación que le quedaba después de mantener relaciones siempre era un puto asco.

Caminaba con las manos enfundadas en los bolsillos y la cabeza gacha cuando una lágrima se deslizó por su mejilla al atravesar la calle donde se ubicaba la vivienda de Agustín Reyes. Miles de recuerdos regresaron a su memoria. Recuerdos en los que tenía a su lado al amigo que había considerado un hermano. Recuerdos en los que una chica de ojos marrones hacía que tocarse el cielo cada vez que alcanzaba el clímax.

Al llegar a su casa fue derecho a la habitación de su sobrina, la arropó hasta el cuello y la besó en la sien. Antes de adentrarse en su dormitorio echó un vistazo al de su hermana, que dormía plácidamente, y apoyado en el marco de la puerta, se recordó por qué debía seguir luchando.

Ellas ahora eran su vida.

Él era todo cuanto Abril y Rebeca tenían.



8

## Un minúsculo brote

*Miércoles, 7 de marzo de 2018*

Calculaba que como mucho podría retrasar un par de días más mi cometido en el chalé de los Haro. Las excusas se me agotaban y mi jefe no hacía otra cosa que presionarme con que terminara de una maldita vez; según él, se nos acumulaba el trabajo. Era consciente de que estaba tardando más de la cuenta, y también de que mi tardanza se debía exclusivamente a mi negativa a abandonar el lugar sin opción a una despedida. Sin ir más lejos, la tarde anterior me había demorado a propósito esperando a que Silvia regresara de donde fuera que estuviese. Prácticamente me había tocado las pelotas la mayor parte del tiempo, aunque de nada sirvió, ya que cuando me fui de la casa había oscurecido y ella aún no había vuelto. Y, joder, sabía que era de lo más absurdo, pero sentía la necesidad de verla una última vez antes de decirle adiós.

Esa misma mañana me estaba entreteniendo adrede en programar la centralita; suerte que nadie sabía el tiempo real que podía llevarme aquello porque, para qué negarlo, iba a paso de tortuga conscientemente, revisando una y otra vez lo mismo a sabiendas de que no existía el mínimo error.

Sobre las once y media subí a la cocina en busca de un poco de conversación. Estaba harto de discutir conmigo mismo en aquel zulo al que llamaban sótano, además de que mi organismo requería con urgencia una dosis doble de cafeína. No dormía bien desde el lunes anterior, desde que confesé a mis amigos lo que me ocurría y tuve aquellas serias palabras con Samuel. Él había plantado en mí un diminuto brote de esperanza, que se marchitaba a cada

hora que pasaba sin que la pequeña bruja diese señales de vida.

—Buenas, Isabel.

—Llegas a tiempo de un café. Y ¡sorpresa!, hoy he horneado magdalenas. Sonreí abiertamente, sentándome a la mesa.

Para no romper mis recientemente adquiridos y poco profesionales hábitos, dejé que corriesen los minutos sin preocuparme del trabajo que ya debería haber acabado. Transcurrió como una hora en la que interrogué a Isabel con todo lo que se me pasó por la cabeza, sin embargo, la pregunta que de verdad quería hacerle no sabía cómo exteriorizarla sin que me hiciese quedar como un jodido desesperado.

—Ayer no vi a Silvia —terminé comentando con fingida despreocupación.

—Llegó bastante tarde. —Su rostro se había ensombrecido—. Quizá hoy tampoco la veas.

El corazón se me detuvo unos segundos.

—Pues es una pena. —Traté de que mi voz sonase serena—. Mañana, como mucho, termino la instalación, y me habría gustado despedirme de ella antes de irme.

Le mentí vilmente, dado que podía dejarlo todo listo ese mismo día. Solo faltaba anclar los termostatos a las bases de las paredes y hacer la comprobación rutinaria. Pero no, joder, me seguía negando a desaparecer sin verla una última vez.

—Entonces nos quedan muy pocos cafés por compartir —calculó con pesar—. Sí que es una pena, Darío. Me gusta tu compañía.

—Y a mí la tuya. —Cosa que era cierta.

De pronto, se levantó de la silla como si le hubiesen pegado fuego.

—Voy a enviar un mensaje a la niña para que no se entretenga cuando salga de las clases. Creo que a ella también le gustará despedirse de ti; me da que te ha tomado cariño.

«Si tú supieras...».

—Déjala, no la molestes, que imagino que estará hasta arriba con los exámenes de evaluación. Si acabo antes de que pueda verla, me despides de ella. Dile... Dile de mi parte que ha estado bien conocerla.

—Silvia no está estudiando por las tardes —espetó con sequedad—. Lo que pasa es que cada vez que viene Nicolás los demás dejamos de existir. Ayer, después de que saliera del instituto, la llevó a comer y luego al cine. O eso es lo que ella dice.



Estaba más que claro que aquel individuo no era del agrado de Isabel. Pero como buen gilipollas que soy, y aun estando seguro de que no iba a gustarme su respuesta, pregunté:

—¿Por qué te molesta tanto que salga con ese tío? ¿Es algo así como su novio?

Ella me taladró con la mirada.

—No lo quiera Dios. Ese chico es una mala influencia, un casanova que solo sabe ir de flor en flor. Aunque Silvia no parece verlo y le da más de lo que nunca recibirá. Se conocen desde el colegio, lo tiene idealizado y él se aprovecha de eso.

No me interesaba seguir escuchando aquello. Me estaba poniendo enfermo sin tener por qué cuando en realidad no éramos nada el uno del otro a pesar de haber creído en ciertos momentos que por una vez la vida me deparaba algo bueno.

«No preguntes más y lárgate», me recomendó mi voz de la razón.

—Cuando dices que se aprovecha de eso... ¿a qué te refieres exactamente?

«Imbécil de mierda, mueve el culo y pírate ahora mismo sin escuchar la respuesta».

Demasiado tarde.

—Si Silvia estuviese aquí seguro que lo negaría, pero él solo la quiere para... Ya sabes, para... Bueno, para lo que un chico a veces quiere a una chica. Yo no soy una reprimida en ese tema, ni mucho menos; también fui adolescente y entiendo las inquietudes de la edad. Lo que no soporto es la idea de que Nicolás la busque únicamente para eso y ella sea capaz de dárselo así sin más.

—Pareces muy segura. —Prácticamente había gruñido, gracias a que Isabel estaba a lo suyo y no apreció el tizne de resquemor.

—Créeme si te digo que no tengo la menor duda —remató para mi desgracia.

Demasiada información, mucha más de la que estaba dispuesto a procesar.

Samu había conseguido que me replanteara luchar contra esos obstáculos que yo le veía a la situación, me había convencido de que le echara huevos, aunque por lo que escuchaba, ahí no había nada que rascar. Menudo soplapollas de mierda estaba hecho al creer que teníamos una oportunidad cuando era evidente que ella solo me había donado las sobras de todos

aquellos besos que reservaba para *su amiguito* Nicolás.

—Voy a seguir con lo mío —la informé poniéndome en pie—. A ver si soy capaz de terminar hoy mismo.

La frase sonó la hostia de resentida, pero a esas alturas, me sudaba la polla todo excepto largarme de allí.



—Buenas tardes, Darío.

Continué conectando los cables al soporte sin elevar la vista, lo que no impidió que notase su presencia a escasos centímetros de mí.

—He dicho: buenas tardes.

La miré de soslayo. Se había apoyado en el bastidor de la puerta, con los ojos fijos en mí.

—Hola —contesté con aspereza.

—¡Guau! Qué derroche de simpatía. Eres la alegría de la fiesta.

¿En serio tenía ganas de bromear?! Pues yo no, joder, yo no estaba para sus tonterías.

—Dime una cosa, Silvia, ¿te ha llamado Isabel? —Me tocaba la moral que estuviese allí por compromiso.

Arrugó las cejas confundida.

No, ella no había hablado con Isabel, no sabía que estaba a punto de finalizar mi trabajo y yo no pensaba informarla al respecto. Cuando llegara el momento de largarme, me largaría sin más. Nada de despedidas. Nada de «ha estado bien conocerte». Nada de dejar al descubierto mis ganas de recetarle un par de hostias al tal Nicolás por pasar los dos últimos días con ella haciendo vete tú a saber qué. Yo nunca había sentido celos. Jamás. No sabía lo que eran hasta que Silvia se cruzó en mi camino.

Esa pequeña bruja había jugado conmigo, se me había lanzado al cuello dos veces y había hablado de sentimientos. Y yo había caído como un idiota en su estúpido juego, creándome expectativas sobre algo impensable e ilusionándome de nuevo. Pues no, joder. A la mierda Silvia, ese Nicolás y sus caprichos de niña mimada.

—¿Por qué iba a llamarme mi tata si sabía que había quedado con Nico?

—Quizá sea por eso, por evitarte un embarazo no deseado.

«Muy bien, Darío, cojonudo, aumenta su ego haciéndole ver lo molesto

que estás. ¡Sí, señor!».

—¿Qué insinúas?! Entre Nico y yo no hay absolutamente nada a excepción de una buenísima amistad.

—A mí no tienes que explicarme tu vida, tus excusas cuéntaselas a Isabel.

Me agarró por el antebrazo y tiró con fuerza, consiguiendo que el destornillador con el que apretaba los empalmes cayese al suelo.

—¿Estás celoso? —La fulminé con la mirada—. ¡Oh, sí, estás celoso de Nicolás!

Se veía bastante entusiasmada con el descubrimiento, lo que me enfureció aún más.

—No te lo tengas tan creído. Lo que tú y ese tío hagáis, me la pela. ¿O acaso creías que me había tragado todos tus disparates?, ¿que por cuatro halagos de mierda me ibas a tener a tus pies? Ni en tus mejores sueños —siseé con la mandíbula apretada, muy cerca de su cara.

—Ni en tus mejores sueños... —siseó ella también, con las manos plantadas en las caderas, acortando la distancia entre nuestros rostros un poco más— vas a dejar de gustarme por muy mal que me hables. Lo único que has conseguido con esta actitud tan primitiva es gustarme todavía más.

De nuevo esa pequeña bruja me descolocó. Me retiré de inmediato, intuyendo que tanta cercanía era peligrosa para mí y para mis jodidas hormonas festivaleras.

—Deja de decir payasadas, que no estás hablando con un crío de tu edad. —Me agaché a recoger el destornillador del suelo—. ¿Tan aburrida es tu vida, Silvia? ¿En tan poca estima me tienes para divertirte a costa mía?

—Yo no me divierto a tu costa, estoy diciéndote la verdad.

Metí la herramienta en la caja y cerré con un golpe seco, la agarré del asa y me planté en la puerta delante de ella.

—Ese cuento vas y se lo cuentas a otro, porque de mí vas a empezar a pasar desde ya.

La aparté a un lado y salí al recibidor.

—Al final tendrás que creerme, Darío, porque pienso ser muy persuasiva —declaró saliendo tras de mí.

Seguí caminando hasta la puerta con ella pisándome los talones.

—Lo que eres es una tocapelotas de mucho cuidado —farfullé por lo bajo.

—¿Puedes detenerte un segundo y escucharme?

—Tengo prisa —mentí sin dejar de andar, loco por salir de allí.

—Como quieras, pero que sepas que a partir de mañana vas a escuchar muy a menudo lo que siento por ti hasta que te lo grabes en el cerebro. Y seré muy pesada. Voy a estar repitiéndotelo a todas horas y durante todos los santos días.

Me giré hacia ella obsequiándola con una sonrisa que probablemente tuviera poco de afable y cero de simpatía.

—Suerte en tu intento.

Silvia ignoraba que el tiempo se le había agotado. Tal vez si hubiese pasado aquellas dos últimas tardes conmigo podría haber logrado convencerme de que decía la verdad, pero ya no.



—Romera —grité al entrar a la nave—. Mañana dejo listo el trabajo de los Haro.

—¡Ya era hora, joder! —exclamó mi jefe dándome una palmada en el hombro—. Venga, Robles, lárgate a descansar, que te quiero al cien por cien para lo próximo que te tengo asignado.

Me despedí de mis compañeros y me fui a casa con una sensación extraña en el cuerpo. Por un lado, sentía alivio, como si hubiese recuperado la libertad de mis propios actos; pero por otro, era como si tuviese un pedazo de astilla clavado en el pecho que me causaba dolor. Y esa astilla no era otra que el interrogante de qué podría haber pasado entre nosotros, porque lo cierto era que si yo le gustaba a Silvia tanto como ella me gustaba a mí, sí que habríamos podido tener una oportunidad. En fin... Siempre me quedaría la duda. Lógicamente a mi edad no estaba dispuesto a desperdiciar mi tiempo en comprobar dónde podían llevarme los caprichos de una cría.



## Tomar las riendas de eso que llaman vida

*Año Nuevo, 1 de enero de 2017*

—Nico, te he dicho que no.

—¡Venga, Chica Nueva, no me puedes dejar así!

Silvia miró a uno y otro lado temiendo que alguien los pudiese ver. Esa noche su casa estaba atestada de invitados que representaban a un selecto grupo de la élite financiera, entre los que se encontraban el alcalde y su esposa, un famoso constructor que hacía negocios con su padre, varios concejales y un par de directores de banco. También asistían a la fiesta algunos miembros de las familias más acaudaladas de la ciudad, y encabezando esa lista se situaban los padres de Daniela y Nicolás. Por eso no entendía que él no se cortase un pelo en tocarla. Ya era la tercera vez desde que habían tomado las uvas que colaba una mano por la raja de su vestido y le proponía que subiesen a su habitación.

Con disimulo, Silvia apartó los juguetones dedos de Nico de su muslo; no pensaba ceder, y menos ahora que sabía que en la universidad estaba acostándose con toda la que se le ponía a tiro. Nada más enterarse, se prometió no seguir manteniendo relaciones con él, y aunque todavía no había tenido la oportunidad de comunicarle su decisión, de esa noche no pasaría que lo pusiese al corriente. ¡Qué ciega había estado, Dios! Dos años viéndolo como a su pareja, declinando invitaciones de otros chicos que parecían realmente interesados en conocerla y tachando en el calendario, como una

tonta, los días que faltaban para que volviese. Solo pasaban juntos un fin de semana al mes, dos cortos días en los que se desvivía entregándose todo y en los que creía ser correspondida. Por eso nunca le habló de exclusividad, ya que daba y recibía a partes iguales, o eso pensaba ella. Dio por sentadas tantas cosas y fue tan confiada, que de no ser por Dani jamás se habría enterado de la doble vida que llevaba. Y ahora se sentía tremendamente decepcionada y no solo por saber de sus escarceos amorosos, que habían dado como resultado una semana de llantos constantes, sino también por su falta de empatía y por la crueldad de la que hizo gala, y de la que ella fue testigo, en la fiesta de Nochebuena, cuando aniquiló sin contemplaciones lo más puro que había en la vida de su hermana.

—Vamos, Chica Nueva, sé que estás molesta por algo y no es que no me interese saber qué es, pero me marchó dentro de dos días y no quiero perder el tiempo. —Le acarició la mandíbula con los nudillos y en respuesta obtuvo un manotazo.

—No —espetó Silvia con los dientes apretados, aproximándose a su rostro para que solo la oyese él—, tú no eres de los que pierden el tiempo precisamente; más bien todo lo contrario. ¿De verdad pensabas que nunca me enteraría de lo que haces en la facultad? ¿Tan ingenua me ves?

Un velo de temor cubrió los ojos verdes de Nicolás, si bien solo duró un segundo; al siguiente, la rabia los había ocupado. Sujetándola por el codo, la obligó a subir las escaleras. Ella no podía ponerse a gritar, no podía dar un espectáculo delante de toda aquella gente, de modo que, en contra de su voluntad, terminó encerrada en su dormitorio con él.

—¿Quién te lo ha dicho?

El último cachito del corazón de Silvia que aún se mantenía íntegro cayó a sus pies cuando él no negó la acusación.

Ese minúsculo rayo de esperanza acababa de morir.

En más de una ocasión se había repetido a sí misma que el despecho de Daniela la había hecho decir aquella mentira, pero todo era cierto y Nico se lo había confirmado con aquella pregunta.

—Eso da igual, lo único que cuenta es que sí has estado haciéndolo. Me has hecho creer durante dos años que te importaba, que lo nuestro tenía futuro. ¿Cómo piensas que me siento después de comprobar que lo que teníamos solo ha sido otra farsa?

—Chica Nueva, por favor, escúchame. —Nico le cogió las manos—. Ellas no significan nada para mí, tú sí. Ellas son un entretenimiento, tú mi

futuro. A ellas me da igual hacerles daño, a ti no.

Silvia apretó los párpados antes de que las lágrimas hiciesen acto de presencia. No pensaba llorar más y menos en su presencia.

—Dejémoslo estar, de todas formas, ni estábamos prometidos ni nada.

—No pienso dejarlo estar. Yo te quiero, Silvia.

—Lo sé. —Abrió los ojos y los clavó en los de él—. Pero no lo suficiente como para ser la única en tu vida.

—Puedo intentarlo —dijo con desesperación—. Te prometo... Te prometo...

—No, Nicolás, ya no. Eso lo tenías que haber pensado antes de bajarte los pantalones.

—¡Y entonces ¿qué?! ¿Ahora qué va a ser de nosotros?, ¿de todos los planes que tengo para ti y para mí?

Silvia no podía negar que seguía queriéndole mucho, como tampoco que su sonrisa traviesa, sumada a la actitud de *todo-me-importa-una-mierda*, no iba a dejar de gustarle de la noche a la mañana; sin embargo, lo único que en el presente podía ofrecerle era su amistad.

—El tiempo dirá. —No quería alargar más aquella conversación porque en el fondo le dolía—. Por el momento seremos los amigos que siempre hemos sido.

—Joder, no me hagas esto.

Ella se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Yo soy muy joven, aunque tú eres el que tiene que madurar. Dejemos que el tiempo decida nuestro futuro; no forcemos la situación, porque así nos arriesgamos a perder incluso el afecto que nos tenemos.

Nicolás asintió resignado, si bien en su fuero interno se negaba a claudicar. Lo seguiría intentando hasta que ella lo aceptase otra vez. Era un hecho irrefutable que Silvia sería la madre de sus hijos y nada ni nadie cambiaría sus planes, aunque de momento no insistiría, aprendería a ser paciente y sería más cuidadoso en cuanto a su doble vida hasta haberla conquistado de nuevo. No importaba cuánto tiempo le llevase, pero Silvia Haro terminaría siendo suya costara lo que costase.

Cuando abandonaban la habitación para regresar a la fiesta, se encontraron de frente con Isabel. A Silvia se le ruborizaron las mejillas por la mirada desaprobatoria que su tata le dedicó, consciente de que el que saliesen de su dormitorio daba lugar a malentendidos.

Isabel aniquiló con los ojos a Nicolás quien, en lugar de destensar el

ambiente rancio que se había creado, rodeó a Silvia por los hombros instándola a avanzar mientras retaba a la sirvienta con una mirada de superioridad que hacía referencia claramente al estatus que ambos ocupaban.

La mujer tuvo que morderse la lengua, sabía que no era prudente decir nada en aquel momento o saldría perdiendo. Contra gente como Nicolás, poco o nada podía hacer alguien como ella, aunque ya hablaría con Silvia a solas. No iba a consentir que renunciase a descubrir el significado del verdadero amor por un aspirante a picapleitos que sin duda la haría una desgraciada. Se negaba a aceptar que la vida de su niña llegase a estar tan vacía como lo estaba la suya.

*Fiesta de Fin de Año en el interior de un pub, al otro extremo de la ciudad*

Darío se situó junto a Samuel en la barra, apoyó los codos en la superficie de madera y clavó la vista en las botellas apiladas en la estantería que tenía delante.

—Aquella chica no te quita ojo. ¿Por qué no la invitas a algo?

Giró la cabeza hacia donde miraba su amigo y se encontró con unos preciosos ojos del color del caramelo.

—Paso —dijo regresando la vista al frente.

—¡Venga ya, tío! Haz por vivir. En algún momento tendrás que pasar página.

Darío se calentó al oír aquello.

—Estoy harto de escuchar esa frase, ¿sabes? Todo el mundo quiere pasar página. Todos queréis seguir adelante. Pues yo no, joder —sentenció de malos modos—, así que ahórrate un discurso al que no voy a hacer puto caso.

Samuel asintió despacio, dolido al escuchar aquello, pero no podía abrirle la cabeza y sacarle toda la mierda de dentro por mucho que la idea le tentase. Que a su amigo no le supusiera un problema dejar correr la vida habiéndose rendido a ella, era duro de asumir.

—¿Tú también vas a hacerlo? —preguntó Darío de pronto, alzando la voz por encima de la música.

—¿Hacer qué?

—Pasar página. ¿Vas a permitir que te marquen el camino?

No sabía a ciencia cierta por qué provocaba a Samuel. Tal vez fuese por el hecho de que le costaba aceptar que Abril y el hombre al que siempre quiso como a un hermano se perdiesen definitivamente.



—Tu hermana ya ha elegido su camino.

—No le dejaste otra opción. Tú marcaste sus pasos y ahora ese tío al que se ha emperrado en dar una oportunidad marcará los tuyos.

—¿Qué te ha hecho Sergio?, ¿por qué te cae tan mal?

—¡A mí no me cae mal, joder! —quiso aclararle de una vez por todas. ¿En serio Samu era tan obtuso?—. Ese pobre idiota no me ha hecho nada.

—¿Entonces?

Sí, definitivamente era un negado de la hostia. ¿Dónde coño estaba el tipo duro que él conocía? ¿Y quién cojones era el imbécil que tenía sentado al lado?

—Lo que pasa es que Abril no es feliz con él y nunca lo será —aseguró sin un ápice de vacilación—. Tampoco podrá hacerlo feliz por mucho que se esfuerce en intentarlo, y ninguna persona merece ser el segundo plato de nadie. ¿Por qué crees si no que, aunque me haya liado con alguna que otra tía, no he ido más allá? Porque sería injusto no dárselo todo, no entregarme al cien por cien o estar pensando en otra mientras estemos follando. —Darío dio un sorbo a su bebida. Le dolía reconocer aquello por más que le constase que nadie podría entenderlo mejor que él—. Pero eso tú ya lo sabes, conoces la sensación de la que te hablo —afirmó convencido—. La diferencia entre nosotros es que tú aún puedes hacer que eso cambie. Yo perdí cualquier esperanza hace mucho. Hace justo seis años, tres meses y dieciséis días.

Vio cómo a Samuel se le desfiguraban las facciones.

—Tienes que hacer algo, tío. —La voz de su amigo contenía trazas de tristeza, de la misma que a él no lo abandonaba—. Tienes que abrirte a otras personas. A mí también me duele mucho, no hay día que no me acuerde de Rebeca. Pero la vida está ahí y tienes que pelearte con ella. Tienes que ganar esta batalla, Darío.

Se mantuvo en silencio unos minutos, observándolo con intensidad mientras las palabras que no soportaba guardarse por más tiempo se estructuraban en su cabeza.

—Cuando vea que tú peleas por la tuya y dejas de comportarte como el hombre dócil que no eres, quizá entonces me lo replantee y luche por la mía. Mientras no, Samu —le espetó—. No voy a abrirme a otras personas y abandonarlas a ellas. No hasta que tú ocupes el lugar que ahora ocupo yo, porque me niego a que sea Sergio quien lo haga sabiendo que mi hermana jamás será feliz a su lado. —Si no pillaba la indirecta, era un idiota sin solución. Aproximó su cara a la de él, dispuesto a darle el último golpe de

gracia—. Nunca te ha detenido nada ni nadie a la hora de conseguir lo que querías y nunca, hasta esta noche, te he tenido por un cobarde que acepta con agrado la mierda que le ofrece la vida.

Darío le dio la espalda y se dirigió a donde se encontraban los demás sabiendo que sus palabras lo habían dejado tocado. Sí, lo había provocado a propósito, a conciencia, con toda la intencionalidad; y ahora que Samu tenía el balón en su poder, solo de él dependía proclamarse ganador o perder por goleada.

Cuando lo vio avanzar entre la gente con las fosas nasales dilatadas y esa mirada irracional que siempre lo había identificado puesta en Abril, sonrió de medio lado. El muy capullo por fin había reaccionado, y aunque era muy probable que la liara parda, se dijo que el resultado compensaría con creces cualquier salida del tiesto de las suyas.

No pudo evitar soltar una estridente carcajada al ver que su hermana propinaba un fuerte pisotón a Samuel mientras este hacía por sacarla a la calle. Casi podía oír las maldiciones que profería su amigo tirando de ella hacia la puerta, pero así había sido siempre entre ellos, y así era como Darío deseaba que continuase siendo.

Estuvo intranquilo hasta que Abril entró de nuevo al *pub* e informó a Sergio de la decisión que había tomado.

La única con lógica y sentido.

La única real y certera.

La única capaz de hacerles felices a ambos.

Inspiró y se llenó los pulmones de oxígeno, sintiéndose algo más relajado, e incluso se sorprendió moviendo el esqueleto al compás de la música. Ángel no se despegaba de Marta y Aarón estaba prácticamente solapado al cuerpo de Carol, aunque en esos momentos se sentía tan feliz por la reconciliación entre su hermana y su amigo que su soledad la pasó por alto.

La chica que lo observaba mientras estuvo apoyado en la barra con Samu se plantó frente a él contoneando las caderas.

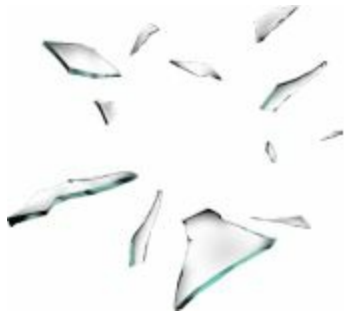
«¿Por qué no?», se dijo. Era una muy buena forma de darle la bienvenida al año. Después de más de nueve meses jugando al cinco contra uno, la expectativa de intimar con una mujer no le pareció tan descabellada. A fin de cuentas, era un hombre que no estaba atado a nadie; al menos no de forma física.

Salió del *pub* con la preciosa chica colgada del brazo, intentando seguir los consejos de Samuel. Esa vez trataría por todos los medios de no sentirse

culpable.

Le tocaba el turno de cumplir con su palabra.

Había llegado el momento de tomar las riendas de su vida.



10

## Pasar página

*Jueves, 8 de marzo de 2018*

—Ha sido un placer conocerte, Darío, y espero de corazón que nos volvamos a ver.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando entré a la cocina para comunicarle a Isabel que había terminado la instalación y me marchaba, pero fui incapaz de negarme a compartir con ella un último café sabiendo que ya no habría más conversaciones entre nosotros.

Había revisado tres veces el funcionamiento del equipo esa mañana y no porque dudara de la eficacia de mi trabajo, sino por lo mucho que me costaba decirle adiós a aquella jodida casa.

—A mí también me ha gustado conocerte, Isabel —confesé con honestidad—. Y, al igual que tú, espero volver a verte pronto. —Tenía que decírselo ya y largarme lo antes posible sin mirar atrás—. Imagino que Silvia estará con ese tal Nicolás; despídeme de ella.

Isabel hizo un gesto afirmativo con la cabeza al tiempo que me daba un caluroso abrazo.

—Cuídate, Darío.

Salí de la cocina y me dirigí al salón para recoger mi escalera portátil.

Al entrar clavé los ojos en ella, situada aún bajo la compuerta motorizada que quedaba en el centro de la estancia frente a la zona del comedor. Reacio a plegarla y marcharme del lugar, volví a subirme a los peldaños y me puse a trastear las rejillas, orientándolas de forma que el flujo de aire no pegara directamente en los ocupantes de las sillas cuando los hubiese. Trataba de

convencerme de que no perdía el tiempo, de que lo que hacía era necesario para garantizar el confort de las personas que vivían allí, aunque en el fondo sabía que mover un milímetro arriba o abajo las rejillas de la compuerta impulsora era una gilipollez sin ningún sentido. Ya estaba más que comprobado. Tenía que irme de allí.

Descendí de la escalera y agarré el borde de mi camiseta para secarme el sudor de la frente. Apreté la prenda contra mis ojos, repitiéndome que lo mejor era alejarme cuanto antes de aquella niña que me revolucionaba las hormonas y me disparaba las pulsaciones.

—¡Quieto ahí! Ni se te ocurra mover un solo músculo. —Me quedé paralizado al escuchar la voz de Silvia, arrugando entre mis puños la tela de algodón sudada—. ¿Te han dicho alguna vez que estás bueno a rabiar?

Solté la camiseta con rapidez y fruncí el ceño molesto. No con ella, sino conmigo mismo por el modo en que me afectaban sus halagos.

—¿Y tus padres? —pregunté en un tono seco.

—Han salido —me informó, dibujando una pícara sonrisa mientras se aproximaba a donde yo me encontraba—. Y volverán tarde. Estamos solos tú y yo.

Tragué con esfuerzo al intuir sus intenciones. Ya había caído dos veces en su juego y no podía permitirme caer ni una más. Porque... ¿para qué?, joder. Para qué exponerme si no iba a sacar nada provechoso de aquello.

Quería salir corriendo, terminar con esa farsa de tiras y aflojas que tanto parecía divertirla; en cambio, no fui capaz de apartar la vista de ella, de echar un jodido pie delante del otro. Pero tendría que estar ciego para no quedarme contemplándola como un gilipollas con lo preciosa que era, con esa mata de pelo castaño salpicado de hebras doradas que le caía hasta la cintura y esos ojos tan vivos con los que me robaba el aliento puestos en mí. Deslicé la mirada por las líneas curvas de su cuerpo, un cuerpo que de infantil tenía lo que yo de muerto.

Le di la espalda con el fin de alejar la tentación, que en ese momento era poderosa.

—Esto ya está listo, lo he comprobado y funciona perfectamente en todas las habitaciones. Me largo. Dile a tu padre que mi jefe le enviará la factura.

—¿Cómo que está listo?! No-No puedes haber terminado ya.

Me giré al escuchar su desconcierto. Yo no la había informado de lo poco que me quedaba y ahora la decepción se reflejaba en su rostro.

—Sabías que esto pasaría. Solo he sido un capricho como tantos, pronto

encontrarás a otro con el que entretenerte.

Fue imposible tragarme aquello por muchas razones. Me jodía lo que pudiese tener con ese amigo de la infancia, y me jodía todavía más la idea de que hubiese jugado conmigo. Yo solo representaba para ella una mera distracción y creer en sus palabras ya no era una opción factible, ni siquiera después de haber albergado una pequeña esperanza. Debía cortar por lo sano, desaparecer de su vida antes de que nos hiciésemos daño de verdad.

Apreté con fuerza la mandíbula al advertir que le brillaban los ojos, pero cuando vi que también le temblaba la barbilla, me arrepentí de haberle hablado así. Ella no tenía la culpa de ser tan joven y no estar a mi alcance, ni tampoco del gilipollas de padre que le había tocado en la lotería de la vida o de que nuestros mundos tuviesen un cero en compatibilidad.

—Lo siento. —Mi disculpa fue sincera.

Me pellizqué el puente de la nariz y cerré los ojos con fuerza, recriminándome por lo borde que había sido. ¿Qué estaba haciendo, joder? ¿Pagar con ella mis frustraciones e impotencia?, ¿tal y como hacía mi padre cuando yo era un niño? Ni hablar. Yo no era así, no era como él, y tampoco era justo que nos despidiésemos de esa manera.

Despegué los párpados al sentir las yemas de sus dedos recorriéndome el pómulo. No la había oído aproximarse y ahora estábamos tan cerca que podía verme reflejado en sus pupilas.

—No eres ningún capricho, Darío. Estoy enamorada de ti, ¿por qué no me crees? —susurró cerca de mi boca—. Me he enamorado de tus ojos, de la tristeza que hay en ellos. De tu cuerpo, de tu pelo, de tu forma de hablar, de cada rasgo de tu cara... —Deslizó el índice por la cicatriz de mi ceja, esa que mi padre me dejó como regalo cuando tan solo era un crío—. De tu corazón roto. —Suspiró—. Deseo ser yo quien una los trozos.

Llevó la palma de su mano al centro de mi pecho y, en respuesta, mi corazón quiso salirse de él.

—No puedes. Esos trozos no pueden unirse —confesé con pena.

Sin darme cuenta había rodeado con un brazo su cintura y con el pulgar de la otra mano delineaba el contorno de sus labios.

—Déjame intentarlo. —Su petición me pareció casi una súplica.

Me detesté por haber dado lugar a todo aquello. Si en esas semanas se había colgado realmente de mí como aseguraba, yo no iba a ser el único perjudicado, y lo último que quería era que ella sufriese. Yo conocía ese dolor, el de la pérdida, el de la soledad más absoluta, formaba parte de mí y lo

aceptaba; pero, joder, Silvia era muy joven para cargar con un sentimiento tan amargo como ese.

Intenté, en contra de lo que me gritaba mi *yo* más egoísta, hacerla entrar en razón.

—Tienes diecisiete años, tus padres jamás te permitirían estar con alguien como yo.

—No pueden impedirme estar contigo... siempre que tú quieras.

Qué poco sabía de la vida.

—Silvia...

—Y tampoco voy a tener diecisiete toda la vida —me interrumpió.

Pero yo no solo me refería a nuestra diferencia de edad.

—Tu mundo no es el mío.

—Pues renuncio a mi estúpido mundo, si eso es lo que te preocupa, y acepto lo que haya en el tuyo. Te elijo a ti, estés donde estés y a costa de lo que sea.

En lugar de ablandarme, como seguro pretendía, sus palabras me hicieron hervir por la poca importancia que le daba a algo que sí la tenía, ya que estaba más que claro que en el hipotético caso de que nuestra relación se hiciese real algún día, sería demasiado compleja. ¿En serio pensaba que iba a tragarme que estaba dispuesta a renunciar a las como-

didades de las que disfrutaba por la vida de mierda que yo podía ofrecerle?

—No digas chorradas —gruñí apartándola de mí.

Antes de que pudiese darme cuenta, la tenía colgada del cuello devorándome la boca. Me estremecí de pies a cabeza al roce de nuestras lenguas, sintiendo como un calor casi olvidado reptaba por mi cuerpo en dirección a mi entrepierna. La agarré por las caderas, ajustando sus curvas a mi erección, e hice presión contra su vientre dejando escapar un gemido estrangulado. Estaba cediendo y no quería. Debía separarme de ella, resistirme, romper el contacto. Pero joder, fue comenzar a acariciarme con la palma de la mano por encima del pantalón y la poca cordura que me quedaba me dijo adiós definitivamente.

Estaba disfrutando sin objeciones de lo que Silvia me hacía sentir cuando las palabras de Samu asomaron a mi mente. Él no se equivocaba, Rebeca no iba a volver y debía dejarla marchar. Sabía que nunca podría olvidarla, que un pedazo de mi alma siempre le pertenecería, pero el resto necesitaba compartirlo y, por lo visto, mi corazón ya había hecho su elección.

—Darío, ¿estás bien?

Silvia había dejado de besarme y me miraba fijamente, intuyendo de algún modo que algo me ocurría. Me empapé de lo bonita que era mientras una paz que no sentía desde hacía años se extendía por mi pecho.

—Sí, solo me preguntaba cómo piensas hacerlo.

—¿El qué?

—Desafiar a tus padres por un tío como yo.

—No te preocupes por eso. —Restregó su nariz contra mi mandíbula—. Nunca he temido a los retos.

—Así que no te dan miedos los retos —susurré en sus labios.

—Lo único que ahora mismo me aterra es que no me permitas entrar en tu corazón.

—Ya has entrado, joder —confesé vencido.

Era absurdo seguir negando lo evidente.

Asaltó de nuevo mi boca y sus manos regresaron a mi ingle, friccionando con fuerza mi dolorosa erección. La frené agarrándola por las muñecas porque no era ni el momento ni el lugar de continuar con aquello.

—Vamos a dejarlo aquí, ¿vale? —balbucí con falta de aire.

—No, no vale. Quiero que lleguemos hasta el final.

Sus manos volvieron a la carga y tuve que sujetarla con más firmeza.

Arqueé una ceja totalmente descolocado.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que te da igual que follemos aquí?, ¿en el salón de tu casa?, ¿frente a esa puerta por la que en cualquier momento podrían entrar tus padres?

—Pues sí, es justo lo que insinúo —declaró pese a tener las mejillas encendidas.

—¡Tú estás loca! —siseé enfadado por lo inconsciente que era—. Si tu padre nos pillara, haría que me despidieran e incluso podría denunciarme. ¿O es que acaso me iba a creer si le dijera que es su perfecta hija la que lleva semanas acosándome?

¿Cómo podía siquiera pasársele por la cabeza? A ella tan solo le caería una bronca; gorda, eso sí, pero una bronca, a fin de cuentas. En cambio, si yo entraba en ese juego, podía perder hasta el número del carné de identidad.

—¡Yo no te acoso, tarado!

¿Me llamaba tarado a mí? ¡¿A mí?! Pues iba a dejarle bien claro quién era el que tenía una tara monumental de los dos.

—Es lo único que has hecho en todo este tiempo. Pero ya me has tocado



bastante las pelotas con tus juegucitos, hace un momento literalmente hablando, ¿recuerdas? ¡Y no soy de piedra, joder!

Me dedicó una mirada asesina que me habría hecho recular en otro momento, aunque no precisamente en aquel cuando acababa de dejar al desnudo lo irresponsable que en realidad era. Si a ella le había sentado como un tiro mi falta de tacto, más me había jodido a mí su proposición descabellada.

Sin darle opción a seguir discutiendo, plegué la escalera, me la eché al hombro y avancé hacia la salida.

—Dile a *papá* que mi jefe se pondrá en contacto con él.

El sarcasmo palpitó en cada una de mis palabras.

—Como se te ocurra salir por esa puerta arranco los mandos del sistema de zonas de las paredes. Imaginarás que a *papá* no le hará ninguna gracia que el empleado de la empresa que ha contratado deje su trabajo a medias.

La miré receloso por encima del hombro

—¿Me estás vacilando?!

No podía hablar en serio. ¿No era consciente de la putada que supondría para mí que se cargase la instalación?

—Para nada, solo te estoy avisando. —Eso no era un aviso, era una amenaza en toda regla—. Te he dicho hace un momento que no le temo a los retos... Lo que no te he comentado es que siempre me salgo con la mía, y tú, Darío, no vas a desaparecer, porque no pienso permitirlo. Me gustas y sé que yo también te gusto, así que ve haciéndote a la idea de que esto no termina aquí.

Con un giro altivo me dio la espalda y, moviendo el culo exageradamente delante de mis narices, salió del salón.

Sonreí como un imbécil a pesar de lo que me acojonaba la idea de que llevase aquella locura a cabo. Silvia parecía realmente interesada en mí y, por lo que la conocía, no pararía hasta encontrar el modo de que nos viésemos de nuevo.

«Eso espero, que si algo te importo, no dejes de luchar». Fue mi último pensamiento antes de abandonar el chalé.

Yo hacía muchos años que había dejado de pelear por nada ni nadie, y las pocas fuerzas que me quedaron tras la muerte de Rebeca las invertí en mi sobrina y mi hermana. Por eso deseaba que pusiera todo su empeño, que encontrara la manera de continuar lo que entre nosotros había empezado.

Cargué la escalera en la parte trasera de la furgoneta, me senté frente al

volante y, echándole un último vistazo a su casa, metí primera y aceleré.

Al llegar a la nave me dirigí a la oficina.

—Romera, ¿se puede?

Mi jefe me hizo un gesto con la mano para que entrase.

—Ya he dejado lista la instalación de los Haro, mañana puedes remitirles la factura.

—Perfecto. —Sonrió—. Ahora vete a casa y descansa, que te quiero a primera hora con las pilas recargadas.

Asentí con la cabeza y me despedí de él, subí a mi coche y puse rumbo a la barriada.

Eran las siete y media de la tarde cuando llegué al taller de Agustín.

—Qué pasa, tío —saludé a Aarón, que bajaba en ese instante las persianas de las cocheras.

—¡Bueno, bueno, bueno, pero si al final va a ser verdad eso de que al tercer día resucitó el Mesías!

Resoplé por la nariz ante tamaña absurdez. Tan cierto era que no nos veíamos desde el cumpleaños de Rebeca, como lo era que no habíamos firmado ningún contrato que dijese que por cojones teníamos que vernos todos los días.

Samu avanzó entre los coches hasta llegar a nosotros.

—¿Pasa algo?

Joder, ¿tan raro les parecía verme allí?

—Solo me apetecía hablar con vosotros un rato, no tendríais que extrañaros tanto.

Samuel sonrió al tiempo que golpeaba en el pecho a su hermano.

—Llama a Ángel y dile que nos vemos en el bar de Paco en diez minutos.

Aarón se abstuvo de contestarle que se metiera la mano en los huevos, lo supe por la mirada que le lanzó. Se sacó el móvil del bolsillo e hizo la llamada mientras daba un fuerte tirón a la última persiana del taller.

—En diez minutos donde Paco. —Y colgó.

No hicieron falta más palabras.

Ocupamos la mesa situada al fondo y pedimos tres botellines de cerveza. Yo aún llevaba el uniforme de la empresa y los hermanos Reyes sus desgastados monos azules tiznados de grasa. Ángel también apareció con la ropa del curro: un pantalón verde oscuro y un polo del mismo color con el logo de la cooperativa donde trabajaba bordado a la altura del pecho. Tomó asiento en la silla libre e hizo un gesto a Paco para que le sirviese lo mismo

que a nosotros.

—Dispara —demandó nada más agarrar el botellín.

—¿Que dispare qué? —le pregunté un tanto a la defensiva sabiendo por dónde iban los tiros.

—Venga ya, Darío, no te hagas de rogar. No puedes soltarnos que te pone una tía, pegarte varios días desaparecido y ahora esperar que no te acribillemos a preguntas. Parece mentira que no nos conozcas. —Aarón cabeceó a derecha e izquierda.

—Nos hemos vuelto a besar —anuncié de sopetón, sin filtrarlo siquiera—. Dice que está enamorada de mí, que quiere continuar viéndome.

Vi cómo se abrían al máximo los tres pares de ojos que tenía frente a mí.

—Joder, tío, yo solo tenía curiosidad por si te la habías tirado, no me esperaba algo tan profundo.

—No, Ángel, no me la he tirado —mascullé entre dientes—. No todos pensamos igual que tú.

—Tú piensas con la polla como el resto, lo que pasa es que hasta ahora no ha habido mujer que te la ponga dura de verdad. *Hasta ahora*, esa es la palabra clave —enfaticó aquel imbécil al que yo consideraba mi amigo.

—¿Y tú cómo lo llevas? —Giré el cuello hacia Samuel—. Me refiero a si también sientes algo.

—Se podría decir que sí —reconocí tras meditarlo unos segundos—. No me he pillado ni nada, pero me siento la hostia de bien cuando estamos juntos, cuando nos besamos; incluso cuando me pone de mala leche, que es casi todo el tiempo. Silvia consigue...

—Que te sientas vivo —terminó él por mí.

Di un largo trago a la cerveza antes de asentir.

—Pues si esa chica ha logrado resucitarte, bien merece la pena que luches por ella.

—No lo sé, Aarón. Hoy he terminado el curro en su casa... —Noté una punzada aguda en el centro del pecho—. Igual no la vuelvo a ver.

—¡No jodas que te has pirado de allí sin antes quedar con ella! —Al no negarlo, Ángel se inclinó por encima de la mesa acercándose a mí—. Vamos a ver, colega, si esa chica te pone tanto como parece, ¿por qué cojones no le has dicho de quedar?

¿Por qué no lo había hecho? Estaba claro que me gustaba, que quería verla de nuevo. Entonces ¿por qué...? ¿Solo por lo que desató en mí el que pasara su tiempo con ese tío?

—Es... complicado. —Omití revelarles que probablemente sí que habían sido los celos los que me cegaron en parte, pero ya tenían bastante carnaza para reírse a costa mía como para confesarles también aquello—. Creo que no me veo con Silvia fuera de su entorno.

—Eso es una gilipollez —ladró Samuel en un tono ácido—. Si te da palo que te vean por ahí con ella, tráela a la barriada, déjanos conocerla y que conozca cómo es tu día a día. Maldita sea, Darío, no puedes darle la espalda también a esto. Todos sabemos... —hizo una barrida general con un movimiento del brazo— que es la primera vez en años que una mujer llama en serio tu atención. Y me suda la polla el motivo; bien sea porque te la pone dura, como afirma Ángel, o porque se te esté metiendo bajo la piel, como dijiste tú. Aquí lo que importa es que esa chica ha hecho que te replantees muchas cosas que dabas por perdidas, así que échale huevos.

—Eso, échale huevos y no dejes pasar la oportunidad —lo secundó su hermano.

—¿De qué oportunidad hablamos, Aarón? ¿De la oportunidad inexistente de que su familia me acepte, de la hipotética de que el mundo vea con agrado los doce años que le llevo o de la compleja de que nuestras vidas puedan compenetrarse? Dime, ¿de cuál de ellas?

—De la de ser feliz, capullo, de esa hablamos. De la que te haga dar el siguiente paso sin arrastrar los pies. De la que te obligue a volver a sentir para bien o para mal. ¿A ti qué coño te importa que un estirado de mierda te acepte o no? ¿Qué tiene que ver la edad cuando se trata de amor? Porque de eso precisamente es de lo que estamos hablando, tío, si no, no te estarías comiendo la cabeza como lo estás haciendo.

—Ya os he dicho que no hay amor —sentencié rotundo.

—¿Y qué coño hay entonces? Explícate.

—La cuestión es: qué no hay.

—Vale, voy a cambiar la pregunta a ver si así tenemos cojones de entenderte. ¿Qué coño es lo que no hay?

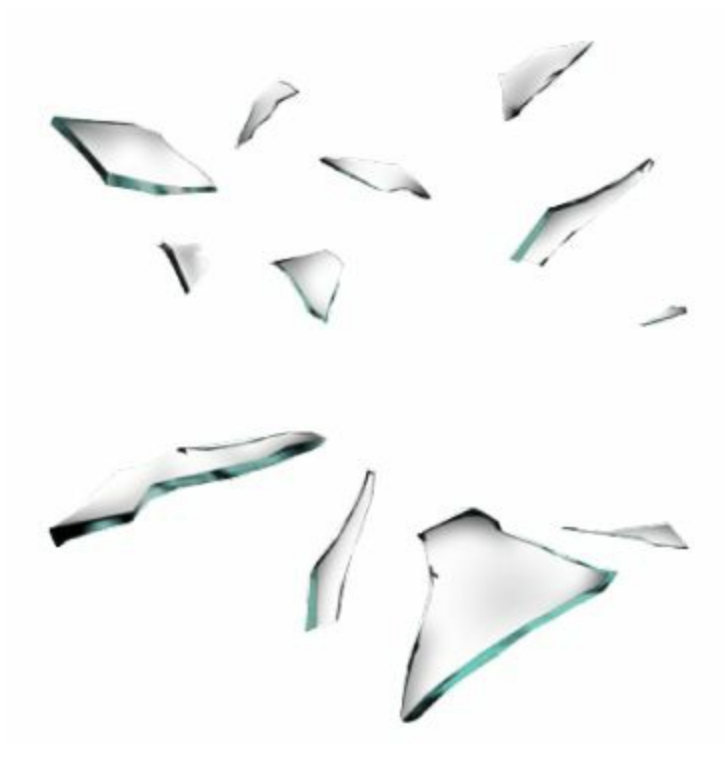
—Dolor, Aarón. Después de besarla, eso es lo que no hay. No recordaba lo que era besar a una mujer sin sentir remordimientos, y eso es lo mejor, lo verdaderamente bueno, una sensación bestial. Sé que esto quizá para vosotros no tenga importancia, pero para mí lo ha significado todo. —Ya lo había dicho.

Y en ese momento, liberado como me sentía al compartir un porcentaje alto de mis frustraciones y logros con las únicas personas que siempre habían

estado ahí para mí, les conté también mi última conversación con ella, incluida su amenaza.

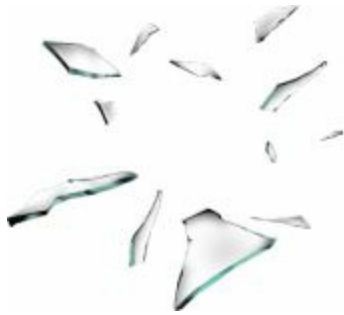
—No te rayes, Darío. Silvia parece una tía con las ideas claras, encontrará el modo de que volváis a veros —afirmó Samuel tras escuchar mi relato.

Ninguno de nosotros la creyó capaz de poner en peligro mi trabajo habiendo otras muchas formas de que pudiésemos vernos, pero ninguno de nosotros sabía en aquel entonces quién era Silvia de verdad ni hasta dónde estaría dispuesta a llegar para lograr su objetivo.



## *Rendirse al presente*

*«Solo existen dos días al año en los que no se puede hacer nada.  
Uno se llama ayer y otro mañana.  
Por lo tanto, hoy es el día ideal para amar, crecer, hacer,  
y, principalmente..., vivir».*  
Dalay Lama



11

## Un once

### *Darío*

—Tata, ¿ha venido Darío?

—Sí, mi niña, debe andar en la planta de arriba.

Tomé una brusca bocanada de aire y me giré hacia la puerta preparándome para cuando Silvia entrase por ella. Me era imposible controlar el temblor en las manos, que abría y cerraba en puños como si así pudiese aliviar la tensión del resto de mi cuerpo. Necesitaba deshacerme del nudo que se apretaba en mi pecho para poder enfrentarla, pero el caos que tenía en la cabeza, donde se mezclaban la rabia y la desesperación casi agónica que sentía por verla, no ayudaba.

La vi pasar de largo por el pasillo y ni me molesté en llamar su atención. Permanecí en esa posición. Inmóvil. Aguardando a que desanduviera sus pasos y su silueta se recortara bajo la puerta. Cogí aire de nuevo, sin apartar los ojos del hueco que daba al corredor.

Al momento apareció.

Sus iris moteados me examinaron con tal interés que me olvidé incluso de cómo coño se respiraba. Un fuego abrasador comenzó a recorrerme las venas haciéndome sentir febril; síntoma inequívoco de que mi cuerpo se rebelaba contra mí. Me jodía que su sola presencia anulara mi capacidad de control y que con solo repasarme con descaro de arriba abajo hubiese conseguido que la sangre se me agolpara en las pelotas. Pero tenía que reconocer que era condenadamente preciosa, endiabladamente sexi, y yo había pasado más tiempo del recomendable en abstinencia.

Hechizado como estaba, casi había olvidado por qué me encontraba allí. Entonces ella abrió la boca y me di de morros con la realidad.

—Hola. —En su saludo no había rastro de arrepentimiento y sí una marcada huella de triunfo.

Mis ojos la fulminaron.

Entró a la habitación, cerró la puerta, dejándonos reclusos dentro, y apoyó la espalda en la hoja de madera lacada en blanco.

—He dicho: hola.

Y eso fue el colmo. ¿En serio esperaba que la saludase como si nada después de putearme como me había puteado?!

Maldita bruja caprichosa de los cojones.

—¿Hola?! ¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

La vi coger una cantidad descomunal de aire que indicaba que iba soltar alguna absurda excusa que con toda probabilidad traía estudiada. Y yo no estaba dispuesto a ceder. No me tragaría ninguno de los pretextos que esa manipuladora hubiese inventado.

Volví a equivocarme con ella, pues todo el oxígeno que había acumulado en sus pulmones no iba destinado a argumentar su jodida *hazaña*.

—Me alegro mucho de volver a verte. Los lunes te sientan la mar de bien. Me sigues pareciendo el hombre más guapo del mundo; de hecho, esa cara de cabreo te da un toque de lo más atractivo. Y por si no recuerdas lo que dije el jueves, te lo repito para que tengas claro por qué estás aquí: estoy enamorada de ti, así que espero que comprendas por qué he tenido que hacerlo.

Desarmado. Así es como me sentí cuando esas cuatro frases de mierda redujeron a la mitad todo mi cabreo.

—No es justo, joder —me quejé presionándome el puente de la nariz, decepcionado conmigo mismo por mi nula firmeza.

—¿El qué no es justo, Darío? ¿Que te hayan sermoneado por mi culpa?, ¿que te veas obligado a volver a verme?, ¿o que ahora que me has visto te hayas dado cuenta de que en el fondo lo deseabas?

Esa rabia casi desaparecida retornó al instante, y no solo por el tono arrogante que había usado, sino por la falta de consideración hacia mi persona. Esa cría caprichosa no era consciente de lo que había hecho, aunque yo se lo iba a aclarar. ¡Joder si se lo iba a aclarar!

Avancé hacia ella dejando que viera en mi expresión hasta qué punto me molestaba su forma de actuar.

—Nada de esto es justo y lo sabes —remarqué en un tono bajo cargado



de veneno—. Sermonear no es la palabra correcta. Me han echado dos broncas de cojones sin comérmelo ni bebérmelo: una mi jefe y otra tu padre, y todo por tu culpa. —Solo nos separaban un par de pasos y mi ira continuaba viva—. Y sí, me has obligado a que vuelva a verte. Puteándome. Haciendo que me juegue mi maldito puesto de trabajo. —Cuando estuve frente a ella me incliné, posicionando mi cara a la altura de la suya, y planté las palmas de las manos a ambos lados de su cabeza por no apretarlas alrededor de su cuello. Entonces la miré a los ojos y quedé atrapado en las máculas verdosas de sus iris, que danzaban sobre el fondo castaño. En un segundo noté que mi ira se tambaleaba; en solo dos había perdido el hilo de mis pensamientos; y al tercero las palabras salieron de mi boca sin permiso, avivadas por un sentimiento mucho más fuerte que yo—. Aunque te equivocas en algo. No me hacía falta verte en persona porque, para mi desgracia, llevo un tiempo que no hago otra cosa que desearte a todas horas.

Acuné su rostro entre mis manos y me precipité contra su boca como si un lazo invisible tirase de mí.

La besé despacio, tratando de mantener el control sobre mi cuerpo el mayor tiempo posible; control que se fue a la mierda en cuanto me rodeó la cintura con los brazos y recordé lo bueno que era tenerla así. Abrazándome. Besándome. Aportándome calor hasta en los huesos. Ninguna mujer en años había logrado hacerme sentir tanto en tan poco tiempo ni de una forma tan intensa.

Sin separar nuestros labios, nos tomamos la libertad de acariciarnos por encima de la ropa. Y, hostia puta, mis manos parecieron emanciparse del resto de mi cuerpo y atacaron con avaricia las líneas curvas de su silueta, intensificando mi deseo hasta tal grado que me olvidé de todo excepto de satisfacer mis exigentes necesidades. Le desabotoné la camisa, que se escurrió por sus hombros cayendo al suelo; al instante su minifalda corrió la misma suerte.

Ante la visión de ella en ropa interior, mi cuerpo respondió de forma inmediata con un aguijonazo en la entrepierna. Ignoré el dolor como pude y deslicé mis palmas encallecidas por sus brazos, recreándome en el suave tacto de su piel.

Silvia me sacó la camiseta por la cabeza y se entretuvo explorándome el pecho. Disfruté de la sensación de sus dedos recorriéndome la carne con lentitud, pero cuando sus manos descendieron a mi vientre, deseé que no dilatara más el momento.

La necesitaba con urgencia, y no solo hablo de echar ese polvo que tanta falta me hacía. Lo que necesitaba de verdad era abandonarme por entero a ella, dejar que cada uno de sus roces me hiciese sentir un poco más vivo, amar y sentirme amado de nuevo.

Me miró fijamente a los ojos mientras bajaba la cremallera de mi pantalón.

—Tengo que quitarme las botas de currar o esta mierda no saldrá de ningún modo —murmuré con una voz irreconocible.

Si de por sí ya estaba excitado, mi estado alcanzó unos niveles preocupantes cuando la vi arrodillarse para ayudarme a que me desprendiera del calzado.

Mi polla dio una sacudida al imaginarme rodeado por su boca.

«Quítatelo de la cabeza», me ordenó mi yo más cabal.

Imposible cuando ella tenía los labios entreabiertos y sentía el tacto de sus manos ascendiendo por mis piernas.

Imposible cuando un instinto irracional me incitaba a sujetarla por la nuca y guiarla allí donde mi sangre bombeaba.

La idea de Silvia devorándome resultaba muy tentadora, sin embargo, me mantuve inmóvil hasta que estuvo de nuevo en pie frente a mí.

Un gruñido lastimero escapó de mi garganta al verme aplastado contra su cuerpo con dos fuertes apretones que dio a mis nalgas. Mis dedos serpentearon a lo largo de su columna hasta dar con el cierre del sujetador; lo solté y observé cómo la ley de la gravedad actuaba llevándose la prenda al suelo. Mis pupilas quedaron ancladas a su pecho.

Tragué saliva al descubrir que eran las jodidas tetas de mis sueños.

—Puedes tocarme.

Alcé la vista para mirarla y reparé en la puerta cerrada a su espalda. ¿Qué coño estaba haciendo?, ¿tanta era mi desesperación que iba a echar un polvo con ella en su maldita casa?, ¿tan poco autocontrol tenía que...?

—Siente. Solo siente, por favor.

Silvia había llevado mis manos a su pecho y el pequeño eco de vacilación desapareció al sentir el peso de la carne en mis encallecidas palmas. Clavé los ojos ahí y el contraste que hacía mi piel morena con la suya nívea me provocó otra punzada de deseo. «¡A la mierda!», pensé. Se notaba a leguas que ella quería aquello tanto como yo, y si a Silvia le traía sin cuidado montárselo conmigo en esa habitación, menos tenía que importarme a mí. Además, llegados a ese punto, yo estaba loco por hacérmelo con ella, por

estrujar toda esa tierna carne y saborearla en mi boca.

A la primera presión de mis dedos dejó caer la cabeza hacia atrás en un largo suspiro que terminó con la poca cordura que me quedaba. Me lancé como un animal a su cuello y aspiré.

Dios, qué bien olía.

Nos tumbamos sobre la alfombra, besándonos y memorizando la geografía de nuestros cuerpos, hasta que los roces se volvieron exigentes e imprecisos. No fui capaz de posponerlo más, me deshice de sus bragas y me arranqué el bóxer prácticamente a tirones, alargué el brazo en busca de un preservativo y, al ver que no había duda en sus ojos, me lo enfundé con presteza.

La ayudé a situarse encima y observé cómo mi miembro desaparecía lentamente en su interior. Solo aquello ya me hizo ver puntitos brillantes. Iniciamos un vaivén pausado; ella apoyada en mi pecho y yo sujeto a sus caderas, y cuando nuestros jadeos inundaron la habitación, la incité a ir más deprisa, clavándole los dedos en la carne al tiempo que me impulsaba a su encuentro, consciente de que me faltaba muy poco para estallar en mil pedazos. Y no me equivoqué. Fue escuchar el gemido extasiado que brotó de su garganta al tensarse y el orgasmo me atravesó.

Exhausta, se desplomó sobre mí y yo la abracé. ¡Joder si la abracé! Pero es que lo último que quería era separarme de ella.

—Ha sido perfecto —dijo en un susurro.

—Sí que lo ha sido. Todo —admití con sinceridad.

Y con ese *todo* no me refería al polvo en sí, aun habiendo sido la hostia de bueno, sino a que por primera vez en años había podido mirar a la cara a una mujer mientras teníamos sexo sin que los remordimientos me estrangulasen.

—Me gustas mucho —exteriorizó mirándome a los ojos, con la barbilla acomodada en el centro de mi pecho.

—No sé si mucho o poco, pero para estar como estamos algo tengo que gustarte.

Sonrió al verme fruncir el ceño.

—Mucho, te lo he repetido mil veces.

Una larga exhalación escapó de entre mis labios.

—Tú sí que me gustas, joder —terminé declarando en voz alta, convencido de que era una idiotez seguir dándole la espalda a lo que ella me hacía sentir.

—Me alegro de gustarte.

Su sonrisa se amplió tras mi confesión, que más que sonar a triunfo había sonado a derrota, por lo que yo no le veía la gracia por ningún lado.

—No sonreirías si supieras lo que me cuesta aceptar esto que me pasa contigo. —Le recogí un mechón de pelo detrás la oreja—. Eres la primera chica en muchos años con la que me gustaría tener algo más que sexo. Y me da miedo, ¿sabes? Porque no sé qué ni cuánto significa para ti lo que hemos hecho. —Resoplé por la nariz—. Mira, yo no tengo ni edad ni fuerzas para perder el tiempo, y me acojona la idea de enamorarme y no poder aspirar a algo más. Tengo la sensación de que nunca podremos tenernos de verdad, por mucho que yo te guste o que tú me gustes a mí.

—Te equivocas. —Me dio un casto beso en los labios—. Esto es un comienzo sin fecha de caducidad. Sé que te gusto, Darío, y por ahora me conformo con eso. La diferencia es que a mí no solo me gustas físicamente... Yo me he enamorado de ti, y estoy dispuesta a luchar porque funcione.

Guardé silencio por no discutir en aquel momento sobre quién de los dos se equivocaba. ¡Cuántos palos le quedaban por recibir! E intuía que no estaba preparada.

—Ya se verá con el tiempo. —Puse fin al tema antes de devolverle el beso.

Empezamos a vestirnos en silencio, observando meticulosamente cada uno de nuestros movimientos mientras los minutos que nos quedaban por estar juntos expiraban.

Presentía que algo entre nosotros había nacido a partir de lo que se podría denominar una ida de olla bien ejecutada, porque el que hubiese jodido la instalación ahora me importaba una mierda. Además, ya había solucionado el problema y, aunque el jueves cuando me marché no la creí capaz de llevar su amenaza a cabo, tenía que reconocer que el haberla cumplido decía mucho en su favor. La intención de Silvia no había sido la de perjudicarme, simplemente lo había hecho para poder verme de nuevo, lo que se traducía en que al menos una parte de lo que decía sentir por mí era cierta.

Aún no me había puesto la camiseta cuando posó las manos en mi pecho; mis ojos volaron a la franja de piel que dejaba a la vista su camisa desabotonada.

—No desaparezcas, por favor.

—No creo que llegados a este punto pueda hacerlo.

Busqué su boca y la atraje hacia mí. Quería disfrutar un instante más de

su cercanía sin pensar en las pocas alternativas que tendríamos de vernos en cuanto me marchara de su casa.

—¡Dios Santo! Pe-Peró ¿qué significa esto?

Me volví hacia la voz aguda, notando cómo la bilis me subía por la garganta.

«Mierda, mierda, mierda». Apreté los párpados con fuerza; en cuanto llegara a oídos de Romera me echaría a la puta calle.

Le recé a ese dios en el que no creía porque todo fuese producto de mi imaginación, pero al despegar las pestañas la madre de Silvia continuaba ahí, mirándome con repulsión desde la puerta. Una mirada caníbal que prometía colgarme por las pelotas.

Giré el cuello hacia Silvia y la sonrisa que descubrí en su rostro me destrozó.

Yo solo era para ella otro instrumento más con el que desafiar a sus padres.

«Mierda —maldije de nuevo—. Esto te pasa por pensar con la polla, idiota».

Cómo me arrepentía de haber caído otra vez en su juego.

—Deberías haber llamado a la puerta, mamá —matizó con voz retadora consiguiendo que se me encogieran los huevos.

Me apresuré en ponerme la camiseta, dispuesto a negar lo que había ocurrido hasta el fin de los días.

—No ha pasado nada, señora de Haro. Me refiero a nada más allá de lo que ve.

Sus ojos me taladraron.

—Márchate de mi casa ahora mismo —escupió con una mueca de asco—. Y jamás se te ocurra volver, ¿me oyes?

Vencí la tentación de pagarle su *amabilidad* con un gesto obsceno que la habría hecho desmayarse, agarré la caja de herramientas y le eché un último vistazo a Silvia antes de salir.

—Nos vemos pronto, Darío —se despidió sin borrar aquella jodida sonrisa.

«En tus sueños tal vez», dije para mis adentros al abandonar la habitación.

—Eres una zorra. —Escuché mientras avanzaba por el pasillo—. Una fulana que se entrega a cualquiera. Una vergüenza para esta familia. No eres digna de llevar nuestro apellido.

Frené en seco e hice de tripas corazón para no desandar mis pasos y soltarle cuatro voces a esa arpía, y no porque me hubiese tildado como la peor de las mierdas, sino por el poco respeto que mostraba a su propia hija. Eso fue lo que más me dolió, porque Silvia no era lo que su madre decía. No podía serlo, joder.

Inspiré hondo y continué avanzando, loco por desaparecer de allí. Me faltaba el puto oxígeno.

—¡Se puede saber adónde vas con tanta prisa!

Ni me detuve al escuchar a Isabel en la planta baja.

—Ya he terminado —respondí tan acelerado como mis pies.

—Pero... Pero... ¡Tómame al menos un café!

—¡¡¡Fuera de mi casa!!!

El grito vino de lo alto de la escalera.

Isabel se quedó petrificada, mirándome mitad incrédula, mitad aterrada.

—Adiós, Isabel.

Fue cuanto pude decir antes de hundir la cabeza entre los hombros y salir cagando leches de allí.



—Dime, capullo.

—Estoy jodido —anuncié con voz cansada cuando contestó al móvil—. Ha pasado algo y no sé qué hacer... No sé cómo solucionarlo.

—¿Dónde estás?

—En mi casa.

—Dame cinco minutos. —Y colgó.

Me había desplomado en el sofá nada más llegar con la intención de relajarme, pero en cuanto la adrenalina abandonó mi cuerpo, me agobié imaginando lo que podría suceder al día siguiente. Mis conocimientos eran tan limitados que no podía permitirme el lujo de perder mi empleo, y le estaba dando tantas vueltas a lo que Romera pudiera hacer al respecto que me palpitaban las sienas. ¡Quién iba a contratarme rozando la treintena y sin ninguna otra experiencia profesional!

La cabeza me iba a estallar, joder, y la incertidumbre de no saber cómo estaría Silvia no ayudaba en absoluto.

Dos golpes secos en la puerta fueron la carta de presentación de Samuel.

—¿Qué coño ha pasado?

Entró dándome una embestida, medio ahogándose por la carrera.

—¿Esos pantalones son de pijama? —señalé.

Mi intención no era la de hacerme el gracioso ni mucho menos, pero me sorprendió que se presentara en mi casa sin enfundarse siquiera unos vaqueros. ¿Tan hecho polvo me había oído a través de la línea? Busqué sus ojos y estos me dieron la respuesta. Había tal grado de preocupación en ellos que, de haberlo pillado en pelotas, así habría venido.

—¿Que qué coño ha pasado? —repetió en un tono más acuciante.

—Me he acostado con Silvia.

Alzó las cejas, descolocado, preguntándome con ese gesto que dónde estaba el problema.

—Ha sido fantástico, tío —reconocí, y a él se le relajó la expresión—. Fantástico de verdad. La he sentido, ¿sabes? A ella, me refiero.

La barbilla empezó a temblarme y eso sí que no era normal.

En dos zancadas me tuvo sujeto por los hombros.

—Eso es bueno, Darío. Jodidamente bueno. ¿Qué problema hay?

Apreté los párpados con fuerza y respiré en profundidad.

—El problema es que su madre nos ha pillado; no follando, ha sido después. Ella aún tenía la blusa desabrochada y yo no llevaba puesta la camiseta. Me ha echado a gritos, como si fuera un perro, y no me he visto capaz de levantarle la voz. En el fondo sé que no ha estado bien tirarme a su hija en su propia casa. Tiene solo diecisiete años, Samu, y yo soy un mierda comparado con ella.

—¿Un mierda?! —Abrí los ojos y lo miré—. Mierda es toda esa gente si no sabe apreciar lo que vales. Porque tú vales mil veces más que su puto dinero, más que sus putas posesiones. —A cada frase lo notaba más cabreado. Había convertido sus ojos en dos rendijas y la presión que ejercía en mis hombros había aumentado—. Aquí quien importa eres tú y qué vas a hacer ahora.

Dudé.

—No lo sé, tío. Yo pensaba seguir viéndola, pero después de esto...

—Pues la sigues viendo y que los follen —me cortó con un bufido—. La has encontrado, Darío. Has dado con lo que te faltaba para estar completo y por mis cojones que nadie va a arrebatarte eso de nuevo.

—Romera va a despedirme en cuanto se entere.

—Si lo hace, él sí que puede ir despidiéndose de las piernas. Y de los

brazos, también. —Solté una carcajada ronca—. Lo digo en serio, si a ese capullo se le ocurre echarte porque esa gente le va con el cuento, va a tener que meter las marchas con la polla y girar el volante con los dientes.

—Relájate, Samu, que el que está jodido soy yo y es a ti a quien le va a reventar la vena de la frente.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad? —Asentí y él recalcó—: Para lo que sea.

—Lo sé. Por eso te he llamado, porque esto me supera. Aunque no pretendo que le partas las piernas a nadie.

—¿Y qué quieres entonces?, ¿mi consejo?

—Hombre, no me vendría mal.

—Pero tampoco te serviría de mucho.

—¿Y eso?

—Porque solo puedo decirte cómo actuaría yo.

—Pues suéltalo. Lo que sea. Algo.

Resopló un par de veces por la nariz.

—Primero: no creo que tu jefe ponga en la calle a uno de sus mejores empleados por un desliz.

—¿Un desliz?

—Sí, joder, un puto desliz. Además, Romera no va a enterarse; esa gente no destaparía los trapos sucios de su hija a un extraño. Piénsalo, si largan lo que ha pasado, la comprometen a ella más que a ti.

—Puede que tengas razón, lo último que querrían es que su apellido estuviese de boca en boca.

—Bien, pues ahora que tenemos claro que tu curro no corre peligro, pasemos al otro punto: Silvia. —Lo miré expectante—. Dime cuánto te gusta en una escala del uno al diez.

—¡Venga ya, Samu! Eso lo habría esperado de tu hermano, no de ti.

—Contesta.

Lo pensé durante unos segundos.

—Un once.

Abrió los ojos sorprendido.

—¡Joder que te has pillado bien! Un once, dices entonces, ¿no? —Afirmé con la cabeza—. ¿Y no crees que un once tiene el peso suficiente para no darte por vencido? Pues claro que sí, maldita sea —se contestó a sí mismo—. Por eso vas a buscarla entre las piedras si es menester, te vas a pasar a sus padres por el forro de los cojones y vas a pensar en ti. Sí, solo en ti. Y si te estás



preguntando cómo vas a hacerlo, ya te lo digo yo. ¿Tú no tienes una casa en propiedad? Pues la invitas a venir cada vez que puedas. ¿Tú no eres mayor que ella? Pues guías sus pasos hasta que cumpla la mayoría de edad. ¿Y a ti no te cuelgan dos pelotas como me cuelgan a mí? Pues te enfrentas al mismísimo diablo si hace falta, ¿me oyes? Esos estirados de mierda no tienen ni puta idea de cómo nos las gastamos en la barriada ni tampoco lo jodidamente bien que encajamos y devolvemos los golpes. Su dinero no tiene ningún poder aquí, ¿me escuchas? —Señaló el suelo del salón, aunque se refería a Las Viviendas de Papel en general—. Aquí pesan el esfuerzo, el respeto y la confianza. Eso es lo que nos une. Aquí solo contamos nosotros, y nosotros te vamos a guardar las espaldas y vamos a apoyarte en cada decisión que tomes. Porque a nosotros no nos importa esa gente, el que nos importa eres tú.

Nunca tuve la menor duda de cuánto significaba para ellos, pero fue oírsele decir tan convencido y la angustia que llevaba horas consumiéndome desapareció.

—Gracias, Samu.

—¿Por qué coño me das las gracias?

—Por recordarme que no estoy solo.

—Es que no lo estás, maldita sea. Nunca lo has estado.

—Lo sé, ahora lo sé. —Le palmeé el brazo, agradecido de verdad—.

¿Una cerveza?

—Serás capullo, eso ni se pregunta.



12

## Dani de Daniela

*Silvia*

—Muchas gracias, Dani, eres la mejor.

—Ha sido tela de difícil, ¿sabes? Por muy poco, esa cita ficticia se hace real y solo de pensarlo me dan escalofríos. También me da algo de pena porque se nota que es un buen chico, lo que ocurre es no me atrae absolutamente nada.

—Pero al final no has tenido que sacrificarte. —Sonreí—. Sabía que lo conseguirías y siempre voy a estarte agradecida por ello.

Apreté sus manos con cariño, con todo el que le tenía desde hacía diez años.

—Entonces el plan sigue adelante, ¿no?

—No te habría metido en semejante lío si no estuviera dispuesta a llegar hasta el final. Aunque ya sabes que voy a necesitar que vuelvas a mentir por mí.

Hice un mohín de disgusto con la boca. Era consciente de que le pedía demasiado y de que, si aquello salía mal, yo no sería la única en pagar las consecuencias.

—No te preocupes por mí, sabes que me sobran motivos para ayudarte en esto. —Por desgracia sí que lo sabía—. Además, contamos con la ventaja de que este fin de semana no estará Nico, lo que nos facilita las cosas.

—Es cierto. —Sonreí sin pizca de alegría.

La estrecha relación que siempre tuvo con su hermano llevaba más de un año congelada y ahora entendía más que nunca lo que a ella debió costarle

hacer frente a la situación que le impusieron.

—Mírame, Silvia. Esto no lo hago solo por ti. Si mi ayuda sirve para que lo tuyo salga bien, será como si de alguna forma yo también lo hubiese conseguido.

—Gracias, Dani. Gracias de corazón.

—No, gracias a ti por enseñarme que siempre hay otras opciones. Gracias por hacerme ver, aunque me duela reconocerlo, que yo me rendí demasiado pronto.

Sus ojos estaban acuosos.

—Hiciste todo lo que pudiste, no te martirices de esta manera.

—No, cielo, pude haber hecho más como estás haciendo tú.

Cómo me dolía verla así ahora que estaba sufriendo en mis carnes el mismo dolor que ella había sufrido. Cómo y de qué manera la entendía en esos momentos.

—Dani, yo...

—Es la hora —me interrumpió, ocultando su fragilidad—. Ya han debido coger el avión, así que vamos, no perdamos más tiempo.

Bajamos a la cocina con la firme intención de llevar a cabo la segunda parte de mi plan. Era arriesgado y me constaba, y no solo por las consecuencias que podía traernos a Daniela o a mí, sino por las que sufriría mi tata en el caso de que saliese mal.

—¿A qué venís, a por unos pastelitos de crema?

El rostro se le iluminó al vernos entrar a la cocina, lo que me hizo sentir aún peor.

—Los hemos olido desde arriba, Isabel, y ¿qué quieres que te diga? —Dani se encogió de hombros con gracia—. El picorcillo a vainilla que me cosquillea en la nariz es irresistible.

Mi tata colocó el plato con los dulces sobre la mesa, halagada y divertida a partes iguales.

—Pues venga, a comer.

Daniela cogió dos; en cambio, yo solamente arranqué un pellizco a uno de ellos.

—Cómetelo, anda —me instó con dulzura—. Daniela y yo te guardamos el secreto.

—No puedo, tata. Sabes que me encantaría, pero no puedo. El encierro me ha hecho engordar dos kilos y si sigo a este ritmo, tendrán que comprarme un vestuario nuevo.

Odiaba mi tendencia a engordar. Odiaba estar contando mentalmente las calorías que ingería para evitar que se me agarraran a las caderas. Y odiaba un poco a Dani por tener un metabolismo tan distinto al mío.

—No seas idiota —me increpó ella con la boca llena—. Dos kilos no son nada. Y recuerda que el estrés al que nos tenemos que someter este fin de semana va a hacer que no se te quede ni un gramo en el cuerpo.

—¿A qué estrés te refieres?

—Al de los dichosos exámenes, Isabel. Nos han puesto dos para el lunes y otro para el martes. Demasiada información que asimilar para mí. Estoy que me comen los nervios, y Silvia está igual, claro.

—¡No seas exagerada! Vosotras lleváis muy bien todas las asignaturas, con un par de repasos seguro que aprobáis con nota.

—Ya, bueno, el problema es el trabajo de lengua que también tenemos que entregar este lunes. Una burrada con todas las letras. —Se quedó unos segundos pensativa—. Oye, Silvia, ¿y si lo hacemos juntas? Así nos costaría menos e invertiríamos la mitad de tiempo que haciéndolo por separado, ¿no crees? Venga, ¿qué me dices?

Y ahí daba comienzo nuestra arriesgada treta.

—Más fácil sería, desde luego, pero estoy castigada y no me dejan salir de casa, como ya sabes, así que no podrá ser. Yo tendré que documentarme en Google, solo espero que el señor Morales no me acuse de hacer un copia y pega como la última vez.

—Jolín, es verdad. Qué duro fue contigo el otro día, y qué injusto el sufi que te puso.

—¿Te puso un suficiente?

—Sí, tata — le mentí, desinflándome como si estuviera muy afectada—. Intenté convencerlo de que se equivocaba, aunque ya sabes lo estricto que es. Ni me dejó explicarme y además me puntuó el trabajo con un cinco.

—¿Lo saben tus padres?

—Aún no... Ahora que, en cuanto me ponga otra mala nota, él mismo los llamará para informarles, y claro, ellos tampoco me creerán cuando les diga que no he copiado de internet.

Qué remordimientos sentí al observar cómo se le descomponía el rostro a la pobre, sin embargo, no me quedaba de otra. Si le decía la verdad, se opondría, y yo no estaba dispuesta a permitir que nadie me jorobara los planes, ni tan siquiera ella.

—¿Y qué vas a hacer, mi niña? ¿Cómo vas a solucionarlo?

—Ni idea. Quizá si lo redacto a mano no me acuse de copiar, lo malo es que la nota tampoco será muy alta al no presentarlo a ordenador, como bien nos repitió que tenía que ser.

—Podrías venirte este fin de semana a mi casa para hacerlo juntas. Solamente cambiarías el lugar de tu castigo, tampoco supondría una hecatombe. No estarías incumpliendo nada y los pros serían infinitos porque, además del trabajo, podríamos preguntarnos el temario, cosa que también nos beneficiaría.

Adopté el gesto más triste de toda mi vida, lo que no me costó mucho dadas mis dotes interpretativas adquiridas a lo largo de los años, si bien delante de mi tata nunca había tenido que fingir ser quien no era y el hacerlo sumó puntos a mi ya apenada cara.

—Estaría bien, la verdad. Y seguramente sí que nos beneficiaría, pero mis padres han salido de viaje y ni siquiera puedo preguntarles.

—No tienen por qué enterarse, si vuelves el domingo antes de que regresen, no sabrán que has faltado de casa. Y si el señor Morales te pone un sobre en el trabajo, tampoco se enterarán de tu injusto sufi. Además de que juntas estudiaremos mejor y los temas serán pan comido. Todo son ventajas, Silvia, ¿no lo ves?

Eché un ojo a mi tata de soslayo y la vi dudar. Daniela era la mar de convincente, ahora me tocaba serlo a mí.

—¿Tú qué opinas, tata? ¿Crees que podría saltarme el castigo este fin de semana?

—Hombre, visto lo visto, sería por una causa justificada, y si te comprometes a llegar el domingo antes de las siete de la tarde, yo estoy dispuesta a guardarte el secreto.

El chillido de Dani me hizo dar un respingo en la silla. Luego se colgó al cuello de Isabel, diciéndole lo maravillosa que era. Y sí que lo era, por dentro y por fuera y de arriba abajo.

—Venga, venga, Daniela, no me hagas más la pelota. —Aunque la sonrisa que exhibía decía lo mucho que le agradaban las muestras de cariño de mi amiga—. Y tú cómete un pastelito ahora mismo, que eso también va a quedar entre nosotras.

Ni que decir tiene que la obedecí al instante.

—Aprovechad bien el tiempo y no os dedicéis a tontear hablando de chicos.

—Gracias, tata.

La barbilla me tembló de emoción, de cariño, de gratitud y de los peores remordimientos que había sentido en la vida.



—¿Tienes la ubicación?

—La tengo —dije alzando la mano con la que sujetaba el móvil.

—¿Y has echado todo lo que necesitas?

—Absolutamente todo. —Sonreí colgándome la mochila al hombro.

—¿Estás segura de esto, Silvia?

Dani estaba mucho más nerviosa que yo y vi cómo un rayito de temor cruzaba sus ojos verdes.

—No, no lo estoy, pero lo peor que puede pasar es que esté de vuelta en una hora.

«Además de perderme, o acabar en el sitio equivocado, o encontrarme con algo desagradable, o simplemente no encontrarme con nada» enumeró mi mente, aunque de mi boca no saliera una palabra.

—Verás como todo sale bien —me animó dándome un ligero apretón en la mano—. Y no olvides enviarme un wasap. Ni incumplir la hora acordada.

—Tranquila, no lo olvidaré.

Tras darnos un abrazo que imprimió a nuestros restos de flaqueza todo el ánimo necesario para abordar aquella locura, le di la espalda y eché a andar con determinación.



El lugar era como poco desalentador. Dos de cada tres farolas tenían las bombillas fundidas concediéndole a las calles un aspecto casi tétrico. Eché un vistazo alrededor con ansiedad, sabiéndome perdida, y a los pocos metros descubrí un terreno poblado de árboles sumido en total oscuridad. Me obligué a seguir caminando y al doblar una esquina vi luz que provenía de unas cocheras y aligeré el paso.

—Buenas tardes —saludé a la única persona que había allí—. O casi noches, mejor dicho. ¿Me podría ayudar?

El hombre me estudió durante unos segundos antes de contestar:

—¿En qué puedo ayudarte, pequeña?

Me acerqué a él con el móvil en la mano.

—¿Sabría decirme si esta dirección queda cerca? Llevo un rato buscando la dichosa calle y no logro dar con ella.

Eché una ojeada a la pantalla de mi teléfono y arrugó el entrecejo. Luego me observó con desconfianza otros tantos segundos.

—Continúa recto por ahí —dijo al fin, señalando con un dedo—, doblas a la derecha en la tercera calle y luego a la izquierda en la primera que te encuentres. Ahí está la casa que buscas, en el interior de un callejón sin salida que no creo que aparezca en estos mapas modernos.

—Muchísimas gracias.

Mis palabras estaban empañadas de emoción; ya casi lo había conseguido.

—¿Se puede saber qué buscas ahí, pequeña?

No pude evitar sonreírle ampliamente.

—Si le digo que mi felicidad, ¿me creería?

Entonces, aquel señor de pelo cano y líneas amables me sonrió de vuelta.

—Pues corre y no la dejes escapar.

Y eso hice, echar a correr.



Cuando la erosionada puerta de madera se abrió y le tuve delante de mí, el aire abandonó mis pulmones y un ligero temblor me dobló las rodillas.

—Hola de nuevo, Darío.

Su cara en aquel momento era para haberla inmortalizado en una fotografía. Y sus ojos... ¡Madre mía, sus ojos! Simbolizaban el lugar idóneo donde me dejaría morir.

—¿Silvia?! —Parecía tan desconcertado y nervioso a un mismo tiempo que fui incapaz de reprimir una sonrisa—. Pero... ¿cómo...? O sea... ¿Qué haces aquí?

—Es una larga historia que voy a contarte en cuanto me permitas entrar.

—¿Entrar dónde?, ¿en mi casa?! —Asomó la cabeza al exterior y escudriñó el oscuro callejón—. ¿Tú te has vuelto loca?

—Sí, loca por ti y he venido a recordártelo.

Fijó en mí sus ojos, con esos preciosos labios gruesos separados sin saber qué decir. Después abrió la hoja de la puerta al completo y se apartó a un lado.

—Pasa, aunque puede que lo que veas no sea de tu agrado.

Me envaré un segundo, inspeccionando el interior con inseguridad.

—¿Por qué dices eso? —Mi voz titubeó.

Si me encontraba allí a otra mujer, me moriría. O puede que la estrangulase, a saber.

—Bueno, salta a la vista, ¿no? —dijo él.

—¿El qué?

—Joder, Silvia, pues mi casa, que ni de lejos es como la tuya.

Mi pecho se deshinchó al comprender.

—No he venido a ponerle pegas a tu casa; es más, me importa un comino cómo sea. He venido a verte a ti. —Entré con paso decidido y solté mi mochila en el sofá antes de girarme hacia él—. Por cierto, Darío, que no se te olvide dejar tus tonterías en la calle antes de cerrar.

—¿Cómo?!

—Que dejes en la calle todas esas absurdecas tuyas de que somos diferentes, porque no he venido hasta la otra punta de la ciudad a hacerte una visita de cortesía ni a criticar tu estilo de vida. Estoy aquí para pasar el fin de semana contigo, por lo que te recomiendo que des una patada a tus prejuicios ya que tiempo no nos sobra.

De nuevo tuve ganas de apuntarle con el móvil y sacarle una fotografía.

—¿Cómo que el fin de semana?! ¿A ti se te ha ido la olla? ¿Y tus padres?

—Respira, Darío, hazme el favor.

—¿Y tus padres? —gruñó como una fiera.

—De viaje, y no vuelven hasta el domingo por la tarde.

—Ah, no, ni de coña. —Dio dos zancadas y cogió mi mochila—. No pienso buscarme la ruina por otra de tus ideas.

Se dirigió con ella a la puerta, que aún estaba abierta, y se agarró al pomo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Largo —ladró.

Con toda la parsimonia del mundo me quité la chaqueta, la colgué en el respaldo de la silla que tenía más a mano y tomé asiento en el sofá cruzándome de brazos y piernas.

—No.

—Que te largues, he dicho.



—Y yo he dicho que no.

Un tendón engrosado le sobresalió por el cuello de la camiseta de lo mucho que apretó la mandíbula. Enfadado o no, era el hombre más atractivo con el que me había topado y ni de broma iba a dejar que se me escapase.

—No puedes imponerte de esta manera. No en mi casa. Aquí mando yo y yo digo que ya te estás largando.

—Tú puedes decir misa si quieres, que yo no pienso moverme de aquí. ¿Quieres que me vaya? Perfecto. Pero vas a tener que cargar conmigo y ponerme de patitas en la calle tú mismo.

Sabía que estaba muy cabreado porque tenía la cara roja como la grana y sus ojos echaban chispas, pero no me moví. No lo hice a pesar de estar muerta de miedo por si él llevaba a cabo lo que le acababa de sugerir.

Cerró la puerta con un portazo y lanzó con rabia mi mochila a un rincón.

—Un mes sin saber de ti, Silvia. Un jodido mes sin vernos en el que he recuperado parte de la paz que me robaste, y no llevas ni cinco minutos en mi casa y esa paz se ha vuelto a ir a la mierda.

—Un mes sin saber de ti —repetí sus mismas palabras—. Un mes en el que no he dejado de tenerte un segundo en el pensamiento. Un mes desde que la poca paz que tenía mi vida cuando estabas en ella, se marchó contigo dejando solo ansiedad. Pero ahora he venido a recuperarla. A recuperar la felicidad que únicamente siento cuando estoy cerca de ti. —Sus facciones habían ido suavizándose gradualmente—. Te he echado muchísimo de menos, Darío. No imaginas cuánto.

—¿Y por qué no me buscaste antes si tanto me echabas en falta?

—Estoy aquí, ¿no?

—Un mes da para mucho.

—Un mes que no ha sido nada fácil para mí y eso es lo que te quiero explicar: por qué ahora y no antes, cómo es que te he encontrado y por qué justo este fin de semana.

Vino hacia el sofá y tomó asiento a mi lado.

—Venga, empieza.

Y aunque no era lo que en ese momento me apetecía, le conté el infierno que había sufrido aquel mes.

—Cuando mi madre entró a la habitación y nos pilló allí... Bueno, creo que tendrías que haber estado sordo para no oír lo que me dijo...

—*Eres una zorra* —le escupió entre dientes la señora de Haro a su hija

— Una fulana que se entrega a cualquiera. Una vergüenza para esta familia. No eres digna de llevar nuestro apellido.

Silvia había tenido que tragarse la rabia de ver cómo su madre echaba de la casa a Darío a gritos y ya no fue capaz de callarse más.

—Pues es lo que hay y no te queda más remedio que aguantarte.

Se expuso a que le cruzara la cara como tantas otras veces, pero no se amilanó. Ya no le tenía el mismo miedo que la mantuvo paralizada casi toda su infancia; sus bofetones ya no le dolían y sus insultos ya no le afectaban.

—A ver si a tu padre te atreves a hablarle así en cuanto te pida explicaciones, porque voy a contarle todo lo que he visto.

Silvia tragó con esfuerzo, acobardada por la amenaza, aunque no lo exteriorizó.

—Cuéntaselo —dijo encogiéndose de hombros con indiferencia—, y no te olvides de decirle que me he acostado con él.

El impacto en la mejilla le escoció; siempre escocía.

—Eres... Eres...

—Una zorra, lo sé. Llevas años repitiéndome lo mismo.

Salió de la habitación, empujando a su madre, y se encerró en la suya propia. Si el bofetón le había dolido, nada tuvo que ver con el dolor que sintió cuando la escuchó de nuevo gritar a Darío que se fuese de allí sabiendo que él no se merecía el trato que le estaba dando.

Dejó salir la mezcla de rabia y tristeza que sentía. Abrazada a la almohada, mordiéndola con fuerza, sus gritos de impotencia quedaron ahogados y pudo llorar hasta notarse seca. Poco le importaban las represalias de su padre en ese momento o el duro castigo que sabría que vendría. Lo único que le importaba era que no podría ver a Darío, no al menos hasta que pasara la tormenta.

El castigo superó con creces todos los que le habían impuesto hasta el día. Lo primero que hizo su padre fue requisarle el móvil para incomunicarla con el exterior. Le prohibió cualquier visita, incluidas las de Dani, y ordenó a su chofer que la llevara y trajera del instituto sin detenerse en el camino ni para repostar gasolina. Su enorme casa se convirtió en una prisión repleta de comodidades en la que se asfixiaba lentamente conforme pasaban los días. Pero Silvia estaba acostumbrada a no rendirse ante las adversidades y a salirse con la suya costara lo que costase, y eso fue lo que hizo. En cuanto se enteró de que sus padres tenían un viaje programado para el segundo fin de semana de abril, su mente comenzó a

*desentumecerse.*

*Dani tenía prohibido visitarla y llamarla por teléfono, aunque nadie pudo impedirles que hablaran entre clase y clase. Le explicó a su amiga lo que pretendía en cuanto tuvo un esquema preciso trazado en su cabeza y esta, después de pasar por un infierno similar hacía poco más de un año, no dudó en prestarle su ayuda.*

*Daniela se acercó esa misma tarde a la dirección que Silvia le había facilitado para hacer la primera toma de contacto. Habló con el responsable de la empresa y este quedó en enviarle a uno de sus operarios cuando tuviesen un hueco, cosa que no sucedió hasta pasada una semana. Ese fue el tiempo que necesitó para convencer a sus padres de la falta que le hacía sustituir el viejo aparato de aire acondicionado de su dormitorio por uno con bomba de calor con la potencia suficiente para caldear incluso el cuarto de baño que había en este. Su baño. En el que pasaba horas arreglándose en ropa interior. Sobra decir que sus padres al principio se opusieron en rotundo.*

*—Mamá, me niego a poner uno de esos calefactores cutres. Corro el riesgo de electrocutarme, ¿no lo entiendes?*

*—Te he dicho que no, Daniela, y es mi última palabra.*

*—Por favor, mami, sabes que paso mucho tiempo en el baño.*

*—Pues maquíllate en tu tocador, que para algo lo tienes.*

*—¿Y dónde me arreglo el pelo? Nunca os pido nada, ¿tanto os cuesta darme este capricho?*

*—No es eso, nena, es que tienes que aprender que no todo se puede tener en esta vida.*

*—¿Y no crees que esa lección ya la aprendí en su momento?*

*Su madre la miró con tristeza.*

*—Dani...*

*—No, mamá, sabes que tengo razón. No os estoy pidiendo nada del otro mundo, solo es una simple calefacción que os podéis permitir perfectamente. Porque te recuerdo que a mi hermano le dais cuanto pide por su boca sin ponerle ni una pega y a veces sus peticiones son extravagantes de más; millonarias, diría yo. Como el coche que papá le compró.*

*Con un suspiro de resignación, su madre se dio por vencida. Su hija no había dicho nada que no fuese cierto; mientras que ella había perdido lo único que parecía hacerla feliz, Nicolás lo había conseguido todo y reconocía que no era justo.*

—Está bien, tendrás tu máquina nueva.

La sorpresa de Daniela fue mayúscula cuando al día siguiente apareció un operario de la empresa de climatización que nada tenía que ver con el que ella esperaba.

—Esto es muy sencillo, señorita —la informó aquel chico grande con cara de bonachón y mejillas redondeadas—. Solo me llevará uno o dos días sustituir la vieja.

—Puedes llamarme Dani. Dani de Daniela, ya sabes. —Los engranajes de su mente trabajaban con rapidez—. Pero necesitarás ayuda para hacer eso, ¿no?

—No, qué va. —Le sonrió—. Esto puedo hacerlo solo.

«Vale, pasemos al plan B».

Necesitó ejercitar sus dotes de seducción para que el chico se sintiese cómodo y se fuera de la lengua.

—Voy a recomendarte a todas mis amigas, David. Aunque, claro, me tendrás que garantizar que serás tú quien vaya a instalarles las máquinas.

—Eso no puedo hacerlo. Es mi jefe quien nos asigna los trabajos dependiendo de la disponibilidad de cada uno.

—¿Y cuántos trabajáis en la empresa?

—Somos cuatro: Rafa, Darío, Juan y yo.

A Dani le dio un vuelco el corazón al oír su nombre y se lanzó de cabeza a la piscina sin pensar.

—¿Y todos tus compañeros son tan guapos como tú? —preguntó en un tono de lo más coqueto, haciéndole enrojecer.

—No sabría decirte... —Carraspeó apurado.

—Pues me encantaría saberlo. A mis amigas y a mí nos gusta salir con hombres de verdad e imagino que tus compañeros serán tan hombres como pareces serlo tú. Podríamos quedar fuera de vuestro horario.

—Rafael y Juan están casados —aclaró él, barajando la posibilidad de una cita conjunta.

—¿Y el otro?

—No, Darío no. Ni tampoco tiene pareja.

—Me estás alegrando el día, David. Tengo una amiga que está muy sola, ¿sabes? Y si a ti y a tu compañero os apetece, podríamos quedar una tarde los cuatro.

—No sé si Darío querría...

—Ella para conocerlo a él y yo para conocerte más a fondo a ti, claro

*está —sentenció sin concederle un segundo de meditación.*

*Ante la duda que el chico mostraba, deslizó un dedo por su brazo de forma casual, observando cómo él seguía con los ojos el trayecto.*

*—¿Qué me dices?*

*—Estaría bien, la verdad —contestó con voz ronca, mirándola ahora de arriba abajo—. Aunque Darío es un poco mayor.*

*—No será un viejo, ¿verdad? —disimuló alzando una ceja—. Mi amiga lo ha pasado tan mal que me va a bombardear a preguntas antes de acceder.*

*—No, qué va, solo es un poco mayor que yo; no pasa de los treinta. — David la evaluó con ojo crítico esa vez—. Bueno, quizá sí que seamos algo viejos para vosotras.*

*—¡Tonterías! A mí me van los hombres hechos, no los niñatos de mi edad. Además de que un chico con tus años debe de tener mucha más experiencia en todo, ¿no crees?*

*—Supongo —admitió dubitativo cuando su mente se desplazó a un terreno pedregoso—. Depende de qué clase de experiencia hablemos.*

*—De la que sea, David. Pero primero tendrás que informarme sobre ese compañero tuyo para dejar tranquila a mi amiga cuando me pregunte.*

*—Me sentiría mal hablando de sus cosas personales. No creo que esté bien y seguro que no le hace gracia si se entera.*

*—Tranquilo, que no se tiene por qué enterar. Además, te aseguro que ella no diría nada de acceder a la cita, y sé que si supiese algo de él, accedería gustosa. Porque lo suyo sí que sería una cita a ciegas, no como nosotros, ¿no te parece emocionante? Y para que esto pase no tienes que darme su teléfono ni nada de eso, ni tampoco contarme sus secretos más íntimos. Jamás te pediría que traicionases su confianza de esa manera.*

*—Entonces... ¿qué es lo que querrías saber?*

*—Bueno, me has dicho que no está comprometido, algo que está bien. También que es mayor, aunque no demasiado; dato relevante dado que a mi amiga le gustan hechos, pero no pasados. A ver, qué más... Ah, sí, otra cosa que sé es dónde trabaja, lo que indica que no es un matado, sino alguien responsable. Nos quedaría la dirección de su casa y ya.*

*—¿Y para qué necesita tu amiga saber dónde vive?*

*Arrugó la frente, extrañado, y no era para menos, pero Dani contaba con información que usó a su favor del modo menos lícito.*

*—Mira, David, esto que voy a confesarte tiene que quedar entre tú y yo.*

*—Se acercó a su oído para darle más expectación al momento—. Mi amiga*

*lo ha pasado mal en sus anteriores relaciones. Solo ha salido con tipos estirados de mucho dinero que lo único que han hecho ha sido tratarla como a un objeto, así que, si tu compañero es uno de esos idiotas prepotentes, dímelo ahora y lo dejamos aquí. Porque a ella, al igual que a mí, nos gustan los hombres reales, modestos, que saben labrarse un futuro sin ayuda de nadie y que nos traten como a iguales. Por eso, dependiendo de dónde viva tu amigo, sabremos si nos merece la pena conocerlo o dejarlo pasar. Si vive en un barrio como este, vamos mal, ya te lo digo yo.*

*—Para nada. Darío vive en una zona muy modesta, es un tío de lo más trabajador y trata a todo el mundo con el mismo respeto. Es el que más tiempo lleva en la empresa; nueve años para ser exactos, así que te puedes hacer una idea de lo responsable que es y de que lo que tiene lo ha conseguido por méritos propios como yo.*

*Se veía claramente que él trataba de convencerla de que no se echase atrás. Daniela sonrió complacida, celebrando anticipadamente su casi logro.*

*—Con que sea la mitad de lo que tú pareces ser, mi amiga se conformaría. Así que te pido, por favor, que me facilites la dirección para que ella pueda hacer sus comprobaciones y vea que no la engaño. Solo hará una búsqueda en Google, tu compañero ni se enterará.*

*—¿Es que tenéis algún tipo de fijación por la gente humilde?*

*—No, David, por lo que tenemos debilidad es por la gente auténtica, y si ese Darío es tan auténtico como dices, tenemos una cita pendiente. —Ahí iba la estocada final—. Aunque dudo que me impresione como tú lo has hecho.*

*—Él es un tipo bastante guapo —susurró inseguro—. Bastante más que yo.*

*Dani agarró su mano y le dio un ligero apretón.*

*—Puede ser, pero no solo cuenta la belleza externa, también hay que saber mirar en el interior y el tuyo se ve a la legua que es muy bonito.*

*David terminó dándole la dirección tras aquellas palabras cargadas de sinceridad. Porque Daniela las había sentido de verdad; no tenía ninguna duda de que él era un buen chico con un corazón enorme dispuesto a entregarse por entero. Una pena que el suyo ya estuviese ocupado y esa cita nunca fuese a tener lugar.*

*En cuanto tuvo en su poder las señas de Darío, Silvia comenzó a pensar en un plan para recuperar su móvil. No podía desaparecer todo un fin de*

*semana y estar incomunicada por completo. Necesitaba al menos poder contactar con Dani, y viceversa, en el caso de que algo saliese mal. Lo malo era que el viaje estaba a la vuelta de la esquina y aún no tenía idea de cómo hacerse con su teléfono sin levantar sospechas.*

*Pero el martes anterior al vuelo de sus padres a París se le ocurrió la descabellada idea.*

*Silvia aguardó en el interior del instituto hasta que todos los alumnos se fueron, observando desde la ventana de recepción cómo el chofer de su familia ojeaba cada poco el reloj. El hombre tardó más de la cuenta en hacer la llamada que ella sabía que haría y rezó porque aquella locura saliese bien.*

*Cuando vio alejarse el coche, respiró aliviada y abandonó el instituto cinco minutos después.*

*Se entretuvo recorriendo las calles hasta que supuso que había transcurrido tiempo suficiente. Entonces se desgarró el bajo de la falda del uniforme, se sacó la camisa por fuera y arrancó los dos botones inferiores, enterró los dedos en su cabello y lo agitó con vigor para despeinarlo. Por último, se frotó la cara, emborronando su máscara de pestañas para darle credibilidad a su artificial llanto.*

*Cuando su padre la vio aparecer de esa guisa, dio un paso atrás.*

*Silvia dejó a un lado la frialdad que siempre le había mostrado y, sin meditarlo un segundo, se abrazó a su cintura.*

*—Qué miedo he pasado, papá —confesó entre sollozos fingidos—. Nunca he sentido tanto pánico como hoy.*

*—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó sin un ápice de emoción en la voz, separándola de su cuerpo.*

*—Me he retrasado a la salida del instituto, porque he ido a la biblioteca a por unos libros que necesito para hacer un trabajo de historia, y cuando he salido, el chofer ya no estaba. Te habría llamado de llevar el móvil, pero, bueno... ya sabes que no lo llevo.*

*El temblor de Silvia era tan real que su padre no podía dudar de la veracidad de su historia.*

*—Él me ha telefonado después de estar esperándote media hora porque no te ha visto salir.*

*—Estaba dentro, papá. Ha sido un gran error por mi parte no avisarle de que iba a retrasarme, lo admito, aunque lo último que imaginaba es que fuera a marcharse sin mí. El caso es que al ver que no estaba, he echado a*

*andar. Me dirigía a casa cuando unos chicos con muy malas pintas me han rodeado. ¡Y me han zarandeado como a un saco! No sabes el miedo que he pasado hasta que he podido escapar de ellos.*

*—¿Y qué querían?*

*—Imagino que robarme, porque cuando han visto que solo llevaba libros en la mochila se han puesto aún más agresivos y me han llamado de lo peor. No sé cómo lo he conseguido, pero de pronto estaba corriendo con ellos pisándome los talones. Habría llamado a la policía de haber tenido mi móvil; te habría llamado a ti para que vineras a socorrerme. Gracias a que se me ha ocurrido entrar en un comercio. He estado escondida allí hasta mucho después de verlos pasar de largo, sin atreverme a salir por si me los encontraba de nuevo.*

*El señor Haro se mantuvo en silencio tanto tiempo que a Silvia se le antojó una eternidad.*

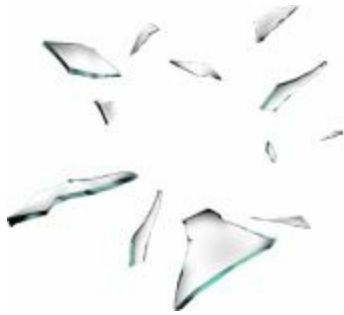
*—Tranquilízate y sube a tu habitación a asearte.*

*Ella obedeció creyendo que no lo había conseguido, pero esa misma noche, mientras la cena transcurría en el más absoluto de los silencios, su padre le devolvió el móvil y con este la mitad de su ansiada libertad. Ni su madre, que se opuso de todas las formas posibles a que su esposo restaurara la confianza en ella, fue capaz de convencerlo. Miguel Haro se mantuvo firme en su decisión; a fin de cuentas, de quien hablaban era de su hija.*

*Cumplidos todos los objetivos, Silvia esperó la inminente llegada del viernes, y en cuanto sus padres salieron para el aeropuerto, envió un wasap a Daniela informándola de que tenía vía libre.*

*Su amiga no tardó en llegar y juntas se enfrentaron a la parte más dura de su descabellado plan: mentir a su tata para volver a ver al hombre del que estaba profundamente enamorada, aun cuando cabía la posibilidad de que él no estuviese dispuesto a recibirla tras lo ocurrido hacía un mes en su casa.*





13

## Reconciliándome con la persona que una vez fui

### *Darío*

Tuve el corazón encogido mientras Silvia me ponía al día de ese mes en el que no habíamos sabido nada el uno del otro.

No me extrañó en absoluto que se expusiese de esa manera con tal de salirse con la suya, sobre todo considerando que yo mismo había sido víctima de algunos de sus disparates. Lo que sí me afectó fue saber lo sola que se había sentido en ese tiempo. Yo al menos tenía a mi gente y contaba con su apoyo, pero ¿qué tenía ella además de unos padres de mierda? Porque eran justo eso, y de padres como los suyos yo entendía un rato. Puede que Silvia tuviese la capacidad de sacar de sus casillas al más paciente de los vivos, e incluso a más de uno que ya no lo estuviera, lo que no justificaba cómo la trataban en aquella casa. Por norma general, en la gran mayoría de las familias se establecen de forma tácita dos reglas básicas: la entrega desinteresada de amor y el trato respetuoso entre sus miembros. ¿Y qué había hecho la suya? Humillarla hasta la raíz del pelo, aislarla del mundo y encerrarla como si hubiese cometido un crimen.

Por desgracia, yo había sufrido algo similar en mis propias carnes y, aunque de eso hacía mucho tiempo, sabía con exactitud lo que se sentía.

«Al menos tiene a Isabel», me recordé intentando apaciguar el mal cuerpo que se me había quedado.

Ni de puta coña lo conseguí. No cuando estaba seguro de que el cariño de su tata, por muy sincero que fuese, era un sustituto del que siempre le había

faltado. Claro que también estaba la tal Daniela, que le había demostrado su amistad incondicional al hacer todo lo posible para que ella pudiese llegar hasta mí. Sonreí al imaginarla seduciendo al bueno de David aun sin atraerle, desplegando todos sus encantos en aquella especie de cacería que se había marcado para obtener mis datos.

—Joder con esa amiga tuya. No me sorprende que seáis uña y carne, tiene las mismas pelotas que tú.

—Ovarios, Darío, en nuestro caso son ovarios —me corrigió devolviéndome la sonrisa.

—Como prefieras llamarlo.

La estudié con interés durante unos segundos.

Silvia me gustaba mucho. Demasiado, para ser sincero. Y no me refiero solo a su físico o esas sinuosas curvas que la mayor parte del tiempo tenían en jaque mate a mi entrepierna, sino a ella en conjunto, externa e internamente, con sus infinitas complejidades, lo que suponía una auténtica putada para alguien como yo, alguien que se había acostumbrado a no sentir y a quien le acojonaba la idea de hacerlo de nuevo.

—¿Sigues queriendo que me vaya? —preguntó en un hilo de voz, como si mi escrutinio le hubiese robado parte de su seguridad.

La mía se había ido por completo a la mierda; mi seguridad, quiero decir, porque, para mi desdicha, ahora solo me apetecía estar cerca de ella. Solapado a ella, más bien. Enterrado en ella, si he de ser del todo franco.

Pero no fue eso lo que le dije, ni tampoco que durante ese mes me había sentido de puta pena.

—Estás jugando con fuego. —Esa fue la gilipollez que solté.

Y es que era de ser muy gilipollas que un peón le diese consejos a la reina.

—Lo sé y no me importa quemarme si eso significa pasar dos días a tu lado. No le temo a las consecuencias, solo a lo que tú puedas querer.

—¡Y qué voy a querer! ¡Pues que te quedes, hostia! —Sus labios se fueron curvando hasta convertirse en una sonrisa abierta—. Eso, tú ríete, que la situación es para partirse el culo.

—No me río de la situación, tontito.

—Entonces ¿de qué, a ver? Porque te recuerdo que la que más arriesga con todo esto eres tú.

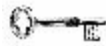
Deslizó los dedos por mi mejilla y se me erizaron hasta los pelillos del cogote.

—Si me arriesgo, es porque tú mereces la pena —declaró con sencillez—. Porque conocerte es lo mejor que me ha pasado en años y porque lo que siento por ti tiene más peso que el miedo a las posibles consecuencias.

Esas tres frases me atravesaron de lado a lado y de arriba abajo antes de instalármeme en el pecho.

Inspiré con fuerza, inclinándome sobre ella, y en cuanto mis labios se apretaron contra los suyos sentí cómo su calidez derretía lentamente las paredes informes de ese vacío que siempre me acompañaba, consiguiendo que las carencias afectivas pertenecientes a toda una vida doliesen un poco menos y que el escozor de las heridas del pasado fuese extinguiéndose.

Fue con ese beso nada ambicioso que comencé a reconciliarme con la persona que una vez fui. Fueron sus dulces labios los que me recordaron que yo seguía estando vivo.



—Y este es el dormitorio de mi hermana. —Le mostré la última estancia de mi modesto y diminuto hogar—. Puedes instalarte en él; Abril ya no vive conmigo.

Se giró de cara a mí y elevó una de sus perfiladas cejas.

—Vas listo si crees que voy a dormir en otro lugar que no sea tu cama.

De un empujón me apartó de su camino, entró en mi habitación y se puso a inspeccionar el interior de los muebles.

—Eso, no te cortes, tú como Pedro por su casa —mascullé tan bajo que no llegó a escucharlo.

Apoyado en el bastidor de la puerta, la observé sacar unas pocas prendas de su mochila y meterlas a presión en una de las lejas de mi armario.

—Está petado, Silvia, ¿no ves que se viene abajo? Por eso te he ofrecido la habitación de mi hermana, para que estés más cómoda. Además, yo tengo una mierda de cama. La de Abril es más...

—Mi cama va a ser tu cuerpo, Darío —me cortó, luciendo una pícaro sonrisa—. Me importa un pimiento si es en el suelo o sobre un colchón, porque pienso acomodarme encima de ti.

Y mi cuerpo, al ser nombrado, respondió tan de súbito que tuve que ajustarme la polla en los jodidos pantalones, que de golpe parecían haber encogido dos tallas.

Ajuste que a Silvia no le pasó desapercibido.

—Entonces... tu intención es la de usarme de colchón.

—Exacto —afirmó sin apartar los ojos de mi paquete.

—No sé si quiero dormir toda la noche empalmado —apunté en tono monótono, esforzándome en ocultar lo excitado que estaba.

—Puedes estar tranquilo por eso, ya que no pienso dejarte dormir las dos próximas noches.

Esa vez el tirón en la ingle fue mortal; tanto, que se me contrajeron las fácciones.

—Joder, Silvia, no puedes decirme estas cosas —medio gimoteé, deslizando mis ojos de los suyos a su boca.

—¿Por qué no? —preguntó en un murmullo.

Decidí ser sincero. Era eso o empezar a masturbarme delante de sus narices.

—Porque llevo un mes soñándote. —Planté las manos en su cintura y le acaricié las costillas—. Porque siempre he podido controlar mi cuerpo y desde que te conozco parece que lo controles tú. Y porque estás aquí. En mi casa. En mi habitación. A dos pasos de mi cama... Y eso hace que no sea capaz de pensar nada más que en una cosa.

—Pues no pienses y déjate llevar.

Y eso hice.

La pegué a mi cuerpo sobreexcitado, apretando sus carnes con cero delicadeza, al tiempo que reclamaba su boca y me bebía los gemidos que escapaban de ella; guiado solo por mi instinto; sintiendo que la necesitaba tanto como respirar. ¡Qué cojones! Era mucho más que simple necesidad. Era... Era... Como si cada molécula de mi organismo hubiese vuelto a la vida, y era la hostia de bueno.

Tres fuertes golpes en la puerta me escupieron a la realidad.

Me despegué de Silvia con reticencia. Mierda, lo había olvidado. Había olvidado por completo mi cita de ese viernes.

Los golpes se repitieron con redoblada insistencia.

Echando pestes por la boca, salí de mi habitación, fui hasta el recibidor y abrí con la intención de mandarlo a tomar viento.

—¿Qué coño hacías?, ¿cascándotela o algo así? Pues deja el cinco contra uno para luego, que las hamburguesas se enfrían. —De un codazo me hizo a un lado y pasó al interior.

Vi cómo se quedaba clavado al suelo en medio del salón, y resignándome

al hecho de que ahora que la había descubierto me resultaría imposible deshacerme de él, de un puntapié cerré la puerta de la calle.

—Silvia, este es Ángel; Ángel, Silvia.

—¡No jodas, Darío! ¡¿Te has traído a la cría a tu casa?!

Bufé sonoramente, dejándome caer en el sofá. De todo lo que podía haber soltado por esa boca suya, tuvo que ser aquello.

—Cría lo será tu tía. Yo soy Silvia, a secas.

—Tú eres Silvia, alias «la loca», la que no ha dejado de putear a mi amigo y ha puesto patas arriba su vida.

—Escúchame, idiota del montón, yo no he hecho tal cosa y no te voy a consentir que me hables de ese modo cuando no me conoces en absoluto, ¿te enteras?

Ángel dejó la bolsa con la cena sobre la mesa y avanzó un paso, haciéndola retroceder.

—Escúchame tú, tarada. —La señaló con un dedo—. Desde que apareciste, este pobre idiota... —apuntó su dedo hacia mí— no ha hecho más que dejarse vapulear por ti.

—¡Y una mierda!

Abrí los ojos, alucinado. Era el primer taco que le escuchaba en todo el tiempo que la conocía, lo que me daba una ligera idea de hasta qué punto estaba cabreada. Pero la cosa no quedó ahí. Silvia se plantó frente a Ángel, que le sacaba tres cuerpos, y lo miró desafiante.

Pelotas tenía, eso había que reconocérselo.

—Tú no sabes nada de mí. No sabes cuánto me importa Darío.

Lo que ocurrió a continuación ella no se lo esperaba, aunque yo, por desgracia, sí. Conocía demasiado bien al capullo que tenía delante y nada más ver cómo se curvaron sus labios, imaginé por dónde podría salir.

—Me gusta, tío. Me gusta mucho más de lo que pensé que me gustaría. —El muy bestia la despegó dos palmos del suelo en uno de sus pegajosos abrazos, dejándola totalmente descolocada—. Encantado de conocerte por fin, Silvia.

Negué con la cabeza por lo surrealista de la situación.

—Bueno, ya que ha quedado demostrado lo payaso que eres, vamos a cenar, anda.

Me levanté del sofá, cogí la bolsa y le hice un gesto a Silvia para que nos siguiera a la cocina.

—Mierda, Darío, tendrías que haberme avisado de que ella estaba aquí.

¡Solo he comprado dos hamburguesas!

Si las miradas matasen, Ángel habría pasado a mejor vida.

—¿No crees que para lo que tendría que haberte avisado es para que no aparecieses?

—Y eso ¿por qué?

—¿En serio tengo que explicártelo?!

Una sonrisa socarrona le ocupó la cara en cuanto las dos neuronas que vegetaban en su sesera sumaron dos más dos.

—Qué hijo de puta... Estás así de mosqueado porque te he cortado el rollo y no te ha dado tiempo a comerte el postre, ¿a que sí?

Vi que Silvia se sonrojaba y de rebote me puse rojo yo también.

—Cierra el pico, imbécil, que vas a terminar rompiendo tu propio récord. Yo comparto mi hamburguesa con ella; tú límitate a comer rápido y después desapareces.

Otro con dos dedos de frente hubiese pillado la indirecta al vuelo y se habría largado en ese mismo instante, pero no Ángel, que se sentó a la mesa luciendo esa sonrisa de tocapelotas que le salía cada vez que nos provocaba a alguno de nosotros, cosa que sucedía a menudo.

—Toma. —Puse un plato con la mitad de mi hamburguesa delante de Silvia.

—No me apetece, gracias.

—¿Quieres otra cosa? Tengo embutido en la nevera, o si lo prefieres puedo prepararte algo caliente.

—No, de verdad, no te molestes, no tengo hambre.

Y una mierda que no. Yo le había visto esa mirada con anterioridad, sin embargo, decidí guardarme mis conjeturas para cuando estuviésemos solos.

En cuanto Ángel se hubo marchado, no sin antes verme obligado a decirle a las claras que su compañía en ese momento me sobraba, me arrellané contra el respaldo de la silla, crucé los brazos sobre el pecho y la miré fijamente.

—Bueno, ahora sí que podríamos comprobar la confortabilidad de ese colchón del que estábamos hablando cuando tu amigo nos ha interrumpido — sugirió con tono seductor.

—Paso —dije por toda respuesta.

—¿Cómo?! ¿Has dicho que pasas?!

—Eso he dicho.

—¿Y se puede saber a qué se debe tu negativa?

—A ti y a lo que haces. O, mejor dicho, a lo que no haces.

—¿De qué hablas, Darío?

—Hablo de cómo has mirado las hamburguesas. Se te salían los ojos de las órbitas y te has relamido sin darte cuenta cada vez que me llevaba una patata a la boca. ¿Cuánto hace que no comes, Silvia? Y no intentes engañarme porque tu estómago ya ha hablado antes por ti.

—He engordado dos kilos en este mes —siseó.

—Me importa una mierda. Ahora contesta.

—¿Cómo que te importa una mierda?! ¡Tengo dos kilos más de grasa en mi cuerpo!

—Tienes dos kilos más donde agarrar que te sientan de puta madre. Responde ya a la pregunta.

La manifestación de pura testosterona que salió de mi boca iba envuelta en la calma más absoluta, pues no estaba dispuesto a discutir por una estúpida obsesión sin fundamentos. Silvia no sabía lo que era pasar hambre de verdad, abrir la nevera y encontrar como único sustento algunos restos de carnes medio echadas a perder.

—Esta mañana he desayunado y antes de salir de casa comí pastelitos.

—¿Qué y cuántos?

—¿Cómo?!

—Que qué has desayunado y que cuántos pasteles te has comido.

—Un vaso de leche responde al qué y un pastelito al cuánto, ¿contento?

Resoplé sonoramente. Menuda porquería de alimentación la suya.

—No, de contento nada. Lo que haces es malcomer, ¿no te das cuenta?

—Tú no vas a decirme qué dieta debo llevar.

Conque en esas estábamos.

—Y tú vas a dormir en la habitación de mi hermana, a no ser, claro, que entres en razón y cenes en condiciones.

Dio un pequeño respingo y se me quedó mirando con la boca entreabierta como si hubiese dicho la cosa más estúpida del mundo. Y probablemente lo fuese, considerando las ganas que tenía de ella.

—No lo dices en serio.

—Ponme a prueba y lo verás.

Crucé los dedos para que no me obligara a cumplir mis palabras.

No sé con exactitud qué la hizo reflexionar, si fue mi amenaza, la convicción que vio en mis ojos de que la llevaría a cabo o el simple hecho de que estuviese muerta de hambre. El caso es que se levantó de la silla y se puso a hurgar en la nevera, y solo por esa especie de capitulación silenciosa, decidí

ponérselo fácil.

La abracé por la cintura desde atrás y me acerqué a su oído.

—Me encantaría prepararte algo, ¿sabes? Soy bueno en la cocina y hace tiempo que no puedo lucirme. —Giró el cuello y la punta de su nariz rozó la mía—. Déjame cuidarte este fin de semana, anda.

—Una tortilla de atún o jamón estaría bien. Con dos huevos a ser posible.

Sonreí victorioso antes de depositar un dulce beso en la comisura de sus labios.



No mentí cuando le dije que los kilos que había ganado le sentaban de puta madre y la prueba era la avaricia con la que mis manos recorrían su cuerpo. Silvia tenía un culo colosal y unas tetas espectaculares que me hacían salivar. Y de qué forma, joder.

Ansioso a unos niveles que no recordaba, capturé con la boca uno de sus pezones, succionándolo con fuerza, mientras le estimulaba el otro con la presión de mis dedos. Me volvía loco que no se cohibiera a la hora de expresar cómo sentía mis caricias, que sus gemidos estrangulados dieran voz a los miles de estremecimientos que la hacían vibrar bajo mi cuerpo. Porque cada respuesta suya multiplicaba por tres mi deseo, sacando a la superficie a la persona que una vez fui, aquella que disfrutaba plenamente con el sexo.

Me deslicé por su estómago llenándola de besos que intercalaba con pequeños mordiscos que aumentaban su placer. Al llegar al ombligo lo rodeé con la lengua y arrastré los dientes por la piel suave de su vientre hasta que tuve mi boca justo donde la quería tener. Ni qué decir tiene que ahí mi contención se fue a la mierda y, con un movimiento brusco, me acoplé sus piernas sobre los hombros, enterré la cabeza en su humedad y me di el jodido banquete de mi vida.

Fue la hostia sentir cómo su cuerpo iba tensándose, cómo sus jadeos ganaban en intensidad, cómo se aferraba cada vez con mayor desesperación a mi pelo ante la inminente llegada del orgasmo. Orgasmo que la elevó medio metro sobre el colchón, llevándome con ella. Orgasmo que a punto estuvo de hacerme eyacular a mí.

Repté por su cuerpo desmadejado y me fundí en su boca. Sin dejar de besarla, alargué un brazo y abrí el cajón de la mesilla para coger con un



condón.

—Quiero hacértelo con la boca, Darío.

Su petición susurrada consiguió que el preservativo se me cayera al suelo; hacía una eternidad desde la última vez que alguien me la había mamado, hablando a lo bestia, y aunque jamás olvidaría quién fue la persona, sí que había olvidado el grado de placer que se obtenía con la experiencia. Y necesité sentirlo de nuevo, que ella resucitara todas aquellas sensaciones que estaban enterradas bajo las capas del tiempo, de modo que recliné la espalda contra el cabecero y la miré a los ojos sin ocultarle cuánto lo deseaba.

Silvia captó mi súplica muda y se inclinó sobre mí, colocando las manos a ambos lados de mis caderas. Inspiré entre dientes cuando me lamió el glande; aire que solté en bocanadas agónicas conforme fue acogíendome en su boca. Sus labios me apretaron tanto que un gemido gutural escaló por mi garganta y, sin ser consciente de que lo hacía, enterré los dedos en su cabello, acompasando mi pelvis al movimiento que ella marcaba. Los párpados se me cerraron de puro placer. Uno bestial. Cojonudo. Insuperable.

Una pena que durase tan poco, que todos mis esfuerzos por alargarlo resultasen inútiles y ni tiempo me diera de apartarla cuando el orgasmo me atravesó de pies a cabeza. Me corrí dentro de su boca y juro que en ese momento no me importó; es más, seguí sujeto a su cabello, sacudiendo las caderas hasta que no quedó una gota de semen en mi interior.

Solo entonces parecí recuperar la lucidez.

—Lo siento, Silvia, de verdad que lo siento. No sé... No sé qué coño me ha pasado para...

—Sabes perfectamente... —me interrumpió— que cuando quiero algo siempre llego hasta el final. Sin vacilaciones.

Se recostó sobre mí y me abrazó por la cintura. Yo clavé las pupilas en el techo. Su intención había sido la de borrar mi malestar, sin embargo, con lo que había dicho, solo podía preguntarme cuántas veces y con cuántos habría llegado hasta ese final. Y entiendo que la respuesta no debería de importarme, pero lo hacía. Me importaba y me cabreaba dada su corta edad, porque esa mamada que me había realizado iba sobrada de experiencia.

—¿Se la has comido a muchos tíos antes que a mí?

Al disparar la pregunta, sin haberla filtrado siquiera, no pude suavizar el matiz envenenado que imprimí a cada palabra. Sin embargo, en lugar de ponerse a la defensiva, como yo esperaba, alzó las cejas y sonrió.

—¿Eso que huelo son celos? —contraatacó, arrugando la nariz.

Desde luego que lo eran. Cosa que me jodía sobremanera e hizo emerger mi lado más borde, ese con el que nos enseñaban a protegernos en Las Viviendas de Papel.

—No te flipes tanto. Lo pregunto solo porque te he visto muy suelta para la edad que tienes, demasiado experimentada para tus diecisiete años, pasada de vueltas para ser tan solo una cría.

Su sonrisa se transformó en una mueca de disgusto que hizo que me arrepintiese al instante.

—Mierda, Silvia, lo siento. Me he pasado tres pueblos, perdóname.

—Sí, sí que te has pasado, y aun así voy a satisfacer tu curiosidad. Únicamente he intimado con un chico además de contigo. Quizá fuese demasiado joven cuando lo hice, no te lo discuto, pero no me arrepiento; más que nada porque no tengo por qué hacerlo. Así que sí, tengo algo de experiencia en lo que acabo de hacerte, la misma que tienes tú en lo que me has hecho a mí y yo no te he preguntado cómo ni con quién la adquiriste, ni cuándo tampoco.

Dejé ir una larga exhalación. Tenía razón, joder.

—Es cierto —admití, apretándola contra mi pecho—. Perdóname por ser un gilipollas en lugar de agradecerte todo lo que me has hecho sentir, que ha sido la hostia de bueno. Es la falta de costumbre, y con esto no trato de justificarme, pero hace muchísimo tiempo desde la última vez que alguien me importó de verdad. Y no sé muy bien cómo manejarlo, ¿sabes? Por eso mismo estoy acojonado, porque tú me haces sentir inseguro.

—¿Quién te hizo daño, Darío?

—Ya te dije que el destino. No fue una persona quien me dejó sin nada, fue el puto destino quien me robó la vida de la noche a la mañana.

Silvia me besó con dulzura y yo le correspondí.

Ella era mi ahora, el momento en la línea del tiempo que tenía que vivir.

Nos hice girar sobre la cama y, aferrándome a algo tan real como era tenerla entre mis brazos, le hice el amor con la intención de demostrarle sin palabras cómo y cuánto le agradecía que me hubiese elegido a mí.



14

## La humilde barriada de la Asunción de María

*Silvia*

Parpadeé varias veces aún somnolienta y, al reconocer la habitación, una sensación de bienestar ocupó cada fibra de mi cuerpo.

Mi cabeza ascendía y descendía a un ritmo acompasado según inspiraba o exhalaba Darío, así que dejé caer los párpados de nuevo para permitirme disfrutar del movimiento modulado de su respiración, convencida de que su pecho era la mejor almohada en la que jamás había dormido. Cuando volví a abrirlos, mis ojos treparon por la curva de su cuello hasta tropezar con la marcada mandíbula cubierta de suaves pelitos negros.

Sonreí.

Él dormía profundamente y su rostro reflejaba la paz más absoluta, esa que cuando estás aislado de la realidad muestra la autenticidad de la persona. Porque Darío era un hombre auténtico, con sus miedos y recelos, pero auténtico de verdad. Y él no se hacía una idea de hasta qué punto yo valoraba eso.

Acerqué los labios a su garganta y besé la zona donde su pulso era visible. Los dejé posados ahí, alimentándome de sus latidos mientras lo respiraba. Porque lo estaba respirando a él; no al oxígeno ni a la vida, sino a él.

Supe el instante justo en que despertó por la leve alteración en las pulsaciones de su cuello, si bien mis labios no abandonaron ese trocito de piel caliente y se apretaron más a ella.

—Ya veo que estás despierta.

Su voz ronca y pastosa agitó de tal modo mi interior que le clavé los dientes en la garganta para que no le quedasen dudas de lo muy despierta que estaba; en respuesta, ciñó el brazo alrededor de mi cintura y me arrastró hasta que mi cuerpo quedó totalmente sobre el suyo. Me besó la cabeza mientras deslizaba la mano libre a lo largo de mi espalda, erizándome la piel, haciendo que lo sintiera por entero: su fuerza, su suavidad, su calor... Me miró a los ojos con anhelo y se fue aproximando hasta que sus labios rozaron levemente los míos.

Gemí pidiéndole más.

Y él estaba dispuesto a dármelo... cuando unos inoportunos golpes en la puerta lo hicieron maldecir en voz alta y tuve que echarme a reír.

—Me cago en ese imbécil de mierda —farfulló al tiempo que se enfundaba los vaqueros—. Le voy a soltar tal sopapo que se le van a quitar las ganas de dar por el culo. Aguafiestas de los cojones. —Y a mí más risa me dio—. No te muevas de aquí, que no tardo ni dos segundos en romperle las narices con la puerta.

Era tal su enfado cuando abandonó la habitación, que sentí pena por el metomentodo de su amigo Ángel; sin embargo, tras el «¿Y ahora qué coño quieres?» que bramó al abrir la puerta que daba a la calle, lo que llegó a mis oídos fue una voz de mujer.

—Quiero conocerla.

—No me lo puedo creer —escuché lamentarse a Darío—. ¡No son ni las diez de la mañana, joder!

—Una hora más que decente para llamar a tu puerta —replicó ella.

—Nena, haz el favor de no tocarme los huevos y volver a casa ahora mismo —tronó una voz masculina que hizo temblar las paredes.

—Y si no lo hago ¿qué?, ¿vas a obligarme? ¡Ja!

—A casa, Abril. ¡Ya!

Dios mío, la que se hallaba en la habitación contigua era la hermana de Darío y por el contexto de la extraña conversación intuí que venía a conocerme a mí. ¡A mí!

*Ipsa facto*, me cubrí con la colcha hasta la barbilla.

—Samu, cariño, tú puedes irte donde te dé la gana, que yo no pienso moverme de aquí hasta conocerla.

No, no, no. En el salón también estaba el tal Samuel y, si la memoria no me fallaba, se trataba del mismo que Darío afirmó que no me gustaría

encontrármelo cara a cara.

La saliva se me hacía más espesa conforme el volumen de la discusión aumentaba.

—¿Cuándo os fue Ángel con el cuento, anoche o ha sido esta mañana?

Darío parecía igual de alterado que el otro, en cambio, ella hablaba con una serenidad pasmosa.

—Ha sido Marta, no él. Anoche me llamó para ponerme al tanto, y si no me presenté aquí entonces, fue por no molestar. Pero ahora es de día, ha salido el sol y es un momento perfecto para que nos presentes. Porque sigue aquí, ¿no?

—Sí, tío, preséntasela de una jodida vez para que se quede tranquila, no vaya a ser que a tu edad esa chica quiera aprovecharse de ti —ironizó aquella fuerte voz masculina.

—No es eso, Samu...

—¡Mis cojones que no!

Admito que la situación era un tanto cómica: yo oculta en el dormitorio de Darío, él amenazando con matar a Ángel en cuanto se lo echara a la cara, Samuel quejándose a voz en grito de cómo corrían las noticias en la barriada y Abril intentando aplacarlos argumentando que solamente quería conocer a la chica que había traído de vuelta a su hermano.

Esa fue la referencia más bonita que me habían hecho en la vida, así que me armé de valor, salí de la cama rápidamente y comencé a vestirme ilusionada por conocer a mi futura cuñada.

—Hola. —No escucharon mi saludo de tan enfrascados como estaban en su ridícula discusión—. ¡Hola! —repetí poniéndole más energía.

Giraron el cuello a la vez y, de un segundo al otro, me encontré con tres pares de ojos clavados en mí. Ella los tenía de idéntico color a los de Darío y, nada más mirarme, esbozó una preciosa sonrisa; en cambio, cuando desvié mi atención a Samuel, este frunció al máximo las cejas y me escudriñó de arriba abajo sin el menor rastro de humor. Era un hombre imponente, con unos ojos en tono ocre que despedían frío en lugar de calor. De pronto, me sentí acobardada por aquellas dos personas ajenas a mí y busqué refugio en la mirada de Darío. No estoy segura de qué clase de pánico habría en la mía para que en dos zancadas lo tuviese pegado a mí, cercándome por la cintura.

—Ella es Silvia —informó a su hermana con sequedad—. Y tú, deja de mirarla de ese modo que la estás asustando.

Tras oír aquel mandato, el cambio en las facciones de Samuel fue

abismal. Le dedicó una sonrisa torcida a Darío, que solamente él supo interpretar, y volvió a mirarme con algo similar al reconocimiento.

—Me alegro de conocerte, Silvia.

Ahí fue cuando aprecié por primera vez la calidez que sus iris ambarinos desprendían y pude entender lo mucho que Darío sentía por él.

—Sí, qué bueno poder conocerte por fin.

Abril se había acercado sin que me percatara y me quedé observándola sin saber qué decir. Entonces me abrazó. Me abrazó como si me tuviese un profundo cariño, como si mi persona supusiese algo especial en su vida. Y yo le correspondí, porque nadie, a excepción de mi tata o Daniela, me había abrazado nunca así.

—Yo también me alegro de conoceros —musité en su cuello, abrumada y feliz a la vez.

De ese modo tan peculiar fue cómo conocí a Abril y a Samuel, dos de las personas más importantes en la vida de Darío, una pareja que desde ese mismo instante ya empezó a ser importante para mí.



—Silvia, él es Aarón, el hermano de Samu, y ella, Carol, su chica. Esta es Marta, y al imbécil que está a su lado ya le conoces —señaló a Ángel, que no se dio por aludido.

Darío había accedido, ante la insistencia de su hermana, a que almorzásemos con ellos en un pequeño bar de la Asunción al que acostumbraban a ir. Lo que yo desconocía era que ese «ellos» no incluía solo a Abril y a Samuel, sino a cuatro más, conque me puse algo nerviosa bajo todas aquellas miradas, y no porque me sintiese diseccionada, no, lo que verdaderamente disparó mi inquietud fueron sus afables sonrisas. No entendía la extrema felicidad en esos rostros por el solo hecho de conocerme, como si mi presencia supusiera un acontecimiento de gran magnitud. No, no llegaba a comprenderlo; ni eso, ni la mirada entre anhelante y torturada que destilaban los ojos de Darío.

—Bueno, Silvia, tengo entendido que ayer conociste a mi tío —me dijo Aarón.

—¿Perdona?

—El mecánico al que preguntaste en el taller, el que te aconsejó que

corrieras y no lo dejaras escapar. —Miró a Darío delineando una sonrisa taimada y yo me sonrojé—. Y aquí estás. —Volvió a centrar su atención en mí—. Consiguiendo lo que ninguna otra ha conseguido...

—Cállate, Aarón.

—... despertar de su prolongado sueño a nuestro bello durmiente.

—Que te calles, joder —le espetó el aludido.

No me pasó desapercibido el intercambio de miradas que hubo entre todos ellos, y dado que ninguno parecía tener problemas en exhibir su auténtica personalidad, decidí que yo tampoco lo haría, dispuesta a satisfacer mi curiosidad.

—¿Por qué dices eso, Aarón? Porque no me creo que yo sea la primera chica en la vida de Darío, ni tampoco la más importante.

Él no me había contado nada acerca de su pasado, pero por la tristeza que mostraban sus ojos, tenía claro que Darío había sufrido por amor y de ahí su reticencia a intentarlo conmigo.

—La primera, no. —Fue Samuel quien contestó—. Aunque esperamos que sí seas la más importante.

—¿Podéis dejarlo ya, por favor?

Al verle tan angustiado me pregunté qué sería lo que habría ocurrido para que a Darío se le rompiera el corazón y ni pudiese hablar de ello.

Cambiaron de tema y el almuerzo se convirtió en una sucesión de risas y pullas lanzadas sin intención de lastimar.

Me sentía realmente cómoda, integrada en ese grupo de personas que, sin saber nada sobre mí, me habían aceptado sin condiciones. Bueno, algo sí que sabían, como que pertenecía a una familia adinerada y que mi lugar de residencia no se parecía en nada a su sencilla barriada, si bien esos datos no fueron impedimento para que me valorasen. A mí como persona. A Silvia, sin más. A la chica que, según Abril, había devuelto la sonrisa a los ojos de Darío.



—¿Por qué ha dicho tu hermana eso?

El día se me había pasado en un suspiro, arropada por el cariño de mis nuevas amistades. Gente auténtica y genuina que no se ocultaba tras una fachada de falsa perfección, sino que se dejaban ver tal cual eran: sin

complejos, sin prepotencia, sin palabras llenas de adulación y vacías de sensibilidad. Todo en ellos era real, lo más verdadero en lo que había sido partícipe desde que tenía uso de razón; sin embargo, ninguno se ofreció voluntario en responder cuando pregunté qué significaba que yo había devuelto la sonrisa a los ojos de Darío y eso era lo único que necesitaba saber.

Suspiró cansado, con la vista perdida en el techo de la habitación.

—Solo son tonterías de mi hermana, no hagas ni caso.

—¿Por qué te cuesta tanto abrirte a mí?

Nuestras miradas se cruzaron.

La mía suplicante, pidiendo conocerle.

La suya torturada, rogándome que lo dejara estar.

No lo hice.

—Explícame por qué, Darío.

El brazo con el que me rodeaba el cuerpo se apretó contra mí al tiempo que inhalaba una bocanada de aire.

—Solo te diré que en otro tiempo hubo alguien muy importante para mí y que en cuestión de un segundo todo se acabó. —Su voz, apenas audible, había adquirido un ligero tinte de ternura—. Por eso mi hermana ha dicho lo que ha dicho, porque hasta que te conocí he vivido anclado a su recuerdo y ahora por fin parezco reaccionar a algún estímulo. Y por eso también sus caras de idiotas, ya que, a su entender, tú eres la razón de que vuelva a estar vivo, de que pase página de una vez por todas.

—¿Y lo estás haciendo? —pregunté un tanto celosa del amor que intuía sintió por esa otra chica—. ¿Vas a pasar página por mí? ¿Tendré alguna vez acceso a tu corazón?

Por muy egoísta que pueda parecer sentí miedo de que él continuase enamorado de un recuerdo, de que mi amor no fuese suficiente para paliar los daños del desamor. Miedo a que, de un momento a otro, se diese cuenta de que en mí jamás encontraría lo que encontró en esa persona que significó tanto para él.

Darío me regaló una preciosa sonrisa que vi asomar a sus ojos.

—Tú estás consiguiendo que ya no duela tanto, que, aunque mantenga el recuerdo, no quiera seguir estando atado a él. Me has hecho sentir de nuevo, Silvia, porque te juro que antes de conocerte era incapaz de sentir nada; o, mejor dicho, nada que realmente me aportase algo bueno. —De pronto, su semblante se tornó serio—. Y estoy cagado, ¿sabes? Acojonado hasta la médula. Porque tú has hecho que vuelva a ser el que era, has hecho que



comprenda que la vida sigue ahí. Y si esto que... En fin, si esto que estamos comenzando saliese mal, no sé si yo...

—Va a salir bien, te lo prometo.

Lo abracé por la cintura y enterré la cara en su cuello.

—No dejes que se estropee, Silvia. No me quites lo que me estás dando. No te lleves la poca felicidad que me has devuelto.

Sentí un horrible dolor en el centro del pecho que no se mitigó hasta que permití que las lágrimas salieran y con ellas el nudo de opresión.

—Ya sabes, puesto que te lo he repetido mil veces, lo enamorada que estoy de ti, pero lo que nunca te he dicho es hasta qué punto sería capaz de sacrificarlo todo por continuar a tu lado. Yo jamás te haría daño, Darío, y si la situación se complicase y tú no tuvieras fuerzas para luchar por lo nuestro, yo lucharía por los dos. Porque tú eres lo más real que hay en mi vida y no estoy dispuesta a renunciar a eso.

Se situó sobre mí y me besó en la boca con ternura; besos cortos y delicados que llevaban impresos una mezcla de miedo y amor. Él aún no me había dicho lo que sentía, aunque después de haberme premiado con la declaración de sentimientos más bonita que un hombre pudiera hacerle a una mujer, ya no era necesario.

Entró en mi cuerpo con la misma suavidad y comenzó a moverse lentamente, manteniendo sus pupilas fijas en las mías mientras de entre sus labios dejaba escapar el aliento que a cada envite se hacía más y más pesado.

—Te quiero, Darío —dije con un murmullo sentido.

—Te necesito —confesó él con dolor.

Una confesión cargada de tristeza por lo mucho que le costaba admitirlo.

Una confesión acompañada por el miedo de volver a sentir.

Una confesión desesperada que dejaba al desnudo su corazón.

Una confesión que me hizo abrazarme con fuerza a su firme espalda y me estranguló la voz.

—Me tienes aquí, cariño.

Y ahí me di cuenta de que estaba equivocada, porque si él me necesitaba en su vida, yo necesitaba oírle decir que estaba loco por mí. Y me juré conseguirlo, lograr que algún día Darío pudiese decirme *te amo* sin creer que con ello estaba traicionando a la chica de sus recuerdos.



Llevaba cerca de una hora despierta. El sol no había hecho aún su aparición por el horizonte, pero yo era incapaz de conciliar el sueño de nuevo. Solo unas pocas horas y tendría que volver a mi triste vida, rodeada de cosas superfluas y personas hipócritas a las que les importaba más mantener las apariencias que exponer sus sentimientos, si es que tenían algunos.

Fantaseé en cómo sería dejar atrás todo ese contenido barato de mi insignificante existencia para empezar desde cero en un lugar como ese. Supondría desprenderme de mi familia, lo cual me apenaba tan solo por mi tata; de mis prepotentes amistades, de las que solo merecía la pena Daniela; de mi futura carrera y de mi situación acomodada. Si renunciaba a eso, me vería obligada a trabajar, a vivir en aquella barriada y a prescindir del lujo que conocía. Y todo por el amor de un hombre.

Lo contemplé mientras dormía, ajeno a las miles de cuestiones que asaltaban mi mente de niña rica; cuestiones que carecían de fundamento comparadas con el valor incalculable que tenía la persona que se abrazaba a mí. Sí, sin ninguna duda cambiaría mi vida y todo lo que había en ella por formar parte de la suya, por ser una más en la humilde barriada de la Asunción de María.

—Despierta, dormilón —susurré en su oído.

Sus gruesos labios delinearon una bonita sonrisa, pero sus ojos no se abrieron.

Apoyé el codo en la almohada y lo observé. Darío era tremendamente atractivo y eso saltaba a simple vista, no por nada su físico fue lo primero que me llamó la atención de él; sin embargo, una vez empecé a conocerlo, descubrí que lo más valioso se hallaba en su interior. Eran tantas cosas suyas las que me habían ido enganchando, tantos pequeños detalles imposibles de no amar...

Darío y esa falta de timidez para sustantivar cada hecho con nombre y apellido sin que le supusiera un problema.

Darío rechazándome con su expresión más dura solo por afianzar las murallas que se había construido alrededor para protegerse del mundo.

Darío dedicándome esa sonrisa engreída con la que aparentaba ser más fuerte de lo que en realidad era.

Darío observándome con su perpetua mirada triste que pedía a gritos un cariño que no encontraba.

Darío desnudándome su corazón al fallarle las defensas.

Darío ofreciéndome su alma de cristal aun temeroso de que pudiese hacerla añicos.

Un alma tan frágil como lo era la mía, agrietada en un dibujo de tela de araña que iba aumentando sus crujidos conforme se aproximaba a los extremos, consciente de que estallaría en mil pedazos en cuanto rozase los bordes. Él únicamente sabía de mí lo poco que yo le había contado y no podía imaginarse que mi interior estaba tan dañado como lo estaba el suyo. Quizá no de la misma forma, aunque sí con idénticas consecuencias. Él quedó hecho trizas por el amor de una mujer. A mí iban dañándome día a día, poco a poco, agónicamente desde que tenía uso de razón. Pero eso él no iba a saberlo, porque lo último que yo quería era que también tuviese que acarrear con mi sufrimiento.

—Vamos, tontito —le insistí—, no te hagas el remolón y abre los ojos. Recuerda que tenemos que ir a que tu sobrina me conozca.

Sus párpados se separaron en una rendija por la que escapó el azul del cielo.

—Sí, hoy vas a conocer a la persona que siempre me ha dado fuerza y estoy seguro de que le vas a encantar.

—Antes debo recoger mis cosas y dejarlas preparadas.

Su semblante se ensombreció tanto que hasta el color limpio de sus ojos se convirtió en el que vaticina la llegada de una tormenta.

—¿Cuándo te veré de nuevo?

—En cuanto me sea posible volveré.

—¿Y eso cuándo será?

—No lo sé —le dije con sinceridad—. Pero te pido que, pase el tiempo que pase, no te olvides de mí, porque yo no voy a olvidarte, Darío.

Suspiró mirando al techo.

—Voy a pasarlo jodidamente mal.

—Y yo. —Besé su mejilla—. Aunque te prometo que encontraré la forma de que la espera sea menos amarga, ¿vale?

Asintió sabiendo que no le quedaba de otra que amoldarse a lo que había.



—¿Eres la novia de mi tío?

Sus ojos expectantes me estaban poniendo más nerviosa de lo que quería reconocer.

—Se están conociendo, princesa. —Samuel salió en mi ayuda.

Darío se encontraba en la cocina echándole una mano a su hermana mientras yo lo hacía en el salón, custodiada por su sobrina y el padre de esta, esperando a que nos avisasen para almorzar.

—Pero, papi...

—Rebeca, cómo la llamemos es lo de menos. ¿A ti te gusta ver bien a tu tío? —La niña asintió—. Pues eso es lo que cuenta.

—Pero...

—Sin peros.

—No puedo decirte qué somos tu tío y yo —intervine sin pensar—, solo que le quiero muchísimo y que deseo seguir conociéndole.

Ella sonrió y dio un codazo a su padre.

—¿Ves, papi?, son novios, nunca te enteras de nada.

Al alzar la cabeza impacté con la mirada de Darío y al ver la preciosa sonrisa que tenía grabada en el rostro, mi corazón se saltó un latido. Una sonrisa que alcanzaba sus ojos y los hacía titilar con el brillo de las estrellas.

—La comida ya está lista —anunció sin dejar de mirarme de ese modo, como si yo fuese lo más importante de su vida.

El almuerzo transcurrió entre conversaciones sencillas, sin esa tirantez acostumbrada que existía en las comidas que compartía con mi familia. Darío arrugó la frente un par de veces instándome en silencio a que me acabase todo y yo, sin rechistar, hice lo que me pedía, disfrutando de la buena mano de Abril para la cocina. Me hicieron sentir tan cómoda que incluso olvidé las *benevolentes* reglas que mi madre me hacía cumplir a rajatabla para combatir la rebeldía calórica de mi *desagradecido* cuerpo.

—Espero verte pronto por aquí otra vez —dijo Abril cuando nos despedíamos, abrazándome con la misma calidez con la que me recibió el día anterior.

—Me verás muy pronto, lo prometo.

Luego fue Samuel quien me abrazó, elevándome del suelo.

—Gracias, preciosa —susurró en mi oído—. Gracias por traer a Darío de vuelta.

Me aferré a su cuello con fuerza, tratando de contener las lágrimas que ardían en mis ojos.

—Gracias a vosotros, Samu. Gracias por hacerme sentir tan querida sin apenas conocerme.

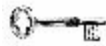
—No dudes en acudir a nosotros si la cosa se pone fea —dijo con total sinceridad—. Acude a mí si necesitas ayuda. Cualquier clase de ayuda.

—Lo haré. Te aseguro que lo haré.

Volvió a posarme en el suelo, aunque mi cuerpo parecía estar suspendido en el aire aún. No era que estuviese experimentando ninguna sensación de ingravidez, no. Simplemente fue que ese hombre imponente que tenía frente a mí me había robado la mitad de mi peso emocional con solo dos frases.

—Apunta mi número.

Y yo, como si fuese un tesoro, añadí a los contactos de mi agenda los nueve dígitos del teléfono de Samuel por si algún día necesitaba de esa ayuda que, desinteresadamente, me había ofrecido.



Sus dedos se hundían en la carne de mis caderas, guiando nuestros movimientos.

Sus pupilas no se habían despegado ni un segundo de las mías desde que mi cuerpo se acopló al de él.

Las lágrimas bañaban mi rostro, si bien no cerré los ojos en ningún momento.

Darío sabía por qué lloraba y, sin embargo, no hizo preguntas, no invirtió el poco tiempo que nos quedaba en tratar de llenar un vacío que únicamente desaparecería cuando nos tuviésemos de nuevo. Tan solo hicimos el amor despacio, alargando cuanto nos fue posible aquella maravillosa unión. ¿Cuándo volvería a estar así con él?

—No me olvides, Darío —le rogué al alcanzar mi clímax, que esa vez llegó arrastrando una mezcla de intenso placer y puro dolor.

—Ya no podría, aunque quisiera —confesó entre jadeos—. Ya no puedo seguir ignorando lo que siento por ti.

El orgasmo lo atravesó y solo entonces cerró los párpados con fuerza. Y fue lo más perfecto que habían visto mis ojos, la imagen más hermosa que jamás presenciara: Darío en su estado más vulnerable, abiertamente expuesto en canal, donde su tristeza y felicidad estaban separadas por una línea tan fina que se confundían y sus miedos y fortaleza se podían palpar. Un delicioso momento que siempre sería mío, porque nunca permitiría que nadie viese la inmensidad que se ocultaba bajo el alma rota de Darío.

Me estrujé contra su cuerpo con la misma desesperación que lo hizo él. Había llegado la hora de marcharme, de regresar a mi vida y ponerme la

máscara de indiferencia que lucía ante los demás.

—No desaparezcas, Silvia.

—No voy a hacerlo. Nada ni nadie conseguirá separarme de ti.

Salí de su casa y caminé con ligereza sin volver la vista atrás. Porque dolía. Muchísimo. No podía enfrentarme a esa última visión de él. Y ahí fue cuando de verdad me vi aplastada por el peso de mi edad, una edad que no me daba licencia a tomar las decisiones que con tanta claridad tenía ordenadas en mi mente.

Subí al autobús y dije hasta pronto a la Asunción de María, porque no siempre tendría diecisiete años. No siempre mis padres podrían planificar mi vida. No siempre tendría que ocultar al hombre del que me había enamorado al resto de mi puñetero mundo.

Llegué a casa de Dani un poco antes de la hora que habíamos acordado y creo que la pobre solo respiró de nuevo cuando me vio aparecer.

Fuimos hasta mi casa dando un paseo lo suficientemente largo como para ponerla al día de mi fin de semana, y le hablé también de los amigos de Darío, de Abril, Samuel y Rebeca, y de lo mucho que había aumentado lo que sentía por él en tan solo dos días.

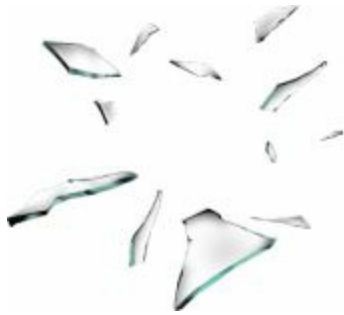
—Ya me cae bien esa gente aun sin conocerla —manifestó ella una vez supo todo—. Me alegro infinito de que Darío te recibiera con los brazos abiertos, de verdad.

Aprecié el tizne de tristeza en su voz.

—Dani, por favor, yo no...

—No pasa nada, Silvia, estoy supercontenta de que al menos una de nosotras lo consiga.

Mi vida, desde los comienzos, había sido una gran farsa, eso era innegable, aunque la de Daniela no era precisamente un camino de rosas, sino que más bien estaba sembrada de espinas. Mi principal obstáculo para todo siempre fueron mis padres; el suyo, su *querido* hermano, y ahora que Darío lo significaba todo para mí, imaginaba con precisión lo que mi amiga debía estar sufriendo.



15

## Escribiendo...

### *Silvia*

Habían pasado dos semanas desde que fuera a la Asunción de María y en ese tiempo mi vida había transcurrido con normalidad a ojos de los que me rodeaban. Asistía a clase por las mañanas y dedicaba las tardes a estudiar para no bajar mi nota media; comportamiento que mis padres veían con aprobación, y comportamiento que los hizo aflojar el lazo imaginario que tenían sujeto alrededor de mi cuello desde aquella tarde que *ella* me sorprendió intimando con Darío.

Procuraba mantener mi máscara más complaciente el mayor tiempo posible, lo que me llevó, entre otras cosas, a perder algún kilo al controlar en extremo el apetito en las comidas sabiendo que a *ella* la ponía enferma verme comer, y aunque he de reconocer que me sentía famélica, mi madre estaba de lo más contenta tanto por mi actitud como por mi rescatada obediencia, que era justo lo que yo pretendía, que se confiaran hasta poder deshacerme del lazo ficticio que se apretaba a mi garganta.

Se sobrentiende que mis *amados* padres no se enteraron de mi escapada gracias a la complicidad de mi tata, que me guardó el secreto tal como había dicho que haría; y si bien es cierto que me apenaba no poder sincerarme con ella, también era consciente de cuánto me jugaba si le contaba la verdad. La tensión comenzó a evaporarse conforme pasaban los días y yo me esforzaba incluso en sonreírles cuando la situación me superaba; claro que mi meta era tenerlos contentos de la forma que fuese, ya que después de que mi padre me devolviese el móvil tras aquel incidente que tuve que inventar, tenía que

conservarlo en mi poder fuera como fuese porque era el único medio del que disponía para estar en contacto con Darío. Mi teléfono se convirtió en una extensión de mi brazo, un aliado fiel y secreto que, al tiempo que guardaba en silencio todas las notificaciones que no podían ser escuchadas, entonaba una melodía aguda a esas que pretendía que ellos oyesen. Sí, de los infinitos bienes materiales de los que disponía, mi iPhone era ese kit de supervivencia que todo combatiente necesita.

—Qué molesto es ese ruido.

—Lo siento, papá, tienes razón, lo pongo en silencio ahora mismo.

Y eso hice, sabiendo lo que vendría después.

—Silvia, ¿quieres dejar de estar pendiente del móvil? Lo que haces es de mala educación y una gran falta de respeto a tu familia y a esta mesa.

La miré disimulando toda la rabia que le tenía. ¿A mi familia? ¡Ja! Casi nunca se me permitía hablar, a no ser que me preguntasen.

—Es cierto, mamá. ¡Pero es que estoy tan agobiada!

Mi padre dejó de masticar y frunció el ceño. Esa era mi oportunidad.

—¿Agobio?! —preguntó sin entender qué le podía pasar a mi *perfecta* vida.

Él se mostró tan frío como ella, sin embargo, también era el más accesible de los dos siempre y cuando se pulsaran las teclas exactas y, por suerte, yo sabía qué partitura tocar.

—Sí, papá, agobio. —Mi suspiro melodramático izó el telón—. Dani y yo estamos preparando una exposición para la asignatura de inglés. El profesor la ha pedido por parejas y, como comprenderás, no tenemos modo alguno de hacerlo a través de móvil.

Ellos aún no me permitían salir con libertad de casa ni que nadie viniese a visitarme, por lo tanto, se sobrentendía lo que quería decir.

—Y... ¿es muy importante? —Vi cómo la duda cruzaba sus ojos.

—Mucho. Hace media con la nota de examen y ni Daniela ni yo estamos dispuestas a sacar menos de un sobresaliente.

—¿Para cuándo tenéis que exponer?

—Las presentaciones se harán a lo largo de la semana que viene, aunque no sabemos qué día nos tocará a nosotras. Por eso queremos prepararlo a fondo, por si el lunes tuviéramos que hacerla. —Suspiré de nuevo fingiendo estar enormemente preocupada—. Y lo peor es que todavía nos queda bastante. Tenemos que ensayarla hasta que nos salga perfecta, por lo que voy a tener que estar todo el fin de semana colgada al teléfono. No puedo hacerlo de



otra manera —me lamenté poniendo cara de circunstancia.

—Dile a Daniela que puede venir a casa este fin de semana —dicho esto, mi padre continuó cenando.

Una sonrisa amenazó con asomar a mis labios.

Tres, dos, uno...

—No, Miguel. —Mi madre elevó la voz como cada vez que quería imponer su autoridad—. No quiero tener que estar escuchando sus tonterías y parloteos todo el fin de semana.

—Y ¿qué propones? —preguntó él sin alterarse.

—Que cada una se prepare su parte de la exposición y, llegado el momento, se hagan una indicación para cederse la palabra.

A mi padre se le dilataron las fosas nasales; mi señal para intervenir.

—Lo haremos como tú dices, mamá. Le pediré a Dani que se la prepare en su casa y yo haré lo mismo; ya encontraremos la forma de no pisarnos el discurso. De todas formas, todo lo malo que puede pasarnos es que no consigamos ese sobresaliente que ambas nos habíamos propuesto conseguir.

Creo que incluso me tembló la barbilla al renunciar a mi, en teoría, ansiado diez, lo que fue una escenificación magistral dada la poca gracia que a mi padre le hacía que mis notas no fuesen las más altas.

—Haremos una cosa... Te quedarás este fin de semana en casa de los Martorell...

—¡Miguel!

—... pero no me decepciones, Silvia.

—No lo haré, papá.

—¡Miguel! —chilló de nuevo ella con ese tono agudo que conseguía erizarme cada vello del cuerpo.

—Tú no quieres escucharlas parlotear, ¿no es eso lo que has dicho? —Ahí estaba el auténtico señor Haro dejando claro quién mandaba, sin dar opciones a réplica—. Y Silvia tiene que hacer ese trabajo.

—Pero, Miguel... —insistió en un tono más meloso.

—No hay nada más que discutir, Gloria. Tú te quedas en tu palacio sin nadie que altere tu preciada tranquilidad y mi hija consigue ese sobresaliente para engordar su expediente. Sobresaliente que yo le exijo.

Cuando mi madre fue a abrir la boca para volver a protestar, la gélida mirada que mi padre le dedicó fue suficiente para que la cerrase.

Mientras subía las escaleras, telefoneé a Daniela a sabiendas de que todavía podían escucharme.

—Hola, Dani, soy yo. Mañana voy para tu casa. Sí, mi padre deja que me quede para que podamos preparar bien la exposición. Sí, claro, esta misma noche paso los apuntes a limpio para ir adelantando y ya mañana empezamos a memorizar y a elegir las diapositivas que vamos a incluir. Sí, sé que va a ser agotador, pero piensa en el sobresaliente que nos van a poner —expresé rebosante de ilusión.

—Te veo en Hollywood, loquita mía —soltó mi amiga entre carcajadas.

—Hasta mañana. Y descansa todo lo que puedas, que va a ser un fin de semana duro.

—Descansa tú, porque aquí el único que se va a poner duro cuando te vea va a ser Darío.

Corté la llamada aguantándome la risa y corrí por el pasillo hasta encerrarme en mi habitación.

*Ya puedo hablar.*

*No tienes por qué.*

*Joder, me tenías preocupado.*

*Sí que tengo.*

*Esto es una puta mierda.*

Disfrutaba cada momento que hablaba con él, aunque solo pudiese ser a través de WhatsApp; sin embargo, hacía unos días que lo notaba desesperado de más, que saltaba a la mínima, y eso me asustaba. Quería escuchar su voz, decirle que entre nosotros todo estaba bien, pero no me atrevía a llamarlo por miedo a que me descubrieran. Tan grande era mi temor, que cuando dábamos por finalizada una conversación, me obligaba a borrar el chat con un nudo en la garganta por desprenderme de un trocito de nuestra historia. Era duro ver desaparecer en un pestañeo los sentimientos expresados a tinta que me transmitía Darío, si bien era lo más seguro por el momento.

*Te quiero, no lo olvides.*

Lo quería con toda mi alma.

*No lo olvido y eso es lo que me está matando.*

*Necesito verte, Silvia.*

*Necesito abrazarte y sentirte, ¿no lo entiendes?*

*Claro que lo entiendo, porque yo lo necesito tanto como tú.*

*¿Cuándo podré verte?*

Estaba a punto de contestarle y me frené al ver que él escribía de nuevo.

*Este sábado voy a salir con estos por despejarme un poco.  
No te importa, ¿verdad?*

A Darío le urgía desconectar, destensar la tirantez no solo de sus músculos, sino también de su mente.

*Sal y distráete.*

Era lo justo, no ejercer más presión cuando intuía claramente que estaba rozando el límite. Aparqué todos mis planes a un lado de mi cabeza, cada idea trazada al detalle, y cedí ante lo que sería de gran ayuda para él. Porque sus amigos conseguirían que se olvidase por unas horas de todo y yo no iba a interponerme sabiendo cuanta falta le hacía ese paréntesis.

*¿Dónde pensáis ir?*

Pregunté con la intención de alargar un poco más la conversación.

*A tomar unas cañas y luego al pub de siempre.  
No me apetece.  
Pero paso de pegarme otra noche comiéndome la cabeza soñando imposibles.*

Esa frase me dolió. Mucho. En cambio, no se lo hice saber.

*Desconecta y disfruta de tus amigos.*

*¿Y tú?  
¿Qué distracción tendrás tú metida en esa puta casa?*

Sonreí al imaginarme la expresión que en esos momentos cubriría su rostro.

*No sufras por mí, yo estaré bien.*

*Te echo mucho de menos y eso no puede ser sano.  
No es normal que me pase los días enteros con esta jodida ansiedad.*

Me cayeron dos gruesas lágrimas; ahora que empezaba a abrirse a mí, yo no estaba a su lado para sostenerlo.

Entonces supe qué tenía que hacer.

*Deja de echarme de menos.*

*Pides imposibles.*

*Diviértete. Tengo que dejarte.*

Borré nuestra conversación, pero antes de desconectar y meterme en la cama, envíe un escueto wasap.

*S.O.S.*

No pasaron ni diez segundos cuando vi que estaba en línea.

*Escribiendo...*

Los mensajes que intercambiamos fueron cortos a la vez que precisos.

Mi teléfono no era el único aliado con el que contaba y eso hizo que la sonrisa me llegara a las orejas.



## Parte de algo bello

### *Darío*

Era un auténtico asco cómo me sentía: impotente, atado de pies y manos puesto que en nuestra situación nada podía hacerse. Me pasaba los días pensando en ella, en cuándo la volvería a ver, en cómo se encontraría, en si seguiría bien conmigo... Una mierda de inseguridades a mi edad, la verdad, aunque suponía que era por mi falta de costumbre en lidiar con una relación seria. Sí, sería de la hostia, al menos para mí, lo que hacía que me recriminase a cada instante el haberme pillado de una cría. Y Silvia era eso, una niña dependiente sin voz ni voto que se veía obligada a acatar una lista infinita de estúpidas órdenes, y yo dudaba de por cuánto tiempo más mi paciencia sería capaz de aguantar semejante condicionamiento. Porque desde luego que estábamos condicionados y sometidos a todos los niveles a su jodida familia. Y yo ya no tenía veinte años. Rozaba la treintena y me estaba comportando como un adolescente que sueña despierto y llena su cabeza de ilusiones huecas, suspirando como un idiota cada vez que me recordaba abrazado a ella. Sí, un auténtico idiota por no asumir la realidad, y la realidad distaba mucho de esas pajas mentales que vagaban a su antojo en mi sesera.

Me quedé observando la pantalla del móvil, esperando algo más, alguna palabra que me subiese el ánimo, pero ella había cortado la conversación tras aconsejarme que me divirtiese, como si le importara bien poco lo mal que me sentía.

Lancé el móvil contra el sofá y respiré hondo.

«Que me divierta, ¿no? —pensé con cierto desapego—. Pues me voy a

divertir. De lo lindo, a ser posible».

Una mueca de dolor estimulada por mis sucios pensamientos me contrajo las facciones.

—Qué malo es esto, joder —me quejé a la habitación vacía.

Cada día que pasaba me odiaba más a mí mismo por anhelar una vida que nada tenía que ver conmigo. Yo siempre me había sentido orgulloso de pertenecer al lugar que pertenecía, de seguir en pie a pesar de las putadas del destino. Orgulloso de mi gente, de la pequeña barriada donde había crecido, de los pasos que me habían llevado a ser quien a día de hoy era. Y en esos momentos me odié aún más, porque ninguna de esas razones parecía tener el peso suficiente como para frenar mi codicia de querer pertenecer a su mundo. Un mundo que ni me correspondía ni jamás me aceptaría.

—Jodida cría.



No oía la música.

El murmullo de las voces me llegaba lejano.

En mi cabeza solo habitaba el sonido del silencio.

Observé el vaso casi vacío que sujetaba en la mano. Era la cuarta copa que me bebía en menos de dos horas, sentado en un taburete duro frente a la barra mientras dejaba correr el tiempo.

—Te van a reventar los sesos de tanta concentración. ¿En qué piensas, tío?

Giré el cuello al escucharlo. Había perdido la cuenta de las veces que se había acercado a mí para hacerme la misma pregunta.

—En lo fácil que serían las cosas de tener una vida diferente, de haberme criado en un lugar distinto y tener un apellido con cierto prestigio. En eso pienso. —Samu arrugó las cejas con desaprobación; el primer gesto hostil que me dedicaba esa noche. «Perfecto», me dije. Yo necesitaba pagar mi frustración con alguien y él me pareció tan bueno como cualquier otro, así que le entré a saco—. ¿Dónde ha quedado tu insólita simpatía?

Cargué la pregunta con todo el sarcasmo que el excesivo alcohol en vena me permitió. Pero es que era raro de narices verle tan sonriente y así podían definirse esas horas que llevábamos de fiesta. Y Samuel odiaba salir. Odiaba el ruido y la aglomeración de gente, el que le estuviesen dando empujones.

Odiaba la música y odiaba bailar. Entonces... ¿por qué esa noche se veía tan cómodo con el ambiente?

—Acabas de mandarla a la mierda. Para una vez que intento adaptarme... vienes tú y me pones de mala leche.

Eché un vistazo al fondo del *pub*, donde se encontraban el resto aparentemente pasándolo en grande, y me maldije por idiota. Samu solo intentaba complacer a mi hermana, lo que era mucho viniendo de él dadas las circunstancias.

—Lo siento, tío, no quería ser tan borde, pero entiende que no estoy acostumbrado a verte de tan buen humor. —Y el cabrón volvió a hacerlo. Congeló en su cara aquella extraña sonrisa de gilipollas que no le pegaba ni con cola adhesiva—. En serio, Samu, ¿qué cojones te pasa?

—¿A mí?! Nada. Venga que te invito a otra.

Pidió a la camarera dos copas —la quinta para mí— y nos las bebimos hablando sobre motores de coches y tecnología *inverter*. Luego fue a reunirse con los demás, no sin antes insistirme en que me uniese a ellos. Denegué su proposición, porque... ¿qué pintaba yo ahí? Un ramalazo de envidia me atravesó mientras los contemplaba. Aarón parecía una maldita lapa solapado a Carol, siempre con las manos sobre su cuerpo; aunque lo de Ángel sí que podía tildarse de grave, ya que daba la impresión de que era la primera vez que le comía la boca a Marta cuando llevaban juntos cerca de una década. Y Samuel... Bueno, él solo se limitaba a actuar de barrera entre mi hermana y el mundo: a su espalda, con las manos apoyadas en sus caderas y aquella mirada posesiva en extremo que invitaba a mantenerte a cuatro metros de distancia como poco. Pero esa noche, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, el imbécil exhibía esa absurda sonrisa que me era imposible de interpretar. Justo como en ese preciso momento.

—¿Está libre este sitio?

Volví la cara hacia la voz y me encontré con unos ojos de un verde fluorescente jodidamente bonitos.

—Te estaba esperando a ti —contesté intentando no darme un mordisco en la lengua, de lo trabada que la tenía, al tiempo que retiraba el taburete situado junto al que yo ocupaba para que la chica tomase asiento.

—Hola, soy Marisa. —Sonrió, estampándome dos besos que me supieron a gloria bendita en aquel instante de soledad.

—Darío —respondí sin más.

¿Y ahora quién era el que tenía una sonrisa de gilipollas pegada al

careto? Porque Samu, no.

—Y bien, Darío, ¿qué tomas?

Bizqueé al focalizar el vaso; estaba vacío.

—Creo que alguien se ha bebido lo que había dentro. —Hice sonar los cubitos medio derretidos—. Pero antes de eso era un Beefeater con tónica.

—Un Beefeater con tónica y un Puerto de Indias con naranja —pidió a la camarera.

Me pregunté si sería prudente beberme otra copa y la respuesta fue sí. Al menos los efectos del alcohol estaban evitando que cayese en esa espiral de ridícula autocompasión de la que últimamente no salía.

Marisa me dio conversación durante un buen rato, haciéndome reír, consiguiendo que me cuestionase todo. Qué sencillo resultaba estar ahí hablando con ella. Y qué sencillo sería proponerle lo que me rondaba en la cabeza.

Me acerqué a su cuello y la olí.

—¿Qué coño haces, capullo?

El gruñido a mi espalda hizo que me girase en el taburete.

—¿A ti qué te parece que hago?

—¿El imbécil?

Apenas se apreciaban sus pupilas de lo que había achicado los ojos.

—¿No querías que me divirtiera, Samu?, ¿que me riera y lo pasase bien? Pues he pensado que voy a hacerte caso. Para algo he salido, ¿no? Para distraerme

Eché una mirada en derredor y aquella cínica sonrisa que tan bien conocía curvó sus labios.

—Tú mismo.

Y me dio la espalda para, acto seguido, mezclarse entre la gente.

Giré de nuevo mi cuerpo hacia Marisa, la bonita Marisa.

—¿Por dónde íbamos?

Quise hacer gala de mi voz más seductora, pero tan solo me salió una dificultosa verborrea.

—Me estabas diciendo a qué te dedicas.

—Ah, sí, eso. —Volví a aproximarme a su cuello—. Pues mi trabajo consiste en...

—¿A ti no se te puede dejar solo una noche?

La saliva se me fue por el conducto equivocado y tosí con violencia. Esa voz era agria, sin embargo, carecía de la aspereza y la profundidad de la de



Samuel. Miré por encima de mi hombro con una sensación que cabalgaba entre la euforia y el canguelo, y allí estaba ella, con su carita de ángel exhibiendo la misma expresión que un demonio.

—¿Silvia?!

—No, su prima.

Vale, era normal que estuviese de malas puesto que me había pillado tonteando con otra cuando se suponía que estábamos juntos.

—¿Qué haces aquí?!

—Sacando al perro. —En cambio, el perro pareció ser ella por su ladrido. Desvió sus ojos y los fijó en Marisa, que contemplaba la escena divertida. Yo tragué con esfuerzo en un intento nulo de que mis pelotas regresasen a su lugar de origen—. Perdona que os haya interrumpido, pero, al parecer, a este idiota se le ha olvidado que tiene novia. Y muy celosa, por cierto.

—No te preocupes, cariño, suele pasar. Y tranquila, que este idiota se ha comportado y solo me ha dado un poco de conversación.

Ahora era yo quien observaba aquella escena totalmente surrealista.

—Sí, he pasado por alto que los hombres tienen el cerebro algo más al sur que nosotras.

Marisa rompió en carcajadas y Silvia se le unió.

—Pues os dejo para que puedas recordarle a cuál de sus dos cerebros tiene que hacerle caso. Un placer haberte conocido, Darío —me dijo risueña antes de centrarse de nuevo en Silvia—. No seas muy dura con el idiota, que está algo bebido y no coordina demasiado bien.

—Descuida. Y gracias por cuidarle en mi ausencia...

—Marisa.

—Encantada. Yo soy Silvia.

Intercambiaron un par de besos y se despidieron con una sonrisa de entendimiento mutuo.

—Antes te he dicho que *tú mismo* y ¿qué has hecho? No hacerme ni puto caso. Pues aquí tienes el marrón que te has buscado, porque te lo vas a comer.

Miré a Samuel, que se había situado a mi derecha, y fui testigo del afectuoso abrazo que él y mi... ¿novia?! se dieron.

—Gracias, Samu —oí que le decía.

—Lo que necesites, ya lo sabes. Y ahora te dejo para que le pongas las pilas a este gilipollas, a ver si con suerte aprende de una vez.

Ni una palabra acudió a mis labios. Ni una, joder. ¿Qué coño significaba

aquello? ¿Qué hacía ella allí y por qué Samuel no parecía sorprendido?

Observé que unos puntitos verdosos danzaban delante de mí, lo que indicaba que, sin yo percatarme, tenía a Silvia prácticamente encima.

—¿Cuánto has bebido? —inquirió olisqueándome con la nariz arrugada.

Se cruzó de brazos a la espera de una respuesta, en una pose claramente defensiva que comprimió sus pechos haciéndolos parecer enormes ante mi mirada etílica.

Buscaba guerra, eso se intuía a leguas, y yo no tenía ni el cuerpo ni la mente para entrarle al trapo, así que me quedé absorto mirándole las tetas. Y qué tetas, madre mía.

—Estoy esperando.

—Silvia, yo...

—Sí, tú —espetó con rabia consiguiendo que la mirase a los ojos—. Tú, *señoritodeunabarridahumildequelecuestaabrirsealagente*, te has pasado. ¿Qué pretendías?, ¿aparcar a la primera de cambio esto que ha empezado entre nosotros?, ¿dejarme atrás a la mínima oportunidad?

—No sabía que ibas a venir.

—¡Tendrás cara! ¿Qué porquería de excusa es esa? —gritó enfadada—. Yo, jugándome el pellejo para verte y tú mientras tanto buscando un agujero donde meterla.

Eso sí que me dejó mudo; era la primera vez que la escuchaba expresarse de ese modo y me impactó. También me corroboró lo cabreada que estaba por mi actitud. Y no era para menos, mierda.

—Si no llego a venir, ¿qué? —continuó, elevando el tono un par de octavas—. ¿Te habrías ido con ella y llegado hasta el final?

Dudé, lo que la enfureció aún más. Pero ¿qué quería?, ¿que le mintiese cuando no tenía nada claro hasta dónde habría sido capaz de llegar?

—Eres... Eres...

—Un gilipollas, lo admito. —Suspiré—. Un auténtico imbécil sin masa gris. Un capullo que te ha echado tanto de menos y tiene tantas dudas de lo que somos que se ha dejado llevar por la impotencia. Un idiota que se muere porque lo abrace ahora mismo, aunque no se atreva a pedírtelo. Un hombre desesperado que se pondría de rodillas para suplicarte un solo beso si no estuviera seguro de que terminaría con la cara estampada en el suelo. Un miserable que no sabe cómo gestionar sus sentimientos y lo ha echado todo a perder.

Presenció cómo iban dulcificándose sus facciones, si bien no le estaba

confesando aquellas verdades con ese fin. Sentí cada una de las palabras que salieron de mis labios, las dije con el corazón y toda mi jodida alma.

—Tú solo eres mi novio; espero que te haya quedado claro. Un irresponsable, eso sí, pero con tantísimas virtudes que estoy dispuesta a dejar pasar esto.

Y me abrazó. Me rodeó por la cintura y se acopló en el estrecho espacio entre mis piernas.

Y ahí me quedé yo, con el cuerpo totalmente laxo, disfrutando de su calidez, de la increíble sensación de tener su pecho aplastado contra mi estómago y de los intermitentes estremecimientos que me subían hasta la nuca al recorrerme la espalda con las palmas de sus manos.

Hundí la nariz en su cuello y aspiré en profundidad.

—¡Dios!, cuánto te necesitaba —susurré cerca de su oído—. Cuánto y de qué manera te he echado de menos.

—Cállate ya y bésame de una vez, tontito.

Ni que decir tiene que obedecí de inmediato.

Primero le regalé decenas de besos cortos, sucesivos y pasajeros mientras nos mirábamos fijamente a los ojos.

Después me obsequié a mí mismo iniciando un beso largo, apasionado y demoledor que cerró mis párpados e hizo que todo me diese vueltas.

—Que te la vas a comer, animal.

En mi vida habría imaginado que me sentaría tan jodidamente bien escuchar una de las polladas de Ángel. Es cierto que ese grano en el culo al que consideraba mi amigo nos había interrumpido, pero en ese instante, rodeado por los míos y abrazado como estaba a la persona que se había convertido en mi todo, sentí que después de mucho volvía a formar parte de algo bello. Y no voy a negarlo, era la hostia de gratificante poder compartirlo.

Los abrazos y muestras de cariño que Silvia recibió le pintaron una preciosa sonrisa en los labios que me secó el paladar. Me gustaban esas nuevas emociones que afloraban en mi interior. Me encantaba verla feliz y saber que yo era la causa.

Ángel me la había arrebatado de los brazos antes de que pudiese oponerme, la había alzado del suelo y dado una vuelta con ella que le provocó una carcajada. Aarón también la abrazó, soltando una estupidez de las suyas que la hizo enrojecer y a mí ampliar la sonrisa hasta sentir dolor en la mandíbula. Y las chicas... Joder, ellas se la comieron a besos, sobre todo mi hermana, que era incapaz de disimular lo feliz que la hacía verla allí. Y esa

felicidad solo era por mí, porque cuando sus ojos idénticos a los míos me miraron, supo que había vuelto a agarrarme a la vida con las dos manos.

—Menuda cara de gilipollas.

—La misma que normalmente exhibes tú.

—Ni de broma pongo yo esa geta.

—La pones aún peor, créeme. Porque a mí se me pone cara de idiota cuando la miro a ella, pero la tuya aparece tanto con Abril como con Rebeca, lo que es casi todo el tiempo. Háztelo mirar por un especialista, Samu, que tanta felicidad debe ser contraproducente para esa mala hostia que te gastas y lo mismo te sale sarpullido.

—Que te den, capullo.

—Espero que en un rato, no te pienses. Y no me oirás quejarme de cómo o cuánto me dé.

No nos mirábamos mientras el intercambio de pullas se sucedía, pendientes de lo que tenía lugar frente a nosotros.

—Qué falta te hacía echar un polvo, joder. Uno de los de verdad. De los que hacen que los ojos se te giren hasta poder ver tu propio culo.

—No solo hablo de sexo.

—¡Mis cojones que no! Si hasta te has puesto pinocho y mira que con el globo que llevas auestas ya es difícil.

Bajé la mirada a mi entrepierna y torcí los morros.

—Creo que ahí le has dado, estoy empalmado de narices.

Romper en carcajadas fue inevitable, algo sumo extraño tanto en él como en mí.

—Samu. —Lo miré—. Tú sabías que iba a venir, ¿verdad?

—Un wasap con un *S.O.S.* fue cuanto necesitó para tenerme a su disposición.

—Por eso esa sonrisilla de...

—Gilipollas, sí —apuntó sin titubear—. De un gilipollas que lleva disfrutando desde ayer lo que para ti significaría verla.

—¿Cómo que desde ayer?

—Lo que has oído. Ella me pidió que le diera la dirección y la hora aproximada en la que íbamos a estar aquí. Tenía pensado ir a tu casa esta mañana, pero lo descartó porque pensó que necesitabas distraerte.

—¡No jodas! ¡Yo habría querido mil veces que estuviera conmigo desde esta mañana!

—¿Crees que no lo sé, capullo? Intenté convencerla. Le aseguré que tú

preferirías la primera opción. ¿Y qué me dijo? —Ni me dio tiempo a preguntar —. Que ella no podía estar contigo de forma constante y que tú nos necesitabas a tu lado para no caer. Que nos necesitabas a nosotros más que a ella... Me pidió que siguiera cuidando de ti... ¿sabes lo que sentí al leer todas esas cosas? Rabia, maldita sea. Y también una enorme admiración. Mira, Darío, Silvia podrá ser muy joven, pero le echa pelotas al asunto, lo que la convierte en toda una mujer. Sé lo que os jugáis y por eso se empeña en que te mantengas a nuestro lado. Porque no le importa cuánto pueda perder, solo lo que puedas perder tú. Así que espero que tengas en cuenta que serías un auténtico imbécil si no lucharas por ella, porque ella es justo lo que necesitas.

Lo creí. Cada una de sus palabras, y más porque Samu no era de los que aceptaban a cualquiera, ni mucho menos le cogía cariño a alguien prácticamente desconocido.

El par de horas que pasamos en el *pub* estuve como envuelto en una bruma, saboreando cada segundo como no recordaba haberlo hecho anteriormente. Qué bien se sentía la felicidad, joder. Qué sensación más cojonuda ser parte activa de lo que ellos tenían y hasta el momento yo solo había podido imaginar. Qué bueno poder paladear ese sentimiento que durante años traté de esquivar.



Entramos en mi casa a trompicones; no me solté de su cuerpo ni para pulsar el interruptor de la luz. Con un puntapié desproporcionado, cerré la puerta de la calle sin dejar de besarla, y es que me la estaba bebiendo y aun así mi sed no se saciaba.

Caí en el sofá a plomo encima de ella, a sabiendas de que la aplastaba con mi peso sin hacer por evitarlo. El movimiento de mis manos era descontrolado y poco certero, pero la urgencia me aguijonaba desde las mismísimas entrañas.

Silvia respondió a mis caricias con igual desesperación y consiguió ponerme duro hasta un punto en extremo doloroso. Mecí las caderas con fuerza, frotándome contra su vientre a la caza de un poco de alivio, aunque la jodida cosa fue a peor y me obligué a decelerar el frenético ritmo que habíamos cogido. Yo aún iba medio pedo y no quería cagarla corriéndome antes de tiempo, que era lo que iba a pasar si no ponía la máquina al ralentí.

—Para un segundo. —Supuse que no me entendió, ya que lo que emití fue prácticamente ininteligible incluso para mí. Por lo visto, mi suprema excitación había cortocircuitado las conexiones entre mi corteza cerebral y mis cuerdas vocales, y claro, ella continuó agitándose con mucho entusiasmo debajo de mí—. Mierda, Silvia, que me voy a ir sin desabrocharme siquiera la bragueta —gimoteé dolorido, extasiado, sintiendo cómo la sangre bombeaba en mi entrepierna acercándome peligrosamente a mi punto de no retorno.

Se carcajeó junto a mi oído, abrazándome con fuerza, y dejó de frotarse contra mi sensibilizado miembro.

—Lo siento —murmuré tratando de estabilizar la entrada y salida de oxígeno en mis pulmones.

—No lo sientas, guapo, es una auténtica gozada verte así.

—Silvia, detente, por lo que más quieras —balbuceé cuando me desabotonó la bragueta del vaquero. Ni se molestó en escucharme—. No vayas por ahí, joder, que no voy a durar ni dos segundos —siseé al sentirme rodeado por sus dedos.

—Tenemos toda la noche. —Un primer movimiento ascendente, desquiciantemente lento, seguido de otro jodidamente brusco en retroceso, que se detuvo en la base de mi erección, acompañaron a esas palabras. Gruñí por toda respuesta—. Toda la noche, Darío.

Su mano comenzó a deslizarse arriba y abajo por mi carne, causando estragos al escaso autocontrol que aún era capaz de mantener, hasta alcanzar un ritmo endiablado.

Me rendí a la gloriosa sensación que crispaba cada músculo de mi cuerpo y coloqué mis dedos en torno a los suyos, instándola a que ejerciera más presión.

—Joder, sí. Así, así. —Apreté su mano e incrementé la velocidad, masturbándome y siendo masturbado simultáneamente. Una puta locura.

—Ahora mismo te ves increíble, Darío —declaró sin dejar de observar cada nuevo gesto en mi cara—. Me vuelve loca ser yo quien esté haciendo que esos increíbles ojos tuyos se vean nublados de placer. Te amo. No te imaginas cuánto.

Cuando esas dos palabras que tanto temor me daba pronunciar abandonaron sus labios como si no pesasen nada, me corrí con los dientes tan apretados que me crujió la mandíbula.

Esas dos palabras fueron directas al centro de mi pecho. Palabras mayores liberadas con la misma sencillez con la que siempre solía expresarse,

la misma con la que tantas veces me había repetido lo enamorada que estaba de mí.

Y fue justo en ese instante que mi cuerpo quedó vacío de tensiones, que la creí de veras. Pero yo fui incapaz de corresponderle. Porque decir «te quiero» no era difícil; total, había muchas personas en mi vida a las que quería, en cambio, amar solo se podía amar a una, y aunque esa era ella con toda seguridad, para escucharme admitirlo en voz alta aún no estaba preparado.



—Prefiero dejarte un poco más cerca.

—Y yo prefiero no tentar a la suerte. Aquí está bien, Darío, de verdad.

Llevábamos unos minutos aparcados al final de la zona residencial donde se ubicaba su casa, observando la avenida desierta a una hora tan temprana.

Apenas habíamos cerrado un ojo esa noche y el cansancio se reflejaba nítido en nuestros rostros, en los cercos oscuros que Silvia tenía bajo los párpados; algo menos pronunciados que los dos surcos violáceos que me devolvió el espejo del baño hacía tan solo un par de horas cuando entré a darme una ducha.

Repasé su perfil acodado en la ventanilla del coche, bajo la protección de los cristales opacados de mis gafas, y me pareció aún más bonita que la noche anterior, sin todo aquel potingue con el que se había embadurnado la cara. Esa era ella, la real, sin lápiz de labios rojo ni máscara de pestañas que disfrazasen su verdadera edad. Edad que, por cierto, empezaba a importarme una soberana mierda.

—¿Cuándo volveré a verte?

Giró el cuello hacia mí con una preciosa sonrisa asomando a sus labios y me regaló una caída de pestañas tan sexi que me acertó en toda la ingle.

—Tontito, tontito... ¿no has tenido suficiente con los dos orgasmos de esta noche y el de la ducha de hace tan solo un rato que, sin haberme ido aún, ya estás pidiéndome más? ¿Tan enganchadito te tengo?

Curvé la boca hacia un lado de forma lasciva; si no me tuviera enganchado, ni de coña le permitiría que me llamase tontito.

—¿Tú que crees? —respondí con otra pregunta, señalando con un movimiento de cabeza el bulto que empezaba a apreciarse bajo mis pantalones.

Su sonrisa se ensanchó, y ese era el aviso de que estaba a punto de

soltarme una lindeza de la tuyas.

—No sabía yo que un señor tan mayor como tú dispusiese de tanta energía.

—Se nota que es la primera vez que estás con un señor tan mayor como yo —resolví entrándole al trapo; empezaba a pillarle el punto y en el fondo me gustaba—. No es solo que disponga de energía para rato, sino que además también dispongo de la experiencia que otorga la edad. Dudo que ese detalle no lo hayas apreciado.

La conversación comenzaba a alterarnos a ambos. Yo lo percibía en el cambio de su respiración y ella en esa zona de mi cuerpo que no paraba de crecer; zona en la que sus ojos habían quedado fijos.

Me observó.

La observé.

Tragó saliva.

Mi nuez se desplazó arriba y abajo en un acto reflejo produciendo un sonido bajo, pero audible.

Se humedeció los labios...

Lancé las gafas de sol al asiento trasero y atraqué su boca, volcando en ese beso todo lo que me nacía de dentro, afanado en profundizarlo como si de esa manera fuese posible evitar la despedida.

Aunque ni yo pude evitarla ni ella posponerla más.

—Hasta pronto, Darío.

Dándome un último beso suave, salió del coche, cerró la puerta e inició el descenso a pie por la avenida.

—Ese «pronto» puede que no tenga el mismo significado para ti que para mí —alcé la voz para que me oyese, sacando la cabeza por la ventanilla—, así que intenta definirlo con la mayor exactitud que puedas.

Me miró por encima del hombro sin dejar de caminar.

—Antes incluso de que llegues a echarme de menos.

Y con su definición de «pronto» en mi poder, contemplé cómo su silueta empequeñecía hasta doblar el recodo del jardín anexo al chalé y perderla de vista.

—Te equivocas, Silvia, porque acabo de darme cuenta de que llevo toda la vida echándote de menos —hablé a la tapicería vacía donde unos segundos antes había estado sentada ella—. Y ni estando contigo parece que pueda dejar de hacerlo.

Arranqué el motor, metí primera y puse rumbo a la barriada.





—¿Por qué ha tenido que irse tan pronto?

—Porque pasa de jugársela. Si sus padres la descubrieran, a la mierda con todo, de modo que tengo que conformarme con las pocas horas que pueda sacar para estar conmigo.

—No se trata de que te conformes, Darío, sino de que te mentalices de que, por el momento, la situación no puede ser de otra manera. Intenta disfrutar al máximo del tiempo que paséis juntos: sin pensar en el después, en cuándo será la próxima vez, ni cuánto durará la separación.

—Tú no lo entiendes, Abril, por eso te parece tan fácil.

Mi hermana me taladró con la mirada.

—Si hay alguien en el planeta que pueda entenderte, esa soy yo. ¿O acaso has olvidado que pasé más de cinco años esperándolo sin saber si volvería? ¿Crees que fue fácil para mí que, después de tenernos de nuevo, se largase otra vez? En serio, Darío, soy la persona que más te comprende.

Había acudido a casa de mi hermana por no estar solo y así evitar lamirme las heridas, pero ella me conocía cojonudamente bien y, nada más ver mi cara de funeral, se había sentado frente a mí en la cocina.

—Perdona, tienes razón, ha sido injusto decirte eso.

Tomó mis manos entre las suyas por encima de la mesa y las apretó.

—Te ves horrible, ¿lo sabes? —Asentí con un amago de sonrisa—. ¿Has desayunado? —Esa vez negué—. Samu se está vistiendo para ir a comprarle churros a Rebeca, ¿te apetecen unas porras con un chocolate calentito?

—Eso ni se pregunta. —Le devolví el apretón.

Samuel entró en la cocina guardándose las llaves y el móvil en los bolsillos del pantalón y al verme allí sentado, sonrió.

—Qué pasa, tío —saludé sin mucho entusiasmo.

—Pasa que tienes la jodida suerte de conocerme. Levanta el culo, que vienes conmigo a por los churros de mi princesa. Y bórrate la agonía del careto, que el próximo martes es fiesta.

—Y a mí qué que sea fiesta —repliqué, encogiéndome de hombros.

Cabeceó un par de veces y luego curvó la espalda para besar la mejilla de Abril.

—Tu hermano cada día es más gilipollas, nena —enfaticó el insulto sin

ningún disimulo con la intención de que yo lo escuchase—. Inmensamente gilipollas.

Pasé de ponerme a discutir con él porque, además de que me encontraba físicamente agotado, sabía que un enfrentamiento verbal con Samu cuando estaba de buenas, como parecía estarlo esa mañana, era perder energías y tiempo.

El porqué estaba tan de buenas ni me importaba una mierda ni en ese momento hice por averiguarlo.



17

## Jugar con fuego

*Darío*

*Martes, 1 de mayo de 2018*

—Qué pasa, Samu.

—Ya era hora, joder. Te dije que estuvieras aquí a la una para echarle una mano a tu hermana.

—Tú tienes dos y no creo que para poner cuatro cubiertos te hagan falta las mías, porque dudo mucho que con «vente sobre la una, para que le echemos una mano a Abril» te refirieras a colocarnos el delantal y pringarnos en la cocina.

—¿Y por qué no iba a referirme a eso?

—Uno, porque ella no nos habría dejado; dos, porque si nos metemos los tres en tu cocina hay que sacar los muebles a la calle; y tres, porque eres un negado hasta para freír un huevo.

Samuel bufó ruidosamente por la nariz.

—Los huevos son lo que me estás tocando tú con tanta ironía. Anda, pasa, que ya he puesto yo la mesa.

Lo seguí hasta el salón y me detuve a observar la disposición de los cubiertos mientras él se adentraba en la cocina.

—¿Viene Agustín a comer?

Samu asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿De dónde te has sacado eso?

—En serio, tío, ¿no sabes contar?

Señalé los cubiertos como una obviedad y él miró hacia donde yo le indicaba para después mirarme de nuevo a mí con las cejas muy alzadas.

—¡Sorpresa, capullo!

Entonces oí el eco tenue de una risa contenida y, en dos zancadas, me planté bajo el dintel de la puerta apartando a Samu de en medio de un empujón. Él, para no variar, comenzó a echar pestes por la boca que ni me molesté en escuchar; toda mi atención fue absorbida por sus ojos brillantes.

—Silvia...

—Hola, guapo —susurró—. Te dije que no te daría tiempo a echarme de menos.

—¡Oh, claro! Tú has hecho siempre todo muy bien, Samuel Reyes.

Mi hermana, ajena al hilo invisible que tiraba con fuerza de nosotros, se afanaba en defenderme de todas las barbaridades que soltaba Samu sobre mí y mi reducido cerebro.

—Nena, ¿podrías al menos por una vez ponerte de mi lado? Te recuerdo que soy yo quien vive contigo, no este gilipollas.

—Tenemos visita, bestia sin domesticar, conque date un puntito en esa boca tan sucia que tienes.

—Anoche no parecía molestarte mucho esta bestia sin domesticar.

Samu se señaló a sí mismo y tuve que sonreír al ver que Silvia daba un respingo en la silla. Yo estaba más que acostumbrado a aquellos duelos verbales, pero dudaba mucho que en el mundo en el que ella vivía la gente se hablase así.

Mi hermana alzó, en actitud amenazante, la cuchara de madera con la que estaba removiendo el guiso y Silvia abrió mucho los ojos viéndose venir que iba a arrearle a Samuel con ella.

Me arrodillé entre sus piernas sin perder la sonrisa.

—No te asustes, siempre están igual y nunca ha llegado la sangre al río.

—Tu cuñado dobla en peso a tu hermana —musitó acojonadita de verdad—. Y le saca dos cabezas.

—Sí —afirmé, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Samu es un tipo grande, pero quédate tranquila, que contra Abril no tiene nada que hacer.

—¿Estás seguro?

Los contemplé y entendí sus dudas. Él se había inclinado sobre el pequeño cuerpo de mi hermana, exponiendo su superioridad física, y la miraba desde arriba con los ojos convertidos en dos ranuras de fuego, coronados por

un par de cejas que prácticamente se tocaban la una a la otra.

Posé las palmas de mis manos en sus rodillas y le di un ligero apretón.

—Observa y verás —dije pegándome a su cuello.

—No. Me. Das. Ningún. Miedo.

El dedo índice de mi hermana se hundió cinco veces en el esternón de él.

—Ya estamos con los jodidos toquecitos. —Samu chasqueó la lengua antes de dibujar una de esas sonrisas que tanto le gustaban a Abril—. ¿Tengo que recordarte lo mucho que me pone que hagas esto?

La ciñó por la cintura y, de un tirón seco, la apretó contra su pecho.

—Samuel Reyes, que no estamos solos —lo avisó con un siseo.

—Y... ¿desde cuándo me importa a mí delante de quién estemos?

—Samu, que duermes en el sofá...

—En el sofá ¡mis cojones!

Silvia contuvo el aliento y a mí me dio por reír.

Yo había vivido esa misma situación incontables veces y sabía de memoria lo que venía después. Imaginé que, a sus ojos, Samu daba en ese instante la apariencia de tío dominante, por lo que cuando rozó los labios de mi hermana de forma casi tímida, con cero grado en imposición, a mi pequeña bruja se le descolgó la mandíbula.

Al observarla con atención, atrapé el momento justo en el que ella captaba el verdadero significado de aquella muestra de cariño de la que tantas veces yo había sido testigo: la rendición mutua a través de un beso en el que exponían sin barreras el irrompible sentimiento que ambos compartían. Un beso profundo que hablaba de amor incondicional, de admiración y respeto. Un beso como símbolo de sublevación a todos los obstáculos que tuvieron que superar en su historia hasta llegar al punto donde ahora se encontraban.

Cuando Silvia apartó la vista para concederles algo de privacidad, se encontró con mi mirada anhelante. Me fue imposible ocultar que deseaba con toda mi alma que algún día nosotros también pudiésemos sepultar todas las dificultades que se avistaban en nuestro camino para que, al igual que hacían Samu y mi hermana, pudiésemos sellar con un beso el haberlo conseguido.

No sé si ella pensó lo mismo, pero me descubrí moviendo mis labios contra los suyos y tomé ese beso como el primer desafío de todos los que estaban por venir.

*Silvia*

*Domingo, 13 de mayo de 2018*

Me había supuesto una auténtica odisea convencer a mis padres de que me permitiesen pasar el día fuera y ni un solo remordimiento me hacía sentir mal por haberles mentido.

Darío me esperaba en el coche al final de la avenida, aparcado en un punto ubicado con precisión en un mapa trazado en nuestras cabezas.

—¿Qué les has dicho? —preguntó visiblemente preocupado nada más tomé asiento.

—Que voy a pasar el día con Dani en el *spa* porque necesito desconectar de los estudios y relajarme un poco.

Elevó una ceja con altanería que se traducía en un: «cómo se nota que a estos pijos de mierda les sobra el dinero para malgastarlo en tamaña gilipollez».

Sonreí ante la transparencia de su gesto, que no hizo por disimular.

—Algún día iremos a uno para que puedas comprobar por ti mismo sus beneficios.

Su sonrisa más prepotente hizo acto de presencia, esa que le curvaba los morros hacia un lado y que a mí me parecía tan sexi.

—Eso no te lo crees ni tú.

Se ajustó las gafas de sol sobre el puente de la nariz, giró la llave en el contacto y, encajando primera, emprendimos camino a la sierra.

—Un *spa* es sin duda uno de los mejores inventos para deshacerse de las tensiones —insistí.

—Y echar un polvo, también —apuntó sin vacilar—. Desde la Edad de Piedra. Así que cuando me veas tenso, no tienes más que ponerte encima, desnuda a ser posible; saldría gratis y te aseguro que me satisfaría mil veces más.

No tuve dudas de que estaba siendo sincero, y cómo me gustó que tuviese esa mente tan sucia en cuanto al mejor modo de relajarse, más cuando yo era el elemento clave en esa básica ecuación.

—Estás deseando que me ponga encima, confíésalo —dije para provocarlo.

—Después de dos semanas a pan y agua, tú me dirás.

Si Darío arrastraba el mismo apetito sexual que yo, en el interior del vehículo había dos bombas químicas a punto de detonar, lo que actuó como interruptor en mi necesidad de verlo hacer ¡boom!

—Y... ¿te has tocado mucho estas dos semanas pensando en mí? Porque yo sí lo he hecho.

El volantazo que nos escupió a la derecha me arrancó una carcajada.

—Joder, Silvia, casi consigues que estrelle el coche.

—Lo siento. —Aunque no era cierto, no lo sentía en absoluto.

Intencionadamente, posé la palma de la mano en su muslo y lo acaricié en su longitud.

—Mejor deja las manos quietas hasta que lleguemos, anda.

Volví a reírme, si bien mi mano continuó sobre su pierna lo que duró el trayecto, incitándolo a maldecir entre dientes cada pocos metros.

Estacionó bajo unos árboles a la derecha del camino por el que habíamos ascendido con la finalidad de dejar el coche a la sombra y que fuésemos dando un paseo hasta el restaurante, pero considerando que durante el recorrido había rebasado mi tope de aguante, ignoré sus inocentes intenciones y, nada más echó el freno de mano, me encaramé a él y reclamé su boca.

—¿Qué hostias haces? ¡Estamos a la vista de todo el mundo!

—Me importa cero —ronroneé superexcitada entre beso y beso.

—A ti puede que no te importe que nos vean, pero a mí, sí.

Realmente parecía que protagonizar una escena subida de tono a plena luz del día le preocupase. Suerte que a mí no.

—Que nos vean —remarqué, peleándome con los botones de su pantalón —. ¿Se puede saber qué problema tienes con los vaqueros de cremallera?

La curva de sus cejas prácticamente le llegó al nacimiento del pelo.

—Tienes que estar de coña, porque no pretenderás que follemos aquí, ¿verdad?

—Es justo lo que pretendo.

Rodeé su miembro con mis dedos y lo miré fijamente a los ojos para que se convenciera de que no existía la mínima duda por mi parte. Había llegado la hora de que hiciésemos ¡boom!

Aprecié al detalle cómo sus iris se oscurecían, cómo las pupilas iban comiéndole terreno al brillante azul, cómo su transparente mirada se tornaba nebulosa a razón de un fuerte deseo que tampoco se vio capaz de eludir.

Aparcando a un lado la discreción, alzó su bonito culo para coger la cartera del bolsillo trasero de su pantalón; prólogo que disparó mis ya descontroladas hormonas a unos niveles inimaginables e hizo que el cosquillo de la anticipación se apoderase de mí. Él, ajeno a los estragos que sus movimientos nada premeditados causaban a mi cuerpo, sacó de la cartera un

preservativo y rasgó el envoltorio con los dientes, arrancándome el primer gemido; nada comparado a cómo se desestabilizó mi respiración ante el familiar ritual que presenciaron mis ojos viendo cómo elevaba ligeramente las caderas para enfundárselo, con los músculos de los brazos ondeando y los labios entreabiertos, afanado en que el látex cubriese toda su longitud.

Excitante.

Tentador.

Explosivo.

Sin embargo, cuando de verdad me dominaron los temblores, fue en el instante que arrastró la tela de mi falda asimétrica hacía arriba observándome con la mirada encendida.

—Estamos jugando con fuego —musitó con la voz enronquecida, echándome las braguitas a un lado.

Sentí la presión de sus dedos en mis nalgas, instándome a tomar el mando. Y yo, ni corta ni perezosa, fui acogiéndolo con premeditada lentitud en mi interior.

—Un día de estos vas a matarme —siseó con la mandíbula encajada.

—Sería una bonita forma de morir.

Comencé a mecarme, guiada por sus manos cada vez más apremiantes, hasta que nuestros jadeos fueron todo cuanto pude escuchar.

## *Silvia*

*Jueves, 17 de mayo de 2018*

—Esto es un tostón.

Levanté la mirada del temario ante la undécima queja de Daniela, que se ganó otra ronda colectiva de ¡chsss! pidiéndole silencio.

—Concéntrate —susurré—, que tenemos los finales a la vuelta de la esquina.

Volví a centrar mi atención en los apuntes de biología.

Llevábamos más de tres horas en la biblioteca del instituto, casi había anochecido y yo también me sentía muy cansada, aunque era absurdo lamentarme cuando no me quedaba de otra que hincar los codos. Daniela, en cambio, solía desesperarse con frecuencia y se lo hacía saber al mundo a la mínima oportunidad, saltándose a la torera el impuesto silencio que era la



norma principal en dicho lugar.

Escuché su risilla de fondo tratando de desconcentrarme y, como pude, continué con la vista atada a los folios que tenía delante de mí sin desviar mi atención.

—Lo estás sujetando al revés —la oí murmurar—. Así no vas a engañar a nadie, te lo digo por experiencia.

Extrañada, guie mis ojos hacia ella, pero conforme mis pupilas se desviaron al extremo opuesto de la mesa que ocupábamos, en el que mi amiga clavaba sus ojos la mar de risueños, la respiración se me atascó.

Le vi girar el libro que sostenía, sin embargo, él no miraba las líneas escritas en su interior, sino a mí. Intensa y profundamente.

—Darío... —pronuncié sin ningún sonido.

Sin dirigirme una palabra, se levantó de la silla, ocupó la que había libre junto a la mía y siguió inspeccionándome de aquella manera.

—¿Qué haces aquí? —pregunté entre susurros.

—Eso cae de cajón —respondió en el mismo tono que yo había usado—: mirarte.

Dani dejó ir una carcajada que sonó estruendosa en medio del silencio. Sabía que nos observaba, lo que no era nada raro cuando a ella cualquier excusa le valía de distracción y, sin duda, esa inesperada visita de Darío la consideraba lo más interesante del día.

—Pero... Pero...

—Estudia, Silvia. Tú haz como que no estoy aquí.

—¡Eso es imposible! —exclamé demasiado alto ganándome un par de miradas censuradoras.

—A estudiar —sentenció con una sonrisa, trenzando sus dedos a los míos bajo la mesa.

Se los apreté con fuerza, deseando entrelazarlos alrededor de su cuello. Pero no podía hacerlo. Darío sabía que allí me encontraría muy limitada y aun con todo había venido; estaba ahí conmigo, regalándome su compañía una tarde cualquiera en un lugar frío que nada tenía que ver con él.

Su sola presencia transformó el espeso mutismo de la biblioteca en un sinfín de frases clamadas a través de sus ojos y sustituyó la sensación gélida de la estancia por un manto de calor. Del suyo. Del que me traspasaba con los dibujos que sus dedos trazaban en el dorso de mi mano. No buscaba conversación ni hacía el intento de alejarme de mi cometido para acaparar mi atención. Solo estaba ahí, compartiendo conmigo el mismo oxígeno,

haciéndome saber sin necesidad de palabras que deseaba estar cerca de mí de la forma que fuese.

—Te echo de menos. Incluso aquí, teniéndote tan cerca que, si alguien me escuchase, me tildaría de loco —susurró aproximándose a mi oído menos centímetros de los que me habría gustado—. Te echo de menos siempre. Las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Te echo de menos hasta en mis jodidos sueños, aun cuando tú eres la protagonista en todos ellos. —Suspiró dándome un último apretón en la mano—. Te echo de menos cada puto segundo de mi vida.

Y poniéndose en pie, se alejó con ese andar despreocupado que distaba mucho de quien en realidad era.

—Ha sido la mejor hora y media que recuerdo haber pasado en este asco de sitio.

Giré el cuello hacia Daniela, que seguía con la vista fija en las puertas por las que Darío acababa de marcharse. Entonces caí en la cuenta de que no la había oído quejarse en todo ese tiempo, como no queriendo interrumpirnos con su presencia. Pero ella había estado allí, frente a nosotros, sin romper la especie de burbuja que se había creado a nuestro alrededor.

—Ha sido precioso, Silvia.

—¿El qué?

—Observar cómo te miraba.

—¿Y cómo me estaba mirando?

Sonrió con picardía antes de contestar:

—Como si llevase días sin probar bocado y tú fueras el más apetitoso de los manjares. Te miraba como si tuviese delante lo más maravilloso del mundo. Te miraba con los ojos llenos amor. —Su semblante se ensombreció—. No permitas que nadie te impida continuar al lado de un hombre que te mira de ese modo. Lucha contra todos si es menester, pero no dejes que ninguno de los hipócritas que nos rodean te separe de Darío.

—No pienso permitirlo, Dani.

El sollozo que se agarraba a su pecho terminó por salir.

—Recuerda que yo decía lo mismo.

Tomé su mano por encima de la mesa y se la apreté.

—Con el tiempo dolerá menos —traté de consolarla.

—Te equivocas, amiga. El tiempo solo hace que los reproches hacia mí misma adquieran más dureza y que sea más consciente de mis debilidades. El avance de los días solo es un recordatorio constante de lo que mi cobardía dio

lugar a que perdiese, de lo que nunca volveré a recuperar.

Ahora que podía ponerme en su piel e imaginar sin disfraces su dolor, el corazón se me hizo añicos porque, por primera vez, sentí cómo el miedo se ceñía a mis entrañas con la simple idea de perder algún día a Darío.

## *Darío*

*Segundo fin de semana de junio de 2018*

Cuando abrí la puerta y la vi parada ahí... tan bonita, vestida con unos *shorts* vaqueros que se ajustaban a su torneado trasero y una camiseta rosa que le dejaba un hombro al descubierto, con esa sonrisa brillante que bañaba de luz su rostro y las máculas verdosas, que hacían únicos sus ojos, danzando sobre los iris castaños...

Cuando abrí la puerta y la vi parada ahí... se me fue la puta cabeza.

Le rodeé la muñeca izquierda y, de un brusco tirón, estuvo en el interior de mi casa. Cerré con un portazo y la pegué a la hoja de madera, apretándome a ella con una sola fijación en mente: saciarme de su adictiva boca. Pero es que estaba tremendamente falto y esa parte irracional, que toda persona intenta sujetar, rompió las cadenas. Me sentía la hostia de excitado, más teniendo en cuenta que hacía tres jodidas semanas que no la veía; más si le sumábamos que en aquella biblioteca apenas si pude tocarla y mucho menos robarle un beso. Porque era cierto que la echaba de menos; mi corazón y mi cuerpo lo hacían, y por eso la hice mía contra la puerta a medio desvestir. Con fuerza. Con rapidez. Con rudeza. Sujetándole una pierna en torno a mis caderas, con la nariz hundida en su cuello. Jadeando sin control. Empujando para llegar más al fondo. Temblando por la necesidad con la que se aferraba a mí. Por cómo clavaba los dedos en mi espalda, arqueando el cuerpo para acercarse más. Por el modo libre en que pronunciaba mi nombre. En ese momento solo éramos ella y yo, un hombre y una mujer sintiéndose de la única manera lógica que nuestros cuerpos entendían. Solo ella y yo, aislándonos de las carencias de esa historia que nos pertenecía. La nuestra. La suya y la mía. La del hombre que había terminado enamorándose hasta la médula de la niña. La de la niña que había encontrado en un hombre doce años mayor que ella el amor que le habían negado a lo largo de su corta vida.

Más tarde, en mi cama, le hice el amor. Y no digo de nuevo porque lo de

la puerta fue saciarme con egoísmo, querer que me exprimiese hasta la última gota de placer. Pero no en ese momento. En ese momento me mecía lentamente en su interior. Sin prisas. Sin esa desesperación que me había nublado el juicio. Sin tener en mente la meta de alcanzar un orgasmo cuanto antes y sí la de disfrutar cada una de las descargas que me acercaban a él.

—¿Cuándo tienes que volver? —la pregunta me salió entrecortada.

—El domingo —contestó con trabajo también.

—¿Y esta vez qué trola les has contado?

—Una a medias, ya que es cierto que tengo que estudiar, solo que lo haré en tu casa en lugar de en la de Daniela.

—Eso son cerca de dos días —dejé salir con emoción. Se apretó contra mis labios y yo incrementé el ritmo agarrado a sus caderas—. Joder, Silvia, cada polvo que echamos es mejor que el anterior —admití embistiendo enérgicamente.

—No pares ahora.

Y no solo no paré, sino que intensifiqué el movimiento de mi pelvis hasta que ambos temblamos de pies a cabeza por el intenso orgasmo que nos alcanzó a la vez.

Esos dos días fueron de los pocos perfectos al cien por cien que recordaba de mi vida, en los que me sentí pertenecer a algo real y todo lo que di fue correspondido.

También a raíz de esos dos días supe con una claridad meridiana que iba a echarla aún más de menos que antes.



—Explícate mejor que no te pillo.

Hacía escasamente una hora que la había dejado en su casa y la sensación de soledad fue peor que ninguna otra vez que recordara. Por eso llamé a Ángel y ahora nos encontrábamos sentados a una mesa en el bar de Paco, con sendos botellines en las manos, manteniendo una conversación que no tenía ni puta idea de cómo gestionar.

—Que el sábado próximo es su fiesta de fin de curso. En su instituto. Sobre las nueve.

—¿Y...?

Expulsé el aire por la nariz.

—Que quiero ir.

—¿En serio te apetece estar rodeado de tanto niño?

Se inclinó sobre la superficie de la mesa y me observó expectante.

—A mí esos niños me la traen floja, lo que quiero es verla.

—Te recuerdo que acabas de estar con ella, Darío.

—Sí, ya lo sé, como también que pasará algún tiempo hasta que podemos pasar otro fin de semana tan jodidamente perfecto como este. Imagínate cómo sería no poder ver a Marta, no poder tocarla cuando quisieras, no poder besar sus labios ni apretarla contra ti.

—Joder, colega, vas a conseguir que me empalme. —Lo fulminé con la mirada—. Vale, vale, lo entiendo, esto no va de echar un polvo, sino de tu necesidad de tenerla al lado.

—Exacto.

Curvó la boca teatralmente.

—Venga ya y no me jodas con gilipolleces cuando tu relajado careto define a la perfección lo mucho que has estado apretando el culo este fin de semana. Sí, ya sabes, no me mires así. Empujón va, empujón viene. Nalgas contraídas, nalgas relajadas. Ñaca-ñaca a todas horas.

Me fue imposible no echarme a reír, pero al conectar de nuevo con su mirada, esa que tan bien conocía, quise saberlo.

—Dime cómo es después, Ángel. —Arrugó las cejas sin comprender—. El sexo. Dime cómo es al cabo de tantos años.

—En mi caso siempre es más. —Y a solas como nos encontrábamos, supe que esa sería una de las contadas ocasiones en las que él iba a hablar en serio—. Me sigo poniendo duro con solo verla en ropa interior y me enamoro de cada peca nueva que descubro en su bonito cuerpo. Yo me pillé de Marta casi sin darme cuenta, ya sabes, y no puedo decir con exactitud cuándo pasó.

—¿El qué?

Me miró con la sinceridad grabada a fuego en el celeste de sus ojos.

—Cuando tuve la seguridad de que era ella. Cuando descubrí que ya no había espacio para nadie más en mi vida. Cuando comprendí que jamás querría a ninguna otra como la quiero a ella.

—Y después de tanto, ¿sigues sintiendo lo mismo?

—Mucho más, tío, porque los pequeños detalles del día a día, sean buenos o malos, cuentan cuando amas a alguien de verdad. Todo va sumando y, lo que resta, intento darle la menor importancia. Así que el resultado siempre es más. Más todo con ella. Y por eso mismo vamos a planear cómo cojones

colarnos en esa puta fiesta, porque desde ahora solo voy a permitirte sumar.

—¿Te estás ofreciendo a acompañarme?!

—No tengo nada mejor que hacer —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué me dices de todo eso que sueles hacer con Marta?

Sonrió como el desalmado que era.

—Mi pecosa va a estar ahí cuando volvamos de ver a tu chica, esperándome, manteniendo las sábanas calentitas para mí. Además, ella me animará cuando sepa a lo que vamos. Porque todos estamos en esto contigo, a ver si te enteras de una jodida vez.

## *Silvia*

*Sábado, 16 de junio de 2018*

Vi la expresión de sorpresa de Daniela un segundo antes de sorprenderme yo misma cuando unos brazos me rodearon la cintura desde atrás.

Alarmada, me giré al tiempo que trataba de desasirme de aquel abrazo robado y mi labio inferior se descolgó al verlo allí parado delante de mí con unos vaqueros negros y una sencilla camiseta blanca de manga corta que acentuaba el tono bronceado de su piel y el extraordinario azul de sus ojos.

—¡Darío!

Me colgué de su cuello sin pensar en nada más que en sentir su cuerpo cálido contra el mío.

—Dios, Silvia, esta noche estás imponente. —Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja al hablar, provocándome una miriada de escalofríos.

—No dejes de abrazarme —susurré contra la piel caliente de su cuello, que se erizó al contacto de mi aliento.

Sus brazos me rodearon con más fuerza hasta sentir en mi propio pecho el contundente latido de su corazón.

Cuando fuimos capaces de despegarnos, me percaté de que Ángel también estaba allí, sonriéndome con cierta picardía.

—Ahora entiendo que el capullo esté todo el santo día con el mástil alzado. —Deslizó lentamente su mirada por mi cuerpo sin dejar de sonreír—. ¡Estás tela de buena, joder! —exclamó a voz en grito, ganándose un golpe en el estómago cortesía de Darío.

—¿Qué te pensabas, rubito, que solo hay chicas guapas donde vosotros

vivís?

Ángel desvió sus ojos y los clavó en Daniela.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Y tú quién eres, *rubita*? —le preguntó haciendo especial hincapié en la última palabra.

—Dani, de Daniela.

Ella le tendió la mano para que se la estrechase, pero este la ignoró.

—Ángel, de los *Caídos* —soltó él, plantándole a continuación dos buenos besos en las mejillas—. Ya sabes, uno de esos alados oscuros que están que te mueres y al tiempo son inaccesibles, sobre todo, para rubitas como tú. Antaño la mano derecha de Dios, por si te lo preguntabas.

Contuve la risa al ver a mi amiga tan desubicada con aquella salida suya tan parecida a la que tuvo cuando yo lo conocí.

—Qué gracioso el rubiales —ironizó ella. Y es que él tampoco la conocía en absoluto—. Tan alto, tan fuerte, tan guapo, tan rubio... y al tiempo sin una pizca de cerebro. De los *Caídos*, dice. Más quisieras. Dirás de los que se caen de morros cada vez que tropiezan con su enorme ego.

—Lo que tengo enorme no es precisamente el ego —respondió él subiendo y bajando las cejas veloz y reiteradamente.

Decidí intervenir por el bien de la que, para mí, era como una hermana.

—Dani, si pretendes caerle mal ya te digo yo que no vas a conseguirlo.

—Hazle caso a tu amiga. —Ángel le echó un brazo por el hombro como si se conociesen de toda la vida—. A mí las tías bordes me ponen mucho. No me preguntes por qué ya que no lo sé, pero es cierto.

—Claro, por eso te pillaste de Marta, por lo mucho que te ponen las bordes.

—Marta es un caso excepcional, Darío.

—¿Quién es Marta? —indagó Daniela, mirando con horror aquella manaza que le colgaba del hombro.

—Mi novia —aclaró él.

—Y entonces ¿qué se supone que haces enganchado a mí como una garrapata?

Con un movimiento brusco se zafó de él.

—¿Te estabas haciendo ilusiones conmigo, *rubita*?

—¡¿Con alguien como tú?! ¡Ja! Pon a dieta tu ego, rubiales, que tiene sobrepeso.

—¿Qué tiene de malo alguien como yo?

—Pues que eres... Que eres... Mírate.

Ángel esbozó una sonrisa de auténtica victoria.

—Venga, rubia, no te cortes y escúpelo. Di que estoy tremendo, que no sabrías qué hacer con un tipo como yo. Que soy lo único interesante, además de este capullo —golpeó a Darío en el hombro—, de toda la jodida fiesta.

—En esto último te doy la razón, porque hasta que habéis aparecido la fiesta parecía un velatorio —concedió Daniela con una mueca de fastidio que dilató aún más la ya extensa sonrisa de él.

—Qué bien estás empezando a caerme, rubia de bote.

—De bote y una mierda —espetó ella de lo más ofendida haciéndoles estallar en estruendosas carcajadas.

Pasaron unos segundos hasta que ambos recuperaron la compostura; segundos en los que yo me empapé de la fascinante desinhibición a la que tan pocas veces se abandonaba Darío.

—Me alegro de conocerte, Daniela —proclamó Ángel con aquella sinceridad genuina que tan bien lo definía.

Se me antojó ver que un espectro de sonrisa asomaba la cabeza en los labios de mi amiga.

—Yo también me alegro de conocerte, Ángel Caído.

—¡Qué bueno que al final hayas reconocido mi estatus celestial, joder! —exageró él.

—No me queda de otra, ya que por tener el pelo rubio no voy a llamarte querubín; con lo desarrolladito que estás, no te pega.

Dejé de seguir el hilo a aquella loca conversación que tanto parecía divertirles y, apoyándome en el pecho de Darío, comencé a mecarme entonando en mi mente una bonita balada que atrapara ese momento.

Conforme la noche avanzaba, las personas que nos rodeaban fueron abandonando la pista de baile, sin embargo, nosotros continuamos apretados el uno al otro como si el espacio se limitase a la escasa superficie que ocupaban nuestros pies.

—¡¿Silvia?! —Giré el cuello al escuchar la voz de Jaime y me encontré un asombro crudo plasmado en su rostro, lo que me provocó un escalofrío. Porque él no me miraba a mí, sino que tenía toda su atención puesta en mi acompañante—. Pero... Pero... ¡¿Este tío no es el instalador?!

—El mismo que viste y calza —contestó Darío por mí.

Advertí que Ángel había dejado de hablar con Dani y nos observaba.



—¿Y se puede saber qué haces tú aquí?

Jaime, ajeno a que estaba siendo estudiado con lupa y aprovechando la protección que le ofrecía el entorno, se envalentonó con la intención de amedrentarle.

—Pues ya ves, asegurándome de que el aire acondicionado funcione bien para que no os suden mucho los sobacos —contestó con una serenidad pasmosa—. Y mi amigo, por si te lo preguntas... —dijo señalando a Ángel que acababa de posicionarse a su lado—, es el que ha traído los melocotones para el ponche que te estás bebiendo.

—Sí, tío, yo trabajo en una cooperativa. —Adoptando un falso papel de chico afable cuando en su cara ya no había rastro alguno de la cordialidad de siempre, rodeó los hombros de Jaime—. Sabes qué es una cooperativa, ¿no? Una nave enorme con máquinas capaces de licuarlo todo, incluido el cuerpo de un enclenque...

—Ángel —trató de frenarlo Darío.

—... hasta ser irreconocible, ¿lo captas?

Jaime dio media vuelta y se alejó con rapidez.

—¿Por qué le has dicho eso?! —le pregunté enfadada—. Jaime no te ha hecho nada malo para que lo intimides de ese modo.

Cuando sus ojos celestes se clavaron en los míos, no hallé en ellos esa simpatía de la que normalmente hacía gala.

—Tampoco creo que Darío le haya hecho nada malo a él para que lo estuviese mirando como si fuera la más asquerosa de las mierdas.

—Es cierto, Silvia —intercedió Daniela en su favor—. Tú no has visto con la repugnancia que lo observaba mientras se acercaba a vosotros, como si el que estuviera abrazándote fuese un sacrilegio.

—¿Y por qué iba a mirarle con repugnancia? ¿No serán imaginaciones vuestras?

—Porque para él solo soy un matado que instala máquinas de aire, que no te llega a la suela de los zapatos y, por consiguiente, no tendría que haber puesto los ojos en ti —apuntó Darío con humildad, aceptando, como si de algo lógico se tratase, que le dieran tan poco valor a su persona.

Me abracé a su cintura sintiendo por primera vez el peso de la injusta división social en la que se nos encasillaba según la economía y la notoriedad de nuestros apellidos.

—Tú significas mucho más que todo eso —declaré con los labios apretados a su cuello—. Tu vida es real, Darío. Tú eres alguien que merece

muchísimo la pena.

Nos despedimos a las puertas del instituto, bien avanzada la madrugada, y tomamos direcciones distintas.

Ellos se perdieron hacia el sur a paso tranquilo, camino de su humilde barriada; nosotras hacia el norte en un coche de alta gama, provisto de chofer personal que tenía órdenes estrictas de dejarnos en nuestras respectivas casas.

Ellos rumbo a sus modestos hogares donde les esperaba el calor de la familia y una reducida cama; nosotras a chalés de precios prohibitivos dotados de muebles caros y fríos que nunca nos abrazaban.

Y fue ahí, mientras avanzábamos por las oscuras avenidas, que recapacité sobre lo injusta que era la vida en cuanto a lo mucho que unos poseían en comparación a lo poco que otros disfrutaban. Y no me refiero al dinero, a las posesiones materiales o al poder de un apellido, sino a tener gente a tu alrededor que te hiciese sentir querida. Porque de eso... De eso nosotras no teníamos absolutamente nada.



18

## Ventana al pasado

*Darío*

Llevaba un buen rato sentado en la playa, absorto en los distintos puntos de luz que centelleaban en el firmamento. Tenía el estómago revuelto por las imágenes que retornaban a mi mente y el corazón encogido por la viveza con las que se proyectaban, pero aun queriendo largarme de allí, no lograba hacerlo, como si la fina arena donde tenía hundidos los pies fuese duro cemento rodeándome los tobillos y me impidiese moverlos.

Fijé la vista en el cielo, donde el brillo de una estrella la hacía destacar de entre todas las demás, y me sentí ridículamente pequeño, casi invisible, alguien sin importancia al abrigo de aquella bóveda nocturna que no dejaba de mostrar sus constelaciones noche tras noche independientemente de lo que sucediera en un insignificante planeta como era este. Un mundo en el que todos los días ocurrían cosas horribles sin conseguir que el sol dejase de salir ni que al ponerse gobernaran las estrellas. Un mundo en el que las atrocidades se sucedían en cadena, anclándote al momento y sin opciones de avanzar. Claro que todo dependía de la persona, de permitir que un suceso te atara a un instante concreto o luchar por romper esa cadena para continuar tu camino por la vida. Sí, todo era cuestión de las capacidades de superación de cada cual, de tener fuerzas o no tenerlas, de armarse o no de valor para seguir adelante. Y yo creía haberlo logrado...

Creía haber dejado atrás el dolor y la angustia... Hasta que llegué a esa playa y contemplé cómo las hogueras dominaban el lugar. Y esas mismas hogueras me arrojaron por la ventana que conectaba directamente con la peor

y más cruda vivencia de mi pasado, la única que dejó cicatrices imborrables, aunque estas no se apreciaran en la carne.

—Hola, tontito mío, ya estoy aquí. —Silvia se arrodilló entre mis piernas y se abrazó a mi frío cuerpo—. Estás temblando, Darío. ¿Cuánto tiempo llevas esperándome?

—Solo un rato.

—Pues estás helado —apuntó, frotándome enérgicamente los brazos—. Venga, vámonos tras aquellas dunas y hagamos que entres en calor.

Me ayudó a ponerme en pie y recorrimos la orilla de la playa hasta que los puntitos de luz dejaron de ser visibles.

Al tumbarnos en la arena, Silvia se apretó a mí.

—Darío, sospecho que algo te ocurre y quiero que sepas que puedes contármelo si eso te va a hacer sentir mejor.

—No te preocupes, no es importante —mentí.

—Cualquier cosa que tenga que ver contigo es importante para mí, aunque sea una insignificancia.

Pero no lo era ni de lejos.

Tomé una honda bocanada de aire antes de abrirme a ella. De abrirla mi corazón y que pudiese ver sin disfraces las cicatrices que lo cubrían.

—Hace un tiempo te dije que hubo alguien muy importante en mi vida, ¿lo recuerdas?

—Sí, y que de un segundo para el otro todo se acabó entre vosotros.

—Buena memoria —resalté—. Pues bien, eso fue hace muchos años, casi ocho para ser exactos, y sé que te estarás preguntando cómo después de tanto aún no lo he superado... Mi vida nunca fue sencilla, ¿sabes?, pero por fin había encontrado a alguien que hacía que mereciese la pena. Se llamaba Rebeca.

—¿Como tu sobrina?!

—Sí, Abril le puso su nombre porque ella era la hermana de Samu y Aarón, además de una de sus mejores amigas.

—¿Cómo que «era»? Querrás decir «es».

Se incorporó con la incomprensión pintada en la cara.

—No, Silvia, he querido decir justo eso. —Inspiré—. Ella murió el quince de agosto de 2010.

La sentí dar un respingo e incluso oí que tragaba con dificultad, y la verdad era que no entendía por qué parecía tan afectada. Vale que una muerte siempre es una muerte, pero ella no conocía los detalles de cómo había sido la

de Rebeca y su respuesta me chocó.

—¿El quince de agosto de 2010 dices?

—Sí, mientras celebrábamos la fiesta de la patrona de la barriada.

Cerró con fuerza los párpados y un escalofrío la recorrió.

Instintivamente la abracé con fuerza.

—Qué ironía —susurró con pesar y yo menos la entendí—. ¿Ella estaba enferma?

Cuando abrió los ojos y me miró, vi que un profundo dolor se reflejaba en ellos.

—Para nada, Rebeca estaba llena de vida.

—¿Entonces?

—Entonces, un desgraciado, aprovechando que ni Samu ni Ángel ni yo estábamos presentes, trató de besarla a la fuerza y, cuando ella le mordió para sacárselo de encima, la envió de un empujón al centro de una de las hogueras que aquella noche ocupaban el claro de la finca donde solíamos reunirnos.

—¡Dios Santo!

—Dios no existe, pequeña; de lo contrario, no habría permitido que ocurriese aquello... que ella muriese de esa manera. Se abrasó delante de mis ojos, delante de la mirada impotente de Samuel que la quería más que a su propia vida, y ninguno de los dos pudimos hacer nada.

—¿Y Aarón?

—Físicamente se encontraba allí, aunque tampoco hubiese podido hacer mucho. Por aquel entonces él no tenía control sobre sus actos, apenas si sentía y aún menos pensaba.

—¿Qué quieres decir con eso? No creo posible que a un hermano le sea indiferente algo así.

—No es que no le importase, es que Aarón estaba enganchado y la droga era su dueña, la que marcaba sus pasos y dictaba sus acciones. Él estaba enfermo, pero a raíz de esa noche, luchó por dejar atrás sus adicciones hasta que lo consiguió. —Me mantuve en silencio unos pocos segundos—. Aquello nos marcó a todos de alguna forma y fueron esas mismas marcas quienes volvieron a vincularnos años después. Porque Rebeca era el nexo de unión entre nosotros y eso no podíamos ignorarlo el resto de nuestras vidas. Sé que lo que sucedió no me afectó negativamente solo a mí, en cambio, ellos pudieron aferrarse a algo real que no fuesen los recuerdos.

—¿Y tú?

La miré con intensidad, acojonado con la idea de quedar desnudo por

entero.

—Yo a lo único que he querido aferrarme de verdad en todo este tiempo ha sido a ti, aunque eso no impida que a veces mi mente haga una regresión al pasado sin mi permiso. Porque fue muy injusto, Silvia. Fue una auténtica putada que su vida terminase de aquella manera y que las nuestras se rompieran en el momento en que ella fue abrazada por las llamas.

Las lágrimas que rodaban por sus mejillas brillaban como diamantes bajo la luz de la luna. Ella no tendría por qué sentir tal dolor por algo que nada tenía que ver con su vida, sin embargo, lo sentía. Por mí. Por lo que había sufrido y aún sufría. Y solo por eso la quise un poco más.

La besé en los labios, llevándome en los míos la sal concentrada en sus lágrimas, y un pellizco retorció esa pequeña parte de mi corazón que volvía a latir con fuerza.

—Que me sienta como una mierda ahora mismo no significa que me arrepienta de estar contigo —quise aclararle, apartándome para poder mirarla—. Porque te quiero a mi lado, Silvia. Antes de ti no había nada cuando estaba con una mujer. Solo era sexo, que además traía consigo dolor y remordimientos. Un desahogo corporal sin emoción ni sentimiento alguno. Pero tú has cambiado eso y has conseguido que sienta de nuevo, que me ilusione y sea feliz. Tú estás reparando lo que está roto dentro de mí: mi mente, mi corazón y mi alma, y solo por eso... —Ahí iba, de cabeza como un kamikaze—. Solo por eso te... te... te necesito cada día más.

No fui capaz de pronunciar esas dos jodidas palabras y no porque no las sintiera, era miedo a que el destino las oyese y volviera a arrebatármelo todo si les daba voz y las hacía reales.

Sus manos empuñaron con desesperación mi camiseta y hundió la nariz en mi cuello, echándose nuevamente a llorar. No lo supe porque manifestase ningún sonido, sino por las leves vibraciones que agitaban su pequeño cuerpo.

Estrechándola con fuerza, la apreté más contra mi costado y besé su cabello. Mi historia la había entristecido visiblemente, pero cualquiera con un mínimo de empatía hacia el prójimo respondería de igual modo.

—¿Sabes qué, Darío? —Cuando habló, su voz sonó entrecortada y nasal—. No hace falta que lo digas en voz alta. Sé interpretar tu «te necesito»... He captado su esencia y me conformo con lo que me ofreces, aunque solo sea la cuarta parte de lo que te ofrezco yo... Aunque ni tan siquiera sea de igual manera.

Aquella declaración fue como un latigazo. ¿Tan ciego estaba mirándome

el ombligo y prestando tan desmedida atención a mis estúpidos temores que ni me había percatado de que ella necesitaba tanto oír esas dos jodidas palabras como necesitaba oírlas yo? La de hostias que me habría dado de no tener ocupadas las manos en algo mejor que mi puta cara.

—Tampoco entiendo... —continuó—, ahora que conozco la historia, cómo ellos son capaces de mirarme sin odiarme.

—¿Odiarte quiénes?

—Sus hermanos. —Dejó salir un sollozo que me conmovió hasta los huesos nada más la comprendí.

—Ellos jamás podrían odiarte, Silvia; tú menos que nadie eres culpable de lo que sucedió. Además, ni te imaginas la de veces que Samu me ha repetido que pase página, que intente rehacer mi vida. Y Aarón quiere lo mismo. Porque ninguno se quedó estancado en el pasado como me quedé yo. Y porque los hermanos Reyes son cojonudos, en todos los aspectos, y solo quieren verme bien. Yo estoy la hostia de bien estando contigo, así que ¿cómo coño iban a odiarte cuando tú me has devuelto al mundo real, cuando me has devuelto a ellos?

—Quizá... Quizá el destino ha querido que nuestros caminos se crucen por algo. Tal vez, no sé, sea su forma de compensarnos por lo que nos ocurrió.

—¿Nos?! —pregunté totalmente descolocado.

—Sí, «nos». Es demasiada casualidad como para ignorarla, y yo no creo en las casualidades.

—No te sigo.

Una de sus virtudes era la de dejarme noqueado y en aquel momento lo estaba, y mucho. Podía entender que lo que le había contado la afligiese, que el que Samu o Aarón la rechazaran le preocupase, o incluso que se hubiese entristecido al no escucharme decir esas dos palabras que me quemaban la tráquea, pero no que se incluyera como una de las partes perjudicadas en lo que sucedió aquella maldita noche.

—Solo tenía nueve años... —dijo de pronto— y, pese a mi corta edad, supe que a partir de ese día mi vida iría a peor; y ya era un verdadero asco por aquel entonces. Recuerdo lo nerviosa que estaba las horas previas, el miedo que sentía crecer en mi interior conforme el tiempo se agotaba, la incertidumbre de no saber qué pasaría después de que mi mayor pesadilla se hiciera real.

—¿De qué hablas? —inquirí definitivamente perdido.

Estaba dispuesto a escucharla, pero, joder, lo mínimo que pedía era un

poco de lógica y en su relato no tenía cojones de encontrarla por ningún lado.

—Hablo del día que mis padres pronunciaron sus votos matrimoniales. Del día que, para mi desgracia, se dieron el «sí, quiero». Hablo de ese mismo quince de agosto, Darío.

—¡No jodas! —Pues sí que era casualidad, una puta y retorcida casualidad porque...—. ¿Por qué...? ¿Por qué dices que a raíz de aquel día tu vida fue a peor?

No era agradable enterarse de que una jodida fecha implicara un punto de unión dañino entre dos personas y, por lo poco que entendía, eso era precisamente lo que supondría en nuestra relación.

—Recuerdo como si fuese ayer... —Silvia comenzó a hablar de nuevo— que aquel día el atardecer teñía de tonos dorados el cielo, concediéndole a los jardines la bella estampa de un cuento de hadas...

*Silvia contempló desde la ventana de su habitación aquella puesta en escena que había tenido lugar a lo largo del día, pero ni toda esa belleza de la que había sido testigo logró infundir un ápice de alegría a su corazón.*

*Faltaba menos de media hora para que diese comienzo la ceremonia y ella continuaba tumbada en braguitas en su cama con el pelo totalmente empapado, observando de reojo el bonito vestido en tono marfil con adornos en coral que le habían comprado. Era lo único que le hacía algo de ilusión: poder vestirse de nuevo como una princesa, aunque su cuerpo no fuese tan estilizado como el de una de estas.*

*La puerta de su dormitorio se abrió en aquel momento e Isabel entró por ella.*

*—¡¿Aún estás así?!*

*Silvia se la quedó mirando sin contestar y dos densas lágrimas le resbalaron por las sienes hasta camuflarse en la humedad de su cabello.*

*—Venga, mi niña, que hoy es un gran día —mintió Isabel para animarla—. Piensa en lo guapa que vas a estar.*

*Señaló el vestido que colgaba en la percha y el pecho de Silvia se agitó en un sollozo ahogado. Era cierto que aquel vestido era muy bonito, pero no quería ponérselo por lo que su significado implicaba. No recordaba haberse sentido tan triste como en aquel momento, ni odiar tanto un día como odiaba ese.*

*La boda de sus... ¡¿padres?! Esa palabra le quemaba en la garganta.*

*Inspiró profundamente, tragándose la pena que amenazaba con*



*desmoronarla, y se levantó para que su tata la transformase en princesa.*

*En cuanto el vestido se deslizó por su redondeado cuerpo, la máscara con la que en los últimos años se cubría el rostro apareció de la nada ocultando sus verdaderos sentimientos tras una sonrisa estirada y un gesto de indiferencia. Sí, había aprendido muy bien a fingir, y estaba segura de que, tras finalizar ese día, tendría que doblar sus esfuerzos delante de todos.*

*Sus ojos se encontraron con los de Isabel en el espejo. Su tata sí la conocía, a la mujer que la había criado no podía engañarla, así que, tras una mirada de entendimiento en la que se lo dijeron todo, dejó que la arreglara.*

*Isabel se esmeró más de la cuenta en peinarla, regalándole cada pocos segundos un halago para hacerla sentir mejor, pero en cuanto le colocó la tiara de florecillas secas sobre su inmaculada frente y ella se giró hacia la puerta, inspiró el sollozo que tenía atragantado mientras veía a su triste niña abandonar la habitación.*

*Silvia salió al jardín y buscó entre los invitados a Daniela y Nicolás hasta localizarlos. Presurosa, se dirigió al lugar donde los hermanos se encontraban y se colocó en medio de estos, estrechando con fuerza sus manos, sintiendo el cálido tacto de Dani y el firme apretón de Nico infundiéndole coraje.*



*Sería una sucia mentira por su parte no reconocer que la ceremonia estaba yendo de maravilla desde el primer minuto; no en vano, trataba por todos los medios de disfrutar junto a sus amigos, aunque ella sabía que, probablemente, los instantes de paz de los que ahora disponía rozaban su fin.*

*Y no se equivocó.*

*Había dispuesto de dos largos años para asimilar los verdaderos motivos que empujaron a su padre a arrastrarla a aquella ciudad en contra de su voluntad, pero no lo había conseguido, porque desde la noche que él le dio la noticia, su vida había ido a peor. Y todo por ella. Por esa mujer a que la ahora tendría que llamar mamá. La misma que la relegó a un segundo plano cuando apareció en la vida del señor Haro. La que siempre criticaba con dureza su aspecto, le imponía dietas que daban náuseas y le hablaba*

*con clarísimo desprecio. La mujer que poco a poco se había hecho dueña de todo.*

*Silvia nunca se había sentido muy querida por su padre, pero desde que ella entró en sus vidas, su relación empeoró de forma considerable. Ya no tenía excusa para no llamarla mamá aun sabiendo con certeza, pese a no tener la suerte de haberlo vivido en primera persona, que la figura de una madre se traducía en cariño incondicional, en besos con sabor a ternura y en palabras rebosantes de amor. Y aquel tratamiento coloquial que tendría que usar a partir de ya al dirigirse a ella para Silvia solo tenía un significado: vacío y soledad.*

*Esa misma noche, tras la celebración del enlace, cuando todos los invitados hubieron regresado a sus respectivos hogares y su padre se preparaba para dormir, su nueva madre la obsequió con el primero de los comentarios que más adelante la harían caer en la autodestrucción.*

*—De no haberse tratado de mi boda, habría hecho que te comprasen un vestido negro. ¡Cómo es posible que tu padre no se haya fijado en lo gordísima que te hacen los colores claros! Más gorda de lo que ya estás. Aunque eso va a cambiar a partir de mañana, porque no quiero morir avergonzada cada vez que nos acompañes a algún evento.*

*—Ya he recortado mi alimentación. Mi tata solo me prepara la dieta que le dijiste.*

*—Y también te ceba a dulces a escondidas ¿o crees que no lo sé? Voy a endurecerte el régimen; diré a mi nutricionista que suprima cualquier aporte calórico.*

*—Pero...*

*—No hay peros, Silvia, ¿o es que no te resulta repugnante mirarte en el espejo y ver toda esa grasa acumulada en tu pequeño cuerpo? Obedéceme y pronto serás la damita que debes ser. No es que con tu físico se pueda hacer mucho, aunque está claro que con algo menos de peso te verás mejor.*

*Ese último comentario fue el más hiriente, porque ella sí se miraba al espejo y sí se veía bonita. Un poco rellenita, eso era cierto, pero no del modo que su madrastra describía.*

*Aquella noche lloró hasta que el sol salió por el horizonte, si bien todo lo malo que imaginó que le sucedería, no fue nada comparado a la realidad que le dio la bienvenida desde el mismo instante en el que abrió los ojos bien entrada la mañana.*

El silencio nos envolvió; solo se escuchaba el romper de las olas en la orilla.

Ahora entendía ciertos aspectos de su comportamiento, ese que a mí me había parecido tan ridículo. También de sus reacciones ante la comida, e incluso de ese carácter bélico que había mostrado más de una vez en mi presencia. Y todo se reducía al mismo problema, o más bien a la misma jodida persona.

—Entonces, esa mujer no es tu verdadera madre —afirmé tras haber asimilado toda la información.

—No, Darío, ni se acerca a lo que esa palabra significa, y por eso te dije hace un tiempo que no sabías nada sobre mi vida, que mi infancia había sido difícil. —Suspiró—. Soy consciente de que lo que yo he tenido que pasar durante estos años no es comparable a lo que te ocurrió a ti, pero no ha sido fácil para mí.

—¡Pues claro que no, joder! ¡Qué coño va a serlo!

¡Cómo no iba a entenderla cuando mi infancia no había sido mucho mejor! Unos padres estaban en la obligación de proteger a sus hijos y los nuestros no habían sabido hacerlo; es que ni se acercaban. Porque yo había visto con mis propios ojos ese compromiso desinteresado y esa ofrenda de amor que no espera nada a cambio. Lo veía cada día en mi hermana y Samuel. Lo veía en la felicidad que escapaba de los ojos de mi sobrina cuando miraba a alguno de sus padres.

—¿Qué ocurrió a raíz de aquel día? ¿Cómo fue tenerla constantemente en tu vida?

Tendría que haberlo dejado estar para que al menos nos quedase de esa noche de San Juan algo bonito para el recuerdo, pero no pude. No era capaz de mirar hacia otro lado llegados a ese punto.

—Bueno, tú has tenido el gusto de conocerla, ¿no? Y a mi padre, también. Después de que se casaran ella tomó el mando de la casa, interpretando a la perfección su papel de dueña y señora, y claro, él se lo permitió. Y cumplió su promesa de convertirme en una dama, por supuesto que la cumplió. Tanto fue el desgaste psicológico al que me sometió, empecinada como estaba en reducir mi talla, que a los doce años comencé a provocarme vómitos con el fin de que todas las calorías que decía que me sobraban se fuesen por el desagüe.

—¿Que hacías qué?!

Incorporándome sobre un codo, la miré con la rabia pintada en la cara esperando que me estuviese vacilando.

—Lo que has oído, Darío. Cuando creía que me había excedido más de la cuenta, me encerraba en el baño e introducía los dedos en mi garganta hasta quedarme vacía. —Dejó escapar el aire entre los labios—. Llegué a tomarlo como un hábito, ¿sabes? Y aunque no lo hacía en todas las comidas del día, sí al menos en una de ellas, normalmente la más copiosa, la que más podía perjudicar mi línea. Y lo hacía a conciencia, porque una vez al día ingería sin ponerme límites sabiendo que luego lo echaría todo. Solo una vez. Día tras día. Semana tras semana. Mes tras mes. Así que el cambio se produjo casi sin darme cuenta. Adelgacé a pasos agigantados, ingiriendo poco y eliminando lo que no quería. Autodestruyéndome mientras ella presumía de los maravillosos resultados de su dieta baja en calorías cuando más de una de sus amistades aseguraba que mi drástico cambio se debía al desarrollo y no a mi nutrición. Todos se equivocaban, pero a mí me importaba un pimiento; no los corregía porque yo estaba contenta, porque cuando me miraba al espejo podía contarme las costillas y veía superatractivos los huesos que, puntiagudos, sobresalían de mis caderas. Después supe que no iban desencaminados, ya que a mi metabolismo sí que le influyó y el periodo no me bajó hasta poco antes de cumplir los dieciséis años. Conque entenderás que soy prácticamente una inexperta en cuanto al tema de la menstruación.

Su intento de hacer de aquella mierda una broma no resultó.

—No tiene ni puta gracia.

—No, no la tiene, ¿verdad? —susurró retirándome hacia atrás un mechón de pelo que me caía sobre la frente.

La observé durante largos minutos, hilando en mi cabeza cada fragmento de todas esas conversaciones que habíamos mantenido desde que nos conocimos, y la puta saliva se me agrió en la boca por temor a la respuesta que podría darme a lo que quería preguntarle:

—¿Sigues haciéndolo?

—No, no, no, hace tiempo que eso pasó a la historia. Me costó horrores razonar conmigo misma, pero al final lo conseguí.

—Entonces ¿por qué...? ¿Por qué cojones sigues pasándolo mal cuando tienes enfrente algo que te apetece? Porque tú... Joder, tú estás muy bien, Silvia.

—Ahora solo me cuido, Darío. —Paseó las yemas de sus dedos a lo largo de mi mandíbula—. Solo me cuido, de verdad —repitió al ver mi expresión desconfiada—. Aprendí a quererme lo suficiente como para detenerlo... y, desde que te conozco, aún he aprendido a quererme más. Tú has

hecho que me guste tal cual soy —musitó con un hálito de voz—. Tú has hecho que me sienta segura de mi cuerpo.

—¿Cómo? —quise saber.

—Con cada una de tus miradas. Con cada recorrido que tus manos hacen sobre él. Con cada apretón que das a mis carnes.

Sonrió y yo también lo hice.

—Es que estás jodidamente apetecible. —Secundé esa afirmación dándole uno de esos hambrientos apretones a su culo.

Una carcajada suave brotó de su garganta y me hice la promesa de curar todo su dolor, porque por escuchar de nuevo ese sonido y ver de forma continua el brillo que en ese momento destilaban sus ojos, me veía capaz incluso de vender mi alma.

Entonces lo supe, y aquello hizo que el cuerpo me diese una sacudida. Silvia se había convertido en la prioridad de mi vida, en la razón que me mantenía atado al mundo y daba sentido a mi existencia. Ella había rescatado mi alma moribunda, sellando cada grieta ocasionada por los golpes recibidos a lo largo de los años y su simple presencia había actuado desde el principio como un antídoto eficaz para un corazón que estaba totalmente envenenado. Joder si lo supe. Porque ese mismo corazón ahora me latía furioso contra las costillas. Pero no solo había recuperado por completo mi interior, sino que también había hecho regresar al hombre; al que sentía cada contacto como fuego; al que al enterrarse en el calor de una mujer deseaba hacerlo mirándola a los ojos; al que no se conformaba con arañar la superficie del desahogo físico y hundía las garras en el emocional, allí donde se confinaban los sentimientos para liberarlos de su reclusión.

Respiré en profundidad, más consciente que nunca de cómo estaba la situación, de cómo era volver a sentir todo ese aluvión de emociones.

Y tuve miedo.

Y ella pareció saberlo tan solo por mi mirada.

Y yo quise ocultarlo catapultándome en su boca.



Mi cuerpo no respondía.

Ni siquiera era capaz de mantener una mínima conexión con el mundo a través de las pequeñas aberturas en las que se habían convertido mis

párpados.

Cansancio.

Extenuación.

Una bajada precipitada y sin control de adrenalina.

Las estrellas se difuminaban frente a mí sin que pudiese hacer nada por detenerlas.

El mar en calma susurraba contra la orilla y me dormí escuchando la respiración de Silvia en mi cuello.

*—Vamos, vamos, date prisa, no hay tiempo, tenemos que irnos ya —  
musitó una voz jadeante con un claro tizne de miedo.*

*—No puedo irme así sin más. No puedo dejarlo aquí.*

*—Si no lo haces, es muy posible que dentro de un instante acabe todo y  
lo sabes. Sabes de sobra qué pasará si él os ve.*

*La voz jadeante se había aclarado un tanto, si bien seguía siendo un  
susurro indefinido.*

*—No puedo, Dani, no es justo que le haga eso.*

*Se escuchaba un murmullo de voces amortiguadas a lo lejos. Risas.  
Carcajadas graves que se alzaban quebrantando la paz.*

*—Ahora, Silvia. ¡Ya! ¡Corre!*

*Las voces amortiguadas se fueron alejando, dejando tan solo un eco  
distante de risas que se disiparon justo antes de que el silencio volviese a  
proclamarse protagonista.*

Cuando abrí los ojos estaba amaneciendo. La arena se sentía fría y húmeda bajo mi entumecido cuerpo y me incorporé a lo bestia con un brutal chirrido de huesos que me hizo soltar un taco. Dios, era como estar oxidado. Roté las articulaciones de los hombros un par de veces para deshacerme de la rigidez y me masajé el cuello.

—Silvia, despierta, que ya es de día. —Los dedos se me hundieron en la arena cuando fui a tocarla.

Me quedé durante unos segundos como un gilipollas observando el lugar vacío que había a mi izquierda antes de escudriñar la playa hasta donde me alcanzaba la vista, desechando la posibilidad de que me hubiese dejado allí tirado. Mis ojos recorrieron la extensión tres malditas veces, de punta a punta, sin hallarla por ningún lado.

«Puede que te haya escrito», pensé, sacándome el móvil del bolsillo

trasero de los pantalones con la esperanza de encontrarme al menos una notificación suya en la que me explicara por qué cojones se había largado sin decirme una palabra.

Lo único que parpadeaba en la pantalla era un aviso de que a mi teléfono le quedaba un siete por ciento de batería.

—De puta madre, esto mejora por momentos.

Con desgana, comencé a calzarme las deportivas con la vista fija en las aguas calmas y cristalinas, intentando convencerme de que tenía que haber un motivo de peso para que ella hubiese desaparecido así sin más. Y de pronto lo supe. A mi mente acudieron retazos de una conversación y me concentré en ellos hasta que toda esa mierda adquirió sentido. Las frases que se repetían en mi cabeza no formaban parte de un jodido sueño, sino que estaban ligadas a algo real, y ese algo, aunque yo no tenía idea de qué era, la había hecho alejarse de mí.

—No te arrepientas, joder. Sea lo que sea que te haya asustado, no te arrepientas y vuelve conmigo.

Pero mientras me alejaba, dejando mis huellas marcadas en la arena, tomé una decisión. Estaba cansado de limpiarme sin rechistar los escupitajos que me lanzaba la vida, hasta los huevos de aceptar toda la mierda que el destino parecía tenerme reservada. Pues ya no más, joder. Que se buscara a otro payaso de quien reírse.

Pulsé la tecla verde a sabiendas de que al otro lado de la línea se hallaba mi última dosis de coraje.

—¿Samu...? Sí, sí, ya sé que es muy temprano, pero esto es urgente.

Y se lo solté. Todo. Sin guardarme nada. Desde lo que había pasado esa noche, hasta lo que me proponía hacer.

—Bueno, ¿qué me dices? —lo apremié viendo que no hablaba.

—¿Qué quieres que te diga, Darío? —Resopló con fuerza—. Que vayas a por todas. Yo he sido quien más te ha machacado con que le echas huevos a la vida; aunque eso sí, ándate con mucho ojo y si me necesitas, para lo que sea, ni lo dudes.

—No tienes de qué preocuparte, tendré cuidado.

—¿Cómo coño no voy a preocuparme cuando estamos hablando ti?!

Aquello me caló muy hondo puesto que sabía que él no soltaba cosas así por quedar bien.

—Gracias por estar siempre ahí, Samu.

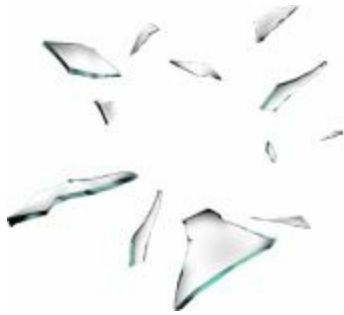
Mi teléfono se quedó sin batería, pero justo antes de apagarse me dio

tiempo a escuchar sus últimas palabras:

—No, Darío, no siempre estuve ahí.

Cierto. Aunque él era el único que aún no se había perdonado aquello.





## Al otro extremo del hilo

### *Darío*

Cerca de un mes sin saber nada de ella, sumando wasaps que habían sido leídos, pero no contestados.

Veintitrés noches contentándome con soñarla, descontando cada minuto de cada maldito día que permanecía en silencio.

Horas y más horas de indagaciones, de rastrear no sabía qué, dando palos de ciego, tras la huella de aquellas pocas palabras que se dijeron la noche del solsticio de verano; palabras que con certeza no había soñado.

Devanándome los sesos.

Desesperado ante la falta de datos.

Descolocado frente a la poca información que había reunido y que no me llevaba absolutamente a ningún lado.

Hasta que, por suerte, encontré el cabo de un hilo suelto del que tirar. Y tiré. Joder si tiré. Y ahora solo tenía que dar con el otro extremo de ese hilo ya que, si mi intuición no me engañaba, allí hallaría muchas de las respuestas que buscaba.

—Romera —entré en su oficina sin llamar a la puerta—, mañana me cojo el día libre.

Mi jefe me miró alzando una ceja a la espera de una explicación.

Estábamos en plena temporada y los equipos de aire se vendían como rosquillas, mi compañero David se encontraba de vacaciones y los tres instaladores que quedábamos no teníamos tiempo ni de mear, pero me negaba a demorar más aquel asunto aun sabiendo que estaba actuando de forma

egoísta.

—En serio, Romera, lo necesito. Solo te pido un día y tiene que ser mañana.

—¿Estás enfermo?

—No exactamente.

—¿Tienes enfermo a algún familiar?

—No, tampoco es eso.

—¿Alguna oferta de la competencia?

—No, joder, no —farfullé, aunque no tan bajo como para que no me oyese.

—Un día, Robles —accedió levantando un dedo—. Soluciona lo que sea que tengas que solucionar y el jueves te quiero aquí.

—Aquí estaré, descuide. Y... gracias.

—Anda, lárgate antes de que me arrepienta —concluyó volviendo a sus papeles.

Y eso hice. Me largué con la firme determinación de esclarecer mis dudas en veinticuatro horas.



Aparqué en un hueco estrecho en el costado izquierdo de la calle y eché un vistazo rápido a la hilera de casas que se alzaba a mi derecha, comprobando que aquel barrio no era mucho mejor que la Asunción. Salí del coche sin darme tiempo a recapacitar en lo que iba a hacer y crucé la calzada casi a la carrera con los ojos fijos en la vivienda que buscaba, me detuve frente a la puerta y golpeé dos veces con los nudillos.

—¿Fabián Márquez? —pregunté nada más abrieron.

—Sí, soy yo.

—¿Usted...? ¡¿Usted fue el jardinero de los Martorell?!

Me quedé con cara de idiota viéndolo asentir inseguro. Joder, yo le llevaba unos años a Silvia, pero ese tío podía tener perfectamente la edad de mi padre. Aunque ese no era mi problema, así que aparqué mis prejuicios y le entré a saco; el tiempo apremiaba.

—Sé que conoce a Daniela Martorell. —Él volvió a asentir, esa vez con el temor tatuado en la cara, lo que reafirmó mis sospechas—. Bien, pues necesito que me aclare un par de cosas con respecto a ella.

—No creo que pueda decirte mucho, amigo.

—Sí que puede —remarqué inflexible—. Algo pasó con Daniela y, fuera lo que fuese, usted lo desencadenó.

Fui directo a la yugular; a la mierda los paños templados.

—Yo... Yo... No sé de qué me habla.

—¡Claro que lo sabe! —Lo señalé con el dedo—. Estaba liado con ella, así que no se haga el loco conmigo.

El pobre hombre cambió varias veces el peso de un pie a otro y se limpió con las palmas de las manos el sudor que comenzaba a perlarle la frente. Ni qué decir tiene que no me pasó por alto lo nervioso que mi afirmación lo había puesto; su lenguaje corporal lo estaba traicionando, y a mí aquella respuesta nada estudiada en sus movimientos me olió la hostia de mal.

—Papá, creo que con quien quiere hablar es conmigo.

Desvié la mirada al interior de la casa donde un chico de no más de veinticuatro años había aparecido. Sus ojos oscuros me evaluaron recelosos, lo que era muy normal teniendo en cuenta que un extraño se hallaba plantado en su puerta haciendo preguntas sobre su vida íntima.

—Yo soy el Fabián Márquez al que buscas —aclaró en tono cortante, echándole huevos y plantándome cara.

Comprendí perfectamente su reticencia, para él yo solo era un tío sin nombre que había irrumpido en su casa exigiendo unas respuestas que ni me iban ni me venían. Sí, entendía que mi presencia le resultase de todo menos agradable y mucho menos bienvenida, de modo que intenté borrar la imagen hostil que probablemente le había dado.

—Me llamo Darío. —Decidí empezar por las presentaciones; considerando que yo sabía su nombre, era lo justo—. No he venido a causarte problemas, solo a obtener algunas respuestas que necesito. —Su expresión cautelosa no varió—. Mira, tío, sé que te habrá descolocado que me presente en tu casa de este modo y haciéndote este tipo de preguntas, pero no soy tu enemigo. —Inspiré con fuerza—. ¿Conoces a Silvia Haro? —Él arrugó el entrecejo, asintiendo lentamente—. Bien, pues hasta hace poco menos de un mes creía mantener una relación con ella y, de un día para otro, se esfumó de mi vida. Por eso estoy aquí, porque la última vez que estuvimos juntos Silvia mantuvo una extraña conversación con Daniela que, con un poco de colaboración por tu parte, tal vez pueda llegar a entender.

Continué en silencio, estudiándome desde los dos metros de distancia que nos separaban, con su padre parapetado entre ambos a cada minuto más

sudoroso.

Debía ser más explícito para ganarme su confianza y que me diera las jodidas respuestas, porque lo que tenía clarísimo era que no iba a irme sin ellas.

—No voy a andarme por las ramas ya que, ni me sobra tiempo, ni quiero hacértelo perder a ti. —Y lo solté de carrerilla—. La noche de San Juan me dormí en la playa junto a Silvia y cuando desperté no había rastro de ella; sin embargo, recordé algunos fragmentos de una conversación que en un principio creí haber soñado. Pero no. Esa conversación existió y fue entre ella y su amiga. Daniela le dijo que tenían que irse a toda leche, que si no lo hacía, lo nuestro se acabaría ahí. También algo sobre lo que pasaría si él nos veía. —Resoplé como si me hubiese quitado un gran peso de encima—. Se largó sin decirme una puta mierda, en teoría para mantener lo nuestro, pero aún no ha dado señales de vida. Así que, como comprenderás, he tenido que indagar para saber el porqué. He interrogado de tal modo a los trabajadores de los Martorell que mi conducta casi se podría describir como acoso, y todas mis indagaciones me han traído hasta ti, Fabián. Tú nombre se repetía constantemente, unido al de Daniela. De la familia apenas soltaban prenda, imagino que por temor, pero tu nombre... Tu nombre no les suponía un problema, conque aquí estoy, abrazado a la esperanza de que puedas aclararme quién cojones es *él* y qué pasaría si nos viese.

Fabián avanzó hasta la puerta y le pasó un brazo por el hombro a su padre.

—Tranquilo, papá, no pasa nada, vuelve a lo tuyo.

El hombre se internó en la casa no muy convencido. Cuando hubo desaparecido de nuestra vista, Fabián me dio otro repaso de arriba abajo y chascó la lengua antes de decir:

—No, tú tampoco serías del agrado de ese cabrón.

¡¿De qué narices hablaba?!

—¿Cómo?

—Imagino que Dani supo que no ibas a gustarle nada; ella es una chica lista y sabe cómo se las gasta.

Su idioma lo comprendía perfectamente, era el mismo que yo hablaba, pero no encontraba sentido alguno a sus palabras.

—¿Podrías explicarte mejor, tío? Porque, qué quieres que te diga, no tengo el cuerpo para adivinanzas.

Fabián salió a la calle, entornó la puerta a nuestra espalda y se acomodó

en el bordillo de la acera, invitándome a hacer lo mismo.

—Todo se reduce al niño Martorell, a que se cree mejor que nadie y a lo que opina de gente como nosotros.

Me senté a su lado y lo miré.

—¿Qué problema tiene con gente como nosotros?

—Que para él somos como cucarachas, no estamos a su altura. Así que te aviso desde ya que no va a dejarte estar con Silvia. Si se entera de lo vuestro, te joderá hasta que desistas.

—Y una mierda.

Sonrió levemente. Una sonrisa amarga, apenas una triste mueca que le elevó las comisuras. Entonces lo supe, entendí qué era eso que transmitía su mirada y empecé a comprender. Sus ojos tenían impresos una pena similar a la que yo cargué durante tantos años.

—Joder —maldije—. ¿Qué coño fue lo que ese tío te hizo?

—Mejor pregunta qué no me hizo y termino antes. —Bufó ante mi mirada inquisitiva intuyendo que no pensaba darle tregua—. Conocí a Daniela hace dos veranos. Mi padre llevaba trabajando para esa familia más de diez años como jardinero y siempre había desempeñado bien su trabajo. A mi viejo le gustaba la libertad que le daban los jardines, que no era la misma ni de lejos que la que había dentro del *casoplón*. Pero entonces yo quise sacarme unas pelotas para no tener que depender tanto de él. —Negó con la cabeza mirando al suelo—. Todo se fue a la mierda...

*—Papá, venga ya, no te cuesta nada hablar con ellos y decirles que yo puedo sustituirlos a ti y a Antonio en las vacaciones.*

*—Olvídalo, Fabi, las funciones de Antonio y las mías requieren de experiencia y tú no la tienes.*

*—¡Solo son dos meses, joder! No creo que en ese tiempo se sequen las plantas ni tampoco que vaya a estrellarles el coche. Además, díles que pueden pagarme lo que ellos vean conveniente. Tengo carnet y no va a ser un problema llevarlos donde me pidan, y tu curro me lo conozco de sobra como para distinguir dónde están las raíces y dónde los tallos. Sé perfectamente lo que haces en esa casa, y para mantener recortado el césped y la piscina sin bichos tampoco tengo que sacarme un máster.*

*—Ni hablar, hijo, esa familia es muy tradicional. Solo me faltaba que se enterasen de...*

*—No tienen por qué enterarse. Nadie va a ir gritándolo a los cuatro*

vientos y menos yo. Además, son solo dos meses, ¿tanto te cuesta confiar en mí?

Fabián se lo pensó durante unos minutos, cabeceando por la infinidad de dudas que lo asaltaban. Su hijo tenía unos hábitos poco comunes que los Martorell, de llegar a descubrir, ni verían con buenos ojos ni entenderían, pero quitando ese defecto, por llamarlo de algún modo, reconocía que era un buen chico.

—Veré qué puedo hacer, pero no te hagas ilusiones.

—Gracias, papá. Gracias de verdad, no te decepcionaré.

El hombre lo miró con la desconfianza aún pintada en la cara y decidió dejarle algunas cuestiones claras antes de hablar por él con su estricto jefe.

—No pienses ni por un segundo que van a remunerarte como a nosotros. Y procura, si aceptan, no llegar tarde ni un día, aunque te pegues una fiesta de esas de las tuyas —soltó con cierto desagrado—. Y nada de tocarte los huevos en horario de trabajo, o de contestar al señor Martorell o a algún miembro de su familia con alguna parida de las tuyas. Te digan lo que te digan, te lo tragas y lo digieres.

—Me lo trago, me lo trago.

Fabián le echó una dura mirada a su hijo cuando una imagen que quería olvidar se abrió paso en su cabeza.

—Tienes veintidós años y ya eres un hombre, así que espero que te comportes como tal.

—Lo haré, te juró que sabré comportarme. Nada de desfases los fines de semana ni de hacer el vago, lo que haga en mi vida privada, me lo guardo y, sobre todo, nada de abrir la boca para otra cosa que no sea decir «sí, señor» o «como usted mande». —Pero al ver aún cierta reticencia en su padre, agregó—: Lo he pillado, de verdad. Tú mismo dijiste que necesitaban a alguien de confianza que os supliera. Yo soy tu hijo, y aunque ellos no me conocen, te conocen a ti. ¿Acaso eso no les dará la confianza que buscan? Os dejaré en buen lugar a ti y a Antonio, puedes estar tranquilo.

Aunque la tranquilidad estaba muy lejos de lo que sentía, a la mañana siguiente Fabián habló con el señor Martorell, que se mostró conforme con que fuese su hijo quien los sustituyese en esos dos meses.

Fabi comenzó a primeros de julio supliendo a su padre en vacaciones como jardinero en el chalé y, durante el mes de agosto, ejercería de chofer para la familia realizando la fácil labor del viejo Antonio.

Aquello estaba tirado, nada podía salirle mal...

Tras esa breve introducción de cómo fue que comenzó a trabajar para los Martorell, Fabián me relató cómo conoció a Daniela en su primera mañana de curro mientras estaba podando el jardín, todo lo que compartieron en los meses sucesivos a ese día, que no fue poco, y, por último, me reveló, a modo de aviso, el infalible método que usó Nicolás con él para poner punto y final a su relación; método que me asqueó y me heló la sangre a partes iguales. También me respondió a todas las preguntas que le hice sobre esos *hábitos poco comunes* a los que se refería su padre, y mentiría si dijese que en un principio no me quedé petrificado mientras digería la información. Pero es que, la hostia puta, quién lo iba a imaginar. Aunque yo no iba a juzgarlo por ello; lo que cada cual hiciese con su vida era su problema, así que me centré en lo que realmente me incumbía a mí.

—Vale, tío, que el niño Martorell es un capullo me ha quedado claro, lo que aún no logro comprender es qué coño pinta él en mi historia con Silvia. A ver, no me malinterpretes, lo que ese imbécil te hizo es para colgarlo de las pelotas, pero Dani es su hermana y Silvia no es nada suyo, ahí está la diferencia. Por eso no entiendo que ella haga suyos los miedos de su amiga y no quiera saber nada de mí. No tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido, Darío; por lo que estoy entendiendo, tú no sabes ni la mitad de lo que tendrías que saber.

—Y ¿qué se supone que tengo que saber? —medio ladré sintiéndome perdido.

¿Qué coño podía saber él de Silvia que no supiese yo?

Me lo dejó claro con la siguiente frase.

—Él era su novio o algo así.

Nuestras miradas colisionaron; en la suya adiviné un alto grado de conmiseración; la mía, probablemente, se leía tan fría como me había quedado yo.

—Aclárame eso —lo apremié.

—Solo sé que él ha sido su sombra desde que eran críos, una constante en su vida. Y... Joder, tío...

—Continúa.

—Bueno... Cuando ella cumplió quince años pues...

—¿Qué? —Apreté la mandíbula y Fabián maldijo por lo bajo—. Suéltalo.

A esas alturas me hacía una ligera idea de lo que iba a revelarme, pero por mucho que aquel conocimiento me jodiese, porque me iba a joder, no iba a

desviarme de mi objetivo de saber qué mierda había pasado como para asustar a Silvia hasta el punto de no dar señales de vida después de todo lo que nos habíamos confesado aquella noche en la playa. La conocía lo suficiente como para asegurar que no era de las que tiraban la toalla, y por mis huevos que no iba a parar hasta averiguar por qué conmigo sí parecía haberla tirado.

—Él fue el primero en todo, Darío, no sé si me entiendes. —Idiota tendría que ser para no hacerlo—. Y hasta donde sé, también pretende ser el último. —Rechiné los dientes de pura rabia y él hizo una mueca de disgusto—. ¿En serio es necesario que te cuente todo esto?

—Lo es, así que escúpelo de una vez por todas.

Refunfuñó algo que no pude oír.

—No va a dejar que lo vuestro avance. No va a permitiros ir a más.

—Eso no lo sabes —gruñí a la defensiva—. Silvia ya no está con él.

—Puede que ella lo tenga claro, pero... ¿y él? —Se inclinó para mirarme de cerca a los ojos—. ¿Conoces a Nicolás?

—He oído hablar de él.

—Y ¿qué has oído?

Las palabras que una vez pronunció Isabel en la cocina me golpearon con fuerza.

«Si Silvia estuviese aquí, seguro que lo negaría, pero él solo la quiere para... Ya sabes, para... Bueno, para lo que un chico a veces quiere a una chica. Yo no soy una reprimida en ese tema, ni mucho menos; también fui adolescente y entiendo las inquietudes de la edad. Lo que no soporto es la idea de que Nicolás la busque únicamente para eso y ella sea capaz de dárselo así sin más».

Sin embargo, cuando le pregunté, ella me aseguró que solo los unía una buenísima amistad, y a eso me agarré.

—Lo suficiente como para estar seguro de que entre ellos no hay absolutamente nada, al menos nada que pueda interferir en lo que nosotros tenemos.

—Te equivocas si crees esa mierda —afirmó tajante.

—¿Puedes explicarme en qué te basas para estar tan seguro de eso?

—En que, para él, Silvia siempre ha estado aquí... —marcó una altura imaginaria con una de sus manos— y Daniela aquí —dijo posicionando la otra a un nivel inferior, queriendo que viese la diferencia entre ambas medidas—. Si le asqueó tanto saber que su hermana, la que nunca fue su prioridad, tenía una relación con un tío que estaba fuera de su círculo social, que no tenía



estudios universitarios y que venía de un barrio de mierda, como para separarnos de un modo irreparable, ¿qué crees que hará cuando sepa que la mujer que le interesa está contigo? Ya te lo digo yo: te puteará hasta deshacerse de ti, de la manera que sea, usando todo cuanto esté en su mano. Porque ese hijo de puta tiene muchísima influencia en su mundo, más de la que puedas imaginarte, además de la sangre fría como para cumplir cada una de sus amenazas. Porque sí, porque no es que vaya de farol, es que el muy cabrón es prácticamente intocable. Su gente lo toma muy en cuenta, lo protege, le tapa cada una de sus mierdas. Y no hablo solo de los niñatos que van detrás de su culo como perros, sino de personas importantes y respetables.

—Sus amenazas me las paso yo por el forro de los cojones.

—No te has enterado, tío. Tú puedes pasarte sus amenazas por donde quieras, incluso puedes plantarle cara y partírsela si lo ves oportuno.

—Entonces ¿dónde está el problema?

—¡El problema son ellas, joder! Dani. Silvia. Ellas son el puto problema. Mira, Darío, si Silvia no ha dado señales de vida es muy probable que él ya sepa lo vuestro.

—¿Y?!

Me negaba a aceptar que, por dos palabras que un niñato le hubiese dicho, mandara lo nuestro a tomar viento.

—Que ya la puedes dar por perdida. —Apoyó los codos en las rodillas y bajó la vista al suelo—. Como ya te he dicho, lo que Daniela y yo tuvimos no se redujo a aquellos dos meses de verano. Me enamoré como un jodido idiota y por eso no me importaba que nos viésemos a escondidas; prefería tenerla de ese modo a renunciar a cómo me sentía cuando estaba con ella. —Expulsó el aire por la nariz—. Sé que tal vez no me creas por eso otro que te he contado sobre mí, pero te juro que es cierto, que me enamoré como nunca antes. Y creía que ella también lo estaba. Por eso, cuando en Nochebuena recibí ese escueto wasap en el que decía que rompía conmigo, no lo dejé estar. —Cabeceó un par de veces—. Y por gilipollas me pasó lo que me pasó y a mi padre lo despidieron.

—Eso no fue culpa tuya, ni de Daniela tampoco. El único culpable fue ese cabrón.

—Entonces, ¿por qué después no me buscó? ¿Por qué no vino a verme tras lo ocurrido?

Sopesé qué decirle durante unos segundos.

—Por lo que la conozco, no me cuadra que actuara así. —Pensé en lo que

Silvia me había contado de su amiga, en cómo esta se arriesgaba para ayudarla. Pensé en las palabras que me dijo cuando estuve en la biblioteca de su instituto—. No hace mucho que la vi, ¿sabes? Poco antes de que finalizara el curso fui a la biblioteca de su instituto, solo por ver a Silvia un rato, y Dani estaba allí. Cogí el primer libro que pillé de una estantería, me senté en la misma mesa donde estudiaban y lo abrí por una página al azar. Cuando ella reparó en mí, fue incapaz de aguantar la risa y me soltó que con el libro invertido no iba a engañar a nadie, que lo sabía por experiencia. —Esperé a que dijese algo, pero como parecía que se había tragado su propia lengua, decidí ser yo quien hablase de nuevo—: Sabes tan bien como yo a qué se estaba refiriendo; tú me lo has contado hace nada. Y si después de dos años aún recuerda aquello... ¡¿Qué quieres que te diga, colega?! Eso no es pasar de alguien —sentencié—. No es un «si te he visto, no me acuerdo».

—Ni yo he dicho que lo sea, solo que le importé una mierda y no luché por lo nuestro. Porque sé sincero, ¿tú ves normal que, después de lo que hizo su hermano, ni siquiera me llamase para preguntar?

—Lo mismo desconoce esa parte, ¿lo has pensado?

—Eso hace mucho tiempo que dejé de preocuparme.

Por su respuesta supe que, al menos en el pasado, se había planteado esa opción.

—Creo que te rendiste con demasiada facilidad —quise ser del todo franco.

—¿Acaso has escuchado una palabra de lo que te he contado? A ver, ¿qué coño habrías hecho tú?

—Renunciar ya te digo que no, porque no le temo a ese tipo de gentuza.

—Esa gentuza, como la llamas, no se anda con tonterías.

—Mi gente tampoco.

—¡¿De qué me hablas?!

—De que yo no estoy solo y tú, por desgracia, sí lo estabas; la diferencia es abismal. Mira, Fabi, no es lo mismo golpear que saber encajar un golpe.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora?

Sabía que me brillaban los ojos y no precisamente de miedo.

Sonreí.

—Que los míos saben encajarlos de puta madre además de que sacuden como auténticos animales.

Él no lo entendió, sin embargo, para mí estaba cristalino.

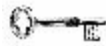
Antes de despedirnos, intercambiamos nuestros teléfonos por si, en un

futuro, alguno necesitaba cualquier cosa del otro.

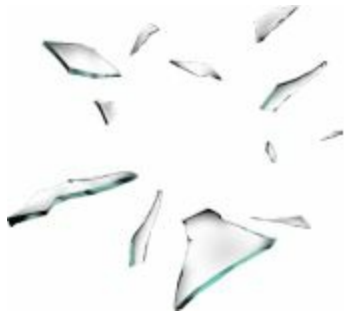
—Cuídate, Darío —dijo estrechándome la mano con afecto—. Cuídate de ellos.

—Descuida —contesté antes de girarme para dirigirme a donde había dejado aparcado el coche.

Me fui de aquel barrio con muy buen sabor de boca. Fabi me había caído la hostia de bien. Se veía un tío centrado e íntegro que solo luchaba por salir adelante. Prácticamente me había confiado su vida, en cambio, él desconocía qué encerraba la mía y hasta qué punto yo era capaz de soportar el dolor. Sí, ahora que ya sabía a qué tendría que enfrentarme, ese pequeño detalle me inquietaba una jodida mierda en relación con lo mucho que me preocupaba cómo respondería Silvia a todo lo que estaba por venir. Mis prioridades estaban claras, pero... ¿y las suyas, también lo estarían?



Nada más llegar a casa llamé a Samuel y lo puse al tanto de mis últimas averiguaciones. Le relaté con pelos y señales todo lo que me había contado Fabián y, gracias a ese apoyo incondicional que siempre me había brindado, supe cuál era el siguiente paso a dar.



## Último interrogante

### *Darío*

Le había garantizado a mi jefe que un solo día me bastaría, sin embargo, en lugar de haberme presentado en la empresa para cumplir con mis obligaciones, me encontraba parado frente a esa enorme casa acechando como un buitre en la distancia. Y no era la primera vez que lo hacía. En ese último mes habían sido muchas las veces, muchas las horas, mucha la espera. Pero me merecía la pena haber incumplido todas las normas, incluida la de, esa mañana, estar pasándome por los huevos el horario laboral impuesto por Romera.

En cuanto vi alejarse el coche, avancé por el camino de grava que llevaba hasta la puerta y llamé.

—Buenos días.

—Muy buenas, ¿en qué puedo ayudarle?

Recé porque la gorra que me había calado hasta las orejas cumpliera su cometido.

—Vengo de Climatizaciones Romera por un aviso que hemos recibido de... —Fingí leer el falso parte de averías que sujetaba en la mano—. Sí, eso es. Daniela Martorell. Según pone aquí, su climatizador no enfría y...

—Un momento... Yo le conozco.

—No lo creo.

—Claro que sí, usted es el que ha estado haciendo preguntas al servicio estos días atrás.

«Mierda».

La mujer arrugó el ceño, creo que tratando de identificarme al cien por

cien, lo que hizo que empezase a ponerme de los putos nervios, moviéndome sobre las piernas torpemente y maldiciendo para mis adentros la buena memoria de esa pobre señora que bien podría ser mi abuela.

—¡Ya era hora de que se dignaran a enviar a alguien!

Faltó nada para que se me escapara el alivio en forma de larga exhalación con caída de hombros incluida, pero opté por mantener el tipo en presencia de... ¿el ama de llaves? Supuse que sí. Aunque a saber, yo no era rico.

—¿Esperaba usted a este hombre, señorita?!

—Por supuesto, Berta. Llevo días haciéndolo. —Daniela fingió indignación mientras descendía los escalones con aire altivo. Al llegar al rellano de la planta baja, se dirigió a mí con el claro fin de dar credibilidad a su aparente enfado—. Me parece muy poco profesional que hayan tardado tanto en acudir. Estamos en pleno julio y mi aire no enfría como debiera.

—Disculpe la demora, he venido en cuanto he tenido un hueco. Seguramente con una recarga de gas la máquina volverá a enfriar.

—¿Y a qué espera para gasearla?

Me tragué la carcajada como buenamente pude.

—A que me dejen pasar.

Ambos miramos a la señora que, a modo de valla electrificada, tapiaba el hueco de la puerta.

—Berta, ya puede retirarse, yo me ocupo.

Seguí a Daniela por las escaleras, caja de herramientas en mano, con los ojos de la tal Berta taladrándome la nuca.

—¿Cómo has sabido dónde vivo? —demandó Dani entre susurros una vez estuvimos aislados en su habitación.

—¿Recuerdas a mi compañero David? —Asintió delineando una sonrisa de comprensión que yo le devolví—. Pues ya tienes la respuesta.

—¿Y qué haces aquí? Porque estoy segurísima de que a mi aparato de aire no le ocurre absolutamente nada.

—Necesito que me echés un cable —solté ahorrándome los rodeos—. Tengo que ver a Silvia.

—No es el mejor momento, Darío. Las cosas en su casa no andan demasiado bien ahora mismo.

Un mohín de disculpa le torció la boca, pero por muchas trabas que ella le viera a mi propósito, yo no pensaba claudicar y menos teniendo en mi poder un buen arsenal de artillería pesada.

—He conocido a Fabián. —Lancé el primer misil sin estar convencido de dar en el blanco.

Pero di. ¡Joder si di! El cambio en su rostro fue inmediato, tornándose lívido, casi mortecino.

—¿CÓ-CÓMO has dicho?

Fui hacia ella al ver cómo le temblaban las piernas, que en un segundo habían dejado de sostenerla y tuvo que sentarse en el colchón. La reacción de su cuerpo había sido brutalmente esclarecedora.

—Dios, Dani, sigues enamorada de él. —Ahora era mi voz la que estaba teñida de pesar.

—¿Cómo? —repitió en un murmullo.

—Os escuché. —Le debía una explicación más concisa por mi falta de tacto, así que desembuché toda la mierda que hasta entonces me había tragado—. Aquella noche en la playa os escuché. Tú estabas tan acojonada que le imploraste a Silvia que corriera, y ella te hizo caso y corrió tan lejos que ha desaparecido de mi vida.

—Darío...

—Sé lo que oí y, como comprenderás, no iba a quedarme de brazos cruzados. He preguntado. He investigado. He ido atando cabos hasta que estos me han llevado a Fabián.

—Por eso Berta te conocía... ¿¿Has-Has interrogado a nuestros trabajadores?!

—Habría interrogado al mismísimo Satanás de ser necesario.

Sus ojos quedaron fijos en el suelo.

—Y... Y... ¿cómo está él?

—Dolido. —Alzó la cabeza con brusquedad y vi que sus ojos estaban cargados de desconcierto, cosa que me repateó las pelotas—. Lo dejaste de la noche a la mañana sin darle una jodida explicación, ¿cómo coño quieres que esté? ¿Cómo coño quieres que esté yo cuando tu amiga ha hecho exactamente lo mismo? ¿De qué vais? ¿Quiénes os creéis que sois para jugar así con las personas?

Daniela se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar, pero a pesar del mal rollo que me daba el ser tan ácido con ella, no me frené.

—¿Qué fue lo pasó para que rompieras con él de ese modo? ¿Qué tuvo que ver tu hermano? Y lo más importante: ¿qué cojones tiene que ver ahora para que Silvia haya pasado de mí? Porque sé que tiene mucho que ver y, si no me lo explicas, voy a terminar volviéndome loco.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, mostrando una fortaleza que de seguro no sentía.

—Tuvo todo que ver, Darío. Todo —confesó con firmeza—. Y también tiene que verlo ahora. Que Silvia no haya contestado a tus mensajes no significa que no los haya leído. Ni que cada noche se duerma mirando el móvil, rezando porque tus sentimientos sean tan sólidos como los suyos. —Respiró en profundidad—. Él la ha amenazado.

Así que Fabián no me había vacilado y ese cabrón estaba utilizando el mismo *modus operandi*.

—¿Y con qué la ha amenazado, con contárselo al capullo de su padre?, ¿con decirle a vuestros amigos ricachones que está liada con un muerto de hambre?

—¿Qué tonterías dices?!

—¿Tonterías?!

—¡Pues claro que sí, idiota! —Se levantó y me dio un fuerte empujón que me hizo trastabillar hacia atrás—. ¿Acaso la ves tan superflua como para que una amenaza de ese calibre la haga actuar así? —Ni me dejó contestar—. Para nada, estúpido ignorante. Ella jamás se dejaría arrastrar a semejante juego.

—¿Entonces?

—Mi hermano la ha chantajeado con la misma basura que en su día me chantajeó a mí. Si Silvia no se olvida de ti, él utilizará sus conocimientos jurídicos, sus influencias, hasta verte hundido tanto a nivel personal como profesional. ¡Nico sabe un montón de cosas sobre tu vida, Darío!

—¿Y crees que eso me asusta? —dejé caer con chulería, consiguiendo que las aletillas de su nariz vibraran de puro enfado.

—A ti tal vez no, pero a ella sí. Porque, ¿qué quieres que te diga? Mi hermano no solo cuenta con dinero y los favores que algunas personas de poder estarían dispuestas a hacerle, sino que también carece de escrúpulos. Además, tú mismo le dijiste a Silvia en cierta ocasión que no jugara con tu medio de vida, y, por muy enamorada que esté de ti, es consciente de tus limitaciones, de que contra Nicolás no podrías hacer nada.

—Pues si piensa eso, es que no me conoce una mierda —siseé, dejando que la rabia escapara entre mis dientes.

—Ella te quiere, Darío, solo está esperando a que todo se enfríe un poco.

—No ha respondido a un puto mensaje.

—¡Por supuesto que no! ¿Y sabes por qué? Porque trata de evitar a toda costa que os ocurra lo mismo que nos ocurrió a Fabi y a mí.

—¿Podrías explicarme qué coño fue lo que hizo tu hermano para que te acobardara hasta el punto de mandar lo vuestro al cuerno?

Sabía de las consecuencias por Fabián, pero era Daniela quien disponía de la información sobre qué causas iniciaron su no deseada ruptura. Porque, joder, estaba más que claro que ninguno de ellos quiso voluntariamente ponerle fin a lo que tenían

Ella se situó delante de la ventana y clavó la vista en el jardín exterior.

—Aquella Nochebuena —expuso con un hilo de voz—, tras la cena, Nico quiso hacer un brindis; nada fuera de lo normal dado su afán de protagonismo. Todos nos pusimos en pie, con las copas de cava en alto, a la espera de sus palabras. Palabras que hicieron que me temblaran las piernas y se me desgarrase el pecho. Palabras con un claro propósito marcado...

*—Quiero brindar por mi hermana pequeña —anunció Nicolás con su copa alzada y una sonrisa pintada en los labios—. Por ti, querida Daniela, por haber sido tan tonta como para fijarte en un don nadie. Por engañarnos a todos con tu apariencia de niña buena mientras permitías que un barriobajero se colara entre tus piernas.*

*—¡Nico! —exclamó la señora Martorell sintiéndose de pronto mareada. A Dani comenzó a temblarle el cuerpo de forma visible y su rostro adquirió un tono cetrino.*

*Silvia, paralizada por la sorpresa como habían quedado todos alrededor de la mesa, observó con preocupación a su amiga. Ella supo desde un principio lo poco que iba a gustarle aquella relación a Nicolás cuando se enterase de su existencia, aunque nunca imaginó que pudiese llegar al extremo de ser tan cruel con su propia hermana y la humillase de ese modo. Jamás se habría esperado que actuase como acababa de hacerlo, ni que pareciese tan complacido por ello.*

*—Hijo, ¿qué significa todo esto?*

*—A eso voy, papá. —Nicolás se centró en su padre. En sus ojos primaba la determinación, pero también había trazas de algo similar a la furia—. Tu jardinero, ese al que en tan alta consideración tienes, metió en nuestra casa a su hijo con la promesa de que cumpliría con sus obligaciones... Y yo me pregunto: ¿se reflejaban dentro de esas obligaciones el conquistar a la hija menor de edad del señor, llevarla a lugares impropios para su clase, aprovecharse de ella en los asientos traseros del coche familiar y mancillar su habitación en vuestra ausencia? Dime, papá, ¿esas*



labores estaban dentro de su contrato? Porque eso es lo que él ha estado haciendo. Se ha reído de nosotros en nuestra propia casa; en nuestra cara.

El señor Martorell dedicó una mirada envenenada a su hija, exigiéndole una explicación con la que justificarse.

—Estoy enamorada de él. —Daniela balbuceó su débil defensa con temor, negándose a desmentir lo que tan real era para ella.

Pero sus palabras dieron consistencia al argumento de su hermano, que sin dejarse ablandar por las lágrimas que rodaban por sus mejillas o por la súplica implícita en sus vibrantes ojos pidiendo un poco de comprensión, impuso su voluntad por encima de los lazos de sangre.

—Quiero al jardinero fuera de aquí lo antes posible —exigió a su padre—. Quiero que hables con nuestras amistades para que nadie lo contrate. Y quiero que se largue sin recibir un euro de indemnización salarial y tampoco referencias laborales. Ese hombre trajo la deshonra a nuestra casa y tiene que pagar por ello.

—No puedo hacer eso, Nico.

—Puedes y vas a hacerlo, papá. ¿Si no, para qué eres abogado? Encuentra la forma y encuéntrala rápido. —Se volvió y señaló a su hermana—. Y tú ya puedes ir olvidándote de esa escoria.

—¡Él me buscará! —chilló Daniela entre sollozos.

—Y yo lo estaré esperando. —La sonrisa que Nico esbozó detuvo de golpe su llanto, porque en ella solo había maldad unida a una profunda sed de venganza—. Y ahora dame tu móvil.

—No lo llevo encima, está en mi habitación —alegó para ganar algo de tiempo.

Tenía que avisar a Fabi. ¡No! Tenía que alejarlo de ella por su propio bien.

—Pues ve a buscarlo y tráemelo.

Daniela se rindió al hecho de que Nicolás siempre tenía la última palabra; palabra que se cumplía como si fuese un Mandamiento pese a ser su padre el cabeza de familia. Toda la vida había sido así, ¿de qué se extrañaba?

Con todo el dolor de su alma, ascendió por las escaleras en dirección a su dormitorio para coger su móvil y entregárselo a Nico. Sin embargo, antes de que él la dejase incomunicada por completo, escribió un escueto wasap a Fabián en el que ponía «Hemos terminado», y, cuando se aseguró de que él lo había leído, eliminó la prueba del envío; justo un segundo antes de que su

*hermano irrumpiese en su alcoba sin llamar a la puerta y le arrebatase el teléfono de las manos.*

—Fabi no volvió, Darío. Y aunque sabía que lo mejor para él era que aceptase sin oposiciones nuestra ruptura, en el fondo deseaba que no se rindiese... Deseaba que ese mensaje que le envié no tuviese peso ni valor para olvidarse de lo que teníamos. Pero lo tuvo y desde entonces no he vuelto a verle.

Interiormente maldije en todos los idiomas. Me moría por decirle que se equivocaba, que él regresó en busca de explicaciones y que el cerdo de su hermano no se lo permitió. Sí, me moría por decírselo, pero a mí no me correspondía detallarle lo que aquella noche sucedió.

Unas pisadas resonaron en el pasillo y Dani se secó la cara con premura. Y yo... Joder, yo no pude mantener por más tiempo la boca cerrada, porque no tratar de darle un pequeño empujón antes de que fuese demasiado tarde me pareció la hostia de injusto.

—Deberías buscar a Fabián —mascullé entre dientes—. Créeme si te digo que necesitáis con urgencia una conversación.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Ya, pero hay cosas que por mucho tiempo que pase siguen clavadas aquí. —Me golpeé el pecho.

—Gracias por haber reparado la máquina —dijo en cuanto la puerta se abrió.

Una máscara de indiferencia cubrió su rostro y a mí se me partió el alma al comprobar con mis propios ojos que Silvia no exageró cuando me confesó que en su mundo era imprescindible no mostrar ante los demás tus debilidades. Ellas ocultaban sus verdaderos sentimientos a las personas que las habían visto crecer para no quedar al descubierto y así evitar que las dañaran. Penoso, pero cierto.

Garabateé unas cuantas palabras en una de las hojas del libro de registro de averías sin mirar hacia la puerta, arranqué la copia y se la entregué.

—Esto solo es para certificar que he hecho una carga de gas a la máquina —expliqué metiéndome en mi papel—. No tendrá que abonar nada puesto que está en garantía.

—Gracias de nuevo.

—No hay que darlas.

Agarré la caja de herramientas y, al girarme, me encontré de frente a la

persona de la que tanto había oído hablar en los últimos días. Lo examiné de arriba abajo y él hizo lo mismo.

—Hasta la próxima —le dije al salir.

Y no fue una despedida, fue una promesa.

No había tomado asiento aún en la furgoneta cuando escuché la notificación. Abrí la aplicación y leí las dos únicas palabras que acompañaban al desconocido número.

*Te ayudaré.*

Sonreí como un idiota.

En la hoja de averías le había dejado escrito mi número de móvil junto con una petición: «Te suplico que me ayudes». Y ahí estaba su respuesta.

Sin pérdida de tiempo entré en la agenda, localicé el contacto de Samu y le di a llamar.

—¡Que dé comienzo la fiesta! —grité como un desequilibrado nada más descolgó el teléfono—. Voy a colarme en su casa.

—¡La madre que te...! ¡¿Y cómo coño vas a hacerlo?!

—Tengo a alguien que va a echarme un cable, no te preocupes.

—Que no me preocupe y una mierda. —Lo oí resoplar—. ¿Cuándo?

—Este sábado.

—Si quieres, puedo ir contigo; solo por si algo se tuerce.

Sí, lo sabía, aunque no iba a permitir que él se pringara en todo aquello.

—Va a salir bien, Samu, deja de comerte el tarro.

—Como si fuera tan fácil. —Se mantuvo unos segundos en silencio, imagino que haciendo un balance mental de todo lo que podía salirme mal—. Ten mucho cuidado, ¿me oyes? Y, si te pillan, no seas capullo y golpea primero.

—Nadie va a pillarme.

—Más te vale, si no seré yo quien te separe la cabeza del cuerpo por no dejarme acompañarte; avisado quedas.

Antes de colgar solté una carcajada a la que respondió con un gruñido. Estaba seguro de que le jodía sobremanera que rechazase su ofrecimiento. Sí, entendía su mal humor por haberle excluido en mis planes, pero él tenía que entender que yo jamás permitiría que mi mierda le salpicase; y no por él, al que seguro le importaba un cuerno, sino por mi sobrina y mi hermana, que, de rebote, también podían salir perjudicadas si el tema se ponía feo.



La silueta de Daniela se recortó bajo el vano de la puerta veinte minutos después de la hora acordada. Me acerqué a ella con sigilo mirando a uno y otro lado, con la adrenalina por las nubes y los huevos en la garganta. La oscuridad que proporcionaba la noche era mi mayor aliada en esos momentos, sin embargo, si daba un par de pasos más, el foco de luz situado en la pared de la entrada delataría mi presencia haciéndome tan visible como ahora lo era Dani, que escudriñaba la negrura tratando de localizarme.

Me detuve al límite del anillo luminoso que bañaba de amarillo el suelo para mantenerme fuera de su alcance, resguardado entre las sombras, y le chisté una sola vez.

Ella giró el cuello hacia mí.

—Es ahora o nunca —declaró entre susurros.

No me hizo falta más indicación que esa; me colé en la casa como una ráfaga de aire, subí de dos en dos las escaleras hasta la segunda planta y giré a la derecha, avancé por el amplio pasillo, aún con las pelotas en el gaznate, y una vez llegué a la puerta de su habitación, entré y cerré tras de mí sin hacer ningún ruido.

La estancia estaba vacía, completamente en silencio y además no se veía una mierda. Cuando mis ojos se adaptaron a esa negrura, medio pude distinguir los contornos de los muebles gracias a los tenues rayos de luna que se filtraban a través del cristal de la ventana, pero ni se me pasó por la cabeza encender la luz por miedo a que me pillasen, de modo que apoyé la espalda en la pared que quedaba junto a la puerta y esperé.

No había transcurrido mucho cuando la manija se movió y la hoja lacada en blanco comenzó a abrirse, proyectando un alargado haz de luz sobre el parqué que iba haciéndose cada vez más grueso.

Aguanté la respiración al quedar oculto tras la puerta; mi momento había llegado.

Silvia avanzó a oscuras hasta situarse frente al escritorio, abrió uno de los cajones y se puso a rebuscar dentro de él.

La contemplé absorto durante varios segundos de los que sin duda no disponía, pero me fue imposible no regalarme la vista ese breve lapso de tiempo antes de tomar posición a su espalda y deslizar las manos por su

cintura para pegarla a mi pecho.

Su sobresalto fue inmediato.

—Daniela no necesita ninguna pastilla —susurré junto a su oído, apretándola con fuerza, ansioso por contagiarme de su calor.

—Darío... —Mi nombre vibró entre sus labios, mitad lamento, mitad alivio.

La estrujé un poco más contra mí. Y así como estábamos, recreándonos sin urgencia en el contacto del otro, mi mayor miedo se hizo presente.

—No me dejes tú también, Silvia.

La congoja que me atenazaba la garganta enronqueció el timbre de mi voz, porque ese miedo que se había engrosado con los años era una jodida losa que pesaba demasiado y me dejaba desnudo, expuesto y vulnerable. Un miedo alimentado desde la infancia que fue adquiriendo solidez conforme cada una de las mujeres que habían dado sentido a mi existencia me dejaban atrás. Primero fue mi madre, la que me dio la vida y me protegió hasta su último aliento; luego Rebeca, mi primer amor, que me fue arrebatado de la noche a la mañana; y después mi sobrina y mi hermana cuando se fueron a vivir con Samuel. Esa era mi realidad por poco que me gustase: capear una vez tras otra la soledad que la vida me imponía. Me había sentido tan tremendamente solo hasta que la conocí, que la posibilidad de que ella me apartase de su lado y de que el vacío volviese a instalarse en mí me acojonaba hasta los cimientos. Y es que ya no lo soportaría. Porque era la hostia de injusto. Una putada en toda regla que no iba a consentir. Si el destino tenía pensado jugármela de nuevo, que se fuera buscando a otro bufón con el que entretenerse, porque a mí ya me había tocado los cojones de más.

Silvia se giró entre mis brazos y enlazó las manos alrededor de mi cuello.

—Nunca. ¿Me oyes, Darío? No voy a dejarte nunca.

No obstante, yo sabía por experiencia que la palabra «nunca», por mucha seguridad con la que se pronunciase, podía perder su significado en un breve pestañeo.

Uní mis labios a los suyos.

El único lugar donde no me importaba que mis palabras no dichas muriesen.

El único lugar donde me quedaría para toda la eternidad sin objetar nada.

Nuestro beso, en un comienzo suave, se tornó apremiante; pura necesidad; parte misma del oxígeno, y haciendo el menor ruido posible, nos internamos en el baño de su habitación. No había olvidado que sus padres se encontraban en

la casa ni tampoco que Daniela podía subir en cualquier momento, pero, en ese instante, relegué las posibilidades de una más que probable cagada a un segundo lugar, concentrado tan solo en Silvia, en lo que ella me hacía sentir y en todo lo que para mí representaba que estuviese haciendo al amor conmigo en tales circunstancias.

—Te necesito —dije sosteniéndola contra la fría piedra del lavabo—. Cómo y cuánto te necesito, joder —admití entre débiles jadeos mientras entraba y salía de ella a un ritmo casi rabioso.

—Te quiero más que a mi vida.

Esas siete palabras susurradas contra mi boca me hicieron alcanzar el clímax.

En contra de lo que me esperaba, todo había resultado tan perfecto que me mataba tener que romper aquella especie de magia sacando un tema del que no me apetecía en absoluto hablar.

—Sé por qué no has contestado a mis wasaps. Sé que la culpa de tu silencio la tiene ese cabrón de Nicolás.

Empujó mi pecho con suavidad para que saliese de su interior, bajó del mármol del lavabo y se colocó bien la ropa. Yo la imité, subiéndome los pantalones y abrochándomelos sin hacer caso a la pringue que empezaba a humedecerme el bóxer.

Silvia se frotó las manos, nerviosa y luego me miró dejando al descubierto la enorme tristeza que le llenaba los ojos.

—Lo siento mucho, Darío. Siento muchísimo no haber dado señales de vida, pero él... No sé cómo explicártelo. Él dijo algo y me entró pánico, ¿sabes? Dijo algunas cosas que... Bueno, cosas sobre...

—Sobre lo que me haría a mí si continuabas viéndome, ¿verdad? —la interrumpí no solo por ponérselo fácil, también porque no iba disimular que estaba al tanto de toda esa mierda.

La señal de alarma que quedó fija en sus pupilas fue como el sello que dio credibilidad a mis palabras.

—¿Cómo lo sabes?!

—Lo sé, y con tu pregunta acabas de confirmarlo.

Suspiró agotada, como si la conversación la estuviera dejando sin energías. Y es que tenía que estar harta de tantas imposiciones, de lo difícil que le hacían la vida.

—No imaginas cómo me arrepentí de dejarte aquella noche en la playa, pero ellos andaban buscándome y, si hubiesen dado conmigo, habrían dado

contigo también. Me asusté tanto después de presenciar lo que Nico hizo hace años a su propia hermana, que hui con tal de proteger lo nuestro.

—Vale, eso puedo entenderlo, aunque no me parece una excusa de peso para que rompieras todo contacto conmigo. ¿Por qué no contestaste a uno solo de mis mensajes, Silvia? ¿Tanto te acojonó lo que te dijo que iba a hacerme como para no darme ni una jodida explicación?

—Lo que me impidió responderte fue mi propia estupidez. —Arrugué las cejas totalmente perdido—. Cuando nos localizaron a Dani y a mí apenas a unos metros de donde tú dormías, él lo supo por nuestras caras desencajadas y preguntó que dónde te encontrabas. No es que preguntara exactamente por ti, puesto que no sabía quién eras, sino por el chico que estaba seguro me había acompañado esas horas.

—Dices que no sabía quién era, ¿cómo es que ahora sí lo sabe?

—Porque como una idiota se lo dije. Él no paraba de insistirme con lo mismo y, en un acto de inútil rebeldía, le confesé que me había enamorado, deseando que me dejara en paz y rezando porque lo entendiese.

—Pero no fue así, ¿verdad? Ni dejó de darte la chapa ni entendió una puta mierda.

—No, no lo hizo. —La barbilla comenzó a temblarle y apretó los labios en un mohín de desagrado—. Como una idiota le expliqué lo mucho que significas para mí, el cambio que ha supuesto en mi vida el haberte conocido... Y por un momento creí que me entendía, que el cariño de los años compartidos actuaba a mi favor. Entonces fue cuando verdaderamente metí la pata. —Se encogió de hombros, gesto que se acercaba más a la disculpa que al desenfado—. El corazón me pudo hasta el punto de olvidar que siempre me había considerado una especie de trofeo a ganar y le hablé de las dificultades por las que has tenido que pasar, del porvenir que sin ayuda te has labrado y de lo que te admiraba por ello. —Sus ojos brillantes conectaron con los míos—. ¿Cómo pude ser tan estúpida, Darío? ¿Cómo, sabiendo lo que hizo al conocer la relación que tenía su hermana con ese chico, fui tan tonta de dejarte expuesto?

Sobra decir que no esperaba respuesta alguna por mi parte, que solo se criticaba a sí misma el ser responsable de todo aquello. Y sobra decir también que me importaba una mierda qué y cuánto le había hablado de mí a ese tío.

—Él no me da ningún miedo.

Intenté acariciarle la mejilla y se apartó como si el contacto le quemara.

—Pero a mí sí —siseó con un tizne de rabia—. Porque al día siguiente se

presentó en mi casa con una carpeta donde guardaba un montón de informes sobre ti. Reales. Detallados. ¡Eran tus datos, Darío, yo los leí! Desde tu fecha de nacimiento hasta los nombres y apellidos de tus amigos; el de tu sobrina y tu hermana incluidos. ¡Todos!

Mi sangre se transformó en un fluido denso y helado que me tensó cada fibra del cuerpo hasta explotar convirtiéndose en llamas.

—Si ha reunido todos esos datos, ya debe saber cómo nos las gastamos en la Asunción de María; que se atreva a tocarnos los huevos si tiene cojones.

—Darío...

—Pero ¿qué se cree el niño ese?, ¿que por tener dinero y gente que le haga el trabajo sucio ya ostenta el título de matón? —Aproximé mi rostro al suyo para que viera en mis ojos que mis siguientes palabras no iban de farol —. Ese vacilón de mierda no tiene ni puta idea de con quién se está metiendo. No se imagina ni por asomo hasta dónde sería capaz de llegar Samu si su mujer o su hija se viesan amenazadas, ni tampoco la paliza que con seguridad le daría Ángel si se atreviese a acercarse a Marta, o el gustazo que sentiría Aarón al arrancarle todos los dientes de ser Carol su objetivo. ¡No nos conoce! No me conoce una mierda si piensa que voy a quedarme de brazos cruzados mientras trata de joder a los míos, y con los míos estoy incluyéndote a ti. Así que no tendrías que acobardarte por la fantochada que se ha marcado al investigar cuatro datos acerca de mi vida.

—Darío, ¿no lo entiendes? Lo último que quería era ponerte en riesgo — balbuceó agitada—. ¿Cómo iba a explicarte en un wasap lo que pasaba y arriesgarme a que salieras a buscarme?

—Joder, Silvia, la que no entiende nada eres tú. —Solté pausadamente el aire por la nariz—. Yo iba a buscarte de todos modos: con mensaje o sin él, con ayuda o sin ayuda, antes o después. De hecho, aquí me tienes, y no he venido precisamente a tomarme una caña con tu padre, he venido por ti —dije abrazándola con fuerza—. Él se ha aprovechado de tu miedo y casi consigue separarnos con una amenaza que da risa.

—No da risa, tontito.

—Pues claro que sí. —La besé en la coronilla—. Conque hazme el favor de no dejarte arrinconar. Contesta a mis mensajes. Ven a verme cuando te sea posible. Continúa con la vida que has elegido y que quieres. Y no le pongas punto y final a lo nuestro sin pelear.

—Me da pánico lo que pueda pasarte... Lo que pueda pasaros.

—En la barriada sabemos cuidarnos, así que olvídate de eso.



Nos separamos como escupidos por un cañón al abrirse de súbito la puerta de su dormitorio.

—Tienes que irte ya, Darío. —El timbre de voz de Daniela sonó apremiante.

Era cierto que me había demorado más de la cuenta, con lo que multipliqué los riesgos de que me pillaran. Pero antes de marcharme sin saber cuándo iba a volver a verla, le hice una pregunta, para mí de vital importancia, solo para que la contestación que sabía que iba a darme actuara de refuerzo añadido a la decisión que con anterioridad había tomado.

—En el caso de que te vieras obligada a elegir, ¿seríamos nosotros o ellos?

—Nosotros, Darío, siempre nos elegiría a nosotros.

—Recuérdalo, Silvia. Llegado el momento, recuérdalo y no tengas ninguna duda.

Salí de su casa tan sigilosamente como había entrado, y una vez estuve sentado delante del volante de mi coche, llamé a Samu.

—¿Estás fuera? —se interesó nada más descolgar.

—Sí, tranquilo, ha sido pan comido.

—¿Y?

—Si lo que quieres es saber si ha ido bien, te digo que cojonudo, y si te refieres a si voy a dejarlo estar, la respuesta es no.

—De todos nosotros tú siempre has sido el que mejor engrasa ahí arriba, así que calcula bien cada paso que des y no hagas ninguna tontería.

—¿Y eso me lo dices tú, el tío que desconoce lo que es recapacitar antes de actuar?!

—Mierda, Darío, tienes razón. Pero esa gente parece peligrosa y no puedo evitar preocuparme por lo que puedan hacerme.

Qué bueno para mis oídos escucharle gimotear como si fuese un crío.

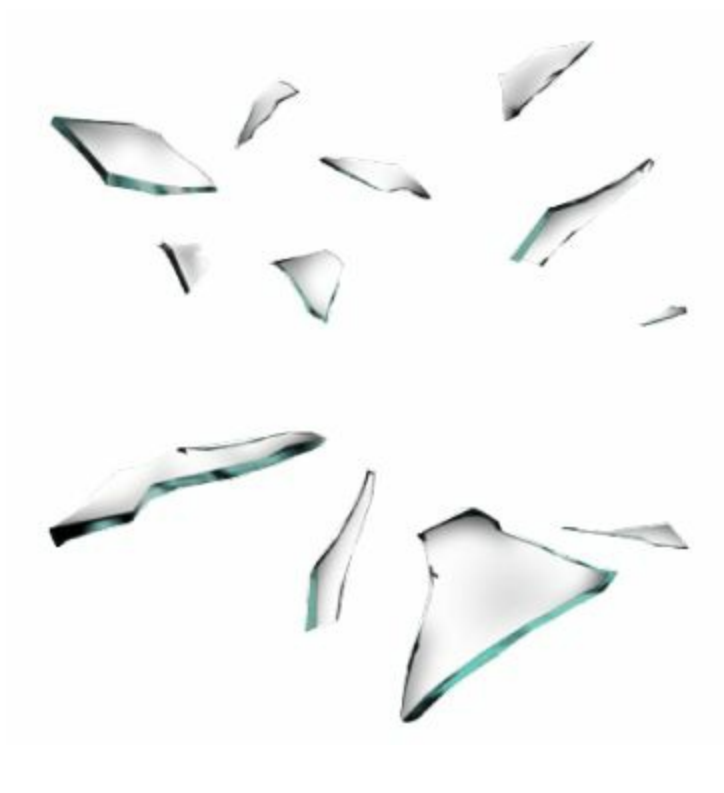
—¿Eso significa que, de necesitarte en un futuro, estarías a mi lado por mucho miedo que esa gente te dé? —Cargué contra él deliberadamente sabiendo lo limitada que era su capacidad de aguante.

No pasó un segundo cuando sus patéticos lamentos fueron sustituidos por una sarta de palabrotas de lo más variopintas dirigidas a un único destinatario: yo.

Recogí sus insultos con una sonrisa, esperándome de un momento a otro su ya conocida expresión estrella.

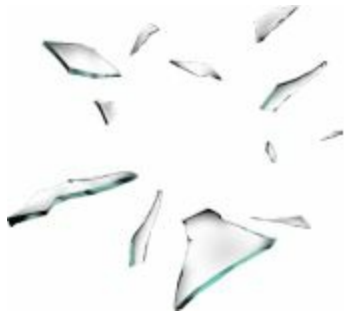
—¿Miedo de esos mierdas, yo? —Ahí venía—. ¡Mis cojones, capullo!

Cortó la llamada sin siquiera despedirse al tiempo que yo soltaba una carcajada.



## *Enfrentarse al futuro*

*«El futuro tiene muchos nombres.  
Para los débiles es lo inalcanzable.  
Para los temerarios, lo desconocido.  
Para los valientes es la oportunidad».*  
Victor Hugo



Así se hacen las cosas en  
Las Viviendas de Papel

*Silvia*

—Últimamente te noto más contenta.

Sonreí a mi tata.

Era media mañana y nos encontrábamos en la cocina; ella ocupada en sus quehaceres y yo comiendo un poco de fruta.

—La vida es bella —dije sin más.

Dejó de trocear carne y se giró hacia mí con una ceja arqueada.

—Y esa belleza que ahora le ves a la vida ¿tiene algo que ver con la visita que tuviste anoche?

Me tragué un trozo de melón de forma involuntaria sin apenas haberlo masticado. El golpe de tos fue brusco e inmediato y, por inercia, me llevé una mano a la garganta.

—Nos oíste —aseguré cuando me hube recuperado y el oxígeno regresó a mis pulmones.

—Os oí.

Las palmas de las manos comenzaron a sudarme.

—Puedo explicarlo, tata, de verdad. Él se presentó a una hora tan tardía por una razón de peso.

—Pues empieza.

Desde que Darío había entrado a hurtadillas en mi habitación hacía un par de semanas y quedó aclarada la situación entre nosotros, sus visitas nocturnas se habían repetido en varias ocasiones; una de ellas la noche

anterior. Mis padres salieron a cenar y yo le había pedido que viniese cayendo en el error de que no corríamos peligro. Pero me había equivocado estrepitosamente y ahora tendría que revelarle a mi tata la verdad.

—Estoy enamorada de él. —Sus ojos se abrieron con sorpresa—. Y él de mí.

—¿Desde cuándo? —indagó con sumo interés.

—Casi desde el principio.

Se sentó a la mesa en la silla que había frente a la que yo ocupaba y agarró mis manos, que habían empezado a temblarme, por encima de la superficie de madera.

—¿Y por qué me lo has ocultado, cariño?

—Es complicado... Darío es... Bueno, algo mayor que yo, ya sabes, y también bastante más humilde. —Resoplé de una forma muy poco femenina—. Así que preferimos mantener nuestra relación oculta hasta que esté un poco más consolidada, por lo que te pido, por favor, que me guardes el secreto.

—Tesoro, tu secreto está a salvo conmigo, pero si Darío te gusta realmente, deberías hablar con tu padre. La edad es lo de menos y el que no pertenezca a tu círculo no tiene por qué avergonzarte.

—¡No me avergüenzo de él, tata! Darío es lo mejor que me ha pasado, es infinitamente cariñoso y me trata como a una reina. Y me quiere. Sé que me quiere de verdad.

—Entonces no tengas miedo a lo que tu padre opine.

—No es a mi padre a quien temo, es a Nicolás.

Su ceño se frunció en una mezcla de incomprensión y desprecio.

—¿Qué tiene que ver ese aspirante a picapleitos en esto?

No era ningún secreto lo poco que Nico le gustaba. Yo siempre lo había defendido de sus críticas, de esas suposiciones tergiversadas que tenía sobre nosotros, de la inquina que parecía tenerle sin un motivo aparente. Pero ahora sabía que todo lo que ella pensaba acerca de él estaba más que justificado, de modo que se lo conté todo, sin omitir absolutamente nada a excepción de nuestros momentos más íntimos.

Cuando terminé de ponerla al día, tras narrarle con un nudo en la garganta todo lo que había sucedido desde la noche de San Juan, su semblante pasó a ser una máscara de preocupación.

—¿Te das cuenta de a lo que os exponéis cada vez que él entra en casa?

—Claro que me doy cuenta, pero estoy dispuesta a asumir las consecuencias con tal de verlo, aunque solo sea un instante. Piensa que no falta

mucho para que cumpla la mayoría de edad, entonces nadie podrá decirme qué hacer o con quién puedo verme.

—Aún queda para eso, cielo, y, hasta que ese día llegue, debéis tener mucho cuidado. Y no te lo digo solo porque me preocupes tú, también lo hago porque me preocupa él. —Dio un ligero apretón a mis manos—. Darío es un buen chico, Silvia, y cada día que entra a hurtadillas en esta casa es un riesgo que está corriendo. ¿Qué pasaría si alguien del servicio lo viese o si tus padres lo sorprendieran contigo en la habitación?

—Primero se interpondría una denuncia por allanamiento, lo cual ya se considera un delito bastante grave, seguida de otra de abusos.

La intrusión de Nicolás en la cocina nos pilló a ambas con la guardia baja.

—Él no ha abusado de mí —nos defendí en vista de que otra cosa no podía hacer.

Era absurdo inventar excusa alguna puesto que su pedante explicación constataba que nos había escuchado. ¿Cuánto había oído de nuestra conversación? No podía asegurarlo, pero sí lo suficiente como para saber que Darío y yo continuábamos viéndonos.

Nico se metió las manos en los bolsillos y dibujó una sonrisa que prometía problemas.

—Puede que no, que todo lo que sea que hagáis sea consensuado. —Se acercó lentamente hasta situarse junto a la silla en la que me hallaba sentada, obligándome a alzar la cabeza para mirarle a la cara—. Sin embargo, el código penal refleja como abuso sexual fraudulento el que se comete contra víctimas en edades de entre dieciséis y dieciocho años me-

diante un engaño relevante, aunque este sea consentido. Tú estás dentro de esa edad, y a mí me resultaría muy sencillo probar en un tribunal que un hombre que te dobla la edad y que no tiene donde caerse muerto te ha engañado para obtener un beneficio, y no solo carnal, sino también económico. ¿Crees que tus padres lo consentirían?, ¿que, llegado el caso, no iban a apoyarme? ¿Que no pensarían, al igual que todo el mundo, que solo se ha acercado a ti por lo que tienes y no por lo que eres? —La sangre se me había congelado y él se dio cuenta—. He intentado hacerlo por la buenas, Silvia, pero me has mentado y no voy a consentir que desperdicies tu vida con alguien así.

—¡Así, ¿cómo?! —estallé superada.

Se aproximó a mi rostro y comprobé que no había rastro de calidez en sus

ojos verdes; tampoco un ápice de compasión en su semblante airado.

—Acabo de decirlo: un tío que no tiene donde caerse muerto y que solo busca tu dinero —escupió con rabia—. Así que deja de engañarte porque está claro que únicamente pretende que su vida de mierda prospere. ¿Y qué mejor modo de hacerlo que embaucar a la hija de uno de los hombres más importantes de la ciudad?

—Darío no va tras mi dinero —repliqué con ardor, confiando plenamente en el juicio de mi corazón—. Lo que él siente por mí es real. Y lo que yo siento por él, también.

—Pues ya te puedes ir olvidando, porque yo soy lo único real que a partir de ahora vas a tener —ladró con los labios contraídos en un gesto más animal que humano.

—Ni lo sueñes —sentencié en un siseo—. No pienso olvidarme de él.

—Claro que vas a hacerlo, Silvia. —Su sonrisa me produjo un escalofrío—. Lo harás en cuanto yo consiga que esa escoria se aleje de ti.

Girándose con aire triunfal, abandonó la cocina con un fuerte portazo que nos hizo dar un respingo en las sillas. Mi tata estaba paralizada por lo ocurrido, y es que al parecer yo era la única estúpida que se había empeñado en ver algo bueno en Nicolás. Tal vez sí que era cierto que de algún modo lo tenía idealizado y eso me había impedido que advirtiese lo turbio y ennegrecido de su interior. Quizá yo misma le di alas para que se creyera un poco mi dueño al no cortar todo lazo afectivo después de que nuestra relación se terminase.

—Tesoro, tienes que avisar a Darío.

La voz asustada de mi tata me trajo de nuevo al presente, disparando todos mis miedos.

«Lo harás en cuanto yo consiga que esa escoria se aleje de ti».

Su última frase se repitió en mi cabeza hasta convertirse en un potente grito de alarma.

Con manos temblorosas cogí mi móvil, busqué su nombre y tecleé.

*Él lo sabe. Ten cuidado.*

Los dos tics azules que aparecieron en la pantalla hicieron que el corazón me diese un vuelco.

*Tranquila, estaré bien.*

Escondí la cara entre mis manos y dejé que todo el nudo de tensión se deshiciera ante la impotente mirada de mi tata. Sollocé como no recordaba haberlo hecho, porque algo me decía que Darío no estaría bien.



En los días sucesivos, la comunicación entre nosotros fue meramente informativa a través de escuetos wasaps; ni él volvió a colarse en mi casa ni yo le expresé mis inquietudes para que no se sintiese peor de lo que ya lo notaba. Ninguno teníamos la más remota idea de por dónde saldría Nicolás, pero sí la seguridad de que en cualquier momento haría algo que nos afectase. Y aunque Darío me repetía constantemente que estuviera tranquila, que él sabía cuidarse bien, conforme las horas transcurrían envueltas en lo que a mí me parecía una falsa calma, mi estado de ansiedad iba creciendo.

Mi instinto no me engañó y, al cuarto día de mi enfrentamiento con Nico en la cocina, los acontecimientos se precipitaron.

—¡Silvia, algo están tramando! —El tono de alarma que me llegó desde el otro lado de la línea me puso en guardia.

—¿Qué ha ocurrido?

Daniela estaba al tanto de lo sucedido y su llamada angustiada solo podía traducirse en problemas.

—Ellos estaban en el salón alardeando de sus cosas...

—¿Quiénes? —pregunté mortificada. Ese «ellos» no me cuadraba; no me gustaba.

—Nico y esa panda de idiotas que le sigue a todas partes; de hecho, no debería haberme extrañado cuando estoy más que acostumbrada a que cada vez que él vuelve a casa se reúnan para ponerse al día. Sin embargo, hoy hablaban en voz muy baja, mucho más de lo habitual, lo que me ha incitado a pegar la oreja a la puerta del salón para escucharlos.

—¿Y qué es lo que has oído para que creas que traman algo y que ese algo tiene que ver conmigo?

—En realidad, no mucho. Hablaban de sus cosas y se reían de cuando en cuando, nada del otro mundo; tonterías tuyas de quién mea más lejos, ya me



entiendes; ciento y una bravuconadas que daban un pelín de asquito escuchar. Pero cuando estaba a punto de irme para evitarme un sangrado de oídos gratuito, Jaime ha preguntado que a dónde exactamente tenían que ir y Nico ha contestado que a solucionar un problemilla que tenía pendiente.

—Eso no significa nada, ellos siempre están de acá para allá con alguno de sus líos.

Rezaba por no estar equivocada y que fuera lo que fuese nos dejara al margen a mí y a Darío.

—Podría, de no ser porque ese *problemilla* que ha nombrado mi hermano ha venido seguido de un: «Vamos a darle su merecido». ¿No crees que después de todo lo que te dijo se refiera a Darío? Porque yo sí lo creo. No tengo la menor duda.

Y en ese instante, vi lo que iba a suceder con una claridad meridiana.

—¡Dios mío, Dani, piensan ir a la Asunción de María!

—No, Silvia, no piensan ir. ¡Ya se han ido! Hace diez minutos que se marcharon de casa.

—¿Y por qué no has empezado por ahí? —la reprendí con un chillido agudo.

—¡No lo sé! Te he llamado porque no dejaba de darle vueltas, aunque la verdad es que esperaba que tú me dijeras que no había de qué preocuparse. ¡Lo mismo no hay de qué preocuparse y estamos sacando conclusiones precipitadas!

—No lo creo... Tengo que avisarle por si las moscas. Luego te cuento.

Después de colgar, llamé como unas veinte veces a Darío sin obtener contestación.

Caminé en círculos por mi habitación, sopesando otras opciones, pero la preocupación no me permitía razonar con lógica.

Probé a llamarle de nuevo.

—Coge el teléfono, por favor. Cógelo de una maldita vez.

Nada.

De pronto, tomé una decisión; si yo le había contado todo a mi mejor amiga, él probablemente habría hecho lo mismo.

*S.O.S. cuida de él.*

Mientras salía sigilosamente de casa al amparo que me ofrecía la noche, rogué porque aquel conciso mensaje fuese suficiente para Samuel.



—Dime que está aquí —solicité a Abril en tono apremiante nada más abrió la puerta.

—¡Silvia!

Sus ojos expresaron el mismo desconcierto que su voz. Y la entendía. Desde luego que la entendía. Pero no tenía tiempo de explicarle por qué irrumpía en su domicilio a esas horas y tan alterada.

Respiré un par de veces intentando calmarme. No quería preocuparla. No quería que ella sintiese la misma agonía que sentía yo.

—Abril, ¿se encuentra aquí tu hermano? Acabo de pasar por su casa y allí no está. Y... Bueno, me gustaría hablar con él.

Su mirada se tornó cautelosa, como si pudiese leer en mis ojos la mentira.

—Explícame ahora mismo qué ocurre —exigió, cruzándose de brazos—. Mira, Silvia, de tonta no tengo un pelo y estoy completamente segura de que, el que tú estés aquí, tiene mucho que ver con que Samu haya salido de casa a toda prisa gruñéndole al móvil. ¿Le ha pasado algo a mi hermano? ¿Se ha metido en algún lío?

Que Samuel se hubiese marchado de un modo tan precipitado solo podía traducirse en que había descifrado sin problemas mi mensaje de auxilio, lo que supuso un gran alivio para mí.

—Silvia, cuéntame qué demonios pasa —insistió visiblemente nerviosa.

—Ahora no puedo, de verdad. —Cogí sus manos y las apreté—. ¿Tienes idea de adónde puede haber ido Samu? Sé que está con Darío, pero necesito saber dónde.

—De acuerdo, dejemos las explicaciones para otro momento —claudicó con un suspiro al advertir mi urgencia—. Solo se me ocurre un lugar en el que puedan estar un viernes por la noche: el bar de Paco.

—Gracias —medio gimoteé al tiempo que echaba a correr.

Las calles estaban desiertas y los murmullos que ambientaban la noche se limitaban a un puñado de conversaciones sordas que venían del interior de la hilera de casas bajas que iba dejando atrás.

Resollaba sonoramente cuando doblé en la última esquina, el pulso me zumbaba en los oídos y tuve que apoyarme unos segundos en la fachada más

próxima hasta recuperar el aliento.

Al fondo de la calle divisé el letrero sin vida del bar, opacado en su mayor parte, pero mi atención se desvió a la docena de siluetas que se perfilaban a unos metros de este.

Me aproximé con cautela, concentrada en reconocer las voces que comenzaban a llegarme, ya que la mayoría de las bombillas de las farolas estaban fundidas y me era imposible identificar ningún rostro desde esa distancia.

La primera voz en hacerse real fue la suya, sin embargo, no sonaba igual que siempre. Era débil y vibrante; también más ronca de lo habitual.

—No tienes ni puta idea de nada. —El timbre de Darío pulsaba tan anémico que intuí que estaba a punto de venirse abajo.

De la dirección contraria emergió el tintineo de una risilla burlona que fue escoltada por un coro de gruñidos ásperos.

Di un paso más.

—¿Te hace gracia, gilipollas?

Aquel era Samuel y, por su acritud al preguntar, lo que fuera que hubiesen dicho o hecho le había molestado bastante.

—Depende de lo que estemos hablando. —¡Nicolás! Avancé otro paso—. El que un barriobajero de mierda crea tener derecho a relacionarse con una mujer de un estatus muy superior al suyo no me parece nada gracioso. Ahora... que ese mismo barriobajero haya recurrido a tres matones para que lo defiendan, sí que tiene su gracia.

Avancé otros tantos pasos hasta que al fin pude distinguirlos. Ángel y Aarón también se encontraban allí, pero ellos solo eran cuatro mientras que Nico iba acompañado de siete.

—Como no se calle lo reviento.

—Eso es lo que pretenden, Ángel: provocarnos —expresó Darío—. Y no vamos a entrar en su juego. No voy a darte el gusto —aseguró, dirigiéndose a Nicolás—. Así que ya os podéis estar largando por donde habéis venido.

Sentí un latigazo de orgullo por su capacidad de manejar la situación. Darío no solo estaba conteniendo a sus viscerales amigos, también estaba tirando por tierra los propósitos malintencionados de los que, hasta hacía muy poco, había considerado como parte de mi círculo más íntimo.

Pero resulta sumamente fácil sobrepasar los límites de la tolerancia si se cuenta con recursos y Nico contaba con ellos gracias a mí. Él usó cada dato que yo le había proporcionado en su favor, y el muro de contención que era

Darío en esos momentos no tuvo la solidez suficiente para continuar en pie después de recibir los dardos que yo misma cargué de veneno cuando, en un intento por salvaguardar nuestra relación, conté a Nicolás todo cuanto él me había confiado.

—¿Y cómo piensas evitarlo?, ¿del mismo modo que evitaste lo que le sucedió a tu antigua novia? ¿O vas a negar que aquello no pasó por tu culpa?, ¿por culpa de cada uno de vosotros al no saber protegerla de un enganchado? —El peso de los remordimientos me dobló las rodillas—. ¿Qué?, ¿era más importante ir a por comida que cuidarla? —Recorrí con agonía los rostros de los cuatro hombres que formaban parte de aquella triste historia experimentando en mis propias carnes todo su dolor. Si bien Nicolás no se reprimió en absoluto porque no solo pretendía provocarlos, también quería hacer de sus culpabilidades la baza que le proporcionara la victoria—. Pobre chica —declaró con pena fingida desatando una sucesión de risillas—. No solo no tuvo la suerte de que su novio fuese incapaz de mantenerla con vida, sino que, además, le tocó cargar con dos hermanos inútiles tan preocupados en detestarse el uno al otro que no vieron el peligro que corría.

De pronto, lo que mis ojos apreciaron como un repentino borrón momentáneo impactó con la potencia de un tren de mercancías contra el cuerpo de Nicolás, llevándoselo al suelo.

«¡Samuel!».

El caos se desató en un parpadeo. Instintivamente, me llevé las manos a la boca para ahogar un grito al entender por qué Darío había querido evitar aquello. Su intención no era la de ahorrarles a sus oponentes unos cuantos moretones, sino la de proteger a toda costa a sus amigos. La de proteger a Samuel, que si continuaba golpeando a Nico de esa manera iba a terminar matándolo.

Con impotencia, vi como Aarón y Ángel se sumaban a la pelea. Y me estremecí ante la brutalidad de sus puños, que acertaban con contundencia y sin vacilación en la persona contraria. Sí, me estremeció de pies a cabeza ser testigo de lo que había desembocado la burla al triste pasado de Rebeca.

Entonces fue que lo miré.

Él ni se había movido. Sus párpados se apretaban tanto como sus puños, tensándole la piel alrededor de los nudillos.

Intentando tragarse el dolor.

Luchando porque el pasado regresara a ese lugar de donde no debería haber salido.

Reforzando a fuerza de voluntad sus cimientos como si una gran bola demolidora tratara de destruirlos.

Entonces fue que me miró.

Yo ni me había movido. Mis manos se habían unido a la altura de mi pecho intentando percibir los latidos de un corazón que parecía haberse extinguido.

Intentando tragarme el dolor.

Rezando porque alguna imagen de lo que podía ser nuestro futuro se abriera paso en su interior sin pedirle permiso.

Viendo con horror caer sus cimientos después de que la gran bola demolidora los hubiese destruido.

Se me encogió el corazón dolorosamente y dos lágrimas brotaron de mis ojos como un reflejo de las que derramaban los suyos. Porque si a mí no me costaba ver a través de sus preciosos iris azules cómo la tristeza lo devoraba desde dentro, a él tampoco le costaría ver las huellas de la culpabilidad atravesando los míos. ¡Oh, Dios!, yo había puesto el arma en manos de Nicolás y traicionado la confianza de Darío.

Avancé, cautelosa, en su dirección. Loca por abrazarme a él. Rezando porque quisiera abrazarse a mí. Pero mientras lo hacía, mientras mis pasos acortaban la distancia que nos separaba y mi mirada arrepentida se fundía en la suya, unos dedos helados treparon por mi columna para seguidamente apretarse en torno a mi cuello. Me detuve en seco al ver la mueca de desprecio que transformó sus facciones justo antes de romper el contacto visual conmigo. Y con un enorme vacío presencié su regreso al presente, del que yo ya no formaba parte.

Había perdido a Darío.

Sin volver a dirigirme una mirada, se lanzó al foco del conflicto y volcó todos sus esfuerzos en apartar a Samuel del flácido cuerpo de Nicolás, que ya ni hacía por defenderse.

—¡Ya basta! —gritó, tirando con fuerza de sus hombros.

Samu se revolvía como un animal rabioso entre los brazos de Darío; sus ojos destilaban tanto odio que daba la sensación de que algo que no pertenecía a este mundo lo había poseído.

—¡Largaos de aquí! —bramó Ángel dando un empujón a uno de los amigos de Nico antes de limpiarse con el antebrazo la sangre que le resbalaba por la barbilla.

No había ninguno que no estuviese marcado por la brutalidad de los

golpes recibidos. Todos, excepto Darío. Porque sus lesiones eran internas y se las había causado yo, la mujer a la que le había entregado su alma para que la protegiera y no había sabido.

—Silvia, ven conmigo.

Me giré hacia la voz de Nicolás y negué enérgicamente con la cabeza.

—¡Que te largues! —En tres zancadas, Ángel se situó a mi lado y me rodeó los hombros con uno de sus brazos—. Ella no se va a ir contigo, pedazo de mierda.

Me aferré a su camiseta empapada de sudor como si mi vida dependiera de ello.

—Silvia, por favor, vuelve a casa conmigo. —Nico alargó una mano, ofreciéndomela, y volví a negar, acurrucándome contra el pecho de Ángel. Su rostro se transformó—. ¡Tú no tendrías que estar aquí! ¡No tendrías que haber venido!

Sin quererlo, me encogí, intimidada por sus bramidos. Y sin quererlo también, mis ojos buscaron el consuelo de Darío. Pero solo pude ver una mueca de crudo dolor que le desfiguraba las facciones justo antes de que se girase y comenzara a caminar en dirección opuesta a la que yo me encontraba, arrastrando a Samuel por el antebrazo.

Aarón hizo una seña a Ángel para que lo siguiese, ignorando a Nico y los demás, que aún no se habían movido.

Ángel me obligo a dar un paso. Dos. Tres.

—Silvia...

Miré a Nicolás por encima del hombro, sin dejar de avanzar. Esa vez su tono había sonado suplicante, si bien solo consiguió que se me terminaran de revolver las tripas.

—Has acabado con todo, Nico. Has acabado incluso con el cariño que te tenía.

No volví a mirar atrás una sola vez, arropada como iba contra el pecho de Ángel, que marcaba la dirección a seguir. La única a la que deseaba dirigirme. La única que quería recorrer. La que me llevaba hacia la única persona con la que necesita estar aun sabiendo que con toda seguridad ya no tenía un hueco en su vida. Pero iba a intentarlo. Debía llegar de nuevo a él y reconstruir desde cero todo cuanto había sido destruido por mi culpa.

Darío se detuvo frente a su puerta y los demás lo imitamos.

—Acompáñala a casa, Ángel.

—Venga, tío, deja que entre y nos dé una explicación.

No sé muy bien por qué Aarón se lo pidió. Quizá fuera porque creía en las segundas oportunidades.

Vi dudar a Darío, debatiéndose interiormente en si dejarme pasar o pedirme que me fuera. Pero cuando fui a hablar para rogarle que me escuchara, él se me adelantó, haciendo añicos esa última esperanza a la que me aferraba.

—No la quiero aquí en estos momentos. —Ni se molestó en dirigirse a mí—. Necesito... Quiero que salga de nuestras vidas del mismo modo que entró.

—Darío...

—No, Samu, se acabó. Estoy cansado de dar sin recibir nada a cambio y ya no puedo más.

Dolió. Cómo y de qué manera me dolieron sus palabras.

Abrió la puerta y se fue derecho al salón sin siquiera regalarme una última mirada. Samuel maldijo por lo bajo antes de entrar tras él.

—Vamos, Silvia, es hora de volver a casa.

Ángel giró nuestros cuerpos, que aún permanecían unidos, y empezó a caminar sin soltarme. Yo avanzaba como un robot teledirigido, escuchando a nuestra espalda los pasos de Aarón que, por lo que parecía, había decidido acompañarnos.

—No pretendía contarle lo que ocurrió. —El débil pretexto escapó de mis labios sin pensar. Pero tenía la necesidad de explicarme con alguien, que alguno de ellos supiera por qué lo hice—. Creí que de ese modo removería su conciencia, que le haría ponerse en el lugar de Darío, aunque por lo visto me equivoqué.

—Pues sí, te equivocaste; y a lo grande, además.

—Yo no quería que pasara nada de esto, Ángel.

—Y yo no lo pongo en duda, pero ha pasado.

—Se lo oculté. No le comenté a Darío nada de lo que dije a Nicolás sobre el tema de Rebeca en un vano intento de que entendiese y nos pusiera las cosas más fáciles.

La poca fortaleza que me quedaba acababa de abandonarme y me eché a llorar arrepentida.

—Mira, Silvia, si él te contó todo lo que sucedió aquella jodida noche fue porque confiaba en ti. Se ha pasado años hecho una autentica mierda, y la prueba de que aún no está bien es cómo ha respondido. No ha sido capaz de reaccionar, de partirle la cara a ese tío.

—Vosotros lo habéis hecho por él. Habéis defendido su historia.

—Claro que la hemos defendido —intervino Aarón, que hasta ese instante había permanecido callado—. Cómo no íbamos a hacerlo cuando ese hijo de puta ha pisoteado la memoria de mi hermana, cuando se ha cebado con el dolor que todavía persiste por aquel suceso. No solo ha atacado a Darío. ¡Nos ha metido mierda a todos! Él ha traído de vuelta lo peor y más duro de nuestras vidas y encima ha disfrutado haciéndolo. Así que ahora Darío no solo está jodido por eso, también se siente culpable por el daño que sabe que, al confiar en ti, nos ha causado a los demás.

—Déjalo ya, Aarón.

Ángel se compadeció de mí aun cuando estaba segura de que opinaba igual que él; sin embargo, en lugar de aplacar la furia que iba tomando fuerza en el mayor de los hermanos Reyes, su petición la disparó.

—¡Aquella maldita noche mi hermana se abrasó en una hoguera delante de nuestras putas narices, ¿o te has olvidado?!

—Sabes de sobra que no —siseó Ángel.

Frené en seco y apoyé las manos en el pecho de Aarón.

—Lo siento. —Los sollozos me vencieron—. Lo siento muchísimo.

Un relámpago de tristeza le cruzó los ojos; solo fue un rayo solitario, después me miró con frialdad.

—Aquella noche ninguno pudo evitar lo que le ocurrió a mi hermana, pero eso no fue todo... Por eso el daño que has causado es irreparable.

—Aarón, cierra la puta boca.

Pero él lo ignoró y, agarrándome por las muñecas, me apartó las manos de su pecho como si le quemasen.

—Aquella maldita noche, en un lugar oscuro de San Telmo, Abril fue violada por un cabrón al que yo consideraba mi amigo. —Jadeé—. Ya veo que Darío no te ha contado esta parte. Bien, pues ahora sabes que también tengo que lidiar con eso, porque no solo es que no me hablara con mis hermanos...

—¡Aarón, joder!

—... no es solo que no pudiera decirle a Rebeca cuánto la quería...

—¡¡¡Aarón!!!

—... ¡Es que además cargo con la culpa de lo que ese desgraciado le hizo a Abril estando embarazada de mi sobrina!

Ángel lo empujó, haciéndole trastabillar.

—O cierras la boca o te la cierro yo —lo amenazó, apuntándole con un dedo.



—¡No! —bramó él—. ¡Voy a decirle qué ha conseguido con lo que ha hecho! Que a ti te pese la culpa por insistir en ir a por la cena o que a mí me mate la mía por ser un puto enganchado, es lo de menos. —Se volvió a encarar conmigo—. Lo que no te perdono es que esta mierda haya machacado a mi hermano, Silvia. Por ahí sí que no paso. A él le afectó tanto lo de Rebeca que se largó más de cinco años de la barriada sin saber que Abril estaba esperando un hijo suyo. Se perdió los primeros años de la vida de su hija porque se sentía culpable de la muerte de nuestra hermana. Tus amigos no solo han ido contra Darío, ¡nos han jodido bien a todos! Y da gracias a que él es un tío cabal, si no la cosa se habría puesto aún más fea.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté sin tener muy claro si quería saber la respuesta.

Pero no fue él quien despejó mis dudas.

—Que, de no ser por Darío, Samu no habría parado hasta dejar en el sitio a uno de esos tíos... Porque ni Aarón ni yo lo habríamos detenido... Esta vez no.

Un escalofrío de puro pánico reptó por mi columna.

—¿Y eso no os asusta, Ángel? ¿Nos os da miedo que Samuel haga algo que no tenga vuelta atrás?

No era posible que reconocieran tan fríamente una cosa así. Me negaba a pensar que, de no haber estado Darío, ninguno de ellos hubiese intervenido, aunque solo fuese para evitarle una más que segura condena a Samu.

—¡Claro que nos da miedo, no somos kamikazes! —Inspiró con fuerza—. Pero esta noche esos cabrones han traspasado la línea y si te hubieras criado aquí, nos entenderías.

—¿Qué tendría que entender?

—Que así se hacen las cosas en Las Viviendas de Papel —concluyó contundente, como si cualquier otra salida estuviera vetada para ellos.

Ciertamente conocía muy poco de su mundo, no sabía ni cómo ni cuánto se habían tenido que defender en el pasado para que aceptaran sin vacilación resolver los problemas de ese modo. Al parecer, de todos ellos, Darío era el único capaz de ser racional y prevenir las consecuencias en situaciones extremas. Y yo esa noche había sido testigo de cómo había aguantado el sadismo de Nicolás cuando lo atacó con aquel suceso. Sabía lo que sus palabras le habrían dolido y, aun con todo, él había tenido la entereza de parar la pelea y frenar la impulsividad de Samuel. No usó a sus amigos como vengadores en ningún momento, lo cual hasta habría sido justificable, sino que

los antepuso a su propio dolor, y solo por ese gesto tan altruista lo quise un poco más.

Miré a Ángel, que a su vez me observaba con cierto cariño.

—¿Cómo hago para rectificar? No quiero perderle.

—Tiempo —dijo él por toda respuesta.

Subimos a su coche y ninguno pronunció palabra en todo el recorrido.

Ángel estacionó junto al bordillo, sin embargo, yo no hice por bajarme. Necesitaba saber a qué me enfrentaba y solo ellos podían darme alguna pista de cómo hacerlo.

—Va a ser difícil que me perdone, ¿verdad?

Giró el cuerpo en su asiento hasta encontrar mis ojos.

—La has cagado a lo bestia, Silvia, así que no puedo decirte hasta cuándo va a durarle el cabreo o si alguna vez se le pasará.

—Yo no le he atacado —gimoteé como una cría.

—No, pero has dado lugar a que ellos sí lo hicieran —apuntó Aarón con la vista clavada en la luna delantera.

—Entiendo. No es que él no vaya a perdonarme, es que tampoco vais a hacerlo vosotros —admití derrotada.

—Entra en casa, Silvia —me instó Ángel con voz dulce—. Deja que las aguas se calmen; después, ya se verá.

Aquellas palabras fueron un duro golpe. Él, a pesar de ser el más considerado, también me veía culpable.

—Ángel, por favor —me oí suplicarle—. Lo de esta noche pertenece al pasado.

Aarón giró bruscamente la cabeza, dedicándome una mirada glacial.

—En pocos días será el aniversario de su muerte y, si de por sí es una fecha dura de cojones, tú has hecho que el dolor de hace ocho años se multiplique. Así que no te atrevas a decir que pertenece al pasado cuando tú, y solo tú, has conseguido que este año la tengamos más presente que ningún otro.

Ví a Ángel apretar los párpados, dividido entre secundar las verídicas palabras de su amigo o salir en mi defensa. Tuvo el detalle de permanecer en silencio, porque ni Aarón se merecía ningún reproche ni yo que atenuara mis remordimientos. Me había ganado a pulso ese golpe de verdad por ser una idiota confiada que siempre creyó poder conseguirlo todo. Pero no esta vez. Esta vez había perdido lo único que realmente quería conservar en mi vida. A Darío.



## Un montón de nada

### *Darío*

Tirado en el sofá, no podía dejar de darle vueltas en la cabeza a lo sucedido sin prestarle un mínimo de atención a Samu que, desde el baño, maldecía en todos los idiomas mientras se desinfectaba las heridas. Pero la situación me superaba. Que Silvia hubiese traicionado mi confianza al revelarle a ese hijo de puta el palo más duro que me dio la vida, había terminado de romperme. Porque así era justo como me sentía: roto, hecho pedazos, desintegrado. Y saberme cómplice directo de revivir tal dolor a los míos hacía que además me sintiese como una mierda.

En cuanto Samuel salió al salón y se plantó frente a mí, me sentí todavía más miserable. Su cara parecía un mosaico, con el pómulo izquierdo amoratado, los labios el doble de su tamaño y un feo corte en la mejilla. Respiré hondo, tratando de regodearme en el hecho de que, aunque él mostrase ese lamentable aspecto, el cabrón de Nicolás había salido peor parado. Mi gente habría recibido lo suyo, sí, pero nada en comparación a cómo había repartido.

Que en Las Viviendas de Papel respondiésemos la hostia de bien cuando intentaban agredirnos tendría que haber bastado para subirme la moral, sin embargo, una sensación que iba a caballo entre la rabia y el fracaso me recorría. Y todo por no haber sido capaz de encajar un solo golpe, por quedarme sin reaccionar cuando tendría que haber sido yo quien le cerrara la boca de un puñetazo a ese cerdo.

Ví que Samu me observaba con el ceño arrugado.

—No te hagas mala sangre. —Dios, cómo me conocía—. Ha pasado y punto, así que deja de comerte la cabeza y céntrate en arreglar las cosas con ella.

Ahora quien arrugó las cejas fui yo.

—¿Arreglar las cosas con ella, dices?! Lo que ha hecho no tiene arreglo. Se acuclilló delante de mí y me agarró por los hombros.

—Escúchame con atención, Darío. Silvia estaba muy tocada después de ver lo que ha visto y tú has tenido los santos huevos de largarla sin contemplaciones. —Me removí, queriendo quitármelo de encima, pero él me clavó los dedos hasta que los sentí en los huesos—. No vas a mandarlo todo a la mierda por lo que ha pasado, ¿me oyes? No voy a permitírtelo.

—¿Y qué coño vas a hacer?

Lo empujé con fuerza y tuvo que soltarme para apoyarse en las manos y no terminar en el suelo.

—No me tientes —siseó con los dientes apretados—. Sabes de sobra que me he quedado con ganas de separarle la cabeza del cuerpo a alguien y yo de ti me andaba con ojo, no vaya a ser que al final sea la tuya.

—¡Ella se ha cargado todo! —estallé como un globo con aire de más—. ¡Se puede ir a la mierda! ¡Todos ellos pueden irse a la puta mierda!

Al ponerme en pie, él me imitó, colocándose delante de mis narices.

—Y tú ¿qué?

—Yo ¿qué de qué?

Me temblaban las piernas. Me temblaban los brazos. Me temblaba cada músculo de la cara.

—Que cómo vas a seguir con tu vida cuando los dos sabemos que se te ha metido bajo la piel.

No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Como lo he hecho siempre: adaptándome a las circunstancias. Y las circunstancias están como están y son como son, así que no me rayes.

—¿Que no te raye? —Se aproximó hasta rozar mi nariz con la suya—. Mira, gilipollas, una vez tuviste los cojones de soltarme a la cara que yo era un cobarde que se conformaba con la mierda que le ofrecía la vida. ¿Quién es el cobarde ahora?

—No es lo mismo. Aquello y esto no se parecen en nada.

—Me suda la polla.

—No la quiero a mi lado, Samu, ¿no lo entiendes? —Me dejé caer de nuevo al sofá, abatido hasta la raíz del tuétano—. No en estos momentos,

joder. No después de lo que ha hecho; de lo que nos ha hecho. No me pidas que le perdone esto sin más, porque de verdad que no puedo.

A esas alturas el temblor se concentraba en mi barbilla, que vibraba de un modo incontrolable, ya que en el fondo me resultaba jodidamente duro renunciar por segunda vez a la persona que amaba.

—Y... ¡¿ya está?! ¿Vas a mandar todo a la mierda por un solo error? ¡¿Dónde cojones están tus huevos, Darío?! —bramó fuera de sí—. ¡¿Dónde coño están tus ganas de comerte la vida?! ¡¿Dónde, joder?!

Lo miré fijamente a los ojos, con algo similar al odio por primera vez desde que nos conocíamos.

—Ella se las ha cargado dejando a su paso un montón de nada.

Apretó los puños a los costados, bufando como el animal en el que en ocasiones se transformaba.

—La buena noticia para ti es que Silvia sigue aquí, ¿no? ¡Ella no está muerta, maldito idiota! —escupió contrayendo sus inflamados labios, dejándome paralizado, con cara de descolocado total.

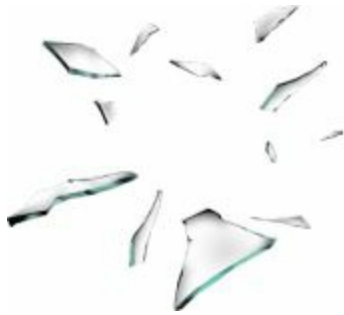
—Tú no has podido decirme eso.

La voz me salió del cuerpo a duras penas. Lo que sí estaban a punto de salirme eran las lágrimas que sobrecargaban mis párpados.

Él cerró con fuerza los suyos y, cagándose en su puta estampa, fue hacia la puerta que daba a la calle y se marchó dando un portazo.

Y ahí me quedé yo, más destrozado si era posible, pues estaba seguro de que sus últimas palabras le habían dolido tanto como a mí por mucho que ambos supiésemos que eran ciertas.

Sí, claro que Silvia estaba viva, pero yo me sentía igual de muerto que ocho años atrás.



## Detrás de cada cicatriz

### *Silvia*

—¡Hasta mañana, Dani! —grité agitando la mano en alto antes de entrar en casa.

Llevábamos dos meses matriculadas en la universidad, asistiendo a las mismas asignaturas de una carrera que aún no teníamos claro si habíamos elegido por vocación o con la única finalidad de no separarnos. El caso es que nuestro primer año en la facultad comenzó sin grandes expectativas, con los ánimos en declive progresivo y las ilusiones adolescentes sepultadas bajo una tonelada de realidad.

En las horas libres y los descansos entre clase y clase, Darío era nuestro tema principal de conversación. Ambas sabíamos que hablar constantemente de él era malgastar saliva dado que en todo ese tiempo no había hecho por ponerse en contacto conmigo ni una sola vez, lo que significaba que no me había perdonado que yo contara parte de su historia a Nicolás. Lo más triste era que estaba segura de que jamás me perdonaría y, por ende, yo no tendría la oportunidad de explicarle que lo hice en un acto desesperado por salvaguardar nuestra relación.

Nico, por su parte, había solicitado el traslado de expediente a la facultad de derecho de nuestra universidad y era un milagro el día que no me lo cruzaba bien fuera por los jardines o en alguna de las cafeterías del campus. Y cada ocasión en la que alguno de esos *fortuitos* encuentros se producía, él trataba en vano de disculparse, lo que daba como resultado que su hermana me hiciese retroceder continuamente a aquella noche de agosto de hacía tres

meses para que no me olvidase de por qué Darío se había desvinculado de mí. Aunque tampoco es que me hiciese falta tal recordatorio puesto que la poca humanidad que demostró Nico era la culpable de que me viese obligada a combatir a diario la ausencia del hombre al que amaba.

—¡Tata, ya estoy en casa!

El silencio que obtuve en respuesta fue interrumpido por el timbre de la puerta; me giré y abrí sin esperar a que acudiese alguien del servicio.

—Tenemos una conversación pendiente.

No hubo temblor en su voz, nada que indicase un ápice de inseguridad.

—Hola, Abril, me alegro de verte —saludé apenas en un susurro que se llevó al exterior el escaso oxígeno que contenían mis pulmones.

—¿Puedo pasar? Llevo más de una hora ahí fuera. —Señaló hacia el extremo opuesto de la calle, pero ante mi falta de reacción, suspiró audiblemente y habló de nuevo—: Te estaba esperando, porque alguien tiene que dar el primer paso ya que vosotros parecéis demasiado orgullosos para hacerlo.

—¿Cómo has sabido dónde vivo? —De entre todas las preguntas que se amontonaban en mi mente, solté esa estupidez.

Sus labios dibujaron una pequeña sonrisa que yo le devolví. Abril me gustaba y nada en su conducta indicaba que el objetivo que la había traído hasta mi casa fuese el hacerme daño.

—He tenido que sobornar a Ángel.

Mi sonrisa se amplió en cuanto pronunció su nombre porque, aunque me constaba que él también estaba dolido por lo sucedido, ni siquiera aquella noche se puso a la defensiva conmigo; es más, pondría la mano en el fuego a que me habló con todo el cariño que fue capaz de expresar en tan tensos momentos.

—Pasa, por favor. —Me aparté a un lado para que pudiese acceder al interior—. ¿Te apetece un café?

—Eso estaría realmente bien. —Se frotó una mano contra la otra—. Estoy helada.

Abril me siguió hasta la cocina y, al entrar, se detuvo a observar cada detalle con minuciosidad. No era asombro lo que destilaban sus ojos, sino simple curiosidad por cómo sería vivir rodeada de comodidades. Teniendo en cuenta que nuestro único punto de unión había sido su hermano y que mi corta relación con él no dio lugar a que llegásemos a cogernos la confianza suficiente como para que nos contásemos nuestras respectivas vidas, me

pareció de lo más lógico que mostrara tal interés.

Le hice un gesto con la mano, invitándola a tomar asiento, y comencé a preparar la cafetera.

—Aquellas explicaciones que te dije que tendrías que darme en otro momento ya no son necesarias.

Esas fueron las últimas palabras que me dirigió la noche que todo se echó a perder.

Yo no las había olvidado y, por lo visto, ella tampoco.

—Sí, imagino que ya estarás al tanto de lo que sucedió.

—Claro que estoy al tanto; solo me bastó ver la cara que traía Samu para saber que algo gordo había ocurrido. —Hizo un mohín de disgusto con la boca—. En un principio me asusté más de la cuenta pensando que con quien se había pegado era con Darío, puesto que él no estaba por la labor de hablar y lo único que se dignó a decirme fue que a mi hermano le faltaban huevos para enfrentarse a la vida. Tuve que ponerme realmente seria con él para que empezase a largar por esa boca que tiene algo más explícito que aquella frase sin sentido, así que al final me lo contó todo: desde el wasap que le enviaste a modo de aviso, hasta cómo mi hermano se había negado a que entraras en su casa. Y por eso estoy aquí, para explicarte algunos datos sobre su pasado que con seguridad desconoces, ya que de lo contrario nunca vas a entender que si te rechazó aquella noche no se debió únicamente a lo que hicieron tus amigos, sino también a que está cansado de entregarse a las personas que quiere y a cambio recibir de estas palos y más palos. Tú eres una de esas personas a las que quiere que lo han decepcionado, conque espero que esto que

que voy a revelarte te dé el valor necesario para que hagas el intento de recuperarlo.

Respiré profundamente con la intención de hacer frente a una información que, además de asustarme, no creía estar preparada para procesar. Porque intuía que esos datos sobre el pasado de Darío que Abril estaba a punto de desvelarme iban ser en extremo dolorosos para mí. Pero si ese era el paso intermedio para poder borrar el punto y final que él había puesto a nuestra relación, que así fuese.

—Te escucho.

Y sin más dilación, Abril comenzó a relatarme los secretos del hombre del que estaba enamorada hasta las entrañas.

—Tú misma has podido ver el lugar en el que vivimos, así que



imaginarás que nuestra vida nunca ha sido un camino de rosas. Nuestro padre era, y aún lo es, el carnicero de la plaza de abastos de la barriada, además de un borracho y un maltratador de manual. Él pegaba a nuestra madre y ella no se oponía con tal de desviar su atención de nosotros. Pero un día ella enfermó y en solo siete meses abandonó este mundo. Yo tenía diez años cuando sucedió, y el mismo día de su funeral, mi hermano, con solo trece, recibió su primera paliza; una brutal que hizo que se orinara en los pantalones. —Intenté tragar el nudo que se me había formado en la garganta—. Aquella noche, cuando salí al salón tras cerciorarme de que mi padre ya dormía la mona en su habitación, encontré a mi hermano hecho un ovillo en suelo con la cara llena de moretones y ensangrentada... Y bueno, el estado en el que estaban sus pantalones en la zona de la entrepierna ya te lo he dicho, así que puedes hacerte una clara idea del miedo que debió pasar.

—Dios santo...

—Jamás podré borrarle esa imagen —continuó—. Ni ninguna de las que vinieron detrás. Porque sobra decir que aquella vez no fue la única, aunque sí fue la única ocasión en la que Darío se permitió un mínimo de debilidad a ojos de su agresor. —A Abril le temblaba la barbilla tanto como me temblaba a mí—. Nunca lo vi soltar una lágrima y eso que recibía una paliza brutal al menos una noche a la semana, cuando no eran dos. Cada vez que se pasaba con la bebida, le hacía pagar a mi hermano lo que proclamaban sus asquerosos Salmos. Y aun dándose las de ser un fervoroso creyente que asistía cada domingo a misa como buen samaritano, jamás le tembló el pulso con su propio hijo cuando se trataba de predicar La Palabra de ese *Dios* al que con tanta devoción veneraba. Imagino que te habrás fijado en las pequeñas cicatrices que le decoran la cara. —Negó con gesto afligido—. No recuerdo un solo día en todos aquellos años que le viese el rostro limpio de heridas. Ni uno solo.

—No puedo seguir escuchando.

Abril levantó sus ojos hacia mí; unos ojos idénticos a los del protagonista de aquella triste historia.

—Pues vas a hacerlo, porque mi hermano se merece por una vez en la vida que alguien pelee por él y no contra él. —Terminó de beberse el café; segundos en los que yo aproveché para tratar de digerir lo que me había contado—. Aquel suplicio pudo terminar cuando él cumplió la mayoría de edad, sin embargo, se negó a marcharse de casa y dejarme atrás. Lo vi crecer, transformarse en un hombre fuerte que nada tenía que ver con el niño escuálido que en la infancia había sido. Pero, aun estando capacitado para hacerlo,

jamás se sublevó y aguantó los golpes con tal de evitármelos a mí. —Un suspiro entrecortado hizo eco en mi pecho—. A nuestro padre tampoco le pasó por alto su notable cambio físico, ¿sabes? Así que dejó de golpearlo con los puños y empezó a utilizar el cinturón para someterlo a su voluntad. Y... Dios, él se dejaba someter, dejaba que le marcara a sangre la espalda solo por protegerme.

—No sigas, por favor. No sigas.

A esas alturas del macabro relato me fue imposible contener el llanto. Pero ni viéndome destrozada por la pena, Abril se detuvo.

—El dolor no disminuía ni estando tumbado y andaba encogido y doblado la mayoría del tiempo, aunque lo peor era que no había rastro de vida en sus ojos. —Clavó sus pupilas en las mías y pude advertir en las suyas un cierto brillo de orgullo—. El mismo día que cumplí dieciocho años, él me sacó de allí. Con ayuda de Samu, adecentó la casa que había comprado en un tiempo récord; la misma en la que actualmente vive. —Una suave risita afloró de sus labios al recordar ese episo-

dio de su pasado—. Los muy idiotas no me dijeron nada para no crear-me falsas esperanzas por si algo se torcía. Pero todo salió bien y aquella primera noche que pasamos en nuestro nuevo hogar vi una sonrisa real

en su rostro. Auténtica. Y hasta ese momento solo Rebeca había logrado que sonriese así. Ella consiguió que Darío recuperase parte de esa fe que mi padre le había robado y ella se la llevó consigo al morir. A raíz de aquello, lo más que he llegado a ver ha sido un trazo mal dibujado en la cara de mi hermano, porque a esa mueca triste no se le puede llamar sonrisa. —Me contempló fijamente unos instantes—. Y tú lo trajiste de ese lugar donde la esperanza no existía para él y en estos meses lo he visto de nuevo llenarse de vida. Porque vivir es sentir y Darío llevaba años que no sentía absolutamente nada. Por eso te pido, si de verdad le quieres, que no te rindas con él por muy difícil que te lo ponga. Mi hermano renunció a luchar por nada y por eso debes ser tú quien luche por los dos.

Tomé una honda bocanada de aire antes de comunicarle mi decisión.

—Lo obligaré a que me acepte de nuevo.

—Ese «lo obligaré» ha sonado genial. —Delineó una amplia sonrisa al tiempo que se puso a rebuscar dentro de su bolso—. Ten —dijo depositando en la palma de mi mano un pequeño objeto que sacó de él.

Lo observé con atención durante unos segundos.

—¿Esto es...?

—Solo por si las moscas. Pero que sepas que negaré delante de quien sea que la conseguiste gracias a mí.

Apreté los dedos con fuerza alrededor de mi regalo para sufrir su dulce mordida.

Cuando Abril se marchó me sentía con las energías renovadas, y soñando despierta aún en la cocina, fue como me encontró mi tata.

—¿Dónde anda esa cabecita tuya? —preguntó dándome un beso en la frente.

—En una barriada apodada Las Viviendas de Papel —respondí risueña.

El arqueo interrogante de una de sus cejas fue signo suficiente para que le contase todo lo que ahora sabía sobre Darío.

—Detrás de cada cicatriz siempre hay una historia oculta, cariño — comentó cuando finalicé—. Pobre, ha debido pasarlo verdaderamente mal.

—Tengo que intentar arreglarlo con él, tata. No puedo permitir que el tiempo enfríe lo que teníamos. Porque era real. Todos esos sentimientos son reales.

—¡Pues reacciona, niña! —mi instó de pronto—. No dejes que te pase lo que me pasó a mí.

Yo conocía muy bien su historia, la había escuchado tantas veces que prácticamente la sabía de memoria, pero por primera vez me puse de verdad en sus carnes.

—Qué duro debió ser para ti.

—Lo fue, sin embargo, no me arrepiento de la decisión que tomé.

—No sé... Ahora que he experimentado lo que es querer a alguien con todo mi corazón, no me explico cómo pudiste dejar que mi padre te manipulase de aquella manera.

—Es muy simple: a ti te quería más.

Una pena muy distinta a la que llevaba semanas sintiendo me embargó.

—Dejaste todo por mí...

—Y volvería a hacerlo mil veces.

—Él te puso entre la espada y la pared sabiendo que ibas a elegirme por encima de ti.

Me abrazó con inmenso cariño al ver que mis ojos se humedecían, pero es que ahora era más consciente que nunca de todo a lo que tuvo que renunciar por no abandonarme.

Isabel era mi verdadera madre por mucho que nuestros genes biológicos afirmasen lo contrario. Porque ella fue la que se mantuvo en vela todas las

noches que estuve enferma, la que no había consentido mis estúpidos caprichos de niña malcriada y a un tiempo me había inculcado valores con su amor incondicional, la que me regaló palabras de consuelo cuando alguna situación me había desbordado con el fin de hacerme entender que no estaba sola, que la tenía a mi lado. Toda su vida se mantuvo un paso por detrás de mi hipócrita familia, intentando pasar desapercibida en un mundo repleto de falsedades. Pero siempre presente. Siempre ahí por y para mí.

—Te quiero, tata —confesé pegada a su pecho.

—Y yo a ti, tesoro. Más que a nada en esta vida.

—Entonces, ¿tengo tu bendición para luchar con uñas y dientes por Darío?

—Pero ¿¿qué tonterías dices?! ¿Desde cuándo has necesitado tú la bendición de nadie para hacer de tu capa un sayo?

Me reí contra el calor de su cuerpo.

—Es cierto, aunque esta vez igual tengo que utilizar armas de chica desvergonzada.

—Calla, niña —me regañó al borde de la carcajada—. A ver si te crees que yo no he tenido diecisiete años.

—Casi dieciocho, tata.

—No hasta dentro de dos semanas, mocosa.



Resopló ruidosamente nada más descubrir que era yo quien había aporreado su puerta.

—¿Qué haces aquí? —Su voz modulada arrastraba un tizne de contrariedad.

Inspiré una profunda bocanada de aire.

—He venido a disculparme, a que hablemos como personas civilizadas de lo que ocurrió y por qué ocurrió, porque por encima de tu dolor y de mi culpabilidad seguimos siendo nosotros. Y si ahora mismo me dijese que me fuera, me iría... pero tú en el fondo no quieres eso, Darío, por muy dañado que estés —liberé de carrerilla lo que durante dos días había estado rumiando, y si bien no me cerró la puerta en la cara, tampoco vi derretirse un mínimo la pared de hielo que ahora revestía el bonito azul de sus ojos. Aspiré un gemido; allá iba el segundo asalto—. Necesito que me abracés de nuevo, tener la

certeza de que lo que hay entre nosotros no es otra de tantas mentiras. Necesito que esto sea real, ¿no lo entiendes? Te necesito a ti.

La impasibilidad que mostraba provocó que un sollozo me agitase desde dentro. Noté la carga en mis párpados y me prohibí pestañear para no romperme delante de él. Porque no era lástima lo que quería causarle. No permitiría que fuesen mis lágrimas calientes las que derritieran ese muro de hielo desde el que me observaba. Y así permanecemos no sabría decir con exactitud cuánto, mirándonos fijamente con los labios precintados.

Cuando ya creía que definitivamente nos habíamos perdido e iba a darme la vuelta para marcharme, cerró los ojos con fuerza unos segundos y, al abrirlos, la frialdad que habitaba en ellos había desaparecido.

—Anda, ven aquí. —Tirando de mi muñeca, me arrastró al cobijo de su cuerpo y se abrazó a mí con anhelo.

Y por fin pude respirar contra su pecho ese aroma, mitad dulce, mitad salado, que pertenecía a él, pero a un tiempo sentía mío desde aquella primera vez que lo besé. Porque fui yo quien lo besó aquel día, quien se arrojó a su boca con descaro y sin temor dando inicio al sentimiento más maravilloso que había experimentado en la vida. Ese recuerdo duplicó mi fortaleza y rechazó toda posibilidad de que hubiésemos gastado nuestro cupo particular de besos. Yo escribí la palabra «comienzo» aquella primera vez que me colgué de su cuello. Así que volví a hacerlo, me aferré a su nuca y, aprovechando el factor sorpresa, me estrellé contra sus labios.

«Nuestro final no está escrito», me repetí una y otra vez.

Darío gruñó en mi boca, en una mezcla de excitación y desacuerdo. Gruñido que derivó en un gemido atormentado tan pronto se rindió a la electricidad que zigzagueaba entre nuestros cuerpos.

—Te necesito, Darío.

Mi susurro pesaroso se deslizó entre sus labios al profundizar ese beso que había nacido inseguro, y sin darme cuenta de cómo, estábamos en el interior de su casa y mi espalda se apretaba contra la pared como consecuencia de su cuerpo aprisionando al mío.

Hicimos el amor allí mismo, de un modo desesperado, apoyados en la superficie vertical de una de las paredes del pequeño recibidor sin apenas desvestirnos. Él no dejó de besarme, de beberse cada suspiro o gemido que mis labios arrastraban al exterior. Y en ese silencio no apalabrado, tan solo quebrado por el murmullo de nuestras hambrientas

bocas, supe que Darío también me necesitaba a mí. No hubo

declaraciones por su parte como las había habido por la mía, pero no existía nada más explícito que el reclamo y la urgencia que revelaba todo su ser para saber de esa necesidad que yo misma padecía.

Fue implacable el tiempo que nuestros cuerpos estuvieron unidos, arremetiendo casi con ferocidad una vez tras otra. Sin descanso. Sin que las piernas le cedieran. Sin rendirse a la fatiga hasta que yo grité mi orgasmo en su boca y el gruñó el suyo en la mía. Y así, sin resuello, con las respiraciones agitadas y los músculos temblorosos, acuné su cara y lo miré a los ojos.

—Perdóname por estropear lo nuestro. Nunca quise que te hicieran daño, Darío. Yo te quiero... y cargaría sin pensarlo con todo el dolor que te he causado. Pero no puedo hacerlo porque no es posible, así que solo me queda pedirte perdón y lo haré mil veces si hace falta.

—Dejemos de darle vueltas a lo que ocurrió —me pidió tras dejar un beso fugaz en la punta de mi nariz.

—¿Eso significa que me perdonas?

Darío hundió la cara en mi cuello y aspiró en profundidad.

—Te he perdonado nada más verte en mi puerta con esa carita de culpa que traías. Te he vuelto a perdonar cuando has empezado a hablarme. Y también lo he hecho ahora, aquí contra la pared. ¿Acaso te quedan dudas? — Sentí su sonrisa en la piel de mi garganta—. Porque si es así, en cuanto me haya recuperado un poco, hago el esfuerzo de perdonarte de nuevo.

Lo abracé con ansia desmedida, degustando la complicidad que él acababa de hacer resurgir entre ambos.

—No es tanto lo que ese tío me hizo a mí, Silvia. —Esa vez su tono fue solemne—. Es por cómo les afectó a ellos; sobre todo a los Reyes. Lo que le ocurrió a Rebeca aquella noche nos rompió a todos de algún modo y no creo que lo superemos nunca por completo, pero, joder, Aarón y Samu eran sus hermanos...

Qué situación tan alentadora se vislumbraba ante mí: yo, ocultando nuestra relación a mi mundo porque me constaba que jamás le aceptaría, y él ocultándose al suyo porque, gracias a mi imprudencia, ahora me rechazaban.

—Me merezco su odio —musité con un cierto deje de resignación.

Darío se inclinó hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

—Nadie te odia, pequeña. Solo están jodidos y te aseguro que se les pasará.

—Eso no puedes asegurarlo.

La sonrisa que rozó la comisura de sus ojos provocó a mi corazón un

latido extra.

—Te convencerás de ello la próxima vez que los veas, cuando Ángel te suelte alguna de sus payasadas y Aarón te haga una demostración de lo salido que está.

—Sé que lo harán por ti, sí —pensé en voz alta con un atisbo de sonrisa. Él, en respuesta, elevó las cejas sin comprender a qué me refería—. Lo que quiero decir es que los veo muy capaces de soportar mi presencia solo por verte feliz, porque hasta la fecha han demostrado que su prioridad es que tú estés bien.

Y no me cabía la menor duda de que así sería, lo que ocasionó que me sintiese aún más culpable.

Darío se ciñó más a mi cintura e hizo que nuestras frentes se apoyaran la una en la otra.

—Sí, harían lo que fuese por verme feliz, pero te equivocas si piensas que disimularían una mierda de no soportarte. Todos ellos han visto el cambio en mí, lo que tú me has hecho ser de nuevo.

—Lo único que yo he hecho ha sido quererte.

—Pues ahí lo tienes, Silvia, ¿o crees que son más idiotas de lo que ya dan a entender? Ellos me han visto vivir estos últimos meses, cosa que no he hecho desde hacía años, y eso les basta no solo para aceptarte, sino para quererte como a una más de nosotros.

Lo amaba. Así de simple y sencillo.

—Dime en qué piensas —solicitó al ver que yo no decía nada.

—En nosotros. En ti y en mí y en lo poco que me importa el resto del mundo cuando estoy así contigo. Aunque reconozco que es bonito escucharte decir que a esos amigos tuyos que parecen armarios no les supone un problema incluirme como parte de sus vidas.

Una sonrisa mal disimulada se asentó en el vértice de su boca, justo en la comisura derecha.

—El único armario es Samu y a él ya lo tienes en el bote. Los otros dos capullos son tan normales como yo.

—Ninguno de vosotros puede considerarse normal, y lo digo en el buen sentido.

La comisura derecha de sus labios tiró de nuevo hacia arriba. Y ahí fueron a parar los míos, a ese bonito ángulo de unión que de forma involuntaria delataba lo que le satisfacía mi halago.

Lo besé con todo mi ser al completo, queriendo aprovechar al máximo

cada segundo de cada minuto de cada hora en su compañía. Y él me obsequió del mismo modo dirigiendo nuestros cuerpos torpemente al interior de su habitación, donde, a base de caricias aderezadas con besos, borramos la culpabilidad y la decepción que nos habían hecho ser débiles hasta el punto de habernos mantenido alejados durante tres largos meses.



—¿Cuándo podré verte de nuevo?

Aunque el manto oscuro de la noche decorado con miles de estrellas nos envolvía, Darío había estacionado el coche a una distancia prudencial de mi casa. No lo hizo porque hubiéramos escarbado mucho en los distintos inconvenientes que pudieran surgir, más bien se trataba de un pacto no pronunciado donde cada cual había interiorizado como prioridad salvaguardar nuestra relación de la manera que fuese, y el mantenernos alejados de miradas maliciosas solo era una precaución más.

—En cuanto me sea posible volveré a la Asunción. Quizá a mitad de semana logre inventarme una buena excusa para hacerlo. Yo te aviso al móvil, ¿vale?

—Menuda mierda —protestó en un tono bajo, como si el objetivo de su queja no fuese que yo la escuchase.

No obstante, lo hice, y no podía estar más de acuerdo con él. Nuestra situación era una auténtica mierda, sí.

De pronto, se me quedó mirando pensativo, movió los labios como para decir algo y al instante los selló.

—¿Qué ocurre, Darío?

—Nada, es una gilipollez.

Pero por el golpeteo incesante de sus dedos en el volante, supe que para él no lo era, de modo que le insistí.

—Dímelo, venga.

Chasqueó la lengua y luego resopló.

—Mira, Silvia, sé que ese tío no nos lo va a poner fácil, sobre todo a ti. También sé que tuviste algo con él y que no fue un pasatiempo. Por otro lado, he observado que tú... Bueno, que lo disculpas en cierto modo y... Joder, como siga hablando la cago fijo.

—Suéltalo, Darío, no te lo quedes dentro —le pedí con voz suave.



—Es de idiotas que después de lo de esta tarde, de haber compartido contigo mucho más que sexo, me coma la cabeza con la idea de que aún puedas sentir algo por él, por insignificante que sea.

Así que era eso, la duda de cuánto significaba Nicolás para mí y de si estaba por encima de lo que significaba él, aunque lo hubiese expresado de otro modo.

Tomé su rostro entre mis manos y lo besé por el simple placer de hacerlo.

—No voy a negarte que lo quise —susurré contra su boca—. Puede que en algún momento incluso como algo más que amigo. Pero nunca llegué a amarlo y ahora lo sé, porque lo que sentí por Nico no puede compararse a lo que siento por ti. Es que ni se acerca, Darío.

Y volví a besarlo. No para convencerlo. No para sellar nuestra despedida ni infundir esperanza a nuestro nuevo comienzo. Lo besé porque me apetecía, porque era lo único que quería: experimentar la maravillosa intoxicación etílica que me nublaba el sentido cada vez que su boca hacía contacto con la mía.

Estuvimos comiéndonos a besos alrededor de media hora. Sin ir más allá. Yo enmarcando su rostro con mis manos y él paseando sus dedos por la piel de mi cuello.

Al separarnos, deslizó el pulgar por mi labio inferior y ese simple roce me escoció, resultado de la fricción sin tregua de su incipiente barba.

—Joder, mira cómo te he dejado —musitó con las pupilas ancladas a mi boca—. Lo siento, pequeña.

—Pues yo no. Y espero que sigan irritados hasta nuestro siguiente encuentro, porque será un bonito recordatorio de a lo que no estoy dispuesta a renunciar.

Sonrió de medio lado y, tras premiarme con un pico fugaz, salió de su coche y corrí hasta casa.

Me giré con la llave encajada en la cerradura y sonreí a la noche, segura de que él me estaba viendo, pero al atravesar la puerta, mi sonrisa bobalicona se congeló en una mueca tirante que terminó apagándose al reparar en la maleta que reposaba a los pies de la escalera.

Mis ojos recorrieron con urgencia el amplio recibidor hasta detenerse en los tres rostros severos que me observaban; sin embargo, lo que me disparó el pulso fue ver a mi tata con la cabeza gacha y las manos unidas a la altura del pecho tras las erguidas figuras de mis padres y Nicolás.



## Palabra de Reyes

### *Darío*

Convertido prácticamente en un esclavo del móvil a la espera de esa notificación que no llegó, la semana pasó de largo. Y ya estaba un tanto hasta los huevos de pasarme la vida esperando.

—¡Hombre, Darío, me tenías preocupado!

—Qué pasa, Paco.

Saludé al dueño del bar sin muchas ceremonias mientras cruzaba un segundo la mirada con el hombre que ocupaba la esquina al final de la barra.

—Eso tendría que preguntártelo yo, ¿no?: que qué pasa para no dejarte caer por aquí en tanto tiempo. ¿Es que la última vez encontraste algún pelo en una de mis tapas?

Fue imposible no reírme ante la salida de Paco.

—Solo he estado ocupado. Además, te recuerdo que hace años que estás calvo.

Él se rio de vuelta.

—Al fondo tienes a estos. —Me indicó con un movimiento de cabeza al que respondí con un asentimiento—. Venga, Robles, tira para casa que bastante alpiste le has metido ya al cuerpo esta noche —oí que decía a mi padre conforme yo me dirigía a la mesa que Ángel y los Reyes ocupaban.

Ciertas costumbres no cambiaban, aunque hacía años que habían dejado de ser problema mío.

Nada más tomé asiento, ya tenía frente a mí un tubo de cerveza bien fría y unas bravas humeantes sin siquiera haberlas pedido. Todo porque Paco era un

tipo cojonudo que conocía los gustos y preferencias de cada uno de sus clientes. Una pena que su negocio lo obligara a aguantar a borrachos reincidentes como el que en esos momentos salía tambaleándose por la puerta.

—¿Celebramos algo? —preguntó Ángel sin darme tiempo a darle un trago a la bebida.

—¿Que cada día eres más capullo? —solté de vuelta sabiendo a qué se refería.

Hacía más de un mes que no me reunía con ellos los viernes después del trabajo y esa era su manera de hacerme saber que se alegraba de verme allí.

—O que tú te estás haciendo viejo antes de tiempo —contraatacó encogiéndose de hombros.

—¿Viejo? ¡¿En serio has dicho eso?! —Al mayor de los Reyes no le faltaban motivos para darse por aludido puesto que nos superaba a todos en edad—. Aquí los años no tienen nada que ver con que el rancio este no eche un polvo más a menudo. ¿Desde cuándo no follas, Darío?

Sí, definitivamente ciertas cosas jamás iban a cambiar, como las mentalidades de ese par de idiotas que no terminaban de madurar.

—Pues no te creas que hace tanto.

—Define ese «tanto», que me da que para ti el corte temporal no tiene el mismo significado que para el resto de los mortales.

—Desde el sábado pasado, Aarón —dejé salir junto a un suspiro—. Y en realidad fueron dos.

—¡Coño, que esto se pone interesante!

Ángel reclinó medio cuerpo sobre la mesa para no perderse detalle.

—Ni lo sueñes, esto es todo cuanto voy a decir.

—¡Venga ya, Darío! —Su queja fue acompañada por un golpe seco de la palma de su mano en la superficie de metal—. No puedes soltarnos una bomba así como si nada y después privarnos de los detalles. ¿Fue con Silvia? Al menos podrás decirnos eso, ¿no? Aunque conociéndote la pregunta sobra.

—Fue con ella, sí —les confesé—. Apareció en mi casa para disculparse por... Bueno, por lo que ya sabéis. Y una cosa llevó a la otra... Y... ¡Joder, cómo no iba a perdonarla!

—Me alegro de que lo hayáis arreglado —declaró Samu con sinceridad.

—Sí, tío, yo también me alegro. La noche que pasó aquello, cuando la acercamos a su casa, se veía realmente jodida y encima, *el bocas* este, se pasó tres pueblos con ella.

Mi atención se desvió al mayor de los Reyes, solicitándole sin palabras

una explicación.

—¡Me habían tocado los huevos, ¿vale?! Lo que dijeron esos capullos me dolió.

—Como a todos —subrayó su hermano.

—Sí, joder, lo sé, y no estuvo bien que me desquitase con ella.

—No, no lo estuvo. Ya tenía bastante con que este idiota la despachara como la despachó. —El idiota al que Ángel se refería era yo—. Solo es una niña, ¿no lo veis? Y su intención no era otra que evitar que fueran contra Darío, por muy mal que le saliera la jugada. Que a mí me jodió igual que a todos, creo que está claro. Que habría estado dándoles hostias hasta el día del juicio final, eso no hay ni que decirlo. Pero eso no me impide reconocer que la intención de Silvia no fue el hacernos daño.

—Relájate, macho, que desde esa noche estás conmigo a la que salta, recordándome cada vez que se te presenta la ocasión lo gilipollas que fui. Ya te he dicho que en cuanto vuelva a verla me disculparé. —Aarón giró el cuello y fijó sus ojos en mí—. No tengo nada en contra de ella, Darío, créeme. De verdad que me alegro de que lo hayáis solucionado.

Me reservé que lo de *solucionado* estaba aún por definir, ya que esa llamada que aseguró que me haría para vernos de nuevo no se había producido. Pero ya continuaría en casa dándole vueltas a eso, ahora lo que me apetecía era olvidarme de todo por un rato y nadie mejor que ellos para aparcar las penas.

—No os preocupéis —dije para ponerle fin a esa especie de preocupación que parecían tener por cómo se sintiese Silvia—. Ella no os lo tiene en cuenta y lo sé porque me confesó que no le parecemos hombres normales; en el buen sentido de la palabra, claro. —Sonreí alzando mi vaso—. Y que eso lo piense de cuatro capullos como nosotros, sí que se merece un brindis.

Brindis que no se hizo de esperar.

—Estoy orgulloso de ti. —El asomo de sonrisa que Aarón trató de disimular vaticinaba una de sus típicas salidas—. Que los tíos de la barriada no somos hombres normales es un hecho incuestionable, pero, joder, Darío, tú has tenido que apretar el culo acojonantemente bien para que una pija se haya dado cuenta tan rápido. —Ahora fue él quien alzó su vaso—. Por ti...

—Mira que eres imbécil —farfulló Samu viéndolo venir.

—... Por conseguir que una niña de alta cuna pierda la cabeza con nuestro brutal movimiento de caderas.

Ángel y yo rompimos en carcajadas; e incluso su hermano terminó por contagiarse. Pero ¿quién no lo haría cuando de su boca solo salían paridas?

—No todo tiene que ver con cómo apretamos el culo aquí en la barriada —aseguré, riéndome aún.

Si Silvia nos tenía adjetivados de ese modo, tan solo se debía a que estaba acostumbrada a tratar únicamente con ciertos *personajes* que circulaban por su mundo.

—Claro que tiene que ver —insistió él—. Si no, que le pregunten a mi pelirrojilla.

Apreté los labios para que la sonrisa que tiraba de ellos no me delatase; era mi turno de devolvérsela.

—No sé yo si a Carol le haría mucha gracia saber que vas aireando por ahí vuestras intimidades.

—Ya, bueno, pero ella no está aquí, y yo, al contrario que tú, no tengo ningún problema en instruir a un buen amigo en las artes amatorias para que deje a su chica con los ojos en blanco la próxima vez que esté con ella —declaró pagado de sí mismo antes de darle un buen trago a su cerveza; trago que le iba a venir que ni pintado.

—Hazlo y te corto los huevos.

Aarón dio tal respingo en la silla, y su expresión de alarma fue tan cómica, que nos doblamos por la mitad.

Él, situado de espaldas a la puerta, no había visto entrar a las gemelas y ahora tenía a Carol inclinada sobre su hombro con intención de arrancarle la yugular.

—¡Qué sorpresa, pelirrojilla! —Girándose en su asiento, esbozó una inocente sonrisa que le ocupó la cara y que además estaba adornada con espuma de la cerveza coronándole el labio superior—. ¿No vas a darme un beso?

Un bofetón por su monumental cagada era lo que iba a terminar dándole Carol si se seguía pasando de listo, y el muy idiota lo sabía tan bien como lo sabíamos los demás.

—Anda y límpiame el bigote, marrano. Que eres un marrano te mire por donde te mire —le espetó ella sin delicadeza alguna consiguiendo que nos descojonásemos de nuevo.

Aarón, sin borrar aquella estúpida sonrisa ni ofenderse por nuestras carcajadas, se pasó la lengua por el labio.

—¿Mejor así? —Carol asintió con un movimiento seco de cabeza—.

Pues ven aquí y dame un beso.

Y sin que lo viera venir, la agarró por la nuca y la estampó contra su boca.

—Me alegro de verte, Darío.

Marta me dio un beso en la mejilla y después besó a Ángel en los labios antes de sentarse entre los dos.

Observé cómo mi amigo contemplaba con ojos brillantes su cara salpicada de pecas y sentí un pellizco retorcido en la boca del estómago por lo que todos ellos tenían. Había visto mil veces ese mismo brillo en los ojos de Samuel cada vez que miraba a mi hermana; lo estaba viendo en Aarón justo en aquel instante. Ese jodido brillo tenía nombre y yo sabía muy bien cuál era, sin embargo, ellos nunca podrían apreciarlo en mis ojos como yo lo apreciaba en los suyos porque la persona que tenía el poder de sacarlo al exterior jamás compartiría con nosotros un momento como el que estábamos viviendo. Yo no podría darle a Silvia un sencillo beso sentados a la mesa de un bar en compañía de mi gente.

—Parece mentira que, con lo vacilón que eres, una sola frase de Carol haga que te cagues encima.

El comentario que Ángel lanzó al mayor de los hermanos Reyes me alejó de aquellos pensamientos derrotistas.

—Carol hace que me cague hasta yo —apuntó Samu al tiempo que se acababa la cerveza y se ponía en pie—. Me voy a casa, que quiero pillar a Rebeca despierta.

—Pero ¿a quién quieres engañar, capullo?! Tú por lo que te mueres es por no pillar durmiendo a la madre. —Aarón dio voz a algo que era más que obvio para los presentes.

Centré mi atención en Samu y vi cómo las comisuras de sus labios tiraban imperceptiblemente hacia arriba y otro jodido pellizco que se escapó a mi control me retorció las tripas.

—Yo también me voy —anuncié arrastrando con fuerza la silla al levantarme.

—Paco, lo de Darío y lo mío lo palman los dos payasos.

Escuché las quejas de Ángel y Aarón a nuestras espaldas justo cuando salíamos del bar.

Samu y yo caminábamos en silencio, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos, sin sentir ningún tipo de incomodidad ante la ausencia de conversación. Pero al llegar a la esquina donde nuestras direcciones se

separaban, en lugar del esperado «nos vemos, tío», me sujetó por el brazo e hizo que me detuyese.

—Dime ahora mismo por qué ahí dentro tu careto ha cambiado de «me lo estoy pasando de cojones» a «estoy masticando mierda de perro».

Dejé ir un resoplido; mitad rabia, mitad lamento. A él no se le pasaba por alto un detalle por mínimo que fuera, y más si ese puto *detalle* tenía que ver conmigo.

—No estoy en mi mejor momento, Samu.

—Eso lo tengo claro, lo que quiero saber es por qué. Vamos, dime qué coño pasa.

Sopesé por unos segundos si revelarle esa parte recién descubierta tan macabra de mi persona.

—Pasa que me gustaría tener lo que vosotros tenéis, que ella perteneciese a la Asunción y estuviese de forma perenne en mi vida. De ese modo todo sería más fácil, ¿sabes? Y no sentiría esta envidia que a veces siento cuando os observo. Porque no quiero sentirme así, Samu. Es una sensación de mierda.

Le vi apretar la mandíbula mientras calibraba qué responderme.

—Tu hermana fue a verla, a decirle que merecía la pena que luchase por ti. Y ella lo está haciendo, está luchando como puede porque ve en ti lo mismo que vemos todos.

Ni que decir tiene que ante aquella información de la que no tenía conocimiento mis latidos se detuvieron para al segundo acelerarse de pura rabia.

—¿Y qué veis en mí, Samu? ¿Al amargado que respira por respirar y se deja llevar por la vida, o al tío que vivió ocho años encadenado a un recuerdo? Dime, ¡¿qué cojones veis?! —rugí, quebrando el silencio que nos rodeaba.

—A un hombre que ha caído infinidad de veces y siempre se ha levantado siendo un poco más fuerte. A un tío que se ha pasado la vida preocupándose de los demás antes que de sí mismo. Te vemos a ti, capullo, al que por más que ha sido apaleado continua en pie de una pieza. Silvia solo ve lo mismo que vemos todos, a alguien que merece la pena de verdad, así que no me toques los huevos.

Sus palabras me golpearon de lleno e hicieron desaparecer mi cabreo. Porque sabía que eran ciertas, que le habían salido del corazón.

—Es la hostia de bueno saber que estáis ahí para mí.

—Siempre —dictaminó—. ¿Acaso alguna vez lo has dudado, gilipollas?

Sin añadir nada más, dobló la esquina y desapareció en la oscuridad.

Ese fin de semana estuve rumiando como un camello lo que Samu me había dicho y terminé de ver con lógica que mi hermana diese aquel paso para ayudarme. Era inevitable que ella se preocupase por mi bienestar tanto como yo me preocupaba por el suyo, para algo estaba la familia, ¿no? Joder, incluso Silvia estaba esforzándose porque lo nuestro saliese adelante. En definitiva, todos estaban luchando por mí y ya era hora de que yo también le echara huevos a la vida.



Cuando el lunes terminé mi jornada laboral ya tenía la decisión tomada, así que, en lugar de conducir hasta la barriada, me fui directo a aquella casa donde no era bien recibido dispuesto a averiguar qué cojones había pasado para que ella no se pusiera en contacto conmigo. Pero ni tiempo tuve de apagar el motor del coche cuando recibí una llamada que me partió por la mitad.

Jodido.

Ahora sí que estaba bien jodido, de mierda hasta el cuello.

Entonces, el final de nuestra última conversación acudió a mi mente como una luz de salvación.

«Es gratificante saber que estáis ahí para mí».

«Siempre. ¿Acaso alguna vez lo has dudado, gilipollas?».

Mi intención desde un principio había sido la de mantenerle al margen, pero en ese momento, con el móvil de nuevo pegado a la oreja, no me paré a pensar en los posibles daños colaterales dispuesto como estaba a ponerle de una puta vez solución a mi vida, aunque para ello me viese obligado a actuar como un auténtico kamikaze.

Nada más ponerlo al tanto de lo que tenía pensado hacer y de lo que quería que él hiciese, le oí farfullar una sarta de palabrotas.

—Samu, solo sigo tu ejemplo. Ya me he cansado y no pienso conformarme más con la mierda que me ofrece la vida.

—Maldita sea, Darío, esto va a estallarnos en la cara. Que tú pienses que la jugada pueda salirnos de puta madre no significa que nos salga.

—Si dejas que lo lleve a mi modo, tenemos una oportunidad. —Exhalé el resto de aire que quedaba en mis pulmones para volver a llenarlos en profundidad—. Dame tu palabra de que, pase lo que pase, te mantendrás al



margen.

—¡Me cago en mi puta estampa! ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? ¿Te haces siquiera una idea?

—Claro que me hago una idea, pero confío en ti y sé que cumplirás.

Me obsequió con otra sarta de impropiedades prácticamente inaudibles, hilados unos con otros, antes de mascullar:

—Tienes mi jodida palabra.



## En la densidad de una lágrima

### *Silvia*

En cierto modo me compadecí de la imagen que me devolvió el espejo; con seguridad mi madre se sentiría satisfecha al apreciar mis ahora poco pronunciadas curvas resaltadas con timidez bajo el vestido ajustado en color malva que ella misma había elegido para la ocasión.

En cuestión de un par de semanas había perdido al menos cinco kilos y no precisamente por habérmelo propuesto. Desde la última noche que estuve con Darío, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados y no para bien. Aquella maleta al pie de la escalera continuaba grabada en mis retinas, y la visión de su desconsolado semblante se me había enquistado en el corazón.

—Tata —susurré a los ojos velados que me observaban desde el espejo; los únicos que allí había; los míos, mientras los recuerdos que no me abandonaban ni un solo segundo golpeaban mi mente.

*Los ojos de Silvia se desplazaron con incredulidad de la maleta a Isabel y viceversa varias veces. Sus padres y Nicolás se encontraban a las puertas del despacho y la observaban con severidad, pero ella tenía toda su atención puesta en su tata, que se hallaba unos pasos por detrás de estos y parecía muy afligida.*

*Silvia era incapaz de descifrar el significado de aquella estampa. ¿Qué hacía Nico allí a esas horas?, ¿qué había tras la mirada intransigente de sus padres? y lo peor ¿por qué su tata se veía tan abatida?*

*Centró de nuevo sus ojos en la maleta esforzándose en encontrarle una*

*explicación, sin embargo, no fue hasta que las palabras que brotaron como veneno de los labios de la mujer a la que se obligaba a llamar madre que entendió la situación.*

*—Coge tus pertenencias de una vez y márchate de esta casa.*

*Ahí fue que el corazón se le rompió y no porque la orden fuese dirigida a ella, cosa que le habría dolido sin duda menos, sino porque su madrastra estaba despidiendo a Isabel.*

*Silvia notó que su respiración se tornaba trabajosa; pretendían arrebatarle el único bienpreciado de su deprimente vida; todo lo bueno que conocía desde su infancia se acumulaba ahora en el interior de aquella simple y desvencijada maleta.*

*Una sucesión de imágenes acudió a su memoria trayendo consigo los momentos más significativos que durante años había tenido la suerte de compartir con aquella mujer a la que quería como a una madre. Recuerdos que derramaban cariño, rebosantes de comprensión y complicidad compartida. Recuerdos de aroma a vainilla, de masa esponjosa de harina con trazos de naranja o limón. Recuerdos de besos depositados en su frente con la mayor de las ternuras y de mil regañinas en susurros que transmitían amor.*

*Un sollozo le agitó el pecho al ser consciente de que se creían con el derecho de separarlas y que desde ese momento en adelante solo podría aferrarse a sus recuerdos cuando la necesitase.*

*—Papá —gimoteó implorante, dando un paso en su dirección—, no puedes permitirlo, ella es como una madre para mí.*

*—Mi decisión es inamovible, Silvia. —Y sin mirar siquiera a Isabel, la mujer que antaño sacrificó y renunció a su felicidad para suplir las carencias afectivas que él no supo darle, añadió—: En unos días te haré llegar el finiquito.*

*«Pero ¿dónde?», pensó ella. ¿Dónde se suponía que iba a vivir su tata si su casa era aquella?*

*—Papá, por favor, te lo suplico.*

*—Miguel, piensa por una vez en tu hija. —Isabel, en un último intento, apeló a su conciencia al ver cómo su marcha estaba afectando a su niña—. Piensa en lo que diría su verdadera madre si fuese testigo del daño que le vas a hacer.*

*El señor Haro clavó sus gélidas pupilas en ella.*

*—Su madre, a todos los efectos, está justo aquí, a mi lado. Es mi*

*esposa, la señora de esta casa y sus peticiones son las únicas a tener en cuenta por mí, ¿te queda claro? Así que ahórrate la insolencia y márchate ahora mismo tal y como te ha ordenado.*

*Aquellas palabras fueron una sentencia en firme para ambas, no había nada que ninguna pudiese hacer.*

*Isabel irguió la espalda, alzó la barbilla y pasó entre ellos en dirección a la escalera, donde descansaba toda su vida en el interior de la pequeña maleta. Interiormente se sentía destrozada, como si le hubiesen arrancado el corazón de cuajo, pero no pensaba darle la satisfacción a esa gente de que vieran cuánto y cómo le dolía.*

*—Tata, no... no te vayas. —Sin poder contenerse más, Silvia se abrazó con fuerza a su cintura—. No me dejes —le rogó en medio de un llanto desconsolado que terminó de partirle el alma.*

*—Tranquila, tesoro —le susurró, besándola en la frente—. Tú misma lo dijiste, no vas a ser una niña eternamente.*

*Se desprendió con suavidad de los brazos de la chica, agarró el asa de la maleta y avanzó con determinación hacia la salida.*

*—Te arrepentirás de esto, Miguel. Pero ni ella ni yo estaremos aquí para verlo. —Isabel escupió con voz clara aquel presagio antes de cerrar la puerta a su espalda.*

*Silvia pudo advertir el instante preciso en el que su alma se cuarteó en mil fragmentos diminutos.*

*Entonces su pensamiento voló hasta Darío, hasta su alma resquebrajada, y trató de convencerse a sí misma de que esos pedazos rotos podían unirse de nuevo. La prueba la tenía en que su amor por él había actuado como un potente adhesivo, sanándole el interior.*

*Suspiró.*

*Gracias a él, ella también sanaría. Darío soldaría cada una de las grietas que su propia familia había abierto, y deseó con cada latido de su corazón que los días transcurriesen deprisa para abrazarse de nuevo a su cintura y hundir la nariz en su cuello. Porque junto a él todo volvería a estar bien. A Darío nadie podría echarlo de su vida, su familia no tenía ese poder.*

*Ese pequeño brote de esperanza desplegó unas trémulas raíces que tan solo llegaron a acariciar la zona más superficial de su pecho, ya que Nicolás las arrancó de cuajo al exponerle sin ambages las medidas que sus padres habían acordado tomar con el fin de enderezar el retorcido camino*

*que, según ellos, había elegido.*

*Le habían planificado el futuro más próximo sin su consentimiento, tomando decisiones de vital importancia para ella sin siquiera consultarle. La que era su familia acababa de sellar su destino, aniquilando cualquier esperanza que pudiera existir, por minúscula que fuese.*

*Notó cómo una solitaria lágrima descendía por su mejilla; la última que derramaría en mucho tiempo, porque en la densidad de tan insignificante volumen se hallaban las trémulas raíces, ahora marchitas, de un deseo que jamás vería cumplido.*

Cansada de contemplar mi frágil reflejo en el espejo, cerré los párpados con fuerza en un vano intento de aportar humedad a unos ojos que parecían haberse secado, pero ni una maltrecha lágrima acudió a ellos. Nada. Me sentía tremendamente sola, como nunca antes me había sentido, y ni por esas era capaz de llorar.

Al abandonar mi habitación me concentré en la difícil tarea de guiar mis pasos a través del infinito corredor, dejándome ir en modo piloto automático. «Un pie delante del otro. Un pie delante del otro. Un pie delante del otro», hacía eco en mi cabeza. Sin embargo, en cuanto comencé a descender las escaleras y el murmullo que provenía de la planta baja tomó protagonismo, me vi empujada a ese rincón apartado al que todos los que esa noche se encontraban allí consideraban que pertenecía.

Los hipócritas que me habían visto crecer dejaron de hablar de banalidades y fijaron sus miradas en mí cuando entré al salón; una treintena de pares de ojos, por desgracia conocidos, que desprendían un brillo tan despótico como lo eran sus caras vestimentas, elegidas con esmero para la fiesta.

Mi fiesta.

Una fiesta por todo lo alto para celebrar que yo, Silvia Haro, cumplía la mayoría de edad.

Una gran farsa para enmascarar esa libertad de la que me habían privado de la forma más ruin.

Pasadas las once y media de la noche, cuando las charlas superfluas de todas las arpías que allí se reunían se distendieron al tiempo que las negociaciones de los arrogantes varones de la alta sociedad comenzaron a fluir, tuve la oportunidad de escapar por unos minutos.

Encontré a Dani sentada en la sofisticada María Antonieta que decoraba

el receptor con cara de idénticas circunstancias a la que debía tener yo.

—¿Qué haces aquí tan sola?

—Dejando correr el tiempo, ¿qué si no?

No negaré que su indiferencia me dolió en lo más profundo, sin embargo, ella era la única persona del lugar con la que realmente me apetecía dialogar.

—Entiendo que quieras escapar de todo esto, yo misma saldría corriendo si pudiera.

—No quiero escapar, Silvia, quiero estar justo donde estoy ahora. Bueno, y también evitar cualquier roce, por fortuito que sea, con esa panda de cretinos.

Me descuadró su modo de actuar. Por un lado, no quería mezclarse con ellos y por el otro, parecía que no le importase un pimiento el auténtico motivo de la engañosa fiesta.

—No lo entiendo, Dani —le confesé al fin—. No te veo ni un poquito afectada por lo que me van a obligar a hacer.

Ella sabía la historia, la había oído salir de mis labios mientras me consumía la impotencia y la resignación se instalaba victoriosa en mí. ¿Cómo podía estar tan tranquila?

La observé severamente esperando una explicación que no me dio. Lo que sí hizo fue hurgar en una herida que no cicatrizaría jamás.

—Eres una idiota por renunciar a Darío con la misma facilidad con la que yo renuncié a Fabián. Tú mejor que nadie sabes lo mal que lo pasé, que aún lo paso, y ni por esas sacas un poco de ese coraje tan reivindicativo que sé que tienes.

—Lo hago por la misma razón que lo hiciste tú, así que no tienes ningún derecho a reprocharme nada. Sabes que, si me niego a obedecerles, aunarán fuerzas e irán contra él. Renuncio porque lo quiero muy por encima de mí y porque nadie más que él se merece ser feliz.

Ahí tenía la cruda verdad. Haría cuanto estuviese en mi mano por Darío con tal de mantenerlo al margen, aunque con ello renunciase también a mi felicidad.

—No es ningún debilucho, Silvia —siseó con cierto tinte de indignación—. Darío es fuerte y lo que le ha ocurrido en la vida solo ha conseguido fortalecerlo más. Has olvidado que está acostumbrado a tenerlo todo en su contra y por eso mismo es muy capaz de enfrentarse al mundo y salir victorioso, parece mentira que no lo veas.

—Contra ellos no tendría esa posibilidad, Dani, ¿no lo entiendes?

—Ellos, como tú los llamas, tendrán poder, pero él cuenta con unas pelotas enormes. —Mis párpados se abrieron con sorpresa—. No pongas cara de lela cuando lo único que he hecho ha sido parafrasear lo que él mismo te dijo: que a los nuestros les sobra prepotencia mientras que los suyos de lo que van sobrados es de huevos, ¿o no lo recuerdas? Y perdona que te diga que, a mi parecer, Darío los tiene muy bien puestos —sentenció para mi más absoluto asombro.

Nos sonreímos por primera vez esa noche.

—Eso no cambia nada —murmuré cogiendo sus manos entre las mías y apretándoselas—. Pero te agradezco este último intento tan directo que has hecho para hacerme cambiar de opinión.

—¿Quién dice que este ha sido mi último intento?

El tintineo de cristales zanjó nuestra conversación sin que pudiese preguntarle qué significaba aquello.

—Silvia, acércate, por favor. —Nico reclamaba mi presencia; el tiempo se había precipitado inclemente sobre mí.

Miré de nuevo a Daniela, notando cómo el terror se asentaba en mis ojos, pero ella estaba concentrada en la pantalla de su móvil, donde se iluminaba la hora: 23:50.

—¿Me acompañas? —murmuré con labios temblorosos.

—Prefiero quedarme aquí —contestó de forma natural sin siquiera mirarme.

Volvió a dolerme que actuara de ese modo, aunque no la culpé por ello; de haber tenido alternativa, yo tampoco querría ser testigo de lo que estaba a punto de suceder.

Avancé hasta llegar donde se encontraba Nicolás, que sostenía una copa de cava en la mano, y permití que atrapara con la que tenía libre una de las mías.

—Bien, Chica Nueva —musitó jocoso junto a mi oído—, el momento ha llegado.

Nico carraspeó para aclararse la garganta a la vez que yo intentaba que la bola instalada en la mía descendiese sin conseguirlo. Se giró de cara a los invitados, y cuando clavé mis pupilas en los ojos de la mujer a la que me obligaba a llamar madre, supe con certeza que mi sino estaba escrito, porque en los suyos podía verse reflejado el triunfo de lo que había estado persiguiendo toda su vida: eliminarme de su camino.

—Gracias a todos por acompañarnos esta noche. —Comenzó su discurso

dedicándoles una sonrisa encantadora—. Y, sobre todo, gracias a Miguel y a Gloria Haro por permitir que sea yo quien os dé esta noticia. Como ya sabéis, el motivo de esta magnífica fiesta es que, en unos minutos, Silvia cumplirá la mayoría de edad, y eso no ocurre todos los días. Pero, además de lo evidente, os quiero hacer partícipes de una sorpresa en alta medida grata para mí. —Vi cómo algunos de los invitados se miraban interrogantes, lo que consiguió que Nico ampliase su triunfal sonrisa y que yo desease que me tragara la tierra antes de que las agujas del reloj marcaran las doce—. Esto que Gloria y Miguel han organizado esta noche me recuerda a aquellas presentaciones que antaño se hacían en la alta sociedad cuando una de sus damas alcanzaba la edad requerida para ser cortejada. Y sí, sé que esa práctica está pasada de moda, fuera de los cánones que conocemos hoy en día y blablablá. Pero si os estoy aburriendo con esta diatriba no es solo con el fin de felicitar a Silvia por sus dieciocho estrenados años, también es porque sus padres han accedido a que termine sus estudios en la mejor universidad del país y que sea yo quien la tutele mientras tanto. —Un «¡oh!» colectivo retumbó en las paredes que nos rodeaban—. No os alteréis, amigos, que ahora viene lo mejor... Tengo el gusto de comunicaros que nuestros queridos anfitriones me han concedido la mano de su única hija. —Las exclamaciones de sorpresa no se hicieron de esperar. Qué ensayado lo tenía, Dios Santo, porque justo en ese momento, el reloj colgado sobre el aparador iniciaba el primero de sus doce toques de péndulo—. Así que... felicidades, Chica Nueva. —Nico dejó un suave beso en mi mejilla que a los presen-

tes enterneció y a mí me quemó la piel—. Aquí, delante de nuestros amigos, quiero felicitarte, además de por tu cumpleaños... —seis oscilaciones de péndulo—, por lo que a partir de esta noche dará comienzo entre nosotros. —Ocho oscilaciones—. De modo que, con el beneplácito de tus padres... —diez— allá va mi petición oficial... —Las dos últimas oscilaciones fueron coreadas por mis fuertes latidos.

—Silvia, cástate conmigo.

Una losa de absoluto silencio lapidó el murmullo de voces envueltas en entusiasmo que había comenzado a alzarse.





## Más que tinta sobre papel

### *Darío*

—Cásate conmigo —repetí, imprimiendo firmeza a mi voz.

Más de medio centenar de ojos atónitos se clavaron en mí, señal inequívoca de que el factor sorpresa había sido cojonudo.

La llamada que recibí de Daniela a primeros de semana fue como una maldita bomba estallándome en las narices; lo bueno fue que, en lugar de desmembrarme, tuvo el efecto contrario y logró ponerme las pilas.

Admito que, en un principio, cuando me dijo que la misma noche que vi a Silvia por última vez despidieron a Isabel y que, en cierto modo, la causa de su despido había sido yo, me sentí fatal. Pero conforme fue poniéndome al tanto de cómo había sucedido y de cómo estaban las cosas en esos momentos, la sangre me empezó a hervir. Al parecer, esa garrapata que tenía por hermano había informado con todo lujo de detalles a los padres de Silvia de quién era yo, aderezando la jodida información con tal cantidad de mierda sobre mi persona que si me resbalaba en lo más mínimo era muy probable que mi careto saliese en los noticieros con un cartel de «en busca y captura». Al muy cabrón le costó bien poco implicar a Isabel en aquella farsa, etiquetándola de ser cómplice de mis sucios fines, que no eran otros, según él, que hacerle una barriga a Silvia para tener acceso a su dinero. Pero ese despojo humano no tuvo bastante con eso, sino que además consiguió sellar su compromiso matrimonial. ¡Los Haro habían entregado a ese hijo de puta embustero la mano de su hija como el que regala un caramelo! Esa gentuza nos estaba robando el futuro y yo no sabía qué hacer para evitarlo. Hasta que Daniela me dio la

solución; descabellada, eso sí, pero una solución, al fin y al cabo. Así que ahí estaba, jugándomelo todo a una carta. ¿Que podía costarme el empleo si me denunciaban ante Romera por haber seducido a la hija de uno de sus clientes? Me la sudaba. ¿Que el gran letrado Martorell haría por llevarme ante los tribunales para aplastarme como al gusano que creían que era? Me la sudaba el doble. Nicolás habría acojonado a Silvia hasta conseguir que se resignara, aunque conmigo lo llevaba claro, porque a mí me importaban tres mierdas sus amenazas.

—Cásate conmigo, pequeña —insistí por tercera vez al ver que continuaba paralizada.

Una cadena de murmullos comenzó a elevarse a mi alrededor. Algunos solo eran simples bisbiseos que no llegaban a penetrar mi umbral auditivo, pero otros se filtraron por mis oídos limpiamente.

—¿Qué broma es esta?

—¿Quién demonios es ese hombre?

—¡Patético insolente! —escupió la madrastra del cuento.

Centré mi atención en un grupo de tíos que avanzaba en bloque hacia mí.

Sin variar la expresión de mi cara, comprobé que se trataba de los mismos idiotas que tres meses atrás habían irrumpido en la barriada, capitaneados por Nicolás.

No necesité volverme para saber que Samu se había situado a mi espalda, ya que los muy cretinos detuvieron su avanzadilla en seco como si una pared invisible se hubiese alzado ante ellos. De soslayo, capté cómo él negaba con cabeza, lenta y deliberadamente, lo que se traducía en una advertencia muda con un claro significado; advertencia que absorbieron como los estudiosos chicos de carrera que eran. Reí para mis adentros porque más de uno, si no todos, había tenido el honor de probar la contundencia de sus puños y, por sus rostros de acojone, lo recordaban como si fuese ayer. En el fondo daban hasta pena si los comparaba con la mole en bruto de músculos que tenía tras de mí, erguido en todo su tamaño, que no era poco, y al que no le hacía falta un cartel de peligro colgado al cuello para que se intuyese de forma precisa cómo se las gastaba.

Eso era cuanto necesitaba de él, lo único que le había pedido: su presencia allí. Porque tenía la seguridad de que el aspecto desafiante e intimidatorio de Samu los mantendría alejados y eso podría darme una oportunidad. Y ahora, tras comprobar que no estaba equivocado, el resto dependía de mí.

Abastecí mis pulmones con una buena bocanada de aire y volví a fijar los ojos en Silvia, dispuesto a salvar nuestro futuro. Yo nunca había creído en el intercambio de votos que una pareja realiza en presencia de un sacerdote; mi padre se había encargado de disolver a fuerza de golpes la poca fe que yo pudiese tenerle a la iglesia. Tampoco me importaba una mierda contar con un documento legal que certificase nuestra unión a ojos de Dios puesto que, si ella accedía, su palabra tenía más valor para mí que una rúbrica a tinta sobre un trozo de papel. Pero si era su deseo, si Silvia así lo quería, yo no tendría inconveniente en jurar delante de un cura serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y amarla y respetarla todos los jodidos días de mi vida. Sí, lo juraría ante el Altísimo, ante quienes quisieran ser testigos, y plasmaría mi puta firma incluso en la Biblia de ser menester. Todo eso me daba igual, porque yo me mantendría fiel al verdadero sentido que dicho compromiso significaba para mí: elegirnos libremente apartando a un lado los prejuicios que nos hacían ser débiles y creer ciegamente en el otro sin más ambiciones que la de alcanzar la felicidad. Y eso era vivir, joder. Y teníamos derecho a hacerlo, a andar el camino junto a la persona que nos complementaba en todos los aspectos. Yo estaba dispuesto a jurarle amor mucho más allá de cuando la muerte nos separase, porque la muerte nunca tuvo el poder de arrebatarme un sentimiento tan grande una vez se había instalado en mi pecho.

Me anclé en sus ojos, que se veían vidriosos y vibrantes.

—La elección es tuya, pequeña. Ya nadie puede obligarte a tomar una decisión que tú no quieras tomar.

Quise hacerle entender que solo ella era dueña de barajar todas las opciones y decidir cuál era la que más le convenía. La decisión final era suya y ni yo ni ninguno de los presentes podíamos arrebatarle ese derecho.

—¿Y qué te hace pensar que pueda elegirte a ti?

Al clavar mis pupilas en Nicolás, las ganas de borrarle a golpes la sonrisa altanera que mostraba y con la que pretendía dejar clara su superioridad fueron bestiales, pero me decanté por marcarme yo también una sonrisa adornada de prepotencia al observar la fuerza con la que su mano sujetaba la copa.

«No es más que fachada», me dije infundiéndome coraje para darle la paliza verbal que a todas luces se merecía. ¿Que por qué pensaba que ella podía elegirme a mí? Que se preparara para saberlo.

—Que siempre esté rodeada de gente y, sin embargo, se sienta sola; por

ponerte un ejemplo —le solté encogiéndome de hombros.

—La soledad es buena compañera. —Chasquéo la lengua como si se estuviese explicando ante un idiota—. Ayuda a que meditemos sobre nuestro comportamiento, entre otras cosas.

Y ahí me tocó los huevos.

—Entonces a ti deberían comprarte una isla desierta y mandarte allí de una buena patada. O enviarte al Polo Norte a que recapacitaras sobre toda la mierda que vuelcas en los demás. —Inspiré para tranquilizarme—. La soledad es positiva cuando es uno mismo quien la elige, pero cuando te obligan a lidiar con ella, suele ser un puto asco. Y sí, antes de que sueltes una gilipollez que haga que mi amigo te reviente la cara, lo digo por experiencia, como bien sabes.

Tenía que evitar que sacase a relucir el tema de Rebeca y que Samu perdiese los papeles y lo moliera a palos. Y no porque pensase en ese niño, qué va, sino por las consecuencias que eso podía traernos.

—¿Eso es lo único que le ofreces? ¿Compañía? ¿Vas a comparar tu mierda de oferta a todo lo que puedo ofrecerle yo?

El auténtico Nicolás acababa de dar la cara y ahora tocaba que yo le mostrara a esa gente cuál era de verdad la mía.

—Mira que te diga, niño rico, yo me he labrado un futuro al margen de lo único que conocía: ruina, dolor y desprecio. Me he hecho a mí mismo sin la ayuda de nadie, sin ningún tipo de favoritismo ni una jodida cuenta bancaria donada por un padre millonario. Tengo una casa en propiedad, pequeña y carente de lujos, pero acogedora de cojones, y un coche que, sin ser nuevo ni de alta gama, me lleva y me trae a donde quiero. No tengo criada que me prepare el desayuno o me lave la ropa, ni puedo permitirme unas vacaciones en algún rincón paradisiaco. —Alcé el mentón con orgullo—. Y ¿qué? Todo lo que poseo es mío, ganado con el sudor de mi frente. ¿Puedes tú decir lo mismo cuando me consta que no has pegado un puto palo al agua en tu vida? ¿Qué le ofreces tú a ella que ya no tenga?, ¿un perfume caro?, ¿un bolso de marca?, ¿un apartamento en la playa con vistas al mar? Ah, no, que todo eso lo pagaría tu padre, que tú tan solo puedes darle la misma mierda que le diste en el pasado: una infidelidad tras otra. —Si a mí se me veía a cada segundo más agresivo, a él se le veía más indignado—. No respetas nada —escupí con rabia—. Te has acostumbrado a que te lo den todo y no sabes apreciar a nadie que no seas tú. Tratas a Silvia como si fuera uno de los muchos objetos sin valor que posees, como si fuera otra de tus propiedades. Pero esta vez te has pasado de la raya,

has tenido una pataleta de crío consentido y la has cagado a lo bestia, porque si ella aún te tenía algo de cariño, pusiste fin a ese sentimiento la noche que hiciste que despidieran a Isabel y trataste de hipotecar su vida. Porque, tío, este puto compromiso que te empeñaste en cerrar, no vale nada.

—Este compromiso sigue adelante.

El padre de Silvia salió en su defensa y no fui capaz de evitar taladrarlo con la mirada.

—Y eso quién lo dice, ¿usted o ella?

—No te voy a permitir...

—Desde luego que me va a permitir —atajé su puta soberbia con un gruñido parecido al de un animal—. Repito: ¿eso lo dice usted o ella? O quizá quien gana más con esta farsa es su «benévola» esposa, la misma que ha dedicado todos sus esfuerzos en machacar a su hija emocionalmente hasta anularle la personalidad. ¿Tan poco le importa la felicidad de Silvia?

En sus ojos se apreciaba una mezcla que iba a galope entre la rabia y la sorpresa.

Admito que había traspasado la línea, pero llegados a ese punto me resbalaba. Si ellos actuaban sin remordimientos, ¿por qué iba a tenerlos yo? Para mí esa gente no significaba nada. Cero. Un molesto grano en el culo que rascar, solo eso.

—¡Fuera de mi casa!

La madrastra de Silvia me apuntó con un dedo, aunque ni me moví ni esquivé su mirada.

—Yo de ti me lo pensaba.

No me pasó por alto el tinte de advertencia que Samu imprimió a su voz.

Casi había olvidado que estaba a mi espalda y, al girar el cuello pensando que sus palabras iban dirigidas a mí, comprobé que las dos rendijas que ahora eran sus ojos estaban fijas en un hombre de mediana edad parado a un escaso metro de nosotros.

—Lo que estáis haciendo tiene consecuencias legales. —Y ese tío ¿quién coño era?—. Habéis allanado una propiedad y eso está penalizado.

—No existe tal delito, papá. Yo los he dejado entrar.

Joder, tenía frente a mí al ilustre letrado Martorell, el padre de Daniela, el cerdo que tapaba toda la mierda de Nicolás.

—Tú y yo hablaremos después. —Su voz al dirigirse a su hija fue tan fría como la mirada que nos dedicó a Samuel y a mí—. O salís ahora mismo de esta propiedad, o serán las autoridades quienes os saquen esposados.

Creo que a ninguno de los presentes les pasó desapercibida la oscura sonrisa que esbozó Samu ante esa amenaza. Una sonrisa que yo conocía muy bien y que traduje en un: «cómo voy a disfrutar jodiéndote vivo, pedazo de mierda».

Maldije por lo bajo. Él tenía en mente lo mismo que yo, pero al contrario que en mi caso, Samu carecía de tacto y le sudaban las pelotas los daños colaterales.

—No lo hagas, tío —le rogué a sabiendas de que iba a hacerlo.

—Me pediste que mantuviera las manos en los bolsillos y es lo que he hecho.

—Venga, Samu, ella no merece enterarse así.

Un relámpago de culpabilidad cruzó sus iris ámbar cuando la miró. Solo duró un instante, el tiempo que tardó en focalizar de nuevo su objetivo.

—Hazlo. Llama a la policía —lo retó sin vacilación en la voz—. Que de paso los ponemos al corriente de la paliza que tu hijo y sus amigos dieron al pobre chaval que trabajaba en tu casa; paliza que lo tuvo postrado en una cama de hospital más de una semana. O también podemos informarles de que los mismos cabrones intentaron repetir la jugada con mi amigo. Y si en aquella ocasión conseguiste que tu hijo se librara, dudo que ahora tenga tanta suerte y más habiendo como hay testigos. Así que venga, deja de vacilar tanto y haz esa puta llamada de una vez para que todos podamos divertirnos un rato.

Busqué los ojos de Daniela con agonía y cuando los hallé, supe que lo había comprendido sin necesidad de que el nombre de Fabián se pronunciase.

—Dijisteis... Dijisteis que yo no le importaba —balbuceó con las facciones contraídas por el dolor—. Que yo no le interesaba lo más mínimo y que por eso había desaparecido de la noche a la mañana. Me... Me convencisteis de que no había venido a buscarme porque su única intención había sido la de aprovecharse de mí. Pero... ¿cómo iba a venir después de que le dierais una paliza?! —gritó a su hermano—. ¡Me mentisteis! ¡Me visteis devastada durante meses y no os importó!

Di un paso vacilante hacia ella cuando una compungida voz hizo que me frenara en seco.

—Cariño...

Clavado al suelo como me había quedado, vi cómo una elegante mujer se aproximaba sorteando a los asistentes.

—¿Tú lo sabías, mamá? —preguntó Daniela entre incrédula y decepcionada.

Su madre quedó inmóvil a escasa distancia de ella con un brazo suspendido en el aire como si quisiese rozarle la mejilla y no se atreviera. Y así permanecieron largos segundos, observándose la una a la otra en un silencio compartido donde sobraban las palabras. Porque la señora Martorell, al no negar la acusación que iba implícita en la pregunta que le había hecho su hija, se declaró a sí misma cómplice de toda aquella mierda.

Entonces el cuerpo de Daniela comenzó a agitarse; primero, débilmente y después con unas sacudidas que acojonaban.



## Todos los que importan

### *Silvia*

Comprobar con mis propios ojos que de entre todas las personas que ocupaban el salón, en su mayoría gente que se suponía que nos quería, fue Samu quien se fundió en un abrazo solidario con Daniela, me hizo reaccionar. De una sacudida me liberé del agarre de Nicolás y corrí hasta ella, rodeé a mi amiga por la espalda, abarcando en ese abrazo parte del cuerpo de Samuel, y apoyé la mejilla en su hombro.

—Lo siento mucho —escuché que él le decía—. Siento mucho que te hayas enterado de este modo, pero... Maldita sea, no puedo quedarme al margen cuando se trata de Darío.

Aunque Samu hubiese provocado aquella situación, yo no dudaba de que era uno de los pocos presentes que realmente lo sentía. Como también estaba segura de que, de poder volver atrás en el tiempo, habría actuado del mismo modo; siempre en defensa de Darío hiriera a quien hiriese, lo que no restaba mérito a su capacidad de empatía.

Un enjambre de voces nos rodeó mientras ambos tratábamos de consolarla en ese abrazo compartido. De entre ellas pude identificar el timbre chillón de mi madre, junto a la aspereza desligada de emoción que pertenecía al hombre que me había engendrado, discutiendo sobre cómo zanjar aquel asunto. También me llegó la solemne del padre de Dani y la apocada de su mujer, recriminándose sus respectivas conductas. Aunque por encima de todas las voces destacaba la dictatorial de Nicolás ordenando a sus amigos que sacaran a Samu y a Darío de allí. Pero nada en las amenazas que oía me



afectaba ya después de haber sido un títere en sus manos cada uno de los años de mi insulsa vida. Nada. No sentía ni miedo ni tristeza, ni rabia hacia ellos o pena hacia mí, solo un profundo y gran vacío.

Entonces escuché que pronunciaban mi nombre.

—Silvia...

El tinte desesperado que empañaba su voz hizo que mi corazón se saltara un latido.

Amarré mis ojos a los suyos y el eco de las demás voces se volvió lejano.

—Silvia... —Leí ahora en sus labios, viéndolo aproximarse tan lentamente que la distancia que nos separaba pareció estirarse.

Extendí mi brazo hacia él, muriéndome porque las yemas de sus dedos rozaran los míos. Darío, imitando mi movimiento, alargó una mano hasta acariciar la mía y el vacío en mi pecho desapareció por la familiaridad de ese leve contacto al tiempo que la fuerza de los sentimientos afloraba cautelosa en sus iris cristalinos.

Real.

Él era real.

Lo más auténtico y genuino que jamás había tenido.

Mis dedos se curvaron contra la cálida piel de la palma de su mano.

Él representaba mi presente.

Era él a quien soñaba en mi futuro.

Y con él cerraba la puerta que me unía a mi pasado.

Sus dedos se aferraron con determinación a los míos en una promesa que iba más allá de las palabras.

Porque yo significaba su presente.

Era a mí a quien anhelaba en su futuro.

Y conmigo sellaba esa puerta que lo comunicaba con su pasado.

De un brusco tirón dejé de sentir su tacto.

Nicolás se había interpuesto entre nosotros y ahora lo empujaba en el pecho para poner distancia mientras trataba de humillarlo a base de insultos. Y Darío se dejaba hacer sin oponer un mínimo de resistencia.

Samu soltó a Daniela y fui testigo de cómo sus ojos se enturbiaron, tornándose gélidos y oscuros. Aspiré un chillido de terror. No por lo que a Nico pudiese sucederle, sino por lo que sabía que les ocurriría a ellos si Samuel sacaba al exterior ese temperamento tan suyo. Apreté la mano de Dani, temerosa por la impulsividad que sabía que gobernaba a ese hombre de iris

amarillos cuando alguien externo quería dañar a alguno de los suyos. Pero para mi asombro, no se movió, no hizo otra cosa que mascullar entre dientes observando a Darío.

—Reacciona de una jodida vez —farfullaba entre gruñidos—. Reacciona o por mis cojones que le arranco la puta cabeza a ese tío.

Solo era un siseo ronco, pero Darío pareció escucharlo, pese a que eso era imposible, y arremetió con fiereza contra el pecho de Nicolás, lanzándolo de espaldas al suelo.

—¿De qué coño vas?! —bramó como nunca le había oído.

Nico se puso en pie de un salto y se plantó de nuevo delante de él, obstaculizándole el camino hacia mí.

—Atrévete. Tócame otra vez si tienes huevos. —Darío ni se había inmutado, es más, lo desafió con una voz tan templada que incluso me dio miedo.

Porque hasta ese momento no le había visto hacer gala de ese temperamento del que tanto presumían en Las Viviendas de Papel. Sí, él era uno de ellos, no el más agresivo o el más irreflexivo, pero a fin de cuentas un chico de barrio acostumbrado a imponerse para que no se le subieran encima.

Samuel trató de sujetar la sonrisa que estaba bailoteándole en los labios al ver la respuesta de Darío. No se intuía para nada nervioso; todo lo contrario, podría decirse que le preocupaba entre cero y menos tres que los amigos de Nicolás nos hubiesen rodeado y les superaran en número.

—¡Ella no va a irse contigo, muerto de hambre! —vociferó Nico con repugnancia en una clara alusión a sus raíces.

—Escúchame, niño rico: o te apartas ahora mismo, o este muerto de hambre te parte la puta cara. Porque, para que te enteres de una vez, aquí la decisión es suya. —Me señaló con un movimiento brusco de cabeza—. Solo ella tiene derecho a decidir sobre su vida. Pero... ¿qué os creéis? —Sus ojos, en ese momento de un azul helado, barrieron cada centímetro del salón—. Solo sois una jodida secta de chiste, unos mierdas narcisistas encabezando una sociedad de idiotas. —Sus ofensas levantaron murmullos de desacuerdo, si bien él no se frenó—. Unos cobardes que no tienen cojones de plantar cara en solitario. Aunáis fuerzas para creeros intocables, poderosos, cuando lo único que yo veo es a una panda de amargados que no se quieren ni a sí mismos. ¿Y tú me llamas muerto de hambre?! —preguntó a Nicolás—. ¿Quién de los dos es el que no puede caer más bajo por muy podrido que esté de dinero?

—¡Ya está bien de insultar! —sentenció Jaime que, al estar rodeado por

sus amigos, se olvidó de la poca cosa que era en realidad.

—Tú mejor cállate —gruñó Samu en respuesta —, si no quieres que te calle yo.

Jaime dio un paso atrás con las facciones descompuestas intuyendo que el hombre de ojos de fuego no bromeaba en absoluto. Su mirada era un fiel recordatorio de la eficiencia de sus puños, y eso Jaime, por muy protegido que se sintiese, no pudo ignorarlo. Ellos tal vez menospreciaran el potencial de Darío, pero el de Samuel se palpaba que no. Yo misma había presenciado cómo se mostraba en una pelea, lo implacable que era, cómo de rápido lo abandonaba la razón. Y fue justo en ese instante que supe que tenía que intervenir antes de que otro comentario mal avenido consiguiera que el temple que estaba demostrando se le fuera de las manos.

—Basta ya. —Solo fue un grito susurrado, aunque lo suficientemente alto como para que todas las miradas se posaran en mí—. ¿Qué malo le ves a alguien como él? —pregunté a Nico sin hacer por tragarme mi ira—. ¿En qué es inferior a ti? Darío es mucho mejor persona de lo que tú jamás serás; mucho mejor que cualquiera de vosotros. Me... Me... Me estás cosificando como si yo no fuera nada.

—Silvia, compórtate.

—¿Que me comporte?! ¿Por qué debería hacerlo, papá?! ¿Por lo cariñoso que siempre has sido conmigo o por permitir que la bruja con la que te casaste hiciera de mi vida un infierno?! ¿O por lo que debería guardar las formas es por haber sido tan considerado con la mujer que dejó atrás toda su vida por cuidarme y a la que echaste a la calle como si todos los años que invirtió en esta familia no contaran?! —Un silencio espeso se había instalado en el salón solamente interrumpido por mi respiración agitada—. Nunca te importé lo suficiente y además me has arrebatado el único cariño que he conocido, a la única persona a la que yo le importaba algo.

Los ojos me escocían como si me hubiesen volcado sal en ellos, pero me negaba a llorar.

—Eso son tonterías de ni...

—No, papá, a ti solo te importa ella —lo corté, señalando a la que hasta ese día había llamado madre—. Siempre te has guiado por lo que tu esposa dice, aunque lo que salga de su boca sea veneno. Sé que me consideras una mancha en tu apellido, ¡pero soy la mancha que tú decidiste traer a este mundo para luego abandonar!

Ví cómo mi madre se lanzaba hacia mí con el brazo en alto en un claro

propósito de cruzarme la cara. Cerré los párpados con fuerza preparándome para el impacto, sin embargo, no llegó. Al abrir los ojos, Darío la sujetaba por la muñeca, y los suyos se habían convertido en dos estrechas rendijas que hacían juego con su mandíbula hormigonada.

—En mi presencia, no, señora. —La última palabra se deslizó entre sus labios envuelta en un matiz de desprecio—. Nadie va a ponerle un puto dedo encima si yo estoy delante.

—¡Suelta a mi esposa! —graznó mi padre.

No pude evitar que me doliese, que se me cayera el alma a pedazos al ver cómo la defendía a ella mientras que por mí nunca había hecho nada que me enorgulleciera.

Darío lo miró fijamente unos tensos segundos antes de liberarle el brazo a esa despreciable mujer.

—Usted no es mejor que muchos de los padres que viven en mi barriada, lo único que lo diferencia de ellos es el traje caro que viste y el grosor de su cartera.

—Fuera de mi casa —silabeó con acritud, pero al ver que Darío no se movía destinó su mirada más elocuente al padre de Daniela.

Una mirada de cliente a abogado, dándole carta blanca para que procediera.

Nicolás Martorell se adelantó tranquilamente, enumerando con sus cuidados dedos.

—Allanamiento, calumnia, injurio, delito de amenazas. —Se detuvo para extraer del bolsillo de su americana su teléfono móvil y, con él en la mano, clavó la mirada en Darío—. Abuso de una menor con prevalimiento dada tu diferencia de edad con la víctima...

—Yo no he abusado de nadie —se defendió Darío usando un tono hosco y grave.

—Eso se lo cuentas al tribunal.

La respiración comenzó a fallarme al verlo buscar en los contactos de su agenda telefónica.

Mis pensamientos se agolparon unos sobre otros en mi mente temerosa.

Unos escalofríos de puro pánico atravesaron mi cuerpo a una velocidad de vértigo.

¡Él iba a llamar a la policía para que los detuviesen como a simples criminales! Ellos no tenían los recursos necesarios para pagarse un buen abogado que los defendiera y mi padre, por desgracia, contaba de su lado con

el mejor de la ciudad.

Blindé mi corazón a todas las emociones que me impulsaban a salir corriendo de mi propia casa agarrada a la mano de Darío y sopesé desde un punto de vista más objetivo cuáles eran mis opciones.

Miré a Daniela y al ver que rogaba entre sollozos a su padre que no hiciera esa llamada, supe que no podía abandonarla en ese momento, porque ella nunca me abandonaría a mí de ser al contrario.

Miré a mi padre y supe que, si me iba, Darío perdería su empleo a la mañana siguiente.

Miré a Nico y supe que él tendría que llevarse de la manera que fuese su trofeo.

Miré a los dos chicos de la Asunción de María y supe que ellos no tenían ningún miedo.

Entonces miré en mi interior y supe que yo no podía permitir que ocurriese todo aquello.

Pensé también en las palabras de Abril y entendí que no podía casarme con Darío; que yo no podía hacerle eso.

Pensé en ese regalo que me hizo y que yo guardaba como el más valioso de los tesoros.

Por último, pensé en mi tata y en cada uno de los secretos que eran solo nuestros, en todo lo que ella estaría dispuesta a hacer por mí si yo se lo pedía.

Entonces mi respiración se graduó, mis pensamientos desembocaron en uno y los escalofríos se tornaron flujos de cálida determinación.

Y sonreí.

Sonreí con el alma antes de girarme hacia Darío y pedirle que se marchara.

El desconcierto cubrió su semblante y matizó el azul marino de sus ojos.

—Creí que yo te importaba.

Me acerqué a él para que el resto no pudiera escuchar mis palabras.

—Precisamente porque me importas quiero que te vayas. Por todos los que importan.

—No voy a irme —gruñó aproximando su cara a la mía hasta casi rozar nuestras narices.

—Sí vas a hacerlo. Ahora mismo.

—¿Por qué? ¡Joder!

—Porque no voy a casarme contigo.

Exhaló con fuerza y yo inspiré de su aliento.

—¿Es lo que deseas?

Asentí como respuesta.

Él también asintió, respetando mi decisión por mucho daño que le hiciese.

—Te quiero, pequeña. —La voz le salió irregular y un brillo de derrota asomó a sus bonitos ojos. Yo quise morirme al escuchar de su boca esas dos simples palabras que hasta ese momento había sido incapaz de pronunciar—. Te quiero con toda mi alma y no puedo más que odiarme por ello.

Y con la mirada más triste que jamás le había visto, sin alzar el tono de voz ni exigirme que lo aceptara, se giró, agarró por el brazo a Samuel y juntos salieron de mi casa.

—No más de lo que yo te quiero a ti —me susurré a mí misma—. No más de lo que yo me odio por haber destrozado tu corazón de nuevo.

En cambio, cuando me volví hacia esa gente a la que detestaba, la falsa sonrisa que me había acompañado durante toda la vida iluminaba mi cara.

—Que continúe la fiesta —dije con tonalidad jovial.

Advertí por el rabillo del ojo que Daniela negaba incrédula, pero no me dio tiempo a hacerle seña alguna cuando ya tenía mis manos envueltas por las de su hermano.

Tuve que representar el papel más difícil al que jamás me había enfrentado al encarar su verde mirada.

—Entonces... ¿aceptas nuestro compromiso?, ¿estudiar fuera de esta ciudad y todo lo demás?

No contesté ni sí ni no.

No borré mi practicada sonrisa.

No le di a saber que a partir de ese preciso instante solo yo era dueña y señora de mi vida.

—Baila conmigo, Nico —fue mi escueta respuesta.

Su sonrisa triunfal fue el primer indicio de que era yo quien ahora movía las cuerdas de la marioneta, así que lo obsequié con una de mi propia cosecha y, rodeándole el cuello con las manos mientras me dejaba guiar por él, comencé a planificar mi futuro.

## *Darío*

No hablamos en todo el trayecto a la barriada.

Samu tenía el ceño fruncido y un gesto de furia le esculpía la cara; yo, en

cambio, estaba ausente, como si me hubieran arrancado de cuajo la capacidad de sentir cualquier tipo de emoción.

Aparqué junto al bordillo en la puerta de su casa, pero él no se bajó.

—Desde niño te hicieron creer que no eras nada. —Se le había enronquecido la voz—. Pero esta noche has sido más tuyo que nunca. Estoy orgullosos de ti, Darío. Orgullosos de cómo eres y de cómo te manejas cuando la mierda te llega al cuello. De todos nosotros, siempre has sido el que más huevos le has echado a la vida sin necesidad de usar los puños, y hace un rato lo has demostrado... Has demostrado de qué pasta estás hecho y esos idiotas han podido verlo; lo ha visto este capullo que tienes al lado.

—Me ha echado de su vida, Samu —le recordé.

—Qué va, tío, lo que ha hecho es protegerte, pero tu dolor no te deja ver más allá.

—¡No jodas! Me ha dicho que me fuera...

—Antes de que nos sacara a hostias la policía. Ese abogado no iba de farol, estaba a punto de llamarlos.

—Créete esa mierda si quieres, porque yo...

—Escúchame, idiota, lo que Silvia ha hecho ha sido daros otra oportunidad, y si no al tiempo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Cómo te estaba mirando. Es la misma mirada que todos los jodidos días le veo a tu hermana, y de eso entiendo más que tú.

—¿Y cómo me estaba mirando, a ver?

—Como si fueras lo más importante del mundo, puto negado.

Suspiré con cansancio.

—Te equivocas, tío. Lo nuestro no tiene futuro, nunca lo ha tenido.

—El único que está equivocado eres tú, gilipollas, porque no has captado las putas señales.

—Samu, te estás volviendo un blando.

—Estoy hablándote en serio, has escuchado con las orejas, pero no con el corazón.

—Lo que yo diga: más blando que un pastel de mierda.

—¡Blando mis cojones! —El pescozón en la nuca vino sin aviso. Me llevé la mano al cogote y me lo froté para aliviar la picazón, porque el muy animal me había arreado con ganas—. Espabila de una maldita vez. Analiza una a una todas esas señales de las que te hablo, que lo de analizar a ti se te da de muerte. Y deja de lloriquear como una niña, que hasta tu sobrina le planta

más cara a los inconvenientes que tú, joder.

—Yo no lloriqueo, solo estoy resaltando lo evidente.

—Parece mentira que tenga que ser yo quien siempre te recuerde esto — farfulló para sí con una negativa de cabeza. Luego me miró y juraría que le crujieron los dientes—. Entérate de una vez. ¡Ella no está muerta!

Salió del coche dando un portazo que se oyó en toda la barriada y entró en su casa sin volver la vista una sola vez.

Cuando me tumbé en la cama, con los ojos puestos en el techo de mi habitación, pensé en las últimas palabras que me había escupido Samuel. Él tenía razón, ella no estaba muerta, sin embargo, había vuelto a perder la partida contra el jodido destino.

El grito animal que emergió de mi garganta fue un leve eco de lo roto que me sentía por dentro.

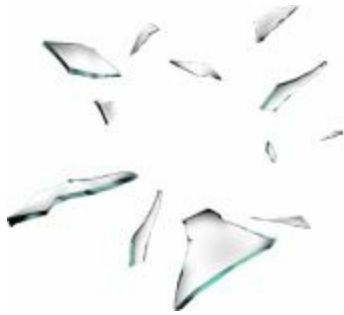


Samuel no podía haber acertado menos en lo que atañía a mi relación con Silvia, y los días posteriores a aquella noche lo demostraron. No hubo noticias, ni un jodido signo que me diese alas. No hubo más que silencio a través del tiempo y al final terminé por aceptarlo.

Ella me había echado de su vida.

Y yo borré de mi agenda su número de teléfono para poder seguir con la mía.





28

## Aliento de futuro

*Silvia*

El tiempo había sido mi peor enemigo en las últimas semanas, burlándose de mí con su desquiciante lentitud. Pero ahora corría y corría a través de él, robándole los segundos que me había arrebatado mientras sentía la mordida de un aliento de futuro clavada contra la palma de mi mano.

Los dedos me temblaron dubitativos e inspiré para armarme de valor.

«Tú puedes», me mentalicé.

Ni me entretuve en los pequeños detalles que se mostraban ante mí y corrí de nuevo.

«Cálmate», me dije antes de ponerme manos a la obra.

Al finalizar, observé esa nueva composición de grises, azules, rosas, verdes y negros que sintonizaban en perfecta armonía, y sonreí.

Deshaciéndome de mi ropa, me dejé caer de espaldas en la cama, esperando a que la oscuridad terminase de envolverse y se aliara conmigo.

Cerré el puño con fuerza y lo apreté a mi costado para adormecer así mis nervios con la punzada afilada de otro mordisco helado.



## Las segundas oportunidades

### *Darío*

Colgué la cazadora en el respaldo de una de las sillas del salón y vacié el contenido de mis bolsillos para dejarlo sobre la mesa. Al mirar la hora en la pantalla del móvil, resoplé cansado; faltaban tan solo diez minutos para las once y el día había sido agotador, de ir a destajo a la velocidad de una máquina. No entendía las exigencias de la gente, y las de mi jefe mucho menos cuando él sabía mejor que nadie que montar la instalación del local que me había asignado llevaba bastante más tiempo que los jodidos cinco días a los que me había limitado. Según me dijo Romera esa mañana cuando me quejé del poco tiempo con el que contaba para zanzar aquel servicio, el cliente había especificado de manera clara que el equipo de climatización tenía que quedar listo en esa semana, conque, o me metía caña para acabarlo el viernes, o me tocaría pringar el sábado y el domingo ya que él había dado su palabra de que cumpliríamos en el plazo acordado. Pero bien podía haberse metido la lengua en el culo antes de garantizar nada sabiendo que la envergadura de ese trabajo me haría ir a marchas forzadas. Tres horas de más había echado ese lunes. Y me temía que no serían las únicas, no.

Sopesé prepararme algo rápido con lo que engañar a mi estómago, pero deseché la idea lo mismo que vino; mis resentidos músculos suplicaban por una ducha caliente y la cama parecía llamarme a gritos.

Arrastré los pies hasta el baño y giré el grifo para que el agua se calentase, me saqué de un tirón la camiseta sudada y la arrojé sin mucha puntería al cesto de la ropa sucia. Con un gruñido quejicoso, me agaché a

desatarme los cordones de las botas, me deshice de ellas con dos puntapiés desgastados antes de quedarme en pelota picada y, sin pensármelo siquiera, me metí bajo el chorro de agua. Un suspiro infinito escapó de mi boca en cuanto los finos hilos, que quemaban de la hostia, comenzaron a resbalarme por la espalda.

Entré a oscuras en mi dormitorio con una toalla enrollada a las caderas y al abrir el armario para coger un pijama, una fragancia a florada, que transportaba un centenar de recuerdos, me cosquilleó en la nariz. Forcé la vista, achicando los ojos, tratando de localizar su procedencia de entre todas las prendas apiladas en las lejas de madera y noté cómo mi puto corazón se detenía para al segundo lanzarse a un galope errático.

Entonces fue que oí la respiración, no tan desacorde como empezaba a escucharse la mía, sino pausada y constante. Realicé un giro de lo más lento por culpa de mi jodido cuerpo, pues el muy traicionero se había quedado rígido como una estaca.

La luz de la luna incidía de lleno sobre la cama en una franja de claridad uniforme que se derramaba hasta el suelo, y en el centro de esta, apoyada sobre los codos y observándome fijamente, se hallaba Silvia.

Tragué una mierda para mí de lo seca que se me quedó la boca.

Solamente era capaz de mover las pupilas, que recorrían a toda leche la imagen que tenía enfrente. Las sábanas blancas revueltas a su alrededor conformaban un refugio algodónado que parecía creado con el fin de remarcar las pronunciadas curvas de su cuerpo, cubierto tan solo por un conjunto de lencería azul noche.

El paladar se me secó todavía más, pero es que encajaba jodidamente bien enredada como estaba en las suaves telas que vestían mi cama. Una sucesión de escenas nada decentes con nosotros como protagonistas pasaron por mi cabeza. El tirón en la ingle fue inmediato y tuve que contener el impulso de saltar sobre ella, repitiéndome mentalmente que yo siempre había sido bueno en resistirme a las tentaciones de la carne, por mucho que la figura que ahora tenía delante avivara mi deseo sexual.

—¿Cómo has entrado? —fue lo que pregunté, con una voz tan erizada por el resentimiento como rasposa por el anhelo.

Silvia reptó hasta el borde del colchón, posó los pies en el suelo y se alzó en su pequeña estatura, dejando así la parte superior de su cuerpo sumido en las sombras mientras que la inferior era bañada por la blanquecina luz que se filtraba por el cristal de la ventana. Sobra decir que me quedé como un

auténtico gilipollas contemplando cómo sus piernas se aproximaban a mí; por no hablar de que casi pierdo la cabeza cuando sentí el impacto de su respiración caliente contra la piel de mi pecho.

La miré a los ojos, aún petrificado como una estatua, y la vi elevar una mano. Algo pequeño y brillante asomó entre sus dedos un segundo antes de sentir una punzada helada en el hueco de mi cuello. Inspiré con brusquedad al tiempo que ella arrastraba el frío objeto por mi pecho, mi estómago, mi vientre... Deteniéndolo justo al borde la toalla que me cubría.

—Por la puerta —susurró con la vista anclada en el bulto de mi entrepierna—. Y según parece, te alegras de verme mucho más de lo que quieres dar a entender.

Con una sonrisa victoriosa, deslizó aquella cosa puntiaguda a lo largo de mi erección consiguiendo lo que se proponía, que mi polla diese otro brinco. En un acto reflejo, la sujeté por la muñeca y le alcé el brazo hasta tener su mano delante de mi cara, y sin necesidad de que se lo pidiera, abrió sus bonitos dedos, que dejaron al descubierto una simple llave descansando sobre su palma.

Arrugué las cejas sin comprender.

—Me la dio tu hermana hace un tiempo. —Dejé de mirar la llave y me centré en sus ojos castaños—. Fue su manera de pedirme que no me rindiera contigo, que cuando llegase el momento acudiera a ti. Y el momento es hoy, Darío.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué justo has elegido este momento?

—Bueno... Ya has visto mi ropa en tu armario... Me has visto tumbada en tu cama...

Negué con vehemencia, sujetándole con firmeza la muñeca.

—No me vale, Silvia. No esta vez. Me dijiste que me fuera. Te dije que te quería con toda mi alma y te dio igual —gruñí en un tono bajo, queriendo convencerme.

—¿Que me dio igual?! ¡No puedes estar más equivocado! ¡¿Tan poca confianza me tienes?! —Se soltó de mi agarre de un tirón y me empujó a la altura del pecho—. Desde el principio fuiste tú. Antes incluso de que sintieras algo especial por mí, fuiste tú.

—No trates de liarme. —Acerqué mi cara a la suya, notando un zigzagueo de pura rabia reptarme por la columna—. Dieciocho años, esa es la edad que cumpliste esa noche. Edad que te concedía el derecho de tomar tus propias decisiones y me echaste a la puta calle. ¡¡Me mandaste a tomar por culo,

joder!!

—Pero... ¡¡serás estúpido!! —gritó ella también—. ¡Si te pedí que te marcharas, fue para evitar que la policía te sacara esposado! ¡Y te habría sacado, Darío, por eso tomé aquella decisión!

—¡¡Cojonudo!! —bramé elevando los brazos de impotencia—. Tomaste la decisión de darme la patada en el culo. ¡¡Perfecto!! Y ahora que lo has reconocido, ¿qué esperas de mí? Porque te recuerdo que después de tu *acertada* decisión, no me buscaste. No me hiciste una maldita llamada. ¡No he sabido nada de ti en estas putas semanas! Y ahora entras en mi casa... ¡Mi casa! Y te encuentro medio desnuda esperando ¿qué?, ¿que echemos un jodido polvo de consolación? ¿Es eso lo que has venido a buscar?

—¿Es eso lo que tú quieres, Darío? —contraatacó con voz airada—. Porque, por mucho que intentes disimular, tu cuerpo lo grita.

Sin que lo viera venir, posó la palma de su mano en mi engrosado pene y lo acarició. Aspiré entre dientes por el cálido contacto y la parte más débil de mi persona deseó que la toalla no actuase de barrera entre su piel y la mía. Aunque era del todo consciente de su intención, de su premeditada provocación, mi desleal cuerpo me delataba. Claro que, ¡cómo no si ella estaba medio en pelotas!, ¡si tenía la seguridad de que hasta el último pedazo de su carne me desarmaba! Por eso me había esperado así, sin otra cosa que un sugerente sujetador y unas minúsculas bragas, porque conocía a la perfección mis debilidades en cuanto a ella. Pero como me sentía tan enfurecido por todo y a un tiempo tan vulnerable por su traición, en lugar de apartarla y pedirle una explicación con algo más de peso que la mierda que acababa de darme, opté por dejarme llevar por mis debilidades, si bien solo lo hice a medias.

—Por supuesto que me apetece echar un polvo —declaré con los dientes apretados, tumbándola sobre la cama—. Y como te veo más que dispuesta, lo mejor será que follemos de una maldita vez. —Le saqué las braguitas con rapidez y lancé la toalla al suelo antes de posicionarme sobre ella—. Pero después de que lo hagamos, te irás.

Me enterré en su interior de una sola y enérgica estocada que me dolió más a mí que a ella.

Deseé que me empujara, que no me permitiera degradar de una forma tan asquerosa lo que habíamos tenido; sin embargo, se abrazó a mi cuello e hizo que la mirase.

Salí de su cuerpo y me hundí con fuerza otra vez sin abandonar sus ojos.

Y otra. Y otra. Y otra más. Que no se revolviese contra mí me estaba matando. Cada acometida era como un jodido latigazo. Hasta que no pude soportarlo más y paré en seco, con los brazos temblorosos y la respiración renqueante.

—Continua —me instó con dureza—. No te detengas hasta terminar.

Y tras esa especie de mandato, sentí cómo cada célula de mi cuerpo se desmoronaba.

—Yo no soy así, Silvia —musité notándome una incómoda quemazón bajo los párpados—. No soy capaz de actuar como si no me importaras.

Cuando intenté salirme de ella, sus piernas me rodearon las caderas, inmovilizándome, sus dedos se abrieron en mi nuca para acariciarme, y sus ojos... Joder, de sus ojos manaron dos gruesas lágrimas que a la luz de la luna brillaron como estrellas.

—No más de lo que yo te quiero a ti. —Esa frase, susurrada contra mis labios, me descolocó—. Fue lo que te contesté aquella noche cuando, por fin, me dijiste que me querías con toda tu alma, pero tú ya me habías dado la espalda y no pudiste escucharlo.

—Silvia...

—Esa es la verdad, Darío, por mucho que te cueste creerla. Estoy enamorada de ti a ciegas y te quiero con todo mi corazón, pero tenía que solucionar ciertas cosas o hubiese sido muy difícil el poder ser felices. Tú mismo lo has dicho hace un momento: ya nadie puede tomar las decisiones por mí, y si aquella noche decidí alejarte, fue para darnos la oportunidad de elegir libremente nuestro futuro, el que nosotros deseemos tener. Lo hice para que ahora podamos estar aquí sin temor a nada ni nadie.

Justo en ese instante entendí que ella y yo y ese preciso momento éramos el resultado de algún acto ejecutado con anterioridad, y necesité saber cómo o de qué manera había conseguido que nos encontrásemos en ese punto.

—¿Qué es lo que has hecho, Silvia?

—Después, por favor. —Tensó sus extremidades en torno a mí—. Ahora déjame que crea que estamos bien. Déjame imaginar que tú deseas esto tanto como yo. —Fui a decirle que no me parecía buena idea, pero no me lo permitió—. Quiero sentirte, Darío. Respirarte. Que me beses como solo tú sabes besarme.

Me envaré por unos segundos, golpeado por la fuerza de la necesidad implícita en cada una de sus palabras. Silvia me quería sobre ella, alrededor de ella, dentro de ella. Quería que terminase lo que había empezado de la forma que yo eligiese... Y cedí a sus debilidades, tan acordes con las mías,

aunque no precisamente a las de la carne, sino a las que nos latían con vitalidad en el interior del pecho actuando como un bálsamo reparador en las infinitas grietas que, a lo largo de nuestras vidas, habían resquebrajado dos almas que no querían seguir por más tiempo dañadas.

Presioné con suavidad mis labios contra los suyos, recreándome sin prisas en el grosor y las líneas curvas que dibujaba su boca, resiguiendo su contorno con la punta de la lengua, capturando entre mis dientes la mullida carne de su labio inferior. Besos pausados, melódicos, húmedos, que borraban las sombras del daño y el desengaño, bautizando con otros nombres a los sentimientos que permanecían enterrados. Un beso largo, profundo, restaurador, con el que curar las heridas que aún no se habían cerrado.

El mejor beso sin duda de toda mi jodida existencia.

Comencé a mecer las caderas con lentitud, abrigado por la certeza de que ahora sí hacía lo correcto. Porque aquello sí estaba bien, porque era como tenía que ser, como yo quería que fuese. Y bien era justamente como me sentía, entrando y saliendo de ella, con delirio y amor en proporciones idénticas, tomando cuanto me entregaba y dándolo todo a mi vez. Echando un polvo de la hostia, sí. Un polvo que se complementaba, elevándolo a su máxima potencia, con el efecto de las caricias sobre la piel del otro y esa sensación que me exprimía desde dentro, confirmándome mi ya conocida adicción al sabor de su boca.

Deslicé una mano entre nuestros cuerpos hasta acoplar los dedos en el punto de unión de sus muslos y empecé a acariciarla en círculos, bebiéndome las bocanadas de aire caliente que expulsaba de forma entrecortada mientras ella absorbía las mías a cada segundo más intermitentes.

Silvia aumentó la severidad de nuestros besos a un movimiento irregular de lenguas donde el control dejó de tener importancia, y a mí no me quedó de otra que incrementar la fuerza y el ritmo de mis acometidas puesto que los calambres previos al orgasmo me estaban recorriendo de pies a cabeza.

Temí que no me alcanzase, que no explotara en mil pedazos como yo estaba a punto de hacer, pero justo al límite de mi contención, cuando supe que no podía retrasarlo por más tiempo, escuché su gemido ahogado y las convulsiones bajo el peso de mi cuerpo. Y joder, solo me bastó saber que ella había estallado para estallar yo también.

Nos miramos a los ojos mientras los involuntarios espasmos del orgasmo se debilitaban gradualmente.

—Supe lo que tenía que hacer un segundo antes de pedirte que te

marcharas.

Bien, el momento de aclarar lo sucedido había llegado.

Salí de ella con reticencia y me tumbé a su lado de costado para poder contemplarla mientras sacaba al exterior aquel fragmento de su pasado más inmediato que yo desconocía y que, probablemente, no me gustaría. Y ¿por qué tenía la sensación de que no iba a hacerme ni puta gracia? Porque ella era impulsiva, de las que movían ficha primero y reflexionaban después, cosa que me acojonaba. Era cierto que se encontraba ahí conmigo, que parte de su vestuario estaba repartido en las lejas de mi armario y que su entrega había sido completa. Pero ¿hasta cuándo? ¿Cuánto duraría esta vez lo nuestro antes de irse a la mierda? ¿Un día? ¿Una semana? ¿Un mes como mucho? Y después ¿qué? Porque yo no estaba dispuesto a recoger de nuevo mis pedazos rotos, porque en cada ocasión que había permitido que alguien me rompiera había perdido alguno de ellos de forma irrecuperable, convirtiéndome en lo que a día de hoy era: un hombre incompleto. No obstante, pese a mis miedos, fui incapaz de negarme a que me explicase de qué iba todo aquello.

—Te escucho.

Su pecho se expandió tras una profunda inhalación y a mí se me fueron los ojos allí de forma automática.

—Aquella noche, justo antes de pedirte que te fueras y a pesar del tenso ambiente que se respiraba, hallé la solución para obtener lo único que siempre me ha faltado en la vida.

Por norma general, sus diatribas me desubicaban; algo a lo que ya tendría que estar acostumbrado y, sin embargo, no me acostumbraba.

—¿Obtener el qué? Tú ya lo tienes todo.

—No, Darío, nunca tuve una felicidad constante y real, de esas que hacen que quieras comerte el mundo. —Giró el cuello y me miró—. Hasta que llegaste tú. Y no estaba dispuesta a que esa felicidad que siempre he deseado con agonía, y que cuando estoy contigo me recorre entera, muriese aquella noche. Así que, nada más te hubiste marchado, me obligué a representar el papel más importante de toda mi vida...

*Los labios de Silvia dibujaban una preciosa sonrisa mientras bailaba con Nicolás, a la que acompañaba, de cuando en cuando, con una caída premeditada de pestañas. Sentía un nudo en las tripas cada vez más apretado, pero sabía que todo dependía del éxito de aquella interpretación para que la balanza se inclinase a su favor. Samu le había puesto la*



*solución en bandeja, sin ser consciente de ello, al lanzar aquellas retadoras palabras al padre de Daniela, por lo que tenía que ser lista y recuperar la confianza de su círculo más allegado; tanto Nico como su propia familia tenían que creerla conforme en cuanto a los planes que habían programado para su futuro, ya que de lo contrario no podría actuar con libertad ni matizar lo que había comenzado a cocerse en su mente. Por eso se dejó abrazar por él y permitió su íntima cercanía. Y fue por el mismo motivo que no opuso objeción cuando este la besó al finalizar la fiesta.*

*Más tarde, ya en la soledad de su alcoba, se deshizo de la falsa sonrisa y rezó porque Darío le perdonara alguna vez que hubiese regalado a Nicolás uno de los besos que reservaba para él.*

*Los días posteriores a la fiesta transcurrieron lentos, forzándola a disimular la mayor parte de las horas que todo le parecía perfecto. Intuía que su familia no se tragaba al cien por cien que hubiese renunciado con tanta facilidad a Darío, de modo que no se podía permitir el mínimo error ni en sus gestos ni en su comportamiento. En cambio, disimular lo mal que se sentía delante de Nicolás le resultaba de lo más fácil puesto que él creía ciegamente que estaban destinados a ser el uno del otro, por lo que el agrado fingido que le demostraba cada vez que la visitaba consiguió aumentar la seguridad en su supuesto prometido. Nadie sospechaba que el poco tiempo del que Silvia disponía para sí lo invertía en conseguir el apoyo que necesitaba para recuperar las riendas de su vida.*

*La segunda semana después de la fiesta tampoco contactó con Darío, y aunque eso era sin duda lo que más le dolía, aceptaba con cierto agrado la punzada perenne en el centro de su pecho que su ausencia le provocaba como un recordatorio constante de lo que pretendía alcanzar. Por eso, el sábado por la tarde, cuando recibió la reglamentaria visita del que sería su esposo una vez finalizara los estudios universitarios, Silvia puso en marcha la cuenta atrás aun sabiendo que el hecho de ponerle fin a todo aquello no significaba que las cosas entre Darío y ella fuesen a arreglarse. No obstante, de ese tema se ocuparía cuando llegase el momento, ahora lo único que perseguía era desligarse de todo lo que la ataba a su actual vida.*

*—Nico —dijo con voz suave, cogiéndole con ternura las manos—, necesito hablar algunas cuestiones con mis padres y contigo. Nada serio —añadió al verle fruncir el ceño—. Solo algunos puntos de nuestra marcha y de nuestro posterior enlace que no tengo del todo claros.*

*—De los preparativos de nuestra marcha se está encargando tu madre.*

*Sabes que le encanta lo de planificar al detalle y todo ese rollo, así que déjala que lo haga y que te quite esa carga a ti.*

*—Sí, lo sé. —Silvia sonrió al tiempo que le daba un pico en los labios —. Es solo que me gustaría tomar parte en lo que se decida sobre nosotros, ¿a ti no? Es nuestra vida y creo que deberíamos ser tú y yo quienes nos ocupásemos de eso. Juntos. Además de que me gustaría discutir con ellos algunos aspectos de nuestra futura boda, porque no quiero que la lista de invitados, los adornos florales o incluso mi vestido me sean impuestos, y eso tendría que dejárselo claro a ambos desde ya. Y para eso te necesito a mi lado, que me des tu apoyo, porque a fin de cuentas estamos hablando de nuestro futuro, de nosotros, de un día que deseo que sea el más especial de mi vida. ¡Tengo en mente tantas cosas! ¡Tanto que decirles sobre qué y cómo quiero organizarlo! Pero sé que, si tú no me apoyas en esto, ni me escucharán.*

*—Supongo que tienes razón —cedió por fin él después de pensárselo unos segundos—. Al fin y al cabo, se trata de ti y de mí, así que dime qué necesitas.*

*Ella lo obsequió con una sonrisa radiante.*

*—Solo que inventes alguna excusa para reunirnos aquí en mi casa el lunes por la tarde después del almuerzo. Y diles a tus padres que vengan también. Ellos son mis futuros suegros y es imprescindible que estén presentes. ¡Ah!, y trae una botella de champán para celebrarlo.*

*—¿No vas a darme una pista de qué vamos a celebrar?*

*—El ser dueños de las riendas de nuestras vidas, Nico, es por eso por lo que vamos a brindar. Y si haces esto por mí, sabré recompensártelo.*

*Silvia desveló esa gran verdad rozándole los labios al hablar y, como resultado, él aspiró entre dientes tanto por el sutil roce como por la perspectiva que ella le ofrecía. La deseaba y no veía el momento de tenerla de nuevo por completo, por lo que no desaprovechó la oportunidad y asintió, mostrándole con ese simple gesto de cabeza que podía contar con él.*

*Lo que Silvia no le confesó fue que esas riendas a las que se había referido solo implicaban a Darío y a ella y que él quedaba totalmente al margen de esa maravillosa ecuación.*

*La escenificación final se acercaba de forma tan inminente que Silvia podría haber moldeado con sus dedos la tensión que flotaba en el almuerzo como si fuese plastilina. Y no era que en su casa tuvieran por costumbre mantener conversaciones distendidas en las comidas, no. Pero ese lunes el*

*ambiente entre los Haro se apreciaba enrarecido de más, como la atmósfera que se respira justo antes de que estalle una tormenta.*

*Silvia se limitó a diseccionar el pescado al horno de su plato; tenía el estómago tan cerrado a causa de los nervios que las manos le temblaban, descoordinando el elegante aprendizaje protocolario que su supuesta madre se había afanado en inculcarle. A Gloria de Haro siempre le habían molestado ciertos ruidos en la mesa y los cubiertos de Silvia se habían empeñado en chocar de forma casi estridente entre ellos, reproduciendo el sonido metálico de dos floretes de esgrima en pleno duelo. Sabía de sobra que, si no lograba rebajar algo las sacudidas involuntarias de sus dedos, era muy probable que terminara mandándola a su habitación, y un castigo, precisamente ese día, no era algo que pudiese permitirse. La miró por el rabillo del ojo para comprobar que la observaba con expresión crítica.*

*Cómo la odiaba por todos aquellos años de sometimiento.*

*Cuánto deseó que las agujas del reloj corriesen y aquella mujer ya solo representara un borrón en su vida.*

*Depositó los cubiertos con cuidado sobre el plato y descansó sus temblorosas manos en el regazo.*

*—Papá, ¿a qué hora llegan Nicolás y sus padres? —se atrevió a preguntar.*

*Miguel Haro echó un rápido vistazo al caro reloj de su muñeca.*

*—A las seis estarán aquí.*

*Breve. Conciso. Frío como un témpano de hielo. Así era su «querido» padre con ella. Así había sido toda la vida.*

*El eco de los segundos no cesó su martilleo en la cabeza de Silvia hasta que se retiraron de la mesa. Sin poder evitarlo, la inundó una sensación de melancolía por aquella última comida compartida con su familia y la achacó a la costumbre de tantos años arraigada a su persona. Entró en su habitación y observó cada detalle superfluo con el que había convivido, detalles sin ningún calor, detalles desprovistos de sentimientos. Con una pequeña exhalación, mitad tristeza, mitad liberación, se dirigió a su ropero y seleccionó las pocas prendas que ocuparían el interior de la maleta que se hallaba abierta en la cama.*

*Un rumor de voces que procedía del despacho de su padre se coló en sus oídos mientras descendía el último tramo de escaleras. Restaban aún diez minutos de las seis, aunque por lo que intuía, de todos los citados a la reunión, solo faltaba ella. Respiró hondo frente a la puerta de madera*

maciza; únicamente diez minutos y podría arrancarse esa máscara que la hacía ser una persona muy distinta a la que era. Darío acudió a su mente, renovándole las fuerzas. «Él es real —se dijo—, lo más auténtico que has tenido, y es por él que vas a hacerlo». Y ese pensamiento recubierto

de esperanza y atestado de experiencias aún no vividas hizo aflorar su verdadera personalidad, la que los reunidos en aquel lujoso despacho desconocían.

—Ya estás aquí, Chica Nueva. —Nicolás esbozó esa sonrisa canalla que otrora la había desarmado.

Silvia lo obsequió con una de su propia cosecha que hizo que el chico frunciere el ceño; al parecer, la máscara había caído al otro lado de la puerta y, ahora, frente a aquellas cinco personas, era solo ella.

Nico, situado junto a la mesita auxiliar donde reposaban varias copas aflautadas y una botella de cava descorchada y sumergida en el frescor transparente de los simétricos hielos que flotaban en la cara cubitera, se acercó con la intención de darle un beso en los labios, sin poder disimular su desconcierto cuando los suyos impactaron contra la mejilla de ella, que había girado el rostro en el último segundo con desprecio y excesiva grosería.

Con la mandíbula apretada, la observó desplazarse hasta la mesita, rellenar las copas del líquido burbujeante dorado y a continuación repartirlas. Pero no solo él la miraba con recelo, cosa que a Silvia, además de no importarle, la hizo dibujar a trazos cortos su verdadera sonrisa. Sin más preámbulos, se situó frente a ellos, de espaldas a la puerta del despacho, sujetando con excesiva fuerza la botella de cava por el largo cuello. Sus ojos castaños, donde se apreciaban un sinfín de máculas danzarinas, se detuvieron expresamente a conciencia en cada uno de los presentes durante unos segundos solo para que pudiesen captar, sin lugar a equívocos, que desde ese momento se pertenecía a sí misma.

—¿Qué hora es? —preguntó a su todavía prometido.

—Las seis en punto —contestó él en un siseo indignado.

Entonces Silvia los deleitó con la más maravillosa de las sonrisas, alzó el brazo con el que sujetaba la botella y dejó salir las palabras que le cosquilleaban en la punta de la lengua:

—Justo la hora de hacer el brindis. —Clavó sus ojos en Nicolás—. Brindo por el hombre que amo. Brindo por Darío.

Llevándose la botella a los labios, bebió directamente de ella ante la

*estupefacta mirada de todos, y, mientras lo hacía, disfrutó de las diversas reacciones de aquel brindis nada esperado: el chillido atragantado en la garganta de su madre y el fuerte golpe contra la pared que provocó la silla giratoria donde su padre se hallaba sentado; la sonora respiración de Nicolás Martorell y el encogimiento casi doloroso del cuerpo de su esposa; el audible mascullar de Nico soltando imprecaciones por su boca... Un rechazo simultáneo y generalizado en perfecta sincronización con la puerta del despacho que, de pronto, se abrió de forma inesperada tras la espalda de Silvia.*

*El cuerpo de Nicolás se puso más rígido que una estaca, mirando intermitentemente a esas dos personas que acababan de sumarse a la íntima reunión. La incredulidad en sus ojos era la emoción más destacada; la misma incredulidad que reflejaban los ojos de los demás.*

*—Bien, ahora sí que estamos todos —anunció Silvia, descorriendo así el telón que daba inicio al acto final.*

*Las distintas muestras de rechazo no se hicieron de esperar.*

*—¿Qué significa esto? —rugió el señor Haro en un tono acerado.*

*—¡Fuera de mi casa! —exigió su esposa al mismo tiempo.*

*—¡¿Daniela...?!*

*—¿Qué haces tú aquí? —preguntaron a su vez los Martorell.*

*Y por encima de todas las voces, sobresalió la indignación de Nicolás.*

*—¡Me has mentido!*

*Pero Silvia llevaba días preparándose para aquello y, con una entereza que había ido cociéndose a fuego lento, los enfrentó uno por uno.*

*—También es mi casa —espetó a su madrastra, que miraba con un profundo odio a Isabel—. Ella está aquí porque yo se lo he pedido. Porque es la única figura materna que conozco, la única que me ha querido de verdad por ser quien soy de un modo incondicional. Tú llegaste a nuestras vidas inesperadamente y, en lugar de adaptarte, nos obligaste a que nos adaptásemos a ti.*

*—No te permito...*

*—Por supuesto que me permites —la cortó Silvia, elevando el volumen de su voz—. Quisiste moldearme a fuerza de bofetones... Me humillaste hasta el punto de crearme un trastorno alimenticio. Pues esto que ves es en lo que me convertiste; alguien que te odia con infinita intensidad, que no te tiene más cariño que el que le tendría a un insecto.*

*—¡Silvia! —bramó su padre.*

—Y lo que esto significa, papá —dijo señalándolo con un dedo—, es que a partir de ahora vas a asumir, te guste o no, que mi vida es solo mía y que las decisiones que me afecten las tomo yo.

—Tú no tienes ni voz ni voto —escupió él.

—Oh, desde luego que sí, además de un don exquisito de palabra para hacer un comunicado a la prensa de lo podrido que está el apellido Haro. ¡Imagínate cuando salgamos en primera plana! Ya puedo ver el titular: «La hija de los Haro acusa a su madrastra de maltrato y repudia a su padre por consentirlo». Una bomba, ¿verdad?

—No te atreverías.

—Pero yo sí, Miguel —intervino Isabel por primera vez desde que había hecho acto de presencia en el despacho—. Yo sí que contaría lo que esconde la otra cara de tu familia. En estos años me has dado motivos suficientes y sabes que, llegado el caso, lo haré.

Silvia agradeció a su tata el apoyo con un leve movimiento de cabeza acompañado por una media sonrisa verdadera. Luego continuó, esa vez mirando de frente a los Martorell.

—Daniela está aquí en calidad de amiga porque, gracias a ustedes, ha sufrido un destino similar al que a mí me tenían deparado. No voy a irme a estudiar fuera con su hijo ni voy a casarme en un futuro con él.

—Silvia, piénsalo bien. —El padre de Nicolás le habló con voz calmada, tratando de hacerla recapacitar—. Mi hijo es un partido extraordinario. Mi hijo es...

—Un delincuente. Sí, papá. Y deberías sentirte avergonzado por todas las veces que has tapado sus delitos, por todas las veces que lo has protegido a costa de otros. Dejaste que me separara de Fabián y me ocultaste que le habían dado tal paliza que tuvo que ser ingresado. Sin embargo, nada puede encubrirse eternamente y ahora lo sé. Y estoy dispuesta a denunciarlo ante las autoridades si es preciso.

—Dani, es tu hermano.

—Sí, mamá, pero también es un monstruo.

La respiración de Nicolás se hacía más sonora por segundos.

—¡Te quité de en medio a un don nadie! —gritó a su hermana—. ¡Evité que fueras una infeliz!

—¡La infelicidad me la causaste tú! —chilló Daniela en una réplica airada—. ¡Tú y esos desalmados que tienes por amigos!

El matrimonio Martorell se levantó alarmado del sofá al ver la

*desproporcionada reacción de su primogénito, que se lanzó a por su hermana. El velo de cruda rabia que cubría los ojos de Nicolás fue una muestra fehaciente de su auténtica personalidad, y si no pudieron saber hasta dónde habría sido capaz de llegar de haber alcanzado su objetivo fue porque Silvia le cortó el paso, frenando su avance con la mirada más envenenada que jamás había dedicado a nadie.*

*—No te atrevas a tocarla —siseó en una clara amenaza—. Porque si le pones un solo dedo encima seré yo quien te denuncie, la que atestigüe en una declaración firmada lo que pretendíais hacerle a Darío la noche que irrumpisteis en la Asunción, la que cuente al mundo el daño que infringisteis a Fabián, la que haga público que, el día que cumplí quince años, afectada como estaba por la ingesta de alcohol, te metiste en mi cama y aprovechaste para tener relaciones conmigo. Lo contaré todo, Nico. Y te garantizo que ni tu padre podrá salvarte el culo esta vez.*

*—Y yo corroboraré sus palabras —la secundó Daniela, alzando la barbilla—. No creo que nadie desconfiara de mí, que llevo tu sangre. Sin contar con que llamarían a declarar a Darío y a sus amigos que, además de que afirmarían lo mismo, también contarían lo de Fabián. E imagino que, aunque él no os denunciara en su momento, no habría problemas en que los facultativos que lo atendieron aquella noche faciliten a las autoridades un parte de lesiones y más si tenemos en cuenta que ya todo está informatizado.*

*Tanto el rostro de Nicolás como el de sus padres se tornaron lívidos, como si la sangre les hubiese abandonado de cuello para arriba. Silvia jamás podría agradecerle a su amiga que se estuviera enfrentando a su familia por ella. Lo que Silvia no sabía era que Dani también lo hacía por todo lo que en su día ellos le arrebataron. Era su pequeña venganza.*

*Miguel Haro ya no podía más con tanta impertinencia y, como era costumbre en él, optó por imponer su autoridad.*

*—Si has montado este circo para reclamar los derechos que crees que te da el ser mayor de edad, te recuerdo, señorita, que esta es mi casa y que aquí se acatan mis normas. —Silvia no pudo más que mirarlo sorprendida—. Te voy a conceder un tiempo para que medites sobre el futuro que te ofrezco, al que no le estás dando el mínimo valor, pero lo que no voy a consentirte son más amenazas, ¿lo entiendes?*

*—El que no has entendido nada eres tú, papá. No estoy reclamando nada. No voy a meditar sobre nada. Esta es tu casa, como bien has dicho, pero yo no acataré ni una orden más.*

—Mientras vivas bajo este techo...

—¡No voy a seguir viviendo aquí! —gritó haciendo real ante todos su decisión—. Este circo, como lo has llamado, es para que asentemos las bases de un acuerdo no escrito, ya que tan expertos sois en negociaciones. Y el acuerdo es este: yo salgo de vuestras vidas y vosotros me dejáis en paz.

Miguel Haro soltó una seca carcajada carente de humor.

—Y si no, ¿qué?

A Silvia le hirvió la sangre al comprobar que su padre no estaba tomándola en serio y se aproximó a él para que pudiera ver de cerca en su cara que estaba más que dispuesta a hacer realidad sus palabras.

—Que te juro por mi difunta madre que cumpliré cada una de mis amenazas, y esto se amplía a todos vosotros. —Los señaló—. Si no queréis protagonizar un escándalo en los juzgados ni ser sometidos al escarnio público, os aconsejo que os olvidéis de mí.

Con satisfacción, vio la alarma en los ojos de los Martorell, la preocupación a la repercusión mediática, que con seguridad habría, en el rostro de la que había llamado madre hasta ese día, y por último, vio la rendición en la mirada del hombre que le había dado la vida. No sintió un ápice de lástima por ninguno de ellos; es más, les regaló una sonrisa azucarada mientras se giraba para abandonar el despacho.

—Os deseo que seáis muy felices, yo también pienso serlo.

Avanzó hasta la puerta, seguida de Daniela e Isabel, y giró la dorada manivela.

—Me gustaría saber cómo vas a salir adelante sin mi dinero. Apuesto la mitad de mi fortuna a que no tardarás en volver.

—Ese ya no es tu problema —le contestó Silvia sin siquiera mirarlo—. Y no, papá, te garantizo que no volveré.

Abrió la puerta y la atravesó.

Cinco minutos después descendía por la escalera portando dieciocho años de su vida en una pequeña maleta. Isabel y su amiga la esperaban a los pies de esta; los demás continuaban en el interior del lujoso despacho.

—Estaré bien —aseguró Dani con una sonrisa—. Tú solo preocúpate por recuperar a Darío.

—Y si no, ya sabes que en mi casa siempre habrá un sitio para ti.

Silvia miró a su tata con todo el amor que le profesaba; ella no solo le ofrecía un techo donde vivir, sino que le había dado muchísimo más, todo lo que una madre daría a su propia hija.



*Se despidió de Daniela con la promesa de que pronto se verían y, junto a Isabel, abandonó el chalé de los Haro sin que a ninguna les pesara los años que dejaban atrás. Ambas tenían claro qué querían de la vida y estaban dispuestas a conseguirlo de la manera que fuese.*

*—Si sigue enfadado, ya sabes dónde vivo —le insistió Isabel, parada en la acera.*

*—Tengo una llave de su casa, tata. —Silvia le mostró la pequeña figura de metal dentado que sujetaba con fuerza en una de sus manos—. No voy a pedirle permiso. No voy a darle opción a que me cierre la puerta en las narices sin que antes me escuche.*

*Isabel sonrió. Conocía lo suficiente a su niña para saber que, cuando algo se le metía entre ceja y ceja, no paraba hasta conseguirlo.*

*—Pues buena suerte entonces. —Depositó un beso maternal en el centro de su frente—. Y, por favor, sé buena y déjalo descansar, que debe estar agotado.*

*A Silvia se le estiraron los labios en una sonrisa radiante.*

*—No te prometo nada, tata.*

*—Desvergonzada —soltó ella con humor, fundiéndose en un abrazo con la chica.*

*Tomaron direcciones contrarias; Isabel hacia el que ahora era su nuevo hogar; Silvia corrió, arrastrando la maleta, hacia la que esperaba fuera su nueva vida, con la imagen de Darío grabada en sus retinas y la llave de su futuro apretada con fuerza en la palma de su mano.*

Mi cara de flipado debía de ser monumental por cómo Silvia trataba de sujetar la sonrisa, pero es que era para fliparlo.

—Entonces... tu estancia aquí es... ¿definitiva? —pregunté con una mezcla de histeria y optimismo.

Por un lado, me acojonaba la idea de compartirlo todo con ella y por el otro, era lo que más deseaba en la vida.

—Ajá —fue su escueta respuesta.

—Por lo tanto, eso significa...

—Que te he elegido a ti —me cortó—. Que me he elegido a mí misma. Nos he elegido a nosotros. Me propusiste matrimonio con todo lo que eso implicaba, y si bien no voy a obligarte a que te pongas delante de un cura, sí que te acepto todo lo demás.

Los engranajes de mi cerebro se pusieron a funcionar a pleno rendimiento

y, de pronto, me noté la saliva espesa y tuve que tragar con fuerza.

—Bien, entonces me buscaré otro trabajo para los fines de semana. Hablaré con el dueño del *pub* que frecuentamos a ver si puedo currar de camarero los viernes y los sábados.

—¿De qué hablas, Darío?!

—De que lo mismo que tú no me vas a poner delante de un cura, yo no voy a permitir que abandones la carrera. Pagaré tus estudios con ese dinero extra que saque y...

—Para, para, que te has embalado sin razón. —Tapó mi boca con una mano para frenar mis palabras—. Mis estudios no son un problema y el dinero, tampoco.

—Quizá ahora no, pero lo será dentro de un tiempo —farfullé contra la palma de su mano.

—Mi tata va a costearme la carrera. Ella siempre ha estado ahí para mí. —Agrandé los ojos y Silvia se echó a reír—. No pongas esa cara de idiota; yo soy lo único que tiene y ella lo único que tengo yo. Bueno, además de ti.

Con delicadeza, aparté su mano de mi boca.

—Has pensado en todo, ¿verdad? No te has dejado ni un puto cabo sin atar.

—Ni uno —aseguró acurrucándose contra mi pecho—. Ya te lo dije una vez, siempre consigo salirme con la mía. Y ahora a dormir, que mañana tienes trabajo.

—Como si fuera tan fácil coger el sueño después de esto —me quejé, consciente de que era cierto que necesitaba descansar.

—Abrazame y cierra los ojos.

Lo hice y, contra todo pronóstico, creo que no tardé ni diez segundos en empezar a roncar. Cansancio físico, desde luego, pero también un gran alivio emocional y, sobre todo, una fe ciega después de muchos años en esa chica que no me engañó cuando meses atrás me dijo que estaba dispuesta a renunciar a su vida por formar parte de mía.

Tal vez las segundas oportunidades sí que existían.

Tal vez, después de todo, aún podía alcanzar la felicidad.

Tal vez un amor tan grande como el que sentíamos tuviera el poder de reconstruir nuestras almas demolidas por los golpes del destino.



—Ya son las siete, despierta, dormilón.

La suave voz lejana no me hizo abrir los ojos, lo que consiguió despegar mis párpados fueron las cosquillas. Me revolví, totalmente desubicado, haciéndome un nudo con las sábanas, y no fue hasta pasados unos segundos que comprendí que era Silvia quien se hallaba encima de mí moviendo los dedos entre mis costillas.

La sujeté por las muñecas, con los párpados todavía a medio izar, y sonreí. Una sonrisa de auténtico gilipollas, eso lo tenía más que claro, aun sin verme el careto. Ella tenía el cabello salvajemente despeinado, los labios y ojos hinchados de sueño y los pómulos sonrosados por el abrigo de nuestros cuerpos. Estaba preciosa de buena mañana, joder. Preciosa y sexi con aquel conjunto de encaje azul. Preciosa y sexi y guapa... Y yo me había empalmado solo de verla así: somnolienta, despeinada, cremosa... a horcajadas sobre mí.

Una de mis manos voló a su nuca y la hice estrellarse contra mi boca; con la otra rodeé su cintura y la apreté a mi cuerpo, que estaba mil veces más despierto que mi jodida mente.

Fue un polvo para nada presuntuoso, lento y sin grandes pretensiones, la forma más cojonuda de empezar un nuevo día, de comenzar todos los nuevos días desde ahora en adelante.

Tras un frugal desayuno, Silvia se dirigió hacia la parada de autobús para desplazarse a la universidad y yo lo hice hasta mi coche. El cielo se pintaba plomizo, salpicado de nubarrones que amenazaban con descargar en cualquier momento, y a mí no podía importarme menos. Ni tan siquiera el curro que sabía que me aguardaba consiguió borrarle la sonrisilla triunfadora de la cara. Porque cuando terminara mi jornada, Silvia estaría allí para mí y yo lo estaría para ella. Y eso... Joder, eso volvía a darle sentido a la vida.

Nuestra vida.

Nuestro futuro.

Nosotros.



—¿Tú eres Darío?

Desde la posición en la que me encontraba, en lo alto de la escalera portátil, giré el cuello para ver quién preguntaba por mí; un simple movimiento que hizo que me crujieran las cervicales, pues llevaba toda la mañana sin variar de postura enmarronado con la condensadora.

—Sí, ¿por?

—Porque quien manda en este tinglado dice que vayas a la cocina. Se ve que hoy se ha levantado con el pie izquierdo, porque a mí acaba de darme la charla con el alicatado de los baños y por lo visto ahora le toca dártela a ti. En fin, que me ha pedido que te diga que vayas y eso hago.

—Entonces habrá que ir —farfullé bajándome de la escalera.

El tipo que me había dado el recado, que por lo que entendí formaba parte de la cuadrilla de albañiles, se dirigió a los aseos a seguir con lo suyo mientras yo, como buen mandado, atravesé el local de camino a la cocina convencido de que la bronca de un extraño ni de coña iba a joderme el día.

Empujé una de las puertas oscilantes, entré a la amplia estancia enlosada en blanco y vi a una mujer de espaldas vestida con un jersey naranja pálido y unos vaqueros grises trasteando la cafetera. Como allí no había nadie más supuse que ella era la dueña, así que carraspeé para advertirle de mi presencia, pero o no me escuchó o pasó de mí como de comer mierda.

—¿Quería verme? —pregunté en tono profesional.

—Creí que el lenguaje protocolario hacía tiempo que había quedado aparcado entre tú y yo.

El sobresalto en mi pecho fue brutal.

—¿Isabel?!

Se giró hacia mí, con su ya conocida sonrisa, sujetando un par de tazas de café entre las manos. Me quedé mirándola con cara de idiota. Sin el uniforme parecía mucho más joven, y con ese conjunto tan informal que llevaba puesto también se veía mucho más guapa.

—Como el horno aún no funciona, no hay ni magdalenas ni bizcocho, aunque he pensado que podíamos traer de vuelta algunas viejas costumbres compartiendo unas tazas de café. A fin de cuentas, este negocio es mío, yo pago a tu jefe y puedo exigirte un breve descanso.

La realidad me golpeó hasta los huesos, produciéndome tal subidón, que solo le dio tiempo a depositar sendas tazas en la larga encimera de granito antes de que la alzara del suelo entre mis brazos y me pusiera a dar vueltas al son de su risa de cascabeles.

—¡Es tu local, joder! —expresé con más alegría de la que me cabía en el cuerpo—. ¡Es tu negocio en lo que estoy currando como un matado!

La posé en el suelo sin soltarle la cintura.

—He seguido tu consejo, Darío —dijo con emoción, apretándome los brazos—. Al parecer aquella idea que tuviste no era tan mala.

—¡No sabes cómo me alegro, Dios! —La estudié de arriba abajo—. Joder, Isabel, estás de muerte sin ese puto uniforme a rayas. —Ella se rio—. Te sientan de escándalo los vaqueros. Te sienta de vicio tu nuevo estatus de empresaria.

—Sí que me sienta bien, ¿verdad?

—Ni te lo imaginas. Te juro que no puedes ni imaginártelo.

Indudablemente, aquel café era el que mejor me estaba sabiendo en años y todo se debía a la compañía. Quizá ella no fuese consciente, pero su participación había sido en parte responsable de marcar un antes y un después en mi vida, y no hallaba modo de agradecerse.

—Lo que hiciste ayer... Lo que has hecho por nosotros... El volver a esa casa para apoyar a Silvia sin saber qué ibas a encontrarte... Bueno, fue muy valiente.

—Ella es todo lo que tengo —susurró con un ramalazo de tristeza.

—Ahora también me tienes a mí.

Busqué su mano por encima de la mesa y se la apreté con ternura.

—Al poco de conocernos me preguntaste si tenía familia, si fuera de la casa me esperaba alguien... Te contesté que una vez hubo un hombre, ¿lo recuerdas?

—Desde luego. Ese día también te dije que con tus habilidades culinarias podrías tener tu propio restaurante.

—Sí, ese día fue. —Me sonrió—. Tú no entendías por qué me conformaba con trabajar allí e insististe en que había otras posibilidades.

—Pero no las había si eso implicaba dejar a Silvia atrás —afirmé sin ninguna duda.

—Así es, Darío. —Tomó un sorbo de café—. Entré a trabajar muy joven con los Haro, cuando el abuelo de Silvia aún vivía. Por aquel entonces yo salía con un chico, un repostero; él fue quien me enseñó a elaborar tan deliciosos dulces. Era un hombre muy bueno, trabajador y me quería, y teníamos planes para el futuro como cualquier pareja a esa edad. Fui muy feliz aquellos años.

—¿Por qué me cuentas esto?

Mi tono fue amable. No es que no quisiera oír su relato, simplemente no entendía qué relación podía tener su vida pasada con nuestro presente.

—Porque me has dicho que ahora también te tengo a ti y lo justo es que sepas qué me sucedió al igual que yo sé todo lo que te ha sucedido.

—Mi hermana, ¿verdad?

—Tu hermana —afirmó—. Vino a casa y le explicó a Silvia tu pasado; no como una traición, sino para hacerle entender a la niña que tú eras alguien por quien valía la pena luchar.

—Sí, bueno, imagino que soy digno de lástima —pronuncié con un tinte de tristeza—. Perder a mi madre siendo solo un crío, las palizas... Mi soledad tras la muerte de Rebeca.

—No es lástima lo que siento por ti, es admiración. —Arrugué las cejas ante esa confesión—. Sí, admiración por todas las veces que te has levantado y seguido adelante; por cómo protegiste a tu hermana pequeña a costa de tu integridad física; por cómo has aprendido a volver a amar después de haberlo perdido todo. —Ahora fue ella quien apretó mi mano—. Lo que trato de decirte es que a veces, para sobrevivir, necesitamos aferrarnos a otra persona, dar nuestra vida por alguien que nos importe. Tú la diste por tu hermana y tu sobrina, la has dado por Silvia desde el principio teniendo como tenías todo en tu contra, y eso es lo que nos unirá a ti y a mí siempre, porque yo también di todo lo que tenía por ella.

—¿Qué pasó, Isabel?

—Para no aburrirte te diré que mi repostero y yo estábamos programando nuestra boda cuando la madre de Silvia murió a los pocos meses de nacer ella.

—¿Y eso en qué afectó a vuestros planes? No me malinterpretes, sé que tuvo que ser un palo, pero Silvia no estaba sola.

—Afectó a nuestros planes porque Miguel nunca se hizo cargo de ella; ni antes de la muerte de su esposa ni después. Nadie lo hacía. Yo fui la única persona que no se desentendió de Silvia. Me volqué en su cuidado, en darle el cariño que todo bebé necesita y eso absorbió la mayor parte de mi tiempo. Entonces tuvimos que posponer nuestros planes para un mejor momento. Y no lo lamento; amaba a Silvia más que a nadie en este mundo, más incluso que al que iba a ser mi esposo. Él tampoco puso objeciones, ya te he dicho que era un hombre muy bueno. Se conformó durante años con las pocas horas a la semana que yo podía dedicarle. Pero aquel verano, cuando Silvia cumplió los ocho años, Miguel decidió trasladarse a esta ciudad prácticamente de un día para otro. En teoría, lo hacía por negocios, así que de la noche a la mañana me

encontré en la encrucijada de si quedarme al lado del hombre al que amaba o partir junto a la niña que, sin haber parido, quería con toda mi alma. A ella no le hizo ni pizca de gracia marcharse de la ciudad donde se había criado. Allí tenía muchas amistades y era feliz... Y yo no pude darle la espalda sabiendo que, si no la acompañaba, aquí se sentiría totalmente sola y desprotegida. Entenderás por qué decidí romper mi compromiso y venirme con los Haro; de hecho, nunca me he arrepentido, porque mi niña fue, es y siempre será lo primero. Por eso no hay ni un novio ni un marido ni nadie que me espere, y por eso también, cada día elaboro un dulce distinto.

—Porque hacerlo te recuerda a él —aseguré—. Te recuerda lo que perdiste.

—No, te equivocas. Me recuerda lo que gané. En la vida todo sucede por algún motivo y lo que te sucedió a ti te trajo hasta ella. Nunca la he visto sufrir por nadie como ha sufrido por ti, ni ser tan feliz con alguien como lo es contigo.

Me aferré a sus manos con fuerza.

—Haré que merezca la pena, Isabel. Te prometo que haré cuanto esté en mi mano para que el sacrificio que hiciste merezca la pena.

—Lo sé, cariño, no estoy ciega y he visto cómo la miras —Las comisuras de sus labios se curvaron.

—¿Y cómo la miro?

—Como hace muchísimo tiempo él me miraba a mí.



—Que no hayas mencionado ni de pasada que para quien estoy trabajando es para Isabel ha estado muy, pero que muy feo —comenté empleando un tono de lo más jocoso.

Silvia se encontraba en mi ridícula cocina batiendo huevos en un bol. Me acerqué a ella y le rodeé la cintura desde atrás.

—Ya veo que te ha gustado la sorpresa.

Introduje la nariz en el hueco de su cuello e inspiré antes de depositar en su carne un dulce beso.

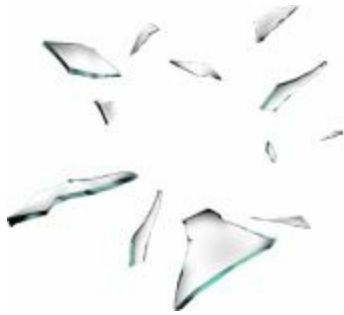
—No tanto como me gustas tú.

—A ver, tontito, y en una escala del uno al diez ¿cuánto es lo que te gusto? —preguntó con ese deje de superioridad tan propio de ella.

Sonreí pegado a su piel.

—Un once, pequeña. Desde el principio ha sido un once.





30

## Mi lugar en el mundo

*Silvia*

Sonreía como una tonta, con la frente apoyada contra el cristal de la ventanilla del autobús sin apenas ser consciente de que las calles de la ciudad pasaban ante mí igual que una mancha borrosa. Llevaba cogiendo esa misma línea las tres últimas semanas en mis idas y venidas al local que estaba terminando de montar mi tata y los rostros de los que con frecuencia compartían trayecto conmigo ya me eran familiares.

Justo de ahí regresaba, de ayudar a la que quería como a una madre a dar los retoques finales a su nuevo negocio. Los operarios que habían trabajado en el acondicionamiento del restaurante, como era el caso de Darío, finiquitaron sus distintas labores días atrás, pero aún quedaba una ardua tarea por delante antes de la inauguración, que estaba prevista para el sábado veintinueve de diciembre. A mi tata se la comían los nervios pensando en el poco tiempo que faltaba y en lo mucho que todavía tenía que organizar. Y por eso acudía a echarle una mano al salir de la universidad, porque yo también deseaba ver cumplido su sueño.

Amplíé la sonrisa mirando las calles sin llegarlas a ver, embebida como estaba en las imágenes de ese álbum de *nosotros* que con tanto cariño iba recopilando en mi memoria. Ni el ser testigo del estado de ansiedad al que estaba sometida mi tata ni el enterarme de la noticia-bomba que Dani me había soltado esa tarde cuando apareció por el local, afectaban a mi recuperada felicidad.

En esos días la palabra *nuevo* había vuelto a cobrar sentido para mí; uno

real y tan gratificante que estaba haciéndome disfrutar intensamente de los aspectos más cotidianos de mi estrenada vida. Cada detalle sumaba, incluidas las manías y los hábitos que iba descubriendo en Darío, como el de beber leche cada mañana directamente del cartón nada más levantarse o el de acudir los domingos a ver jugar al pésimo equipo de la barriada. También fue *nuevo* para mí observarlo desenvolverse en su faceta de tío. Él era muy diferente cuando interactuaba con Rebeca a cuando lo hacía con los demás, lo que ponía de manifiesto el maravilloso padre que sería en un futuro. Y como cada conducta *nueva* que descubría en él me enamoraba, no fue ninguna sorpresa que ese sentimiento creciese en mi pecho incluso cuando se sintió herido.

Hacía tan solo un par de noches que habíamos tenido nuestra primera discusión seria. Yo ya estaba más que acostumbrada a su alzamiento involuntario y prepotente de ceja cuando algo le parecía una tontería o a que soltase algún taco que otro cuando el día había sido malo para él. Pero a que se enfadase de verdad conmigo no me tenía acostumbrada y, por extraño que parezca, no fue su vena combativa la que me hizo quererle más si cabía, sino su capacidad de gestionar y canalizar la rabia que lo recorría en ese momento hasta convertirla en el arma con la que venció a mi conciencia.

*Ese día regresé bastante tarde del local de mi tata, pasada la medianoche para ser exacta. Había perdido la noción del tiempo hablando con ella y no me di cuenta de que mi móvil estaba sin batería, por eso cuando entré en casa y vi la mirada asesina que Darío me dirigió, ni eché cuentas a que podía ser culpa mía. Al desconocer el motivo de su cabreo, la sangre se me espesó cuando fui a darle un beso y él me lo negó. Me indignó tanto que apartase la cara, que comencé a chillarle sin analizar a qué se debía su rechazo. Darío no elevó su tono de voz, tal y como yo esperaba, dándome a entender de ese modo que solucionar los problemas a gritos no era algo que fuese con su persona.*

*—Tienes que estar de broma. ¡¿En serio me estás liando un pollo tú a mí?!—No fue una pregunta, sino un reproche tiznado de decepción—. Tú, que no te molestas en ponerte en el pellejo de los demás, ¡¿encima vas y te ofendes?! Pues mira que te diga una cosa: el puto teléfono está para algo más que para hacerte bulto en el bolsillo.*

*Al mirar mi móvil comprobé que estaba muerto, sin embargo, seguí chillándole.*

*—¡No tenía ni idea de que me había quedado sin batería! ¡Estaba*

*ayudando a mi tata!*

*—Yo estaba acojonado, así que deja de pegar voces y párate a pensar en cómo te habrías sentido tú de ser yo quien llegara a estas horas sin tomarme la molestia de avisarte. Me estaba subiendo por las paredes, pero eso a ti te importa una mierda, ¿verdad? —resopló—. A ver si te enteras de que todo lo de tu familia y ese gilipollas de novio que tenías está aún muy reciente, conque la próxima vez que decidas pasar de mi culo al menos envíame un jodido wasap.*

*—Yo no he pasado de ti, Darío —declaré esa vez con suavidad al comprender lo preocupado que habría estado. E intentando arreglar mi metedura de pata, agregué—: Sabes de sobra que tú eres lo primero.*

*—Bonita forma la tuya de demostrarlo —soltó de lo más frío.*

*Y sin esperar otra réplica por mi parte, me dio la espalda y se fue derecho al dormitorio.*

*Arrepentida por mi falta de consideración, lo seguí y, tras desprenderme de mi ropa, me metí en la cama y me abracé a su cuerpo.*

*—Lo siento —expresé de corazón—. No estoy acostumbrada a que nadie se preocupe por mí, a que alguien que no sea mi tata sufra por lo que pueda pasarme.*

*—Pues ve acostumbrándote. —Su tono seguía siendo glacial.*

*Estaba de espaldas a mí y me obligaba a hablarle a su cuello.*

*—¿Eso significa que me quieres?*

*—Como si no lo supieras —masculló entre dientes y yo me reí.*

*—Anda, venga, gírate y dame un beso, tontito.*

*—No estoy para juegos, Silvia.*

*Sin embargo, la aspereza de su voz, que se iba diluyendo, indicaba lo contrario, de modo que insistí:*

*—¿Ni para uno chiquitito? ¿Uno muy, muy pequeñito?*

*Lo escuché suspirar antes de que se girara en el colchón y su rostro quedase frente al mío.*

*—Me has acojonado, ¿vale?*

*—Vale.*

*—No vuelvas a hacerlo, te lo pido por favor.*

*Y ese beso chiquitito se transformó en un millón de besos dulces que transmitían un millón de te quiero.*

Sí, definitivamente me encantaba lo que ahora significaba la palabra

*nuevo.*

Al bajarme del bus me encaminé al bar de Paco, donde mi *nueva* familia se reunía los viernes por la noche. Y justo ese viernes tenía lugar mi primera velada oficial con todos ellos.

Esa misma mañana, en el desayuno, Darío me había puesto en antecedentes sobre las posibles burradas que con seguridad soltarían tanto Ángel, como el mayor de los hermanos Reyes acerca de nuestra relación. Me aconsejó que ni les hiciese caso ni me tomara a mal ninguno de sus comentarios, porque ellos eran y siempre serían, según él, dos capullos que en la vida iban a madurar. Aunque eso no evitaba que estuviese algo nerviosa dado que, por lo poco que los conocía, me había quedado claro que según fuese el grado de sus bromas así sería su nivel de aceptación, por lo que en el fondo deseaba que se pasaran de bordes conmigo si eso significaba que me aceptaban sin oposición alguna como la pareja de su amigo.

Los localicé en las mesas situadas más al fondo. Habían juntado un par de ellas para que cupiésemos todos y charlaban y reían despreocupadamente. Vi que había una silla libre entre Darío y su hermana; el sitio reservado para mí.

—Hola a todos —saludé al llegar donde ellos.

Di un pico rápido a Darío y me senté junto a él. Pero nada más hacerlo, comprobé que se habían quedado en silencio y me miraban fijamente.

Mi corazón se encogió en un puño.

—De ti estábamos hablando justo ahora. —Ángel lo dijo tan serio que todos mis escudos internos se alzaron de golpe—. Nos preguntábamos qué le das a este idiota para que tenga esa cara perpetua de *atontao*.

Una media sonrisa canalla le ladeó la boca y yo expulsé todo el aire que sin ser consciente había estado conteniendo.

—No creo que tenga que explicarnos nada; puedes imaginártelo. Otra cosa no tendrás, pero de imaginación andas tan sobrado como yo.

La intervención de Aarón aflojó un poco más el nudo que se apretaba a mi pecho.

—No les hagas caso —me aconsejó Marta—. Y ni se te ocurra darles una respuesta o estarás perdida.

—Pecosa, ¿acaso tú no ves la cara de gilipollas que lleva puesta últimamente?

—Claro que la veo, Ángel, no estoy ciega.

Eché una sutil mirada a Darío y, para mi asombro, comprobé que un pelín

cara de atontado sí que tenía, aunque era la cara de atontado más bonita del mundo. Sus facciones se veían relajadas y la sonrisa que exhibía se reflejaba en sus preciosos ojos, que chisporroteaban divertidos en ese momento.

—Mírale. —Ángel lo señaló con un movimiento de barbilla—. Es patético. Lleva media hora enseñándonos los dientes. Todos los putos dientes. —Reclinó la parte superior de su cuerpo sobre la mesa, acortando distancia con Darío—. Mañana vas a tener agujetas, tío. Unas agujetas de la hostia en tu fea cara.

Darío ensanchó la sonrisa y él negó con la cabeza como si lo diese por perdido.

—No vas a dejar de ser un payaso en tu jodida vida —la crítica vino de Samuel, que logró captar la atención de Ángel, a quien iba dirigida.

—Habló el que tiene el sentido del humor de una patata —contraatacó él, recostándose contra el respaldo de la silla.

—Su humor está en perfectas condiciones —lo defendió Abril.

Era como estar presenciando un partido de tenis por parejas, pero mucho más divertido.

—Será lo único que está bien en él, Ojos Azules.

—Tú cállate —espetó Carol a Aarón al tiempo que su hermano lo taladraba con la mirada, lo que le hizo sonreír ufano al saberse el centro de atención.

—Todo en él está más que bien, cenutrio.

—Tus insultos dan mucha pena, Ojos Azules, pero hay que reconocerte el esfuerzo.

—¿Qué esfuerzo?

—El de que sigas defendiéndolo después de todas sus cagadas.

—Cielito —Carol lo sujetó por la barbilla e hizo que la mirara—, te recuerdo que tú eres el rey de las cagadas y, ¡fíjate!, sigo contigo.

—Con nadie podrías estar mejor que conmigo, pelirrojilla. —En esa ocasión las palabras de Aarón portaban un inmenso cariño.

La besó con ternura en los labios y, al retirarse, su mirada color ámbar quedó enganchada a la de ella. Comprobé que esa mirada era igual a la que Samu dedicaba a Abril en todo momento; idéntica a la que Ángel destinaba al rostro pecoso de Marta cuando la observaba. Era la misma mirada que veía en Darío cada una de las veces que lo sorprendía recorriendo con sus bonitos ojos mi cara.

Mi corazón se saltó un latido al tomar conciencia de que, aun siendo

hombres distintos, sus ojos revelaban un sentimiento hermanado: un amor desnudo, irrompible y sin fisuras, el mayor tesoro que una mujer podía poseer. Y por cómo estaba mirándome Darío en ese preciso momento, podía considerarme tremendamente rica.

Me evadí de las conversaciones que discurrían alrededor de mí para centrar toda mi atención en él.

—Estás muy callado —susurré junto a su oído—. No has abierto la boca desde que he llegado.

A cámara lenta, acarició mi mejilla con el dorso de su mano.

—Solo estoy disfrutando de esto.

—¿De qué exactamente? —quise saber.

Y era cierto que quería saberlo, que lo necesitaba, porque verlo tan relajado y feliz para mí era otro *nuevo* descubrimiento.

—De una sensación que tenía olvidada —confesó mirándome a los ojos; los suyos eran un vivo reflejo del cielo al anochecer.

—¿Qué sensación?

—La de sentirme de nuevo parte de ellos.

—Y eso se debe ¿a...?

Entrelazó sus dedos a los míos, se los llevó a los labios y besó uno a uno mis nudillos.

—A que tú estás aquí conmigo.

Recé porque mis ojos mostraran el mismo amor que yo estaba viendo en los suyos.

—Yo también te quiero, Darío.

Porque, aunque con otras palabras, eso era lo que él me había dicho.



Caminábamos agarrados de la mano sin prisa por llegar a casa.

Llevábamos recorrido la mitad del trayecto envueltos en un agradable silencio, pero al recordar ese sello distintivo tan de ellos del que había sido testigo estando en el bar, tuve que romperlo.

—Tus amigos son tan auténticos como lo eres tú. Eres muy afortunado de tenerlos, de haberlos tenido siempre.

Mi voz estaba cargada de admiración, aunque también transportaba leves trazos de nostalgia por el cariño que constantemente se me había negado, y él

lo advirtió al instante.

—No te hagas mala sangre. —Dio un apretón a mi mano—. Tú has tenido a tu lado a Isabel y a Daniela, y ahora también nos tienes a nosotros. —De repente, su ceño suave y relajado se frunció—. ¿Te has fijado en el hombre que había sentado al final de la barra?, ¿el que estaba junto a la pared? —Me limité a asentir, desubicada por el cambio de tema—. Era mi padre.

Mis pies frenaron en seco haciendo que él también se detuviera.

—¿Ese era tu padre?! Pero... Pero... ¡si ni os ha mirado!

Se encogió de hombros dándole un cero de importancia al dato que yo había destacado.

—Paso de él como de la mierda. Solo te lo he dicho para que entiendas que hay personas que no se merecen ni uno solo de nuestros pensamientos. Además, tú tienes quien te quiera... ¡Joder!, yo te quiero más que a nada en el mundo y eso debería contar algo, ¿no?

La sonrisa que me regaló fue tan dulce que todo mi cariño se inclinó hacia él.

—¿Tienes algún buen recuerdo de tu infancia?, ¿de cuando vivíais con tus padres?

Era una pregunta estúpida que no se ajustaba a ese momento, pero me partía el corazón pensar que en su niñez y adolescencia tan solo hubiese conocido el sufrimiento.

—Claro que los tengo, Silvia —respondió y yo exhalé una bocanada de alivio.

—¿Cuál es el mejor de ellos?

Se quedó pensativo durante unos segundos.

—La sonrisa de mi madre cuando entraba a darme las buenas noches, ese sin duda es uno de los mejores. Casi no recuerdo cómo era su cara, ¿sabes? Sin embargo, sé que su sonrisa jamás la olvidaré.

—¿Y el peor que tienes de esa época?

Me arrepentí nada más la pregunta surgió de mis labios, aunque ya no podía recogerla.

—El restallido del cinturón un instante antes de que me abriese la carne.

—¡Dios santo, Darío!

No, no debí de hacerle esa pregunta y, en respuesta, mi cuerpo se abrazó al suyo tratando de mitigar esa pena.

—Tranquila, ya no duele.

Lo apreté más fuerte porque, aun sabiendo que decía la verdad, que ya no

le dolía igual que antaño, me constaba que ciertos traumas de la infancia eran difíciles de borrar por completo.

—Mi mejor recuerdo es el trozo de bizcocho que mi tata dejaba sobre un plato en mi cama las noches que mi madre me mandaba a dormir sin cenar — reconocí pegada a su pecho en un intento de recompensarle de un modo justo el haberle forzado a que se enfrentara a su pasado—. El peor fue el día que mi padre me obligó a que la llamase mamá.

—Que los jodan a todos. —Se retiró un poco para mirarme—. Lo que cuenta es el ahora, y ahora tú y yo nos tenemos. Tu familia se ha quedado sin lo más valioso que poseía, y mi padre... Bueno, a mi padre ya lo has visto, ha terminado solo como un perro.

—En el fondo hemos salido ganando, ¿verdad?

—¡Y tanto, joder! —exclamó abrazándome con fuerza—. Y tanto — repitió en un susurro contra mi pelo.

Reiniciamos la marcha, caminando a paso lento por las estrechas calles de la barriada. Nuestros dedos seguían trenzados; su palma junto a la mía, áspera y a un tiempo sedosa. Y fue la palma de su mano lo que hizo que me acordara de la incursión de Daniela en el restaurante.

—Dani ha estado hoy en el local a última hora de la tarde. Venía supercabreada porque Jaime la ha besado, o al menos ha hecho el intento antes de que ella le arreara una bofetada.

No pude evitar reírme al visualizar la escena en mi cabeza.

—Imagino que después se habrá lavado la boca con lejía.

Alcé el rostro y comprobé que él también sonreía.

—Con la bofetada creo que se ha dado por satisfecha. Según ella, ha sido épica.

—Un escupitajo habría estado jodidamente mejor; díselo de mi parte cuando la veas, que es mi consejo para la próxima vez que otro idiota intente comerle la boca sin su permiso.

—Le he dicho lo que me contaste sobre Fabián, pero ese tema la supera.

—Si no hace nada, nunca sabrá qué posibilidades tiene.

—Ya, bueno, pero él podría rechazarla y creo que eso es lo que más teme.

—Y estaría en su derecho de hacerlo, aunque si no arriesga siempre tendrá el comecome de la duda.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron, Darío.

—Hay veces que, por mucho tiempo que pase, olvidar es imposible. —



Supe que hablaba desde la experiencia—. Puede que no lo veas como yo, pero cada cual tiene que esforzarse por encontrar su lugar en el mundo y rendirse es como dejar que el mundo elija por ti.

Habíamos llegado a la puerta de casa y me puse de puntillas para besarlo en la mejilla.

—Yo ya encontré el mío. —Me echó una rápida ojeada mientras abría la puerta—. En el mismo instante que te miré a los ojos por primera vez, supe que mi lugar en el mundo eras tú.

Su sonrisa fue tan genuina que en mi mente comenzaron a bailotear enlazadas todas nuestras primeras veces. Pero al llegar a la puerta del dormitorio, cuando Darío hizo el amago de quitarse la camiseta, uno de esos recuerdos se desprendió de los demás y tomó vida. Él probablemente ni lo recordara, pero aún con todo me permití traer al presente ese pequeño fragmento de nuestra historia.

—¡Quieto ahí! Ni se te ocurra mover un solo músculo. —Se quedó congelado con la cara en el interior de la prenda y una buena porción de la piel de su estómago a la vista—. ¿Te han dicho alguna vez que estás bueno a rabiar?

Nada más hacerle aquella pregunta, se sacó la camiseta por la cabeza y su auténtica sonrisa era lo más destacado de su rostro.

—Eso mismo me dijo hace tiempo una chica que cada vez que se me acercaba, tratando de meterme mano, aceleraba mis pulsaciones y me revolucionaba las hormonas.

Le devolví la sonrisa; pues sí que lo recordaba.

—¿Y qué fue de ella? —pregunté viéndolo aproximarse con una lentitud desquiciante.

—Que a fuerza de putearme, entre otras cosas, logró robarme el corazón —declaró unas décimas de segundo antes de que su boca impactara contra la mía.

Terminamos de deshacernos de nuestras ropas como si el mañana no existiera, como si la noche anterior no nos hubiésemos tenido, como si todavía nos costase creer que éramos el uno del otro.

El movimiento de nuestras bocas se tornó feroz y nuestras manos se volvieron posesivas con cada pedazo que palpaban de la piel de otro. Cerré los ojos y me fundí en su respiración agónica, en la agradable sensación de sus dedos enredados en mi cabello. Llevé mis manos a su espalda y deslicé las palmas por la fina película de sudor que comenzaba a cubrirla hasta

acoplarlas a su trasero; lo apreté con fuerza y pude sentir los latidos de su corazón, frenéticos y desacompasados, golpear contra mi pecho.

Hacer el amor con Darío era algo fascinante, y no solo por lo que me hacía sentir a nivel físico, que era demencial, sino por las muchas emociones desconocidas que conseguía que brotaran de mi interior. Cada día que pasaba lo amaba más que el anterior y un poco menos que el siguiente. Amaba descubrir cada rayo de luz que había en él tanto como cada sombra con las que convivía. Y eran esas zonas oscuras que lo rodeaban las que se habían convertido en mi prioridad, mi mayor reto. Eran esas brumas de dolor las que mimaba con más ahínco, las que cuidaba con más amor. Porque después la recompensa era enorme. Porque ser testigo de la transparencia serena que iba poblando sus ojos suponía una pequeña victoria, otro retazo del pasado superado que me avisaba de que su alma hecha pedazos por fin estaba sanando.

—Algún día conseguiré curarte por completo —aseguré perdida como estaba en el azul de su mirada.

—¿Eso es una amenaza?

Su alzamiento de ceja hizo acto de presencia, acompañado de su bonita sonrisa ladeada.

Enmarqué su cara con mis manos y me aproximé a su boca para hablar con la voz, con la piel y el corazón.

—No, esta vez no es una amenaza, tontito, es una promesa.

## Epílogo

*Verano de 2019*

Paseaba la mirada una y otra vez por la curvatura de las seis letras talladas en la piedra marmórea sintiendo cómo en su pecho, los hilos rotos del pasado, y las hebras sueltas que se atisbaban como extractos premonitorios de su futuro, aleteaban alrededor del ovillo de sentimientos bien definido que ahora era su presente.

Llevaba más de una hora en aquel calmo lugar al que había decidido regresar con el fin de zanjar una cuenta que creía tener pendiente, sin embargo, aun teniendo la certeza de que dar ese paso era imprescindible para llegar a sentirse en paz consigo mismo, dolía. Cómo y de qué manera dolía. Él no era ningún estúpido y comprendía que aquel dolor agudo estaba más que justificado, como también que sentirse en parte culpable porque su vida continuara mientras la de ella quedó estancada años atrás era algo con lo que tendría que convivir.

Su mirada volvió a acariciar los trazos precisos que componían el familiar nombre; primero, letra a letra; después, sílaba a sílaba, para terminar pronunciándolo en su mente con infinita ternura. Se vio obligado a parpadear reiteradamente en un absurdo intento de disipar el velo turbio que comenzaba a cubrir sus ojos, sin lograrlo, y tomó una honda bocanada de aire que ayudara a extraer de su interior las palabras que tanto tiempo llevaba guardándose.

—Que seas feliz allá donde estés, Rebeca. Yo ahora por fin lo soy, y... —clavó la vista en la tierra—, en cierto modo, eso hace que me sienta de puta pena. —Respiró de nuevo, intentando anular la opresión que le encogía el pecho, y clavó sus pupilas en la fría lápida de mármol blanco—. He conseguido seguir adelante y me gustaría pensar, por todo lo que tuvimos, que tú también has podido hacerlo sea donde sea que te encuentres. Me siento vivo otra vez, ¿sabes? Aunque eso no significa que vaya a olvidar ni ahora ni nunca lo importante que fuiste para mí; para todos nosotros. Así que aquí me tienes frente a tu tumba cuando me juré que jamás volvería a poner un pie en este lugar. Pero la vida sigue... y como no me cabe duda de que eso lo entiendes, lo justo es que sepas que yo he terminado entendiéndolo también y por eso estoy aquí, para decirte que te dejo ir en paz, que ya no existe razón para

seguir reteniéndote.

Tras decir esas palabras amarradas a su alma durante tantos años, recorrió con un dedo su nombre por última vez y, girándose sobre los talones, se encaminó hacia las verjas de hierro del cementerio sabiendo que había hecho lo que debía, que por fin todo estaba bien entre ellos. Porque Darío no había mentido en su afirmación, y aunque era cierto que ahora su corazón pertenecía a Silvia y que la amaba más que a nada ni nadie en el mundo, la chica Reyes siempre formaría parte de su vida, de las vidas de todos ellos, y ni él ni los suyos permitirían que su recuerdo quedase enterrado bajo las capas del tiempo.



Se llevó la taza a los labios y, al primer sorbo, puso una mueca de desagrado. Las infusiones de tila no se hallaban en su lista de preferencias, si bien sabía que la insípida bebida era lo único capaz de aflojarle el nudo que tenía en el estómago, que según avanzaban las horas se había ido apretando.

Sopló y dio otro pequeño sorbo, remirando con ojo crítico por enésima vez la reducida estancia en la que se encontraba, ahora tan familiar, preguntándose cómo era posible que tanta felicidad pudiese condensarse en un espacio tan minúsculo. Se sentía más que bien allí, en aquella miniatura de morada donde el valor nada tenía que ver con las posesiones materiales y sí con las emocionales.

Suspiró.

Esa misma mañana se había presentado a su último examen, finiquitando con este su primer año en la facultad, lo que en cierto modo debería de haberle otorgado alguna paz después de la cantidad de horas que había invertido en prepararse las distintas asignaturas; en cambio, esa paz que codiciaba estaba jugando al escondite con ella. Sí, sabía que esa paz que llevaba días esquivándola era a consecuencia de que Darío hubiese viajado a Castellón junto a Samuel, su hermana y su sobrina, para decir unas palabras de despedida a la que antaño había sido su primer amor.

Cuando una semana antes Darío le comunicó que Samu se había cogido unos días para ir a visitar a su abuela y que él iba a acompañarlos, Silvia no pudo más que apoyar su decisión, convencida de que para él era importante cerrar ese capítulo de su anterior vida. No obstante, su intranquilidad había

ido en aumento conforme los días avanzaron, y no a causa de inseguridades o desconfianza, sino por la incertidumbre de no saber cómo o de qué forma podría afectarle a él aquel triste reencuentro ni cómo podría repercutir en la persona que ahora era. En las pocas llamadas que se habían hecho en esos días, ella trató de sonsacarle sutilmente algo que la ayudara a adivinar el estado de ánimo de Darío, pero él se había mostrado más hermético de lo habitual, disparándole los nervios. No lo había presionado porque intuía que necesitaba su espacio y prepararse para dar el paso, y eso era lo que la tenía tan preocupada.

Miró de nuevo la hora en la pantalla del móvil mientras daba otro sorbo a la insípida infusión. Las 20:00 horas. Él llegaría en cualquier momento y su mayor miedo era lo que sus ojos pudiesen desvelar cuando sus miradas se encontrasen.

Un largo resoplido escapó de entre sus labios.

La espera era un suplicio, y tampoco ayudaba que fuese más amena la cantidad de vueltas que estaba dándole a un hecho que aún estaba por suceder. Se levantó del sofá, se dirigió a la cocina y dejó la taza en el fregadero antes de mirar de nuevo la hora en la pantalla de su teléfono. La 20:05 horas. Qué desesperación. Algo tenía que hacer para capear de alguna manera el lento caminar del tiempo. Pensó que llamar a Daniela y charlar un rato con ella sería una muy buena forma de no prestar atención a esos minutos que parecían ir marcha atrás; además, en el almuerzo que habían compartido ese mismo día en Isis Bella, el restaurante de su tata, su amiga se había molestado con ella y ese era un asunto que debían aclarar.

Seleccionó el número en la agenda del móvil y pulsó la tecla de llamada, con la firme decisión de hacerla entender de la manera que fuese que ella no le había mentado.

—Hola, Silvia. ¿Ya está Darío en casa?

—No, aún no, pero imagino que debe estar al caer. —Sin ser consciente de que lo hacía, exhaló un pequeño gemido—. Te he llamado porque...

—Entiendo, la espera se te está haciendo eterna y necesitas pasar el rato —atajó Daniela—. Bien, ¿de qué quieres que hablemos, de esa incertidumbre que ha ido creciendo por días o del miedo a lo que puedas ver en sus ojos? ¿O de lo que quieres que hablemos es de por qué no me habías contado que ahora casi sois vecinos?

Silvia suspiró con pesar. ¿Tanto le costaba a Dani entender que ella no tenía nada que ver con aquello?

—Te repito que fue Fabián quien llamó a Darío para que le echase una mano.

—Eso lo entiendo, a ver si te piensas que soy tonta. Lo que no consigo digerir es que me hayas ocultado que lleva trabajando casi un mes en la plaza de abastos de la Asunción para esa pescadera que era amiga de la madre tu novio.

—Se llama Paquita.

—Me importa un pimiento cómo se llame.

—Y no te he ocultado nada, simplemente no salió el tema.

—¡Ah, claro! Olvidaba que soy medio pitonisa y tendría que haberte preguntado yo.

—Él necesitaba trabajo y Darío le ha encontrado uno. Punto. Además, tú eres la primera que cuando se te habla de él, zanjás el tema por lo sano.

—Claro, claro, la culpa es mía, por supuesto.

Ese comentario, entre burlón y condescendiente, enfadó a Silvia hasta el punto de que le escupió a Daniela todo lo que siempre se negaba a oír.

—Mira, si te sientes mejor engañándote, ese es tu problema, no el mío. Si quieres ser una amargada por el resto de tu vida, perfecto, no tengo nada más que añadir. Y si tanto te molesta que Darío haya ayudado a Fabi, te aguantas. ¿Quieres saber la verdadera causa que te tiene en ese estado de autocompasión perenne? —Ni esperó a que respondiera—. Que sigues enamorada de él. Y sé que te da miedo arriesgar, no te creas, pero conmigo no vengas a pagar ni tu frustración ni tu impotencia porque yo no tengo la culpa de lo que os pasó. Ahora soy muy feliz, Dani, y no pienso permitir que emborrones esa felicidad por la que tanto luché. Porque sí, yo elegí luchar mientras tú elegiste dejarte ganar.

Cortó la llamada sin darle tiempo a que replicase, cruzando los dedos porque sus ásperas palabras marcasen un definido punto y aparte en la pasiva actitud de su mejor amiga y volviese a ser la de antes. Pero eso no pasaría si Dani no hacía por escapar de esa mentira a la que llamaba vida.

Sin que su mente se hubiese desligado del todo de la discusión que hacía poco más de media hora había mantenido con Daniela, oyó el girar metálico de una llave en la cerradura de la puerta.

Sus ojos quedaron presos en los de Darío.

Ella permaneció de pie junto al sofá y él se detuvo bajo el dintel de madera, como si una fuerza superior los hubiese paralizado.

Silvia apreció al instante sus pronunciadas ojeras, visiblemente más

oscuras que cuando se despidieron antes del viaje. En sus facciones se adivinaba el cansancio, sí; sin embargo, ella por fin pudo inspirar una bocanada de oxígeno limpio después de todos aquellos días, porque pese a su claro estado de extenuación, su aspecto desaliñado y el acostumbrado rictus de pura melancolía, su mirada revelaba paz.

Una paz que él había perseguido durante muchos años.

Una paz que calmó el intranquilo corazón de Silvia.

Una paz que Rebeca les había otorgado al sellar la mayor grieta de su alma hecha trizas.

—¿Todo bien? —preguntó ella aun conociendo la respuesta.

Pero Darío no contestó de voz; se limitó a dejar caer al suelo el petate que colgaba de su hombro, abrió los brazos en una invitación muda y delineó pausadamente esa maravillosa sonrisa que, desde que Silvia llegó a su vida, había vuelto a asomar a sus ojos.

Ella, al sentir el abrazo de su dulce mirada azulada, se lanzó sin pensarlo al abrigo que le ofrecía.

Ambos temblaron tras el impacto, perdiéndose a ciegas en la calidez que desprendía el cuerpo del otro; aparcando los minutos; convencidos de que el tiempo ya no tenía ningún poder; uniendo sus vidas de una forma *nueva* a partir de ese momento. Y como en un ciclo iniciado a cámara lenta, sus bocas fueron acortando distancia hasta fundirse en un beso que derramaba un millar de sentimientos sin necesidad de dar protagonismo a las palabras.

Mientras Silvia se recreaba en el conocido sabor de Darío, se reafirmó en su creencia de que su mundo se hallaba en esos tiernos labios que de un modo tan preciso se ajustaban a los suyos.

Conforme Darío volcaba el amor que lo invadía en la boca de Silvia, fue más consciente que nunca de que todo por lo que tuvo que pasar en la vida solo había sido el paso intermedio para llegar hasta ella y entonces, por fin, fue capaz de mirar al destino sin sentir ningún tipo de resentimiento.

*Esa misma noche, a varios kilómetros de distancia de Las Viviendas de Papel*

Cuando el taxi se detuvo junto a la acera, pagó con un billete de veinte, bajó sin esperar el cambio y, al tropezarse con el bordillo, soltó una carcajada que hizo eco en la madrugada.

Comenzó a caminar en zigzag, dando pasos erráticos, mientras las siluetas de los edificios parecían inclinarse a su alrededor, acercándose y alejándose en una oscilación vertiginosa.

Se sujetó la cabeza con ambas manos y bizqueó tratando de enfocar la vista. Sí, frente a ella se encontraba la puerta que buscaba y, aunque sabía que era demasiado tarde, tendría que llamar al timbre puesto que no disponía de un juego de llaves.

Volvió a carcajearse; tampoco es que hubiese podido encajarlas en la cerradura de haberlas tenido.

Dudó unos segundos con el dedo sobre el pulsador; Silvia era la culpable de que se hallase en ese lugar y en tan lamentables condiciones.

Inspiró con decisión, pulsó en un toque corto y esperó.

Nada.

Insistió, en esa ocasión dando dos largos timbrazos.

El resplandor de una luz tenue escapó a través del cristal de la ventana que quedaba a su derecha al tiempo que se escuchó el arrastre de unos pies en el interior. Tragó saliva cuando el haz de luz comenzó a derramarse por la abertura de la puerta y rezó para que no fuese su padre quien se ocultara tras esta.

Una cara somnolienta a juego con un desaliñado cabello, en el que antaño había hundido los dedos más de una vez, le dio la bienvenida.

—¿Qué demonios haces tú aquí?! —gritó el chico entre susurros ahora con sus ojos bien abiertos.

Una sonrisa bobalicona se extendió por el rostro de Daniela al tenerle frente a frente después de casi tres años. Fabián estaba mucho más guapo de lo que recordaba, más hecho, infinitamente más atractivo pese a los notables rastros de sueño.

Él, al verla sonreír de aquella absurda manera, arrugó las comisuras de los ojos y la examinó de forma inquisitiva.

—¿Vas bebida?

El tono ronco de su voz causó un grato escalofrío en el cuerpo de la chica.



—Solo un poquito —contestó aproximando los dedos índice y pulgar para hacer más creíble su burda mentira.

Fabián tuvo que hacer uso de toda su contención para no cerrarle la puerta en las narices, ya que a la vista estaba que ese *poquito* no tenía el mismo significado para él que para ella. Además, ni quería verla, puesto que no tenían nada de qué hablar, ni tenerla delante como la tenía; sin embargo, fue incapaz de dejarla a su suerte en el estado en el que iba.

—En serio, Dani, no sé qué haces aquí a estas horas. Este barrio no es el mejor sitio para hacer turismo y menos cuando ya ha oscurecido. Y todavía menos llevando la tajada que llevas a cuestas.

Ella se quedó ensimismada en el brillo de aquellos ojos oscuros que tan buenos recuerdos le traían y, sin ser consciente de que lo hacía, alargó el brazo hasta rozarle la mejilla con la mano y la acarició torpemente, sintiendo en la piel sensible el cosquilleo de la aspereza de su barba crecida.

—¿De verdad te dieron una paliza?

A Fabi se le cortó la respiración y no precisamente por la pregunta, sino por el cálido contacto de su caricia que, aun siendo leve y sutil, trajo a su memoria la intensidad de lo que tuvieron.

Le apartó la mano con delicadeza porque, aunque los sentimientos que un día vivieron en él se revolvieron en su interior intentando asomar a la superficie, se negaba a caer en los mismos errores del pasado. Daniela no era para él, nunca lo había sido y nunca lo sería; eso hacía tiempo que le había quedado claro.

Además, él ya no estaba solo.

—Llamaré a un taxi para que te lleve a casa —la informó intentando sonar frío, aunque sin conseguirlo.

Y aquella tibieza que apreció en su voz, matizada con un timbre que había arañado la primera capa de la dulzura, fue cuanto Dani necesitó para reaccionar al fin. De modo que, cuando él hizo amago de girarse para ir en busca del teléfono que haría la llamada que pondría distancia entre ellos de forma definitiva, le echó los brazos al cuello, enroscó las piernas alrededor de su cintura y se estrelló contra sus labios.

Al pillarlo desprevenido, Fabián trastabilló hacia atrás e instintivamente la agarró por las caderas para recuperar el equilibrio, lo que supuso la rendición de todo su ser. Porque el calor de su cuerpo, sumado su sabor, era algo que llevaba anhelando tanto tiempo que, de forma inminente, se vio desconectando de la realidad, arrastrado por unos sentimientos que

únicamente le habían traído problemas.

Aparcando toda lógica, la apretó contra sí y se sumergió en ese beso aun sabiendo que, de sus espíritus adolescentes, tan solo quedaban cenizas.

Pero ambos pasaron por alto, absortos como estaban redescubriendo los rincones de sus bocas, que aquellos restos mortales de lo que antaño fue su historia aún tenían el poder suficiente para unirlos de forma definitiva o separarlos por el resto de sus vidas.

*Fin*

## Agradecimientos

¿Qué me ocurre siempre que llego a la parte de los agradecimientos? Que me bloqueo de un modo bestial. Son tantísimas las personas a las que, de una u otra forma, tengo que agradecerles algo, que el miedo a olvidarme de mencionarlas me adormece las neuronas y me agarrota los dedos. Así que, partiendo de esto, pido disculpas de antemano por si se me pasa nombrar a alguien que haya estado a mi lado en esta maravillosa aventura.

Querer ser breve llegados a este punto es prácticamente imposible, aunque intentaré no enrollarme de más.

En primer lugar, gracias a ti, lector, por haberle dado una oportunidad a *Almas de Cristal*; solo espero que el tiempo que les has dedicado a mis chicos haya merecido la pena y te hayas enamorado al menos un poquito de ellos.

Gracias a mi marido y a mis hijos por aceptar de buen grado tenerme solamente a medias, y a mis padres por ser ese soporte logístico que tantas veces necesito.

A mis lectoras cero, mil gracias por ser las primeras en querer leer mis escritos y por reforzar todo aquello en lo que yo flojeo. Sois lo más de lo más, cabronas mías. Y a ti, pata derecha, gracias también por ser mi fiel compañera de carretera aun sabiendo que vamos a perdernos en el camino. *Highway to Hell, yeah!*

A ti Fran quiero agradecerte que siempre estés ahí para solucionar mis múltiples cagadas informáticas. Pero es lo que te ha tocado, nene. ¡Qué puta injusticia de vida!, ¿verdad?

A Carmen Loli, Merche, Ely y Ana, mil gracias por acompañarme a ciegas desde los comienzos. Vosotras sois la definición de la palabra amistad que debería figurar en el diccionario. Os quiero más allá de la distancia y el tiempo, *supercagonas*.

A Eva y Susana, gracias por ser esas mamás gallinas con mi pequeño polluelo cuando no dispongo de tiempo. ¡Os como *to* la cara y luego...! Mejor lo dejo aquí.

A Sara, gracias por estar desde los comienzos, por las confianzas, los consejos y por tenderme tu mano sin que yo te la pida. ¡Ah!, y por llamarme «melona» cuando la ocasión lo requiere. Te quiero un huevo, el otro y lo que cuelga entre medio, guapa mía.

A Marien, mil gracias por compartir conmigo tu magia y darles vida a mis historias con tus maravillosas portadas. También por regalarme tu tiempo cuando lo he necesitado y por los GIF que me envías solo por sacarme una sonrisa. Eres la mejor, loquita.

A Carol, infinitas gracias porque, además de mejorar mi trabajo, de explicarme cada duda que me surge y de ofrecerme tu ayuda desinteresadamente, también me dejas ser tu amiga. Qué grande eres, mi dulce chica.

A Yasnaia, gracias por todos los audios, por todas las conversaciones, por todas las risas y por vivir mi primera historia autopublicada como si fueras la protagonista. Eres de las personas que suman en mi vida.

Mil gracias a mis compañeros de letras en general por recomendar mis novelas a través de las redes sociales, y a ti McCoy en particular por tener además el detallazo de hacerme promo en tu muro al segundo día de que *Voluntades de Papel* saliera a la venta cuando, por circunstancias, yo no podía. Eres *mu* bonito, caperuzo.

A Katy, Ana, Yoli, Loli, Julia, María Elena, Kaera, Inma y Sayo, del club de la *Pepita*, gracias por vuestro empuje y porque es una auténtica gozada compartir con vosotras mis días. *Ailovui*, chicas.

Gracias también (y aquí meto la pata fijo porque seguro que alguien se me olvida) a Elena, Kris, Bea, Carmen, Pili, Fina, Sergio, Moisés, Belén, Tiri, Rosi, Gema, Pili, Rosario, María, María José, Aida, Marisa, Patricia, Pilar, María Eugenia, Victoria... por darme alas para seguir haciendo realidad mis sueños.

También quiero dar las gracias a la comunidad del Mick's al completo, incluida Minga, por ser el bar más cojonudo de todo Face donde dejar los problemas aparcados a un lado y echar un café o una cerveza en la mejor de las compañías.

Y, por último, gracias a todos aquellos que, tras leer *Voluntades de Papel*, pedisteis la historia de Darío. Vosotros habéis sido mi fuerza y el mayor empuje, así que espero no haberos defraudado y que sigáis queriendo leer mis escritos.

## Biografía

Analí Sangar nació un frío 7 de febrero en Almería, ciudad en la que reside actualmente.

Al ser una apasionada de la literatura romántica desde la adolescencia, un buen día pensó que ella también quería escribir bonitas historias de amor para que otros las leyeran. Desde entonces, la cafeína, un paquete de tabaco y el sonido ambiental del rock son sus fieles compañeros de letras.

Con Romantic Ediciones tiene publicada la biología *La Razón Eres Tú*.

Se aventura en el mundo de la autopublicación con *Voluntades de Papel* (vol. 1 de la serie *Las Viviendas de Papel*).

*Almas de Cristal* (vol. 2 de la serie *Las Viviendas de Papel*) es su último trabajo publicado.

Puedes encontrarla en redes sociales como @analysangar.